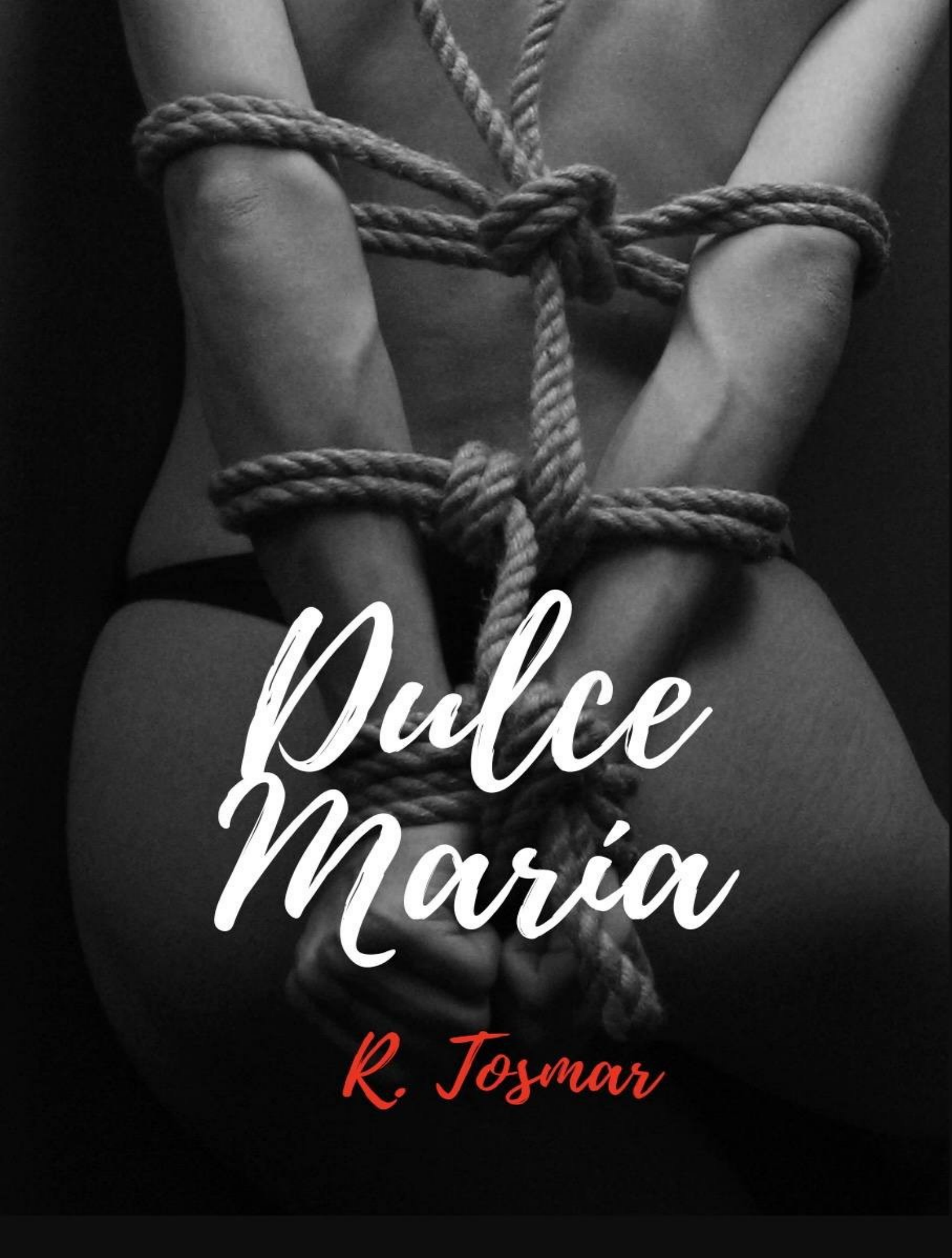


Dulce María

R. Tosmar

Dulce María

© R. Tosmar, 2023

Diseño de portada: Cris Bea Lopez

Edición: R. Tosmar

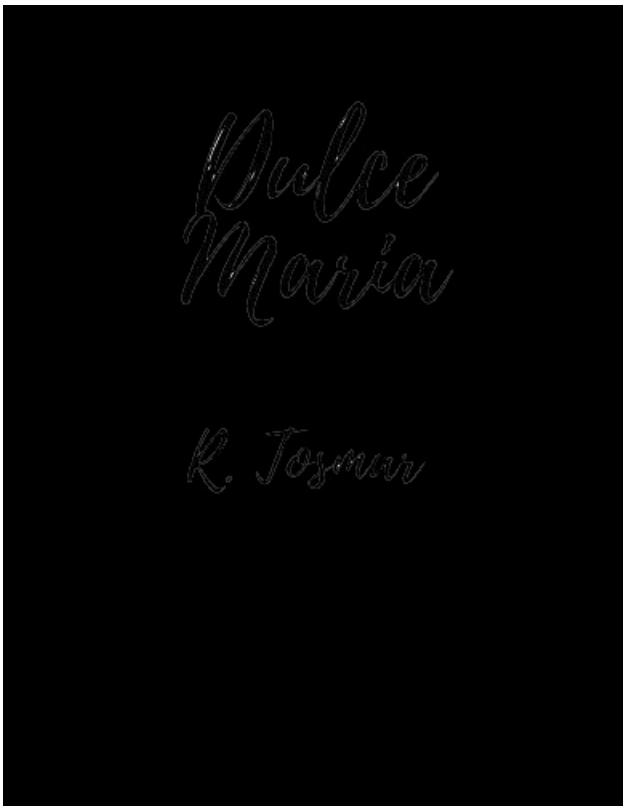
raul.sotram@gmail.com

Primera edición

Barcelona 2023

Edición especial para Amazon.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.


Dulce
Maria
K. Tosmur

Prólogo

—¿Sabes que no deberías ir sola por el campus a estas horas de la noche? Quién sabe que podrían hacerte.

—Y eso lo dice una completa desconocida que, casualmente, también está paseando por el campus a estas horas de la noche.

No era la primera vez que me encontraba con aquella chica tan guapa, de hecho, la había estado siguiendo alguna que otra vez, espiándola desde cierta distancia sin atreverme a decirle nada, hasta aquella noche. Había sentido una gran atracción sexual por ella desde la primera vez que me la había cruzado y desde aquel día no había podido sacármela de mi cabeza, pensando en todas las cosas que podría hacerle si la tuviera entre mis brazos. Aquella tarde, había estado jugando y bebiendo en el bar del campus con algunos de sus amigos y aquello me daba cierta ventaja a la hora de romper el hielo, esperando que estuviera más receptiva para hablar conmigo y a lo que pudiera surgir después.

—¿Sabes que ese pantalón tan ajustado te hace un culo impresionante?

—¿Y tú sabes que eres una descarada y que, además, tengo novia? No creo que le haga mucha gracias que vayas hablando así de mi culo —contestó haciéndose la indignada, aunque no engañara a nadie—. Aunque tengo que reconocer que tienes unos ojos preciosos... y raros. Eso, en cierta forma, me pone.

Yo sonreí, parecía que los efectos del alcohol jugarían a mi favor. Ese pequeño puntillo hacía que estuviera más desinhibida y que no me viera como una amenaza. Estaba justo donde yo quería y me moría de ganas por descubrir que más podía ofrecerme. Solo necesitaba dar un pequeño paso más y sería mía.

—Para que veas que no soy mala gente, te acompañaré a tu habitación para asegurarme que nadie se aprovecha de ti.

—¿Y cómo se yo que no eres tú la que quiere aprovecharte de mí?

—No lo sabes, pero apuesto a que te mueres de ganas por descubrirlo —le dije insinuándome descaradamente mientras me mordía el labio inferior.

Ella se contuvo, aunque también comenzó a morderse el labio. Estaba segura de que yo le gustaba, incluso hubiese jurado que, como yo, estaba bastante caliente, ya que a través de su jersey de tirantes pude ve como sus pezones erectos comenzaban a marcarse ligeramente.

—Eres preciosa —contestó mientras me miraba al escote sin el menor disimulo—, pero te vuelvo a repetir que tengo novia y no creo que le sentara muy bien averiguar que hemos estado flirteando a sus espaldas.

—No te preocupes Lucía, será nuestro pequeño secreto, no tiene por qué enterarse —le dije mientras me acercaba a ella y la besaba jugándomela, sin poder contenerme más.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó mientras me devolvía el beso, jadeante— ¿Acaso eres una acosadora? No me suena verte por la facultad de periodismo.

—Tenemos clases en común y hemos coincidido varias veces en ellas —dije después de volver a besarla apasionadamente.

—Ah, eso tiene más sentido, definitivamente voy algo borracha —contestó cuando pudo

volver a respirar después de sacarle mi lengua del interior de su boca.

Los besos y las caricias continuaron repitiéndose hasta que llegamos a la habitación de Lucía, las dos pasamos a su interior intentado no hacer demasiado ruido debido a que ya pasaban varias horas de la medianoche. No queríamos que todo el colegio mayor se despertara por nuestra culpa. Nos desnudamos rápidamente, las dos estábamos demasiado calientes como para andarnos con preámbulos, dejándonos caer sobre aquellas suaves sábanas jadeantes por el deseo.

Nuestras lenguas, anhelantes de seguir explorando lo desconocido, recorrieron gran parte de la anatomía de la otra, saboreando y mojando los sitios más escondidos, haciéndonos descubrir nuevos placeres que hasta ahora desconocíamos.

—Por cierto —dijo Lucía mientras yo me colocaba entre sus piernas—, aun no sé cómo te llamas tú...

Aquella frase se quedó en el olvido. Lo único que escuché a continuación fueron sus fuertes gemidos entrecortados producidos por mi lengua al entrar en contacto con su hinchado clítoris. Comencé a jugar con él, utilizando mi legua con pequeños círculos concéntricos que aceleraron su ritmo cardíaco, elevaron sus caderas para mojar más mis labios e inundar mi boca con el dulce sabor que surgió de su interior. Las profundas succiones de mis labios que le hice a continuación, hicieron que llegara al orgasmo en varias ocasiones consecutivas. Tuvo que ponerse la almohada en la boca para apagar los gritos cada vez que alcazaba el clímax. Lucía estaba completamente en éxtasis y no quería parar ahí.

—Átame —dijo de repente Lucía—, quiero saber que se siente al estar completamente indefensa en manos de otra persona.

Nunca me habían pedido algo así, mis relaciones sexuales, hasta la fecha, habían sido de lo más normal, nada fuera de lo común. Lo más extremo que había hecho en el terreno sexual había sido un trío, con un chico y una chica, una noche de borrachera donde había despertado con dolor en mi culo y con un nuevo sabor de mujer en mi boca. Aquella también había sido mi primera vez con una chica y, tuve que reconocer que me había encantado. Pero aquella noche estaba tan caliente que no estaba dispuesta a negarme a nada que ella me pidiese, por raro o pervertido que pudiera parecerme.

Lucía sacó un par de esposas del cajón de su mesita de noche. Por lo visto no era la primera vez que hacia una cosa así. Me las entregó y yo las utilicé para inmovilizarla al cabecero de la cama, en los barrotes de metal. Una vez que tuvo los brazos inmovilizados y estando completamente expuesta a mi voluntad, fue cuando comencé a morderle los pezones con fuerza mientras ella gemía. Fui aumentando la presión de mis dientes poco a poco, pudiendo ver en su rostro y en su mirada una mezcla de dolor y placer al mismo tiempo. Cuando la presión fue a más, sus manos quisieron soltarse de las esposas para frenarme, pero no podía, incluso me suplicó que parase. Por un segundo, sentí un placer diferente al sexual, una sensación de poder que nubló mi mente y quiso seguir apretando los dientes más y más, pero cuando sus ojos estaban a punto de desbordarse por las lágrimas, paré.

—Por un momento creí que me arrancarías el pezón —dijo mirándome aliviada—, lo que sí que te diré, es que has conseguido que vuelva a correrme de nuevo y esta vez ha sido mucho más intenso que antes.

—No me imaginaba que te fuera eso del sado —dije mientras repasaba con mi lengua el lugar del su pezón donde mis dientes aún seguían marcados.

—No lo sabes tú bien preciosa. Ahora quiero que te subas encima de mí y que me metas dos dedos en el coño —hice lo que ella me pidió, me monté encima de su estómago y metí dos dedos en su interior que entraron muy suavemente debido a lo mojada que estaba—, y ahora pon tu otra mano alrededor de mi cuello.

A medida que apretaba su cuello y mis dedos entraban y salían en su entrepierna, su gemidos y convulsiones comenzaron a incrementarse, apenas tardó unos segundos en alcanzar un nuevo orgasmo. Pero justo en el momento que debía soltar su cuello, no lo hice. Volviendo a sentir ese poder de hacer lo que quisiera con aquella persona, sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Lucía me miró y aquella bonita cara llena de placer infinito cambio, por una cara llena de terror. Apreté más fuerte mientras ella se retorcía, y eso, extrañamente, me excitó. Lucía tenía las manos atrapadas por las esposas y conmigo encima, era imposible que escapara de allí. Tuve que utilizar mi otra mano, que saqué de entre sus piernas, para terminar de asfixiarla. Mientras Lucía se convulsionaba debido a la falta de oxígeno, yo me corría en su estómago con el último estertor.

No fui consciente de lo que había pasado hasta que el frío del alba comenzó a inundar la habitación, poniéndome la piel de gallina. No sabría decir cuánto tiempo estuve allí, encima de ella con las manos rodeando su cuello. Cuando me puse en pie aún seguí contemplando aquel cuerpo sin vida por un rato más. Entonces, al fijarme en su cara, vi el rictus de terror que ya mantendría para siempre. Me asusté y quise salir de allí lo antes posible, en unas horas, la actividad normal del campus comenzaría y si alguien me encontraba en aquella habitación, tendría que dar unas explicaciones que, sinceramente, no tenía ni para mí. Me puse el vestido lo más rápidamente que pude, me calcé y salí corriendo de la habitación intentando que nadie más pudiera verme.

Cuando estaba ya lo bastante lejos de allí, caí en la cuenta de que me había dejado el tanga en la habitación, sobre la cama. Era un tanga carísimo, un detalle que tuvo un ex conmigo y que me regaló por, palabras literales de su boca, haberle llevado a tocar el cielo. Yo nunca habría podido permitirme ese tipo de lencería así que, por una buena mamada, lo había aceptado de buen grado. La angustia se apoderó de mí, pero ya era demasiado tarde para volver y recuperarlo. Mientras maldecía mi mala suerte, se vino a mi mente ese momento en que Lucía agonizando, convulsionaba para intentar aferrarse a la vida mientras se asfixiaba lentamente y como yo, cada vez me excitaba por aquello, no dejar de apretar. Sabía que estaba mal, que todo había sido una locura, pero en ese momento, volví a tener otro orgasmo.

1

Estaba absorta en mis pensamientos cuando él llegó delante de la portería donde habíamos quedado diez minutos antes. Con un brusco empujón me arrastró dentro del portal, para ponerme de cara a la pared mientras su lengua comenzaba a repasar el tatuaje de mi cuello línea a línea. Aquello me excitaba muchísimo y no solo porque parecía que supiera lo que estaba haciendo, sino porque podía notar como su respiración se intensificaba a medida que comenzaba a manosear mi cuerpo con fuerza. Sabía que era un buen comienzo, igual que lo sabía mi entrepierna que ya comenzaba a humedecerse. Fue entonces cuando me mordió, me encantaba que fueran directos a por lo que querían, aquel intenso, pero breve dolor, hacía que mis ganas se disparasen. Después de clavarme sus dientes, cuando comenzó a succionar, con sus labios, por encima de mi clavícula, muy intensamente. Sabía que aquello me dejaría marca, pero en vez de agobiarme opté por disfrutar del momento. Aunque estábamos en un sitio donde cualquier vecino del edificio podía vernos al salir o entrar del portal, poco me importaba, ya que el deseo iba incrementándose por segundos. Sus grandes manos se deslizaron por debajo de mi pequeña camiseta agarrando mis pechos con dureza y amasándolos de una forma ruda y enérgica, cosa que aumento más mí excitación. Ir sin sujetador le ayudó a que no hubiese obstáculos en su propósito, decisión que agradecí al sentir aquellos fuertes dedos presionar mis pezones sin ninguna piedad, provocando un grito que ahogué con mi brazo. No tardó en cambiar de objetivo, centrándose ahora en meter su mano, esta vez, por debajo de mí corta falda, haciendo que, involuntariamente, separaba las piernas, ofreciéndome, mientras comenzaba a acariciarme por encima de mi ropa interior. Enseguida, al notar que mi humedad era muy palpable, incrementó el ritmo de esas íntimas caricias que tanto me gustaban, hasta tal punto de que pude dejar de soltar pequeños gemidos cada vez que la yema de sus dedos presionaba sobre mí ya hinchado clítoris.

Aquellos encuentros sexuales tan efímeros eran mis preferidos, me encantaba disfrutar de lo que se sentía haciéndolo en aquellos lugares donde corría el riesgo de que pudieran atraparme en pleno acto, me excitaba muchísimo y fantaseaba con el día en que alguien, al descubrirme, se quedara a mirar mientras se tocaba o incluso a participar en aquel encuentro sexual tan atrevido, cosa que no había sucedido hasta entonces, pero que me ponía a cien con tan solo pensarlo.

Desde bien jovencita había comenzado a gozar de unas saludables y adictivas relaciones sexuales y se podía decir que ahora ya poseía un doctorado en cuanto a posturas y perversiones se refería. Había encontrado la manera no solo de divertirme con el sexo al máximo nivel, sino también de aprovecharme de ello y sacar un beneficio a costa de cualquiera que se dejara manipular por mí. Tenía que reconocer que mi carita de niña buena, mis bonitos ojos azules, esas pequitas que me daba el ser pelirroja natural, mi media melena y, por supuesto, mi manera de vestir tan provocativa, ayudaban a que ciertos incrédulos creyeran que podían hacer conmigo lo que quisieran y era entonces cuando estaban perdidos, justo como acaba de pasar, apenas un rato antes, con aquel chico que ahora me tenía contra la pared en aquel portal. Un chico al que quizás, y con toda probabilidad, no volviese a ver en mi vida, pero que me había ayudado a pasar ese buen rato que necesitaba. El truco estaba en hacerles creer que yo era la presa, cuando en realidad siempre era la

cazadora, que pensasen que desde el minuto cero había caído en sus redes como una cervatilla indefensa ante las fauces de un lobo hambriento y que me derretía con cada una de las palabras que surgían de sus bocas, tan solo con un único objetivo, follarme. Básicamente se trataba de alimentar sus egos por encima de todo, porque cuanto más se lo creían más se liaban en mi tela de araña. Si eso salía bien, y había que reconocer que casi siempre salía bien, siempre acababan comiendo de la palma de mi mano, aunque lo de la mano fuera un eufemismo, ya que una de las cosas que más me gustaban es que la persona que tuvieran entre mis piernas supiera lo que se hacía allí abajo. Aquella mañana, sentada en aquel bar, se me había acercado aquel chico mirándome de arriba a abajo descaradamente mientras se me insinuaba diciéndome lo bonita que era y que si quería pasar un buen rato. Por supuesto yo también le di un buen repaso, alto, musculoso, pantalones cortos y camiseta ceñida, el típico chico de gimnasio que quiere más a sus músculos que a cualquier otra cosa en el mundo, tan solo bastó una caída de ojos y una leve insinuación para conseguir que me empotrara bajo las escaleras del aquel portal.

Estaba muy excitada y quise saber si él también lo deseaba tanto como yo, así que alargué mi mano hasta su entrepierna. Al notar su dura y abultada polla me excité mucho más, agarrándosela con fuerza por encima de su corto pantalón para acariciársela, haciéndole saber así que estaba preparada para todo lo que pudiera ofrecerme. En ese momento, él también gimió, una mezcla de dolor y placer al sentir mi mano apresar aquel trozo de carne tan duro, devolviéndole la misma rudeza con la que él había apretado mis pezones. Sin poder aguantar más, ladeó mi mojada ropa interior e introdujo, con mucha facilidad, sus dos dedos, anular y corazón, dentro de mí. Suspiré llena de deseo y lujuria, comenzando a mover mis caderas rítmicamente para sentir esos dedos bien dentro, notando como me iba humedeciendo más y más. El ritmo de mi mano también se incrementó hasta que ya no pudimos seguir más con aquel excitante preámbulo. En un segundo yo había metido mi mano por debajo de sus pantalones, accediendo a sus boxer negros, que eran la última barrera antes de poder gozar de aquella maravillosa polla tan dura. La superé, sacándosela sin dejar de masturbarle en ningún momento, él sacó sus dedos de mi interior, escupió y lubricó la punta de su polla para que, mientras que con una mano apretaba mi cuello, con la otra se ayudaba para introducirme ese erecto miembro en mi interior de una forma tan dura y repentina que grité cuando la sentí abrirse paso hasta lo más profundo de mi sexo. Sus acometidas eran secas y fuertes, cada nueva embestida me hacía estremecer, sentí que en cualquier momento las piernas me fallarían por la contundencia de sus arremetidas que cada vez eran más violentas. Estaba a su merced, y eso me excitaba más si cabía, con las manos y la cara contra las frías baldosas de aquella pared, jadeante por el placer que me producía sentir sus dedos cotar mi respiración, deseando que aquel sucio pero ardiente instante no terminase nunca. No tardó mucho en comenzar a aumentar el ritmo de sus duras penetraciones, estaba a punto de derramarse entero dentro de mí, lo noté en sus gemidos, más fuertes y entrecortados así que, con un hábil movimiento de caderas, se la saqué de mi interior. Segundos después fue cuando sentí como todo su semen caliente se derramaba por mi arqueada espalda, disfrutando al notar como comenzaba a resbalar desde allí hasta mi culo, siguiendo mi columna, para terminar, goteando en el suelo, dejando así una prueba de nuestro furtivo encuentro. En ese momento la puerta del ascensor abrió y un vecino bajó por las escaleras y nos miró justo cuando mi acompañante terminaba de metérsela dentro de los pantalones y yo me relamía los dedos lentamente mientras le devolvía la mirada de un forma sucia y lasciva.

—Esto hay que volver a repetirlo, nena —dijo aquel chico mientras yo comenzaba a caminar

hacía la puerta de la portería terminando de recolocarme la falda.

—Por supuesto... que no —contesté sonriéndole en el momento que abría la puerta y salía por ella sin esperarle.

Me dirigía nuevamente hacía el bar, con el ánimo solamente de poder tomarme un buen café con leche en aquella preciosa y calurosa mañana de sábado, cuando escuché el tono de mi teléfono. Tenía que reconocer que siempre lo dejaba sonar un poco más por lo mucho que me excitaba escucharlo, y que aquella no sería ni la primera vez ni la última que ahogaba un pequeño suspiro al recordar las cosas tan perversas que había llegado a hacer escuchando aquella canción.

—Hola cariño... sí... ahora iba al bar a tomar un buen café con leche... he estado paseando por el parque, hace una mañana increíble... lo sé... sé que te encantaría estar aquí conmigo, pero tienes que trabajar... nos vemos esta tarde... otro para ti... y yo también a ti.

Ian era mi novio. Era un gran chico, maravilloso. Nos habíamos conocido por casualidad, en una salida con unos amigos en común. Aquella noche habíamos decidido ir a uno de esos sitios de donde tienes que escapar antes de que se termine el tiempo. Me encantaban aquellos sitios, donde tenías que poner a prueba, no solo tu inteligencia sino también tus nervios para resolver ciertos puzles que te permitían salir del lugar donde te encontrabas encerrado. Normalmente costaba de varias salas y era super divertido. Ian había aparecido aquella noche con una de mis amigas, al cual nos presentó como un amigo de la universidad. No lo hizo mal el chico allí dentro, se desenvolvió bien, demostrando bastante ingenio y creatividad, y eso me llamó la atención de primeras, resolver algunos puzles juntos, echando unas buenas risas, hizo que ganara muchos puntos aquella noche. Después habíamos ido a cenar y a un bar musical que estaba muy de moda en la ciudad. Ahí es cuando Ian volvió a sorprenderme y para bien, ya que fue el único que no intentó ligar conmigo en aquel lugar y prometo que algo me insinué, más por amor propio que por otra cosa, al ver lo paradito que era en ese ámbito en concreto, pero Ian se mantuvo en su sitio y esa noche, no pecó. Le di mi número de teléfono como recompensa por su estoicidad y quedamos un par de días después, esta vez solos para ir al cine y cenar.

Aquella noche me trato como una dama, me invitó a cenar, salimos a pasear a la luz de la luna y terminamos haciendo el amor en el asiento de atrás de su coche. Ahí fue cuando me enamoré de Ian, mientras me penetraba de la manera más delicada que nadie había hecho en mi vida y susurrándome al oído lo maravillosa que era. En ese momento fui consciente que era la primera vez que me hacían el amor de verdad, no un polvo rápido de alivio, no follar por el mero hecho de darse un placer momentáneo, sino hacerlo con sentimiento, con pasión, con amor. Creo que aquella vez, fue la única vez en mi vida en la que derramé una lágrima en el sexo, que no fuera a causa del dolor producido por alguna sodomía, aunque afortunadamente, él no me vio. Por aquella época pensaba que llorar era sinónimo de debilidad, y yo jamás, ante nadie en mi vida, me había mostrado débil. Con el tiempo se aprende a que llorar, no solo no te convierte en una persona débil, sino que te ayuda a aliviar pesadas cargas y ser así un poco más libre. Después de aquella maravillosa noche de sexo con cariño, decidí volver a quedar con Ian para ver si todo aquello solo había sido una estrategia para llevarme a la cama y ya, o si de verdad el chico sentía todas aquellas cosas tal y como me había dicho mi instinto. Felizmente para mí, comprobé que no había sido un espejismo y que Ian de verdad valía la pena. Yo ya no podía cambiar lo que era, pero Ian era mi remanso de paz, mi isla desierta en mitad de una vorágine de sexo pervertido, y eso me encantaba. Lo necesitaba en mi vida porque era mi paréntesis de la realidad y por eso le amaba.

El teléfono volvió a sonar, esta vez se trataba de un mensaje, lo miré y sonreí, «otra víctima más» pensé para mis adentros, mientras me volvía a meter el móvil en el bolso e involuntariamente mordía mis labios y notar, sutilmente, como los pezones comenzaban a ponerse erectos, nuevamente, por la excitación.

2

Eran pasadas las tres de la tarde cuando llegué a casa. Ian ya estaba allí, sentado en el sofá viendo algo en la televisión sin darle demasiada importancia. Cuando me vio sonrió y yo me senté junto a él después de dejar el bolso encima de la mesa.

—¿Cómo ha ido tu día, cariño? —pregunté a Ian después de besarle con pasión en los labios.

—Complicado, se cayó el servidor de una página muy importante y tuvimos que trabajar a marchas forzadas para recuperarlo —explicó un poco serio, aunque enseguida sonrió—. Pero por suerte no se perdió ningún dato importante, recuperamos el sistema y ahora que ya estás en casa muchísimo mejor.

Ian era informático y de los buenos. Siempre lo llamaban cuando había una emergencia. La empresa para que él trabajaba llevaba el mantenimiento de varias de las webs más importantes del mundo y en cualquier momento podía recibir una llamada y salir corriendo. A él le apasionaba su trabajo, aunque casi nunca me contaba nada, todo era muy confidencial.

—¿Qué estás viendo? —le dije mientras comenzaba a morderme los labios.

—Nada —contestó de una manera despreocupada—, solo la puse para que me hiciera compañía mientras llegabas tú.

Ian siempre era así de encantador, me idolatraba y, si he de ser sincera, tampoco encontraba una gran explicación para ello, pero desde el primer minuto que nos conocimos en aquel local, había sido así y por eso estaba tan enganchada a él. No podía dejar de admirarle cuando me miraba a los ojos de esa manera tan profunda, sabiendo que sería capaz de hacer cualquier cosa por mí. Eso, por un lado, me aterrorizaba, pero por otro lado... me ponía más caliente que las llamas del mismísimo infierno.

—Cariño... —comencé a decirle casi ronroneando—, ¿a qué no sabes lo que me apetece? —le dije mientras mis dedos comenzaban a juguetear con el cordón de sus pantalones cortos, acercándome muy despacio a su oreja.

—Nena... no empieces que ya sabes cómo va a terminar esto... y aquí... mejor lo dejamos para esta noche, ¿vale?

Últimamente siempre me hacía lo mismo, en ese sentido, era todo lo contrario a mí. Yo sabía que Ian no quería hacerlo allí por si los vecinos nos escuchaban o por si alguien nos veía por la ventana o por si sonaba el teléfono y en ese momento había que cogerlo, era muy reservado para su intimidad y casi nunca se exponía a ser descubierto en un renuncio, pero por eso, precisamente, le quería. Pero a veces también necesitaba que me diera lo mío fuera donde fuera, como nuestra primera vez en aquel aparcamiento. Es verdad que para eso también tenía a los otros, pero también era verdad que, aunque respetaba que me llevase entre algodones y me tratase como una princesa, también deseaba que me lo hiciera, de vez en cuando, como a una puta. Lancé un gran y profundo suspiro, le mordí la oreja y le besé apasionadamente, metiéndole la lengua de una manera sucia y lasciva. Después me levanté del sofá y me fui directamente al cuarto de baño dispuesta a aplacar mis deseos con una ducha relajante. Me alejé de él riéndome, al menos, lo había dejado con una erección tremenda que tardaría en bajarle.

Estaba delante del espejo desnudándome, estaba muy excitada, que Ian me rechazase me había

puesto bastante caliente. Cuando me quité el tanga lo observé y lo llevé a mi nariz, olía a mí. Perfecto, pensé para mis adentros, servirá. Abrí el último cajón del armario que había debajo del lavamanos y de debajo de unas pequeñas toallas saqué una bolsa de cierre hermético, la abrí, deposité dentro el tanga que acaba de quitarme y la cerré. Volví a dejar la bolsa en el cajón y accioné el monomando de la ducha para que el agua comenzará a calentarse, en mi caso no hizo falta accionar nada, estaba muy caliente en ese momento estaba dispuesta a disfrutarlo al máximo.

No tardé mucho en meterme debajo de aquella alcachofa que tan buenos ratos me había proporcionado, sentir el agua correr por mi cuerpo desnudo hacía que mi piel se tensase y que el calor que sentía en mi entrepierna aumentase por momentos. Coloqué algo de jabón de baño en una pequeña esponja exfoliante que tenía para la ocasión y comencé a recorrer mi cuerpo con ella. Disfrutaba mucho de aquel ritual, retrasando el máximo tiempo que podía el comenzar a tocarme íntimamente. La esponja arañaba suavemente mi piel y eso me excitaba aún más, además al llegar a alguna de mis zonas más erógenas como el cuello, los pechos o las ingles, apretaba un poco más mientras soltaba pequeños suspiros que a veces iban acompañados de algún gemido intenso, pero por mucho que lo intentase, siempre llegaba ese momento en que no podía retrasarlo más. Solté la esponja y, con más manos aun llenas de espuma, comencé a acariciar mi clítoris con una de ellas, mientras que con la otra pellizcaba mis pezones ya erectos en aquel momento. El ruido del agua amortiguaba los jadeos que se escapan por mi boca y, al introducir los dedos en mi vagina pude notar que mi flujo estaba mucho más caliente que la propia agua que corría entre mis piernas temblorosas. Aumenté el ritmo, deseaba llegar al final, deseaba sentir ese estallido de placer que me hacía olvidarme de todo tan solo por unos segundos y que después me dejaba como en trance y, por unos minutos y mientras las gotas de agua caliente aún golpeaban mi cara, me abstraía de la realidad y no pensaba en nada, era completamente libre.

Salí de la ducha y envuelta en la toalla me dirigí a la habitación para vestirme. Me puse un conjunto de lencería negro, sujetador y tanga todo liso y sin encajes, simple pero que me quedaban como un guante, muy cómodo. Encima, un vestidito negro muy ajustado que me llegaba a medio muslo, resaltado todas las curvas de mi cuerpo. Volví al baño para secarme el pelo y maquillarme nuevamente.

—María, ¿vas a salir de nuevo? —oí preguntar a Ian desde el salón al verme salir así vestida.

—Sí, cariño —contesté desde el baño—, tengo que ir a comprar un par de cosas.

Sequé mi pelo y terminé de maquillarme. Salí al salón con la intención de coger mi bolso y volver al baño nuevamente para coger la bolsa que contenía mi tanga usado.

—¿No vas tú muy guapa para salir a comprar solamente? —preguntó Ian en tono suspicaz, pero con una sonrisa en la boca.

—Ya sabes que siempre debo estar perfecta para lo que pueda pasar —contesté con una sonrisa pícara—, además ¿y si cojo el ascensor y me encuentro con un tipo escultural que quiere hacérmelo allí mismo?

—Es verdad tienes razón, siempre hay que estar preparada —dijo muy serio antes de estallar los dos en carcajadas. Me acerqué a él para besarle y salí de casa.

Si Ian supiera que aquella última frase no la había dicho en broma, con toda probabilidad no estaríamos juntos, o incluso si supera a donde me dirigía y cuál era el motivo, tampoco creo que lo aceptara, pero yo era así, mi vida era así y aunque temía el día en todo pudiera salir a luz, disfrutada aquellos momentos de felicidad por sí llegaba ese momento. Mientras esperaba el ascensor accedí a

mi página personal y leí nuevamente el mensaje.

"Hola Perséfone, me gustaría comprarte un tanga con el que hayas estado todo el día, y si te has masturbado en él mucho mejor. El color no me importa, solo quiero que huela ti. De: *Empotrador69*".

Cada vez que lo leía sonreía para mis adentros, *Empotrador69*, veríamos ahora si eso era verdad. Los apodos de la gente revelaban mucho de sí misma, o los describía a la perfección, o simplemente los utilizaban para ocultar algunas de sus carencias dignas de los mejores estudios psiquiátricos. Y que conste que usar el apodo de Perséfone, gran ama y señora de todo el Inframundo, no significaba que yo fuera una especie de reina del mundo sexual que tentaba a hombre y mujeres para que cometiesen múltiples pecados... está bien, sí lo significaba, era un mal bicho, pero me encantaba.

Habíamos quedado en vernos en un sitio público, la seguridad, ante todo, nunca se sabía a quién podía encontrar tras *Empotrador69* o cualquiera de ellos. El lugar escogido fue una cafetería céntrica, que a esas horas estaba bastante concurrida. Llegué diez minutos antes de lo acordado y me senté en una de las mesas del fondo de local y pedí un café con leche. Daba por hecho que él ya me conocía sobradamente, seguramente conocía mis videos y fotografías a la perfección, y que al llegar y reconocerme se sentaría junto a mí. Pasaban dos minutos de la hora acordada cuando alguien se acercó a mi mesa y me miró tímidamente. Allí estaba *Empotrador69*, un chico que apenas tendría cumplida la mayoría de edad. Al menos eso pensé, ya que de lo contrario no podía haber accedido a ver mi contenido. Estaba algo asustado, le invité a sentarse. Llevaba una pequeña mochila gris colgada de su hombro. Después de volver a mirarme y completamente rojo de la vergüenza se sentó.

—¿Perséfone? —se atrevió a preguntar mientras volvía a bajar la mirada.

—Sí soy yo —le contesté intentado no reírme, en el fondo tenía ternura por ese tipo de chicos retraídos que se desahogaban con mis videos y que se la machacaban sin parar viéndome—, puedes mirarme a la cara, que no muerdo —. *Empotrador69* sonrió levemente y volvió a levantar la vista. Justo en ese momento llegó la camarera con mi café. Él pidió un refresco de naranja.

—¿Tienes lo que te pedí? —preguntó susurrando muy bajito.

—Claro, no hay problema —le dije mientras metía la mano en mi bolso y le enseñaba un poco la bolsa hermética que guardaba el tanga que me había quitado hace apenas una hora.

—Veinte, ¿verdad?

Yo asentí, el sacó su cartera y puso encima de la mesa el billete que yo cogí y guardé. Entonces saqué la bolsa con el tanga y se la pasé disimuladamente por un costado de la mesa. Él la cogió y enseguida la guardó en su mochila. Terminar con la transacción le relajó un poco y enseguida pude notar como comenzaba a tranquilizarse.

—Sabes... me encanta el tatuaje de tu cuello, es muy sexy...

—Gracias —contesté dedicándole una mirada que volvió a sonrojarle—, ¿alguno más que haya captado tu atención? —pregunté sabiendo de antemano su contestación, su sonrisa le había delatado.

Tenía que reconocer que el tatuaje de mi cuello era mi favorito. No había sido el primero, pero si el más especial. Se trataba de una cinta roja que rodeaba todo mi cuello, con un lazo en la nuca y las tiras de esos lazos cayendo hasta media espalda donde se podía leer la frase "Ahógame con tus besos".

—La mariposa —dijo rápidamente lleno de vergüenza nuevamente.

La mariposa era, como su propio nombre indicaba, una pequeña mariposa azul que tenía tatuada

junto mi ingle izquierda, y que solo se podía ver cuando separaba completamente la pierna. Un chico observador y un buen fan, se notaba por cómo se fijaba en los detalles. Justo en ese momento y viendo que tenía su teléfono encima de la mesa quise ser traviesa.

—Déjame tu móvil —le pedí amablemente, susurrándole. Él se quedó algo extrañado, pero accedió.

Una vez en mi poder, accedía a su la cámara fotográfica. Me abrí completamente de piernas, ladeé mi tanga y coloqué mi mano derecha cubriendo parte de mi sexo y disparé. La pequeña mariposa azul había quedado en medio del encuadre donde también se veían mis dedos en medio de mis labios. Le devolví el teléfono. Apenas lo tuvo en su poder y viendo el resultado de su préstamo noté como tembló por un instante, soltado un pequeño suspiro se puso rojo como un tomate. En ese momento la camarera, que había llegado a la mesa con la cuenta, al verle así le preguntó si estaba bien. Asintió desconcertado, bloqueando el teléfono rápidamente mientras llevaba la mano a su entrepierna.

—Lo siento —dijo escusándose y mirando al ticket con la cuenta—, pero tengo que marcharme.

—No te preocupes por la cuenta, yo invito... *Empotrador* —dije lanzándole un beso.

Se levantó súbitamente de la silla y se marchó muy avergonzado mirando a su alrededor pensando en que todo el mundo se había dado cuenta de la terrible erección que llevaba debajo de aquellos pantalones de chándal grises. Al llegar a casa, seguramente se la destrozaría más de una vez. Pagué con su dinero y salí de la cafetería para volver a casa.

Tenía que reconocer que tener ese poder sobre los hombres me encantaba. Hasta yo misma había mojado el tanga que llevaba puesto solo con ver la reacción que había provocado en él. Ahora yo era la que estaba caliente, deseando llegar a casa y, quisiera o no, coger a Ian y hacerle cosas tan obscenas y pervertidas como para condenarnos a las llamas del fuego eterno para siempre.

3

—Hola guapa, ¿quieres compañía? —me dijo un hombre al que no conocía acercándose a mí, teniendo que elevar su voz por encima del bullicio para que lo escuchase en medio de aquel bar donde me encontraba tomando un coctel.

Le miré a la cara, era guapo. Tenía las facciones bien proporcionadas, mentón cuadrado, ojos oscuros y penetrantes. El resto del cuerpo le acompañaba, alto, delgado, fuerte pero no muy musculado, la verdad es que el chico estaba muy bien y encima se había tomado la molestia de acercase hasta mí y hablarme.

—Depende de la compañía... —contesté con una medio sonrisa mientras tomaba un nuevo sorbo de mi copa.

—He visto que estabas sola y no he podido resistirme a acercarme para ver si te apetecía pasar un buen rato.

—Interesante, ¿qué has visto que tanto te ha llamado la atención?

—Principalmente —comenzó—, me ha llamado mucho la atención ese aire de misterio que te rodea. Ese pelo tan largo y rubio ocultando parte de tu cara, ese cuerpo escultural, me encantan esas piernas tan largas y esbeltas. Pero sobre todo tus ojos, ese color... tan poco común, son misteriosos y atrayentes.

—Ámbar —contesté—, "ojos de lobo" los llaman y, efectivamente, poco comunes, como yo.

—Creo que tú y yo podríamos pasar una noche increíble, algo que jamás olvidarías.

Estaba claro que iba a lo que iba. No se andaba por las ramas, tenía un objetivo y deseaba cumplirlo a toda costa. Alagar, embaucar, engatusarte con palabras bonitas, una estrategia muy trillada pero que, si pillaba alguna chica desprevenida o con la autoestima un poco baja, bebiendo y sola, ésta sería presa fácil para terminar en el asiento de atrás de un vehículo en cualquier callejón o, con un poco de suerte en la cama de algún hotel barato. Pero en mi caso, ni estaba desprevenida, ni tenía la autoestima baja y por supuesto no estaba borracha, pero si estaba dispuesta a pasar un buen rato y, con toda probabilidad, él me lo proporcionaría. Parecía un tipo experimentado, estaba segura de que esta no era su primera vez en emplear aquella estrategia tan marcada ya que se le veía muy seguro de sí mismo y al menos, eso jugaba mucho a su favor.

—¿Estás seguro que jamás podría olvidar una noche contigo? —pregunté con voz inocente pero muy sensual. A lo que él sonriendo se acercó a mi oído.

—Soy un amante excepcional y fuera de lo común —susurró con plena seguridad.

—Mmm... suena muy tentador ciertamente... pero, ¿qué te hace pensar que eres tan bueno?

—Porque lo soy —afirmó con rotundidad—. No he tenido nunca ninguna queja y sé que, si te vienes conmigo esta noche, mañana al despertar me buscarás, pero no estaré y te aseguro que me recordarás como el mejor amante de tu vida.

Tenía que reconocer que ahora sí que se había pasado de listo y que merecía que alguien le dijera que, en el fondo, no era más que un cretino con muchos problemas de autoestima, pero, ¿y si estaba equivocada y en realidad era un amante excepcional? Tenía demasiada curiosidad como para pasar de él, aunque fuera lo único que se mereciera. Así que decidí seguirle un poco más el rollo para ver si

podía sacar algo más en claro de todo aquello.

—¿Y cómo pretendes, según tú, hacerme pasar la mejor noche de mi vida? Algo que nunca voy a olvidar... —pregunté poniendo mi voz más perversa, cosa que enseguida él captó como dándole a entender que ya me tenía comiendo de su mano.

—Me va el rollo duro —dijo directamente—. Y puedo hacerte llegar a lugares tan extremos de placer con los que jamás hubieses imaginado, utilizando el dolor como medio de transporte.

Tenía que reconocer que lo estaba haciendo muy bien. Estaba excitada y cada vez sentía más y más curiosidad por lo que me estaba ofreciendo. Entonces decidí tomar un poco la iniciativa. Lentamente llevé mi mano a su pierna, comenzado a deslizar mis dedos por su fino pantalón, subiendo por ella. Cuando estaba a la altura de su ingle noté como el bulto de su entrepierna se hacía cada vez más grande, aquella noche prometía.

—Sabes... —dije mirándole a cara mientras retiraba la mano—, a mí también me va lo duro.

Terminamos nuestras bebidas entre miradas cargadas de intención y salimos de aquel lugar. No caminamos mucho hasta llegar a su coche, un deportivo. Me subí y se dirigió a la zona alta de la ciudad. Allí paró delante de la verja de una casa de estilo modernista, preciosa y bastante aislada del resto de las viviendas de alrededor. Imaginé que así nadie podría escuchar los gritos de las pervertidas victimas que aceptaban sus juegos. Entramos en la casa y enseguida me dijo que me pusiera cómoda mientras iba a buscar alguna bebida. Le hice caso, quitándome los zapatos de tacón y sentándome en un cómodo sofá del salón principal mientras le observaba como iba hasta la cocina tipo office, abría la nevera para sacar un vino bastante caro y servía dos copas. Se acercó y me ofreció una.

—¿Dispuesta a pasar la mejor noche de tu vida? —me preguntó mientras mojaba sus labios con el vino.

—Por supuesto —contesté excitada—, lo estoy deseando.

—Pues ven, sígueme...

Comenzó a caminar hasta el fondo del salón donde unas escaleras metálicas conducían hasta el piso superior, allí se extendía una amplia habitación con un ventanal enorme. Me acerqué a mirar después de soltar los zapatos al borde de una enorme cama situada en medio de la habitación, rodeada por múltiples armarios de madera oscura. Las vistas, desde allí, eran espectaculares. Por un momento hasta sentí lo que se podía decir que eran remordimientos, pena quizás, el chico se estaba esforzando mucho para que todo fuera perfecto, pero enseguida se me pasó. Me giré y comencé a bajar la cremallera de aquel vestido rojo ajustado que llevaba puesto, dejándolo caer a mis pies. Di un paso. Mientras él también se desvestía observaba mi lencería negra de encaje. Solté mi sujetador mientras él, completamente desnudo ya, avanzaba hacía mí. No tuve tiempo de quitarme el tanga ni las medias porque enseguida llegó para cogerme a pulso y empotrarme contra aquella enorme ventana mientras comenzaba a morder mis pezones con fuerza. En ese momento, agarró mi tanga y de un tirón lo desgarró, liberándome dolorosamente de él. Rápidamente sus dedos buscaron la abertura entre mis piernas, introduciéndolos de manera súbita y violenta sin parar de moverlos a gran velocidad e introduciéndolos hasta el fondo. Por suerte para mí, ya estaba muy mojada y no tuve ningún problema en recibir ese placer repentino. No tardó en despegarme de la pared y llevarme hasta la cama donde, directamente y sin pensárselo dos veces, me lanzó. Una vez allí se abalanzó sobre mí y poniéndome su mano alrededor del cuello, apretó, obligándome a mirar cómo se lamía los dedos húmedos que había sacado de mi interior. Entonces liberó la presión que ejercía

sobre mi cuello y se marchó hacia uno de los armarios. Yo aproveché para quitarme las medias antes de que aquel bestia las destrozara como había hecho con el tanga. No tardó en regresar con un par de cuerdas negras y un pañuelo de seda rojo. Tenía muy claro lo que iba a hacer a continuación.

—¿Y la palabra de seguridad? —dije riéndome sensualmente ofreciéndole mis brazos.

—No hay palabras de seguridad —contestó mientras se acercaba cada vez más a mí—, si no querías emociones fuertes, no tendrías que haber venido...

Cogió mi brazo izquierdo y pasó por él un nudo corredizo de cuerda negra que apretó a la altura de mi muñeca y que después anudó a la cabecera de la cama, preparada ya con unas argollas metálicas doradas. Repitió el mismo proceso con mi brazo derecho y después pasó a mis pies. En unos minutos estaba completamente inmovilizada y a su merced. Saber que en ese momento podía hacer conmigo lo que quisiera me excitaba enormemente y en aquellos momentos solo deseaba que me penetrara sin parar, con violencia para que me hiciera gritar, ojalá estuviera a la altura de sus propias expectativas porque mi deseo solo iba en aumento y cada vez eran más las ansias que tenía de saciar ese ardor que corría por mi cuerpo, quemándome como la lava de un volcán enfurecido. Se puso entre mis piernas completamente erecto ya e hizo justo lo que yo quería que hiciera, me penetró sin ningún tipo de contemplación, de un solo golpe y hasta el fondo. Grité, arqueando mi espalda mientras volvía a recibir otra de sus embestidas y cuando ya creía que no podía más, puso sus manos en mis caderas y empujando hacía él volvió a penetrarme con muchísima más violencia, cosa que hizo que me corriera al instante. Pero no paró ahí, mientras seguía penetrándome cogió un vibrador negro, bastante grande, que seguramente habría dejado en el borde de la cama cuando trajo las demás cosas y, sin avisar, metió en mi culo. Sentirme penetrada así hizo que mi cabeza se volviera loca de placer, tuve varios orgasmos seguidos, me convulsioné involuntariamente sintiendo como cientos de descargas de intenso placer recorrían todo mi cuerpo, justo en el momento que él sacaba su polla de mi interior y derramaba todo su semen por mi pecho y abdomen. Quedé completamente agotada, extenuada por el cansancio, ni sabía cuántos orgasmos había tenido de manera consecutiva, apenas tuve fuerzas para expulsar aquella polla de silicona negra de mi destrozado culo, cuando él comenzó a desatar mis pies y mis manos mientras me sonreía. Pobrecito, supongo que se creía que ahora que se había corrido el juego había terminado. Una ducha y "si te he visto, no me acuerdo".

—Espero que lo hayas gozado nena —dijo intentando recuperar el aliento—. He dado lo mejor de mí. Puedes sentirte muy afortunada.

—No ha estado mal —le contesté sonriendo—, pero si te has creído que esto se ha terminado, estás muy equivocado. Ahora, es mi turno.

Se quedó un poco desconcertado cuando me avancé hacía él para utilizar las mismas cuerdas e inmovilizarlo en la cama, justo como él había hecho hacía unos momentos conmigo. Su cara pasó de sorpresa a satisfacción cuando le apreté los nudos corredizos con fuerza. Al parecer esta inversión de los roles entre amo y sumiso le comenzaba a gustar y mucho, porque por lo que pude notar golpeando contra mis piernas, el chico ya estaba preparado para volver a la acción. Cuando estuvo atado de pies y manos, comencé a jugar con él, acariciando su pecho con mis uñas, mientras comenzaba a aumentar la presión de éstas poco a poco, me encantaba ver como cambiaban los gestos de su cara entre el placer y el dolor. Eso me excitaba muchísimo y comencé de nuevo a humedecerme rápidamente. Me monté sobre él y con un gesto rápido introduje su polla dentro de mi nuevamente. Me miró extasiado de placer, mis movimientos de cadera le estaban volviendo loco,

sé que quería más y se lo di. Cogí el mismo vibrador con que él me había penetrado y comencé a acercárselo entre las piernas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo extrañado y bastante serio.

—Jugar, no hemos venido a eso...

—Para, eso no me gusta.

—¿Acaso me preguntaste tú a mí si eso me gustada? Porque no lo recuerdo...

—Di por supuesto...

—Mal.

Empuje el vibrador con todas mis fuerzas y este, resbaladizo como estaba se introdujo en su cavidad anal rápidamente después de un grito de dolor intenso. Escucharle me excito muchísimo y volví a correrme nuevamente mientras le escuchaba gemir de dolor. Entonces lo dejé allí atado y me bajé de la cama. Me fui a uno los armarios para mirar que escondía aquel pervertido. Me sorprendí gratamente al ver que poseía un gran arsenal de elementos de placer y tortura, pero uno de ellos me llamó la atención, una fusta de madera que sería excelente para azotar al que ahora se había convertido en mi indefenso anfitrión. Cogí la fusta y volví a la cama, pero antes de llegar vi, tirado en el suelo, el tanga que él me había arrancado con tanta violencia. Lo recogí, aún estaba mojado. Me subí encima suyo, cabalgándole, pero sin dejar que me penetrase, solo frotando mis labios contra su muy erecto miembro que no paraba de buscar la manera de entrar dentro de mí. Entonces fue cuando le di con la fusta, un golpe fuerte en el muslo, seco, él se tensó por el dolor.

—Pero, ¿qué más quieres de mí? —dijo llorando— suéltame, por favor.

—Enseñarte modales, ¿tú has visto como me has dejado esto? —le dije mientras extendía el tanga destrozado delante de su cara. —¿Sabes lo que vale? —volví a preguntar mientras le golpeaba nuevamente en la misma zona.

—Mira loca del coño —dijo muy cabreado, intentado soltarse tirando de las cuerdas—, suéltame o juro que te mato. Ya me tienes arto con tus jueguecitos. Si estás así por unas putas bragas, te compras otras.

—¡No son bragas! —grité enfadada golpeándole repetidas veces más, mientras a él se le saltaban nuevamente las lágrimas—. Se trata de un tanga bastante exclusivo, aunque claro tú que vas a saber de sutileza... pero bueno creo que quizás me he pasado un poco, ¿me perdonas?

Solté la fusta y miré su muslo, estaba muy rojo, a punto de comenzar a sangrar. Me bajé de la cama y comencé a besar la herida mientras él me pedía que le soltase.

—Tranquilo, el dolor pasará —le susurré mientras comenzaba a subir hacía su boca donde le besé repetidas veces con cariño.

—¡Estás loca! —me volvió a gritar— ¡Suéltame inmediatamente puta!

—No te han dicho nunca que no se deben decir palabrotas delante de las señoritas...

Hice una pequeña bola de tela con el tanga roto que tenía aún en mi mano y se lo introduje lentamente hasta el fondo de su garganta. Le di un último beso en la mejilla y me dispuse a recoger mi ropa, la cual se encontraba tirada por toda la habitación. Le miré mientras me colocaba el sujetador y me enfundaba nuevamente en mi ajustado vestido. Me puse los tacones y subí la cremallera. Mientras él exhalaba su último aliento bajé por las escaleras de metal y le alejé de aquel lugar, aún bastante excitada.

4

—Buenos días, corazón —me dijo Ian besándome en los labios—, anoche llegaste un poco tarde ¿no?

—Sí, tienes toda la razón —le contesté desperezándome lentamente—, me encontré con unas amigas y nos fuimos a tomar unas copas. Aunque no te podrás quejar, sé que te desperté, pero creo que te lo compensé sobradamente —le dije sonriéndole mientras llevaba mi mano entre sus piernas.

—No tengo ninguna queja, me voy a la ducha, bicho —me contestó sonriendo y volviéndome a besar.

Era todo un experto en fugas. Aquella mañana de domingo comenzó muy soleada, era perfecta para salir y pasear tranquilamente por las calles de la ciudad. Cuando Ian salió de la ducha y entré yo le propuse salir un rato a pasear y desayunar en alguna cafería. Ian estuvo encantado con la idea, también necesitaba despejarse y cuando los dos estuvimos preparados salimos de casa. Paseamos tranquilamente, disfrutando de aquel sol que calentaba nuestros rostros y hacía que, momentáneamente, olvidara cualquier cosa para tan solo gozar de aquel pequeño instante de paz. Seguimos paseando hasta que llegamos a una de nuestras cafeterías preferidas y nos sentamos en su terraza para desayunar, un café con leche acompañado de alguna pasta de chocolate. Aquella cafetería nos encantaba a los dos, allí pasamos muchas horas conociéndonos al principio de nuestra relación. Él era muy introvertido, siempre estaba con la cabeza metida entre la pantalla y el teclado de su ordenador, pero poco a poco yo le enseñé que también podía meterla entra mis piernas y he de reconocer que no lo hacía mal después de todo. La mañana transcurrió muy apacible sin que ninguno de nuestros teléfonos sonara, cosa que agradecí infinitamente. Salimos de la cafetería un rato más tarde y volvimos a casa.

Habíamos terminado de comer cuando nos sentamos en el sofá del salón, tranquilos. Con toda probabilidad alguno de los dos, o los dos, terminaríamos dormidos. Ian encendió la televisión sin poner nada en concreto y comenzó, como siempre hacía, a cambiar los canales aleatoriamente, era algo que me molestaba sobremanera, pero esta vez allí, apoyada contra su pecho, no discutí. Ian seguía cambiando los canales hasta que se detuvo en el canal de noticias locales.

"... el muerto, vecino del barrio de Astoret apareció asfixiado en su cama. La policía cree que puede tratarse de un crimen pasional, aunque tampoco descartan otras líneas de investigación. Al parecer la víctima, residente del barrio, llevaba una vida bastante apartada del resto de sus vecinos y no parece que haya testigos que puedan ayudar en la investigación. Por otra parte..."

En ese momento Ian apagó la televisión, quedándose muy pensativo, mirando a la nada.

—Cariño, ¿estás bien? —le pregunté un poco preocupada.

—Sí... no entiendo este mundo... la gente quita la vida a otra gente, aquí al lado de casa, ¿cómo podemos vivir tranquilos? Sabiendo que hay un asesino paseándose tranquilamente por nuestras calles, ¿y si nos lo hemos cruzado esta mañana? ¿Qué debe suceder en la cabeza de alguien para que sienta ese impulso de arrebatarle la vida a otra persona? No entiendo nada...

—La gente muere todos los días, no es algo que podamos controlar.

—Lo sé, pero aquí, tan cerca... me dan escalofríos solo con pensar que ese monstruo pueda vivir

cerca de nosotros. Esperemos que lo pillen pronto y se pudra en la cárcel.

—No te preocupes más, además yo sé cómo arreglar esto —dije mientras me sentaba a horcajadas encima suyo y comenzaba a mover las caderas—. Estoy segura de que puedo hacer que se te olvide todo este mal rollo.

Ian, muy dulcemente, puso sus manos en mis caderas y me apartó a un lado mientras me daba un pequeño beso en los labios.

—Lo siento María, ahora mismo no me apetece.

—Claro por supuesto, no te preocupes —dije sin sentirme ofendida por ello, estaba acostumbrada a arreglar todo con el sexo, pero Ian era diferente en ese sentido—. Por cierto, ya que hablamos del tema, has dicho asesino, ¿crees que ha sido un hombre?

—Por supuesto —afirmó categóricamente—. Tú, como yo, has visto la fotografía que han mostrado de la víctima, alto, fuerte... no creo que una mujer haya podido acabar con su vida y menos mediante la asfixia, se necesita mucha fuerza para ello.

—Pues yo creo que una mujer es perfectamente capaz de matar a un hombre, aunque a priori tenga menos fuerza que él —argumenté mientras me ponía en pie y comenzaba a caminar por el salón—. Más vale maña que fuerza, cariño.

—Te prometo que no es lo que insinúas, no se trata de machismo. Pero es obvio que un hombre, por genética, es mucho más fuerte que una mujer, perdón, que la mayoría de las mujeres. Así que por eso digo que el asesino es un hombre.

En ese momento me acerqué a Ian por el lateral del sofá donde se encontraba recostado y rodeé su cuello con una de mis medías que había cogido del montón de la ropa limpia que había doblada encima de la mesa del salón.

—¿Decías, cariño? —dije mirándole a los ojos mientras le sonreía poniendo mi mejor carita de niña mala y manteniendo la presión sobre su cuello.

Ian estaba desconcertado, quizás me estaba pasado con la broma, pero entonces él me agarró por las muñecas y me empujó hacia delante de un tirón repentino y seco. Mis calcetines resbalaron con el parqué y perdí el equilibrio, solté las manos de la media y caí encima de su pecho. Ian salió rápidamente de debajo de mí y se puso encima apresando mis brazos con sus manos. Sin mediar una sola palabra agarró mis pequeños pantalones de estar por casa y estiró de ellos, llevándose consigo mi ropa interior, dejándome desnuda de cintura para abajo. Después sacó su polla de dentro de sus pantalones y me penetró. Grité, un grito que fue ahogado por la mano de Ian que rápidamente tapó mi boca. Sus embestidas eran cada vez más enérgicas y rápidas. Yo con su mano en mi boca aún, chupaba sus dedos de forma desesperada, estaba loca de deseo. El ritmo comenzó a aumentar, me corrí mientras el seguida dándome más y más fuerte. Me había cogido por los tobillos y tenía las piernas tan pegadas al cuerpo que pensé que algún momento se iban a partir, mientras él no dejaba de penetrarme sin parar. Cuando terminó yo lo había hecho dos veces más y estaba completamente agotada. Se incorporó con mi media aún en su cuello y se dirigió al bañó mientras yo le miraba ese culito tan bien puesto que tenía. Me quedé allí tirada, con las piernas doloridas, pero completamente alucinada de que Ian hubiese roto su regla de no hacerlo de día y más con las ventanas abiertas y a aquellas horas. Mientras recogía del suelo los pantalones y las bragas pensé que quizás Ian había descubierto una filia con la que jamás había experimentado y eso me excitó muchísimo más.

A eso de media tarde recibí una llamada de mi querida amiga Kayla, diciéndome que quería quedar conmigo y ponernos al día, ya que llevábamos casi una semana sin vernos. Kayla era una de

mis mejores amigas y una reportera intrépida que siempre estaba al corriente de las últimas noticas. Trabaja para un reconocido periódico de tirada nacional y siempre estaba enfrascada en alguna investigación que no podía contarme, aunque casi siempre conseguía hacerla hablar ya que, a Kayla, con algunas copas de más, se le soltaba la lengua muy rápido. Comí algo ligero, me arreglé un poco, me puse un vestido cómodo, un poco de maquillaje discreto y me dispuse a salir. Habíamos quedado en un bar musical que a Kayla y a mi nos encantaba ir, buena música sin ser demasiado alta como para no dejarnos hablar y por supuesto, muy buenos cócteles. Dejé a Ian viendo una de sus series japonesas que tanto le gustaban y salí de casa.

Kayla ya estaba allí cuando llegué. Nos saludamos con un fuerte abrazo seguido por un pequeño beso en los labios y nos sentamos dispuestas a ponernos al día.

—¿Qué tal estás? —le pregunté a Kayla sonriente—. Hace días que no sé nada de ti.

—Lo sé y te pido disculpas —contestó algo seria—, llevo unos días investigando sobre un tema bastante sórdido y no he tenido mucho tiempo para nada.

—¿De qué se trata? —pregunté curiosa y expectante.

—Sabes que no puedo contarte nada María... así que no me preguntes más. Además, no he quedado contigo para hablar de trabajo, quería saber cómo le iba al putón de mi mejor amiga —dijo entre carcajadas mientras nos servían nuestras copas.

—Pues genial —afirmé—. Con Ian todo es ideal, si te contara lo que me ha hecho hoy... y por lo demás bien, en mi línea ya sabes, complaciendo a los clientes.

Kayla sabía a lo que me dedicaba y nunca me había juzgado por ello. También sabía que le había sido infiel a Ian, no tantas como en realidad sí habían sido, pero tampoco me daba lecciones de moral. Simplemente estaba ahí cuando la necesitaba y viceversa, y eso nos servía a las dos.

—Pero, ¿qué te ha hecho? Que tienes esa cara tan iluminada...

—Mmm, me ha pegado una polvazo en el sofá del salón a mediodía que he tenío tres casi orgasmos seguidos.

—¿En el salón? ¿A mediodía? Este no es mi Ian, me lo han cambiado, ¿qué has hecho con él confiesa?

—No sé cómo explicarlo, yo he sido la primera sorprendida, quizás he descubierto una puerta que... tengo que seguir investigando, como haces tú.

—Bueno si averiguas cual es el truco me lo explicas eh, que yo también necesito que alguien me eche un buen polvo.

—Pero si tú puedes tener a la tía que quieras, eres una mujer espectacular, lista, bella, sexy y bastante guarrilla también —dije riéndome con ella—. Si no follas es porque no quieres, bonita.

—Ojalá... —suspiró—, pero es que últimamente no tengo tiempo de nada, hoy es mi primera noche libre en días y todo por esa maldita zorra...

—¿Que maldita zorra? Cuéntamelo, cuéntamelo, cuéntamelo...

—Está bien, está bien —dijo Kayla para que me callase—, pero cállate cansina. A ver... ¿has oído la noticia del chico que ha aparecido muerto en Astoret?

—Si lo hemos visto hoy en la televisión local, un crimen pasional...

—¡Un crimen pasional y una mierda! —dijo malhumorada—Eso es lo que ha transcendido, pero hay mucho más detrás, pero no se trata de un crimen aislado, se cree que se trata de una puta asesina en serie.

—Una mujer... —dije pensado en cómo iba a cerrar la boca a Ian cuando lo tuviera delante.

—La asesina de La Perla comienzan a llamarla en el entorno policial, un mal bicho. Se cree que no es la primera vez que mata y por supuesto, que no será la última. Hace tiempo hubo un crimen muy parecido en esta ciudad... —Kayla respiró profundamente antes de seguir— Llevó a toda la policía de culo intentando atraparla, pero las pruebas nunca fueron concluyentes y no hubo testigos que la relacionaran con la víctima.

—¿La asesina de La Perla? —dije más sorprendida aún.

—Siempre deja una prenda de esa carísima marca de ropa interior en sus víctimas... en esta última, en su garganta.

—Si qué sabes cosas relacionadas con el caso... has tenido que estar investigando muy a fondo para ello.

—Tengo mis fuentes. Cuando estalle todo y se sepa que hay más de una víctima, el periódico quiere ser el primero en aportar toda la información que sea posible sobre el caso. Además, dejémoslo, creo que he hablado más de la cuenta. Y tú qué, cuéntame, ¿algo nuevo en el mundo de los pervertidos?

—Claro, claro, tú no me preguntes por mi pintura... —respondí fingiendo estar enfadada—, tú directa al tema.

—Eres toda una artista, sé que con la pintura te va bien, pero me atrae más el otro mundo sórdido y oscuro.

—El otro día vendí uno de mis tangas usados a un claval, ahora, te puedo asegurar, que no era de La Perla, ni mucho menos —aseguré riéndome a carcajadas.

—La gente está muy mal, ¿no? —dijo Kayla con aire pensativo mientras acababa su segunda copa.

—Por lo que a mí respecta, no hace mal a nadie. Si disfrutan machacándosela con el olor de mi coño, ¿quién soy yo para impedírselo? Además, si no me lo piden a mí, se lo pedirían a otra y el dinero extra me viene genial.

—Que bestia eres María... pero sabes, me encanta tu manera de pensar. Voy a tener que plantearme vender mis braguitas yo también.

—Eh, eso sería competencia desleal, puta —dije dándole un puñetazo en el brazo.

—Ay, vale, vale —dijo tocándose la zona golpeada y poniendo carita de pena—, cualquiera se pone en tu contra, hija. Más vale tenerte como amiga...

—¿Te he hecho daño? —pregunté mientras me acercaba a ella y le daba varios besos en el brazo.

—Ya estoy mejor... —contestó mientras se mordía los labios.

—Si quieres, puedo consolarte mejor... —susurré al oído mientras mi mano se deslizaba suavemente por su cadera—, sabes que jamás te haría dañó a propósito...

En ese momento un chico que pasaba por delante de nuestra mesa se quedó mirándonos boquiabierto y cuando se dio cuenta de que le estaba mirando fijamente, se puso rojo como un tomate y se marchó avergonzado. También Kayla fue consciente de lo que estaba pasando.

—Lo sé María, no te preocupes —dijo despegándose un poco de mí un tanto sofocada—. Creo que he bebido demasiado y mañana tengo que levantarme temprano.

—Claro, yo también tengo que preparar cosas, nos vamos unos días a la playa.

—Estupendo, disfrutarlo. Nos llamamos para volver a vernos pronto, ¿vale?

—Vale, en cuanto vuelva de la playa te aviso y para que volvamos a quedar.

Me hizo un gesto afirmativo lleno de cariño y salimos del bar. En la calle nos despedimos con un

fuerte abrazo, pero esta vez sin beso en los labios, Kayla aún estaba algo sonrojada. A mí me hubiese gustado saber qué es lo que estaba pensado en aquellos momentos, pero se despidió rápidamente, alejándose por la acera en dirección contraria a la mía.

5

Era lunes y, tal y como había ocurrido durante toda la semana pasada, amanecía con un día soleado y sin una sola nube en el horizonte. Ian se había cogido unos días de vacaciones y nos disponíamos a pasarlos en un apartamento en la playa. Habíamos tenido mucha suerte al encontrarlo, era barato, coqueto y en primera línea de mar. A media mañana ya teníamos preparadas un par de maletas pequeñas con algunas mudas de ropa, toallas y demás enseres que cargamos en el coche dirigiéndonos hacia la costa. Apenas tardamos un par de horas en llegar. Allí habíamos quedado con una chica rubia, super mona, que nos entregó la llave del apartamento que habíamos alquilado durante toda la semana. Los primeros días habían transcurrido muy apacibles. Por las mañanas tomando el sol y dándonos unos refrescantes baños en aquel mar en calma y por las tardes paseando por las calles de aquella bonita localidad y disfrutando de sus terrazas y su animado ambiente nocturno. Aquella noche, sentada en la terraza del apartamento, mirando al mar, me sentí inspirada. Siempre llevaba conmigo, allí donde fuera, un cuaderno de dibujo por si, como en aquella ocasión, sentía el impulso de crear algo. Cogí un pequeño carboncillo y me dispuse a trazar pequeñas rayas en aquella hoja en blanco.

Había terminado la carrera de Bellas Artes hacía unos años, ya que la pasión por la pintura me venía desde muy pequeñita. Recordaba que siempre llevaba conmigo una caja con lápices de colores y un pequeño cuaderno donde retrataba todo lo que se me venía a la mente y que después regalaba a todos lo que me rodeaban para que admiraran mi arte. Entonces me vino a la mente los primeros meses que viví con Ian en el piso. Tenía una sola habitación llena de caballetes y pinturas que muchas veces acababan esparcidas por el resto de la casa. Allí pasaba horas intentando crear algo que me llenase como persona y que me hiciera crecer como artista. Mientras eso llegaba, trabajaba en lugares temporales para poder sobrevivir, pero sin demonstrar demasiado interés por ninguno de aquellos trabajos. Fue una época algo oscura para mí, y eso se reflejó en mis pinturas, donde predominaba más el negro y el rojo que cualquier otro color. Un día, a través de una compañera de universidad conocí a Pol, un marchante de arte al que convencí, después de una gran noche de alcohol y sexo, para exponer alguno de mis cuadros en una pequeña galería de mi ciudad. Fue allí, donde uno de esos cuadros se vendió. Una de mis obras más oscuras, “La noche sin estrellas”. Un cuadro que representaba una ciudad vista desde una ventana, con un cielo oscuro y las calles bañadas por un río rojo donde la gente nadaba para intentar salvarse. El comprador pagó una gran suma por aquel cuadro y eso me permitió alquilar un pequeño estudio no muy lejos de mi casa donde trasladé todo mi taller, dejando por fin nuestra casa libre de mis trastos. Se trataba de una planta baja amplia y diáfana, de grandes ventanales en la parte superior de las paredes donde solo había una pequeña cocina al final y un baño con un pequeño plato de ducha. El resto de local era una única habitación sin columnas ni tabiques ideal para colocar mis caballetes y lienzo de varios tamaños. No había ningún otro tipo de mobiliario, exceptuando algunos armarios donde guardaba varios utensilios para realizar mi trabajo. Ahora, aquel mismo comprador había encargado a la galería dos cuadros más siguiendo la misma temática que aquella “Noche sin estrellas”, para poder completar así su colección. Pol había dado su palabra que los tendría antes de que finalizara el año, pero llevaba ya

unos meses sin que fluyeran las ideas por mi cabeza. De vez en cuando, me pasaba por el estudio para intentar esbozar algo que se asemejase a aquel cuadro, pero terminaba marchándome sin haber ensuciado ningún pincel. Quizás, el momento de felicidad por el que estaba pasando, no encajaba con aquel mundo tan oscuro como el que había retratado en el cuadro anterior, pero algo en mi interior sabía que podía ser capaz de lograrlo puesto que, si buscaba a consciencia, estaba segura que algo de oscuridad podía encontrar dentro de mí.

—Muy bonito el dibujo —dijo Ian apareciendo detrás de mí—, oscuro pero bonito. Me recuerda a la "Noche sin estrellas".

—Sí, ¿verdad? Creo que voy por buen camino, pero creo que le falta algo más...

Entonces, como llevada por un impulso irracional, cogí a Ian por el culo y lo acerqué súbitamente hasta mí, para besarle la polla por encima de su bañador negro. Mientras, mis manos comenzaron a acariciársela para que se le pusiera dura. De repente estaba eufórica y tan solo deseaba chupársela para que me entregara todo lo que tenía dentro, lo necesitaba, necesitaba sentir su semen caliente inundando mi boca. Ian se quedó muy sorprendido y comenzó a mirar a su alrededor. Estábamos en la terraza, pero el sol ya se había escondido hacia unas horas y no era muy probable que nadie pudiera estar viéndonos. Ian hizo un gesto para apartar mis manos, pero yo fui más rápida que él y con un veloz movimiento se la saqué de dentro del bañador, estaba ya con una semi erección y me la metí en la boca. Entonces comencé a seguir su contorno con mi lengua, succionando lentamente, haciendo presión como yo sabía que a él le gustaba. Estaba tan caliente que, involuntariamente, comencé a tocarme por encima de la ropa, sintiendo como el calor iba creciendo cada vez más dentro de mí.

—Para María, alguien podría vernos. Sabes que no me gusta hacer estas cosas así —dijo Ian mientras me cogía por los brazos y me obligaba ponerme en pie.

—¡Tal vez prefieras que te ponga una media en el cuello para que te apetezca alguna vez! —contesté malhumorada mientras entraba en el apartamento.

En un momento me había enfundado en un vestido ligero y me había pintado los labios, dispuesta a salir. Necesitaba despejarme y bajar aquella tensión sexual que me corría por dentro. Ian entraba de la terraza cuando yo estaba abriendo la puerta para salir de allí.

—¿A dónde vas? —preguntó con tono arrepentido.

—Necesito despejarme, voy a tomar algo, no creo que tarde mucho.

—Lo siento María, pero ya sabes...

—No te preocupes, todo está bien —afirmé mientras cerraba la puerta tras de él y me marchaba escaleras abajo.

Llegué a la calle sofocada y respiré profundamente, la brisa del mar consiguió que me calmase momentáneamente. Anduve unos pasos hasta llegar al paseo marítimo y comencé a caminar por él mientras que, de fondo, el ruido de mar tranquilizaba mi mente. A lo largo de aquel paseo había muchos bares de donde salían todo tipo de canciones, música a todo volumen que se mezclaba con mucha gente bastante afectada por el alcohol que gritaba o berreaba palabras ininteligibles. «Por lo menos ellos no piensan en nada», me dije a mi misma sintiendo un poco de envidia. Después pensé que, si me lo proponía, en media hora podía estar como ellos o peor, pero no me apetecía emborracharme, me sentía tan frustrada que solo quería que me follaran tan fuerte que me hiciera perder la cabeza, que alguien, al que no conociese de nada, me tratase como un objeto al que usar y después dejar tirado, sin explicaciones, sin caricias, sin besos... solo sexo puro y duro, sobre todo

duro. Seguí caminado hasta que llegué delante de un chiringuito a pocos metros de la orilla de la playa. Allí bajo un montón de bombillas de colores, la gente descalza, bailaba y bebía sobre aquella arena que aún conservaba algo de calor. Me descalcé y enterré mis pies bajo la arena y me sentí mucho mejor. Me acerqué a la barra y pedí un combinado de frutas tropicales con una fuerte graduación en alcohol. Mientras comenzaba a tomar mi bebida, me dejé llevar por el ritmo de la música y empecé a mezclarme con toda la gente que allí se encontraba, tratando de buscar a ese alguien que me poseyera allí mismo. Sabía que, por mucho que no quisiera, acabaría bastante afectada por el alcohol. Aquella bebida era bastante fuerte y una vez terminada comencé a sentirme algo mareada, cosa que no me importó, mejor pensé, más vulnerable estaría para el que quisiera aprovecharse de mí, aunque por muy raro que pudiese parecerme nadie lo hubiese intentado aún. Pero si antes lo pienso hasta sucede, de repente sentí como unas manos fuertes me agarraban por el culo, apretándolo con fuerza mientras una boca comenzaba a besarme el cuello. Sí, aquello era lo que estaba deseando y necesitaba más, muchísimo más. No pude ver su cara mientras me empujaba hacia la arena, alejándonos de las luces mientras comenzaba a notar un bulto muy duro clavándose en mi culo. Lo que sí pude notar fue un olor muy peculiar, no se trataba de ningún perfume que yo pudiera conocer sino más bien el olor a canela que penetró en mis fosas nasales, aumentando mi lívido aún más si cabía. Llevé mis manos hacía atrás para poder inspeccionar mejor aquella maravilla que presionaba mi cintura y, efectivamente, corroboré que aquella iba a ser una gran noche. Mientras él seguía mordiendo mi cuello, deslizó su mano entre mis piernas, levantando mi ligero vestido para meterla por debajo de mis pequeñas bragas azules. No le hizo falta acariciar mucho para notar que estaba preparada para cualquier cosa que pudiera ofrecerme, estaba muy excitada, sintiendo sus jadeos en mi oído. Pensé que en ese momento me lanzaría contra la arena y me poseería allí mismo, pero no fue así. Tal y como estaba detrás de mí, con uno de sus pies hizo que separara los míos y entonces antes de darme tiempo a reaccionar, me ladeo las bragas y me penetró desde atrás sin apenas inclinarme. Increíble fue todo lo que pude pensar. Eran penetraciones duras, pero rápidas, un bombeo continuo que hizo que me corriese mucho más pronto de lo que yo misma pensé. Entonces paró y comenzó a sacármela lentamente mientras yo no dejaba de temblar pidiendo por todos los infiernos que no hubiese terminado ya. Deslizó las manos por debajo de mi vestido hasta llegar a mis pechos, rodeó mis duros pezones con sus dedos y entonces los apretó con fuerza mientras volvía a penetrarme hasta lo más profundo. Grité y al poco volvía tener un fuerte orgasmo que casi hizo que las piernas me fallasen quedándose lánguidas y sin fuerza. Menos mal que él me sostenía, pero en vez de apiadarse, continuó penetrándome sin ningún tipo de piedad hasta que se corrió dentro de mí. Sentí como su semen caliente inundaba todo mi interior y como después de sacármela, resbalaba por mis labios para terminar en la arena. Apenas podía sostenerme en pie cuando él me soltó y, con un último beso en el cuello, se alejó de la playa. Tardé unos cuantos minutos más en poder recomponerme y colocarme bien el vestido y aquellas bragas manchadas de semen. Volví al paseo con la intención de volver al apartamento y mientras me aleja de aquel lugar pensé en que ni siquiera le había visto la cara a aquella persona que acaba de follarme como nunca lo habían hecho y, por una vez en mi vida, me arrepentí de no saber más acerca de aquel extraño de la playa.

6

Desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron sentí una atracción muy fuerte por aquella mujer de ojos de gata que me miraba tan sensualmente. Ella estaba en la pista, bailando de forma provocativa con un pequeño vestido que no paraba de subírsele al tiempo que contorneaba ese pequeño cuerpo hecho para el pecado, mostrando algo más que sus esbeltas piernas. Yo no podía dejar de lanzarle miradas cargadas de deseo y ella me las devolvía de forma tan lasciva y sucia que enseguida me puso a cien. Si estaba jugando conmigo lo estaba haciendo de una manera excepcional porque yo estaba ya muy caliente y eso que nos separaban más de diez metros. Quería besar su piel y encenderme con ella hasta que acabásemos quemándonos juntas, pero cuando estaba pensado en levantarme para acercarme hasta allí y comenzar yo también a jugar, fue ella la que tomó la iniciativa y vino hasta el asiento de la barra donde yo me encontraba. He de reconocer que me encantó aquella reacción, era toda una depredadora, cuando la vi llegar intenté aplacar los deseos que ya corrían entre mis piernas para representar el papel de víctima tímida y asustada, quería saber hasta dónde podría llevarme el no ofrecer ningún tipo de resistencia. Nada más llegar hasta mí puso su mano caliente en mi muslo, justo por debajo de la falda y se acercó a mi cara más de lo que le protocolo social dictaminaba para aquella situación en la que nos encontrábamos, posiblemente con la excusa de que pudiera escucharla bien, debido al volumen tan alto al que estaba sonando la música en aquellos momentos.

—Hola pequeña —me susurró muy cerca del oído con la voz tierna y aterciopelada—, ¿qué haces aquí tan solita?

—Acabo de romper con mi novia y he venido aquí, a ahogar las penas —mentí con voz algo triste e inocente.

—Pobrecita —dijo apartando el pelo de mi cara—, no te preocupes, yo me voy a encargar de que olvides a esa zorra. Ven, vamos a un lugar más reservado y hablamos un poco más tranquilas.

Me cogió de la mano e hizo que la siguiera hasta el fondo del local, donde había unos amplios sillones apenas iluminados que ofrecían bastante intimidad. Aquello no podía ir mejor, la chica era preciosa y seguro que debía de ser una diosa en la cama. Mis pensamientos se volvían cada vez más oscuros, pervertidos, pero traté de refrenarlos y ver, ya que ella era la que había tomado la iniciativa, hasta donde era capaz de llegar. Nos sentamos en la penumbra y apenas unos segundos después ya tenía su lengua dentro de mi boca. La correspondí. Me gustó la manera que tenía ella de "hablar un poco más tranquilas". Fue un beso muy húmedo y caliente, nuestros alientos se mezclaron mientras que nuestras manos, inquietas, comenzaba a recorrer parte de nuestros cuerpos ansiosos de llegar a más. Cuando mis dedos llegaron hasta su ropa interior, pude comprobar que estaba igual que yo, muy mojada. Comencé a acariciar sus labios húmedos centrándome en poner especial interés en su clítoris, cosa que a ella le encantó a tenor de los pequeños gemidos que se escapaban de su boca cada vez que presionaba suavemente sobre él. Ella hizo lo propio conmigo, deslizó sus dedos entre mis piernas las cuales yo separé dándole total acceso a mi anhelante sexo. Ella optó por no perder el tiempo en preliminares y apartó directamente mi ropa interior, estaba tan mojada que apenas pudo detenerse en caricias y pasó directamente a penetrarme con dos dedos. Nuestras lenguas jugaban de

una manera tan deliciosa como lo hacían nuestros dedos que hicieron que alcanzáramos el orgasmo rápidamente. Había sido una experiencia tan intensa, que solo deseaba saber cómo iba a continuar. Lentamente, retiramos nuestros dedos completamente mojados para ofrecérnoslos la una los de la otra y así poder sentir ese agradable y dulce sabor que surgía de nuestro ardiente interior.

—Mmm me encanta tu manera de hablar... —dije muy excitada—, eres muy convincente.

—Mmm pequeña, eres increíble —me susurró al oído después de lamer el lóbulo de mi oreja—. No entiendo cómo han podido dejarte marchar...

—No todas las relaciones acaban bien, pero ¿sabes que te digo? Que ella se lo pierde... y tú lo ganas —le contesté lamiendo mis dedos—, además me alegro, porque he tenido un orgasmo increíble.

—Mmm lo sé, lo he sentido y eso ha hecho que yo también me corra. Sabes, ahora lo único que me apeteces es estar completamente desnuda y que tu largo rubio pelo sea lo único que me cubra mientras me com...

No la dejé acabar, me abalancé sobre ella y comencé a besarla con violencia. Mordí sus labios con fuerza hasta casi hacerla sangrar y lamí su cuello con tanta pasión que llevaría mis marcas durante bastantes días. Ella se dejó llevar y levantó mi vestido hasta dejar mi culo al descubierto, apretándolo con fuerza mientras me devolvía esos besos tan cargados de intención. Entrecruzamos nuestras piernas para que nuestros sexos comenzaran a frotarse por encima de nuestra ropa interior, que ya sobraba. Nos deseábamos cada vez más, nos necesitábamos, pero el lugar no era el indicado como para dejarnos llevar por completo. Muy a mi pesar, volví a meter mi lengua en la boca y me acomodé el vestido de nuevo en su sitio. Ella, que había leído la situación a la perfección, hizo lo propio.

—Demasiadas miradas indiscretas, ¿nos vamos de aquí? —propuse.

—Sí, necesito que apagues este incendio que arde entre mis piernas. Te deseo tanto...

Salimos del local. En medio de la calle la brisa de la noche golpeó nuestros sonrojados rostros, aliviando momentáneamente las ansias de comernos allí mismo. Me dijo que la esperara allí, que iba a buscar el coche y que pasaba a buscarme enseguida. Me quedé sola, pensando en la suerte que había tenido al encontrar a aquella belleza tan joven y llena de deseo. Estaba segura de que aquella espectacular noche terminaría justo y como yo ya la tenía planeada en mi cabeza, tan llena de sexo ardiente y alcohol que apenas recordaríamos a la mañana siguiente todas las cosas que estaba dispuesta a hacerle, ella bien lo valía. Me acerqué hasta el retrovisor del coche más cercado que vi y miré el aspecto que llevaba, mi pintalabios casi había desaparecido por completo y no era de extrañar. Saqué de mi pequeño bolso mi barra de labios, un rojo intenso mate que me encantaba y volví a pintármelos para estar preparada para lo que estaba por llegar, que por lo que había pasado en aquel reservado, iba a ser algo increíblemente sucio y pervertido, justo como a mí me gustaba.

—¿Dulce? ¿Eres tú? Preguntó una voz masculina a mis espaldas.

Me sobresalté. Me giré lentamente y allí, delante de mí, encontré a un chico alto y moreno, de complexión atlética y muy guapo. Delante de mí estaba Ian.

—¡Ian, que sorpresa! Tú por aquí...

—¡Dulce, que alegría volver a encontrarte! —respondía mientras me daba un fuerte abrazo—. Estás igual que hace unos años, con ese pelo largo y rubio que tanto me gusta y sobre todo con esos ojos de lobo tan bonitos y exóticos. Estás preciosa.

—Veo que no has cambiado nada Ian, tan encantador como siempre.

—Sabes, me hace ilusión que nos hayamos encontrado de nuevo desde que te marchaste de la ciudad, cuanto hace ¿dos años ya?

—Tres, tres años desde que nos vimos por última vez.

—Te habrán pasado muchas cosas desde entonces, ¿te apetece que nos pongamos al día?

—¿Ahora? ¿No crees que es un poco tarde?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

«Pues sí, irme a la cama con una belleza y hacer que tenga un orgasmo de muerte», pensé, pero a pesar que aquella idea no paraba de rondarme por la cabeza, aquella mujer no apreció y, a no ser que tuviera el coche a las afueras de la ciudad, me había dado plantón. Pero aquello no lo iba a dejar ahí, quizás había tenido alguna urgencia y había tenido que marcharse corriendo. Tendríamos que aplazar aquella excitante cita para otra noche y como sabía dónde encontrarla, tarde o temprano volvería a cruzármela para terminar lo que aquella noche habíamos empezado.

Al parecer Ian tenía razón, en aquellos momentos no tenía nada mejor que hacer salvo marcharme a casa, así que decidí aceptar la invitación que me ofrecía.

Los primeros rayos de sol de la mañana aparecieron por encima de los edificios mientras Ian y yo estábamos sentados en el banco de un parque hablando de todo un poco y de nada en concreto, pasando casi todo el tiempo mirándonos y recordando algunas de las cosas que habíamos hecho cuando yo aún vivía en el barrio.

—¿Estás con alguien? —pregunté directamente.

—... pues sí, estoy con alguien en estos momentos.

—¿Y esa duda al principio? ¿No estáis bien?

—Sí que lo estamos... nos llevamos bien y es muy buena niña... yo la quiero...

—¿Pero? Siempre hay un "pero"... a ver dime, ¿qué es lo que pasa?

—Bueno verás, está relacionado con... bueno con el sexo —comenzó a decir con la cara enrojecida—, ella es demasiado... como diría yo... directa. No le importa el lugar, ni si pueden estar observando, solo le interesa el instante. Recibir el placer en ese momento sin importar nada más... y eso a mí me incomoda mucho.

—¿Te das cuenta que ese es el sueño de cualquier hombre? Una mujer pervertida que quiera darte placer en cualquier lugar sin dar importancia al qué dirán los demás. La verdad es que no veo el problema Ian, además no te recordaba yo tan mojigato.

—¡No soy un mojigato! —contestó molesto— es que no todo vale en según qué sitios o en según qué lugar, hay una cosa que se llama sentido del decoro o simplemente tener un poco de vergüenza.

—¿Y todo esto lo sabe ella? Porque imagino que ya lo habrás hablando y que no hay forma de hacerla cambiar de opinión, ¿no?

—Bueno hablar, lo que se dice hablar, no lo hemos hablado. Pero ella sabe cómo me siento en esas situaciones y sigue insistiendo en ponerme en ellas. Hemos pasado unos días en la playa, donde ella ha insistido en hacer ciertas cosas que a mí no me convencían, discutimos. Y a la vuelta todo está un poco más tenso. Pero, si he de serte sincero, hay algo que me tiene más preocupado aún, creo que me oculta algo...

—¿Algo? A que te refieres exactamente con "algo", ¿crees que te ha sido infiel?

—No lo sé, espero que no —dijo seguido de un largo suspiro—. Lo que sí sé es que necesita mucho más de lo que yo puedo ofrecerle, de eso sí que estoy seguro. Cuando cree que no estoy

prestando atención, la escucho el en baño, en la habitación, parece que necesite el sexo a todas horas del día y eso me desconcierta.

—Si fuera así, ¿tú estarías dispuesto a darle más? ¿Todo lo que ella necesitase?

—Pues te juro que lo intento, pero la mayoría de las veces no puedo más cuando ella necesita seguir, me agota. Si solo fuera un rollo pasajero la dejaría, pero es que estoy enamorado de ella y no quiero perderla.

Nos quedamos mirándonos durante un buen rato sin decir nada. Al final Ian me había utilizado para descargar en mí todas sus frustraciones y ahora estábamos los dos allí, sin decir nada. Nosotros habíamos estado dos años medio liados y nunca tuvimos esos problemas que tenía ahora. También era verdad que durante el tiempo que estuvimos conociéndonos más íntimamente, tuvimos unas relaciones sexuales completamente normales, ardientes, potentes, pervertidas en muchas ocasiones, pero sin que aquello supusiera ningún tipo de problema entre los dos. Tenía que reconocer que no lo hacíamos a cada minuto, y muchas veces ni siquiera cada día, por eso comprendía que una mujer tan sexualmente activa como era su pareja actual pudiera plantearle aquellas inseguridades. Nosotros tampoco vivíamos juntos durante aquella época universitaria, cosa que él sí que estaba haciendo actualmente con su pareja y eso complicaba más las cosas. En aquella época follábamos cuando nos apetecía, sin más, pero después cada uno se marchaba por su lado y hasta la siguiente vez. Era un tema demasiado delicado como para meterme y más siendo la exnovia, probablemente, cuando le contase a su novia que había estado conmigo, si se lo contaba, a esta no le sentase muy bien.

—Bueno Ian —dije finalmente—, ha sido un placer volver a coincidir contigo, pero tengo que marcharme ya.

—Por supuesto Dulce, me ha alegrado mucho volver a verte de nuevo por aquí y siento que hayas terminado siendo mi paño de lágrimas.

—No te preocupes —dije sonriéndole—. El único consejo que puedo darte es el de que hables con ella.

—Lo haré. Por cierto, ¿te quedarás mucho tiempo por aquí?

Levanté los hombros, dejándole claro que ni yo misma lo sabía. Ian asintió y nos despedimos con un abrazo. Mientras me alejaba de aquel parque volví a pensar en la morena de vestido corto que se me había escapado aquella noche y mientras los rayos de sol comenzaban a bañar mi cara, sonreí excitada pensando en la próxima vez que me la encontrara.

7

Desde que habíamos vuelto de la playa donde se había producido aquel lamentable desencuentro, la relación con Ian estaba un poco tensa y estaba segura que no ayudaría que a esas horas hiciera girar la llave en la cerradura de nuestro piso para entrar en él, pero necesitaba evadirme y por eso había salido por ahí toda la noche. Entré haciendo el menor ruido posible, aunque la sorpresa me la llevé yo a ver a Ian despierto y con ropa de calle. Me pregunté por un momento si llegaba o se iba, quizás por trabajo, pero mi duda quedó resuelta rápidamente al acercarme un poco más a él, olía a tabaco y él no fumaba, así que llegaba. No dije nada, total, yo estaba haciendo lo mismo. Ian llevaba una muda en la mano y entró en el cuarto de baño. Yo esperé sentada en el salón, también necesitaba una ducha refrescante que aclarase mis ideas. Salió diez minutos después cambiado, oliendo a jabón y a ese perfume que tanto me gustaba que yo misma le había regalado las navidades pasadas. Yo salía de la habitación cuando nos cruzamos en el pasillo.

—Me tengo que marchar, ya sabes complicaciones en el trabajo —dijo con un tono serio mientras yo asentía—. Pero después, cuando vuelva, tenemos que hablar.

La ropa que acaba de coger para cambiarme se me cayó al suelo, mi mayor temor se estaba haciendo realidad. Ian iba a dejarme y ese golpe podría ser devastador para mí. Me agaché para recoger la ropa disimulando las lágrimas que ya rodaban por mis mejillas. Ian se agachó conmigo también.

—Tranquila María, ¿qué pasa? —dijo preocupado al ver mi reacción— Solo he dicho que tenemos que hablar, nada más.

—Vas a dejarme, lo sé —pude llegar a articular entre sollozos.

—No voy a dejarte, pero tenemos que hablar de algunas cosas que creo que nos están afectando en el día a día, ¿eso lo puedes entender?

Asentí mientras me ponía nuevamente en pie y él secaba mis lágrimas con sus dedos. Me besó en los labios y se marchó. El agua cayendo sobre mi cara ayudó a que me encontrase mucho mejor, no me gustaba ponerme así, no me gustaba sentirme así de vulnerable, no quería que él tuviese tanto poder sobre mí. Pero era algo que no podía controlar, a pesar de considerarme una persona fuerte, Ian conseguía traspasar siempre todas esas barreras dejándome completamente indefensa ante él y lo peor de todo era que yo había sido la que le había entregado la llave para hacerlo, me había apoyado tanto en él que, si ahora retiraba cualquiera de sus apoyos mi mundo se vendría abajo como un castillo de naipes. Me puse un vestido de estar por casa y me tumbé en el sofá, necesitaba pensar una manera de volver a recuperar el control, pero ninguna de las dos maneras eran las adecuadas para aquel preciso momento en el que me encontraba. Debía pensar alguna otra solución que me permitiera seguir con mi vida sin perder la poca estabilidad mental a la que me aferraba tan desesperadamente. Seguían absorta en mis pensamientos cuando llegó un nuevo mensaje a mi teléfono. Lo miré y sonreí, por fin un poco de diversión.

PapaPitufo era su apodo, cosa que me hizo mucha gracia, todo sea dicho de paso. Quería que hiciéramos una videollamada para verme jugar con alguno de mis aparatitos. El servicio que daba de videollamadas era uno de los más demandados por mis clientes ya que les daba mucho morbo ver

como hacía realidad sus fantasías perversas en directo. Una de las cosas que más ponía a aquellos hombres que demandaban este tipo de servicio era que les hablase mientras interpretaba el papel de la amante, donde su mujer no puede enterarse que hablábamos o de una pareja viviendo lejos con la necesidad de desahogarse, la verdad era que cada mente era un mundo y en esto de las perversiones todavía más. Le pedí unos quince minutos para estar preparada y determinamos que la llamada sería de media hora, así como el precio que debía abonarme por el servicio. Las llamadas siempre se realizaban desde el mismo chat de la aplicación donde los usuarios, mediante pago mensual, entraban para dejarme mensajes o hablar conmigo, ver las fotografías y videos que yo subía de vez en cuando o, si querían, hacerme peticiones especiales. De aquella manera quedaba preservada totalmente la intimidad tanto de ellos como, por supuesto, la mía. Enseguida llegó el dinero a mi cuenta y entonces comencé a prepararme. Me puse un body de cuero negro, medias de rejilla hasta medio muslo y me maquillé un poco resaltando los labios y los ojos, aunque sabía, por otras experiencias similares, que a la cara es donde menos iban a mirarme. Saqué de mi caja de juguetes varios vibradores, uno negro bastante grande y otro rosa un poco más estrecho y por si aguantaba el tirón también dejé por allí cerca un vibrador doble transparente que era uno de mis favoritos. Coloqué el teléfono en un trípode a los pies de la cama, yo me puse de rodilla encima del colchón y le dije a *PapaPitufo* que ya estaba lista. Enseguida sonó y descolgué. Si en aquel momento hubiese aparecido un hombre de color azul con un sombrero rojo me hubiese caído muerta, pero de la risa. Por el contrario, en la miniatura apareció un hombre de unos cuarenta años, no muy agradable a la vista y bastante cortado ante aquella situación que, si no andaba equivocada, era la primera vez a la que se enfrentaba a algo así. Parecía el típico padre de familia arto de todo buscando una vía escape a su rutinaria vida.

—Hola guapo —mentí—, ¿qué quieres que haga para ti?

—Hola Perséfone —articuló muy tímidamente—, soy un gran fan tuyo y me gustaría ver cómo te das placer. Por cierto, eres muy guapa.

—Gracias "pitufin" y prepárate para disfrutar como nunca. Mira lo que tengo por aquí —dije con mi voz más sensual enseñándole los dos vibradores que tenía preparados.

—¿Podría hacerte una petición? —preguntó de repente.

—Depende —contesté con una sonrisa pícara—, ¿qué es lo que quieres?

—¿Podrías utilizar para masturbarte algún objeto inusual que puedas encontrar por casa? Eso me daría muchísimo morbo.

Sonreí y asentí. Pensé rápidamente, ¿qué podía usar para meterme? Le pedí que me disculpase un segundo y fui a la cocina. Volví a la habitación poco después con una gran zanahoria de casi veinte centímetros la cual me disponía a comer, aunque quizás no de la forma tan convencional como lo podría hacer cualquiera. Cuando se la enseñe a *PapaPitufo* quedó completamente alucinado e imagino que le gustó la idea porque enseguida comenzó a tocarse.

Entonces comencé con mi show. Me recosté sobre la cama y comencé a tocar mi cuerpo. Mis manos se deslizaron hasta mis piernas que abrí completamente. Despacito, desabroché el body que saltó rápidamente por el cierre, dejando mi entrepierna desnuda y al aire. Aquel gesto hizo que *PapaPitufo* se pegase completamente a la pantalla. Entonces cogí aquella apetecible zanahoria y comencé a meterla en mi boca para lubricarla un poco mientras que con la mano que tenía libre comenzaba a jugar con mi clítoris. Cuando vi que ya estaba más o menos preparada, llevé la

zanahoria entre mis piernas y comencé a pasármela por los labios resbaladizos, frotándome con ella para separarlos, dejándole ver lo mojada que ya estaba. Coloqué aquella gran hortaliza anaranjada en la entrada de mi coño y empujé mientras gemía. Por los sonidos que provenían del teléfono, *PapaPitufo* ya había terminado, pero continué introduciéndomela lentamente, disfrutando de aquella sensación que hacía que me olvidara de todo por unos minutos. Aumenté el ritmo, comenzaba a estar muy excitada, quería correrme yo también y eso animó otra vez a *PapaPitufo* que volvió a la carga de nuevo. «Bien por él», me dije para mis adentros bastante sorprendida de que aguantara otro asalto. Para recompensar ese esfuerzo cogí el otro vibrador, el rosa y lo introduje en mi boca también mientras sacaba el culo para fuera, elevando un poco la cadera. Utilicé el segundo vibrador para introducirlo en mi ano. Jugué con los dos mientras gemía sin parar por el placer que estaba sintiendo y ni siquiera presté atención al teléfono hasta que llegué al orgasmo. Estaba agotada y *PapaPitufo* mucho más. La media hora ya había pasado y con una breve despedida colgué la llamada. Me dejé caer en la cama y me quedé dormida.

—María, ya estoy en casa.

Me desperté sobresaltada, ¿cómo? ¿Qué Ian ya había llegado? Miré a mi alrededor asustada, aun llevaba el body de cuero desabrochado, los vibradores y la zanahoria aún estaban tirados por la cama, el teléfono en el trípode, si en ese momento Ian entraba en la habitación tendría que darles muchas explicaciones. Escuché como sus pasos se estaban acercando, contuve la respiración pensando en una buena excusa que me ayudase a explicar toda aquella escena que tenía montada en la habitación y entonces, Ian entró en el baño. No sé si volví a respirar, lo que sí sabía es que había ganado algo de tiempo. Me quité el body que, junto a los vibradores y lubricantes escondí de nuevo en la caja del fondo del mi armario. Me lancé a por el teléfono que apagué inmediatamente y junto al trípode también escondí en el armario. Miré de nuevo a mi alrededor, parecía que todo estaba correcto, bueno, a excepción de que estaba completamente desnuda en medio de la habitación con una zanahoria en la mano. Cogí una camiseta de Ian que tenía a los pies de la cama y me la puse justo en el momento que el salía del cuarto de baño y yo de la habitación.

—Buenos días bella durmiente —dijo con una sonrisa—, mejor dicho, buenas tardes.

—¿Tan tarde es? Joder, sí que he dormido rato...

—¿Una zanahoria? —preguntó Ian extrañado señalándola— ¿Desde cuándo comes tú zanahorias?

—De toda la vida, cariño —respondí mintiendo descaradamente.

—No seas mentirosa, dame un bocado —dijo intentando morder la zanahoria mientras yo evitaba a toda costa que no lo hiciera, más que nada por si notaba algún sabor raro en ella.

—No, es mi merienda —dije mientras me la metía en la boca y la mordía.

Esquivé a Ian y me dirigí al salón para sentarme en el sofá mientras volvía a morder aquella zanahoria. Estaba gratamente sorprendida por el sabor que tenía, después de que previamente hubiese estado dentro de mí. Mientras la saboreaba pensé que, aquella vez, no sería la última que probase con cosas comestibles.

—Ah, por cierto, ha llegado algo para ti, un sobre creo. La he dejado encima de la mesa.

Era raro que yo recibiera nada que no fueran facturas en casa, así que intrigada me dirigí al salón. Sobre la mesa había un sobre rojo con un lazo dorado. También con letras doradas escritas a mano estaba mi nombre y mi dirección. Quité el lazo y lo abrí. Dentro había una pequeña hoja

doblada. Era una invitación para una fiesta muy exclusiva que se celebraría el próximo sábado a las doce de la noche en un lugar determinado, a las afueras de la ciudad. Estaba tan nerviosa que no pude evitar que me temblasen los dedos mientras la leía porque conocía ese evento, la "X" dorada que contenía dentro la palabra "tream" y debajo escrito "perversion" no dejaba lugar a dudas, todo el que estaba involucrado en el mundo del sexo lo conocía. Era la primera vez que me invitaban al "Xtrem Perversion" y por lo que había escuchado era una de fiestas más increíbles que se montaban en el mundo del sexo, con todo tipo de gente y todo tipo de perversiones donde casi todo estaba permitido. Guardé la invitación en mi bolso y volví a la habitación a por ropa para meterme en la ducha. Ian estaba allí cambiándose.

—¿Qué era, el sobre? —preguntó con tono despreocupado.

—Nada, publicidad —contesté intentando no darle importancia.

—Por cierto, ¿a qué no sabes con quien me encontré anoche? —dejó caer Ian como el que no quiere la cosa.

—Sorpréndeme...

—Dulce. Pero antes de que tengas un ataque de celos diré que solo estuvimos charlando durante un rato y que después se marchó. No hubo nada.

—¿Dulce? —dije en tono dubitativo— No me suena nadie con ese nombre...

—Sí mujer, aquella chica que se marchó hace tres años de la ciudad para vivir en el extranjero. Te lo conté, fue cuando yo acababa de terminar la carrera.

—¿Aquella de la que estabas tan enamorado? ¿La chica misteriosa, la de los ojos raros?

—Raros no... exóticos diría yo...

—¡Vete a tomar por culo!

—Sabía que no te lo ibas a tomar muy bien... —dijo Ian tímidamente protegiéndose la cabeza, ya que yo era muy de tirar cosas cuando perdía los nervios.

—¿Y porque ha vuelto ahora? ¡Espero que no quiera nada contigo porque te juro que como intente algo la mato! —grité mientras cerraba de un golpe la puerta del armario que tenía abierta.

Justo en ese momento de máxima tensión y con los nervios tan a flor de piel, caí de rodillas contra el parqué y me puse a llorar. Ian se puso de rodillas junto a mí y me abrazó. Después de todo lo que había pasado aquellos últimos días y que no estábamos en por nuestro mejor momento, el que se hubiese encontrado aquella chica de la cual había estado tan enamorado a pesar de que no hubiesen llegado a nada, había terminado por descontrolar completamente mis nervios.

—Tranquila cariño —dijo Ian mientras me besaba—, te juro que no pasó nada, solo estuvimos hablando un rato. Me contó que había vuelto a la ciudad y nada más. Me preguntó si estaba con alguien, le dije que sí y que estaba muy enamorado.

—¿De verdad le dijiste eso? —pregunté entre sollozos aún.

—Claro que sí mi amor. También le dije que no estábamos pasando por nuestro mejor momento, que había algunas cosas que teníamos que solventar, pero ¿qué pareja es perfecta? Lo importante es tener las ganas de arreglar las cosas.

—Y que te dijo ella, que me dejases, ¿no? —volvía a estar enfadada.

—No —contestó Ian rápidamente mientas volvía a besarme—. Me dijo que teníamos que hablar, que es la única manera de arreglar las cosas.

—Quizás, después de todo, no sea tan zorra como yo pensaba...

Ian me ayudó a incorporarme y me fui directa al baño. Cuando salí después de una larga ducha

me encontraba muchísimo mejor. Cenamos temprano y después estuvimos viendo una película hasta que los dos nos quedamos dormidos. Me desperté en mitad de la noche y desperté a Ian para que se metiera en la cama, cosa que hizo rápidamente quedándose dormido casi al instante. Yo, antes de meterme en la habitación, salí un momento a la terraza para contemplar la ciudad a aquellas horas. La brisa era fresca y muy agradable a aquellas horas de la madrugada. Por un momento no pensé en nada, cerré los ojos y dejé que el aire jugara con mi pelo, esos pocos segundos de paz me hicieron olvidar todos los demonios que formaban parte de mi vida, pero como nada dura, el sonido del camión de la basura vaciando un contenedor hizo que volviera a la realidad. De todas maneras, sonreí, al fin y al cabo, cuando convives con tantos demonios, el infierno es como estar en casa. Volví a entrar y sigilosamente me metí en la cama.

8

Aquella tarde de sábado estaba bastante nerviosa, en unas horas estaría en la fiesta más exclusiva del mundo sexual y ni siquiera tenía claro que iba a ponerme. Ian se había marchado con unos amigos y llegaría tarde y eso me venía perfecto para concentrarme totalmente en mí. Abrí el armario para comenzar a tirar encima de la cama todos los vestidos que, a mi parecer, merecían vestirme aquella noche. Después de un largo rato de divagaciones, quedaron encima de la cama tres candidatos, un vestido negro largo con una buena raja que llegaba hasta la cintura, un vestido corto rojo que no dejaba nada a la imaginación y un vestido blanco también corto que resaltaba todas las curvas de mi cuerpo a la perfección. Me probé los tres varias veces, combinándolos con algunos zapatos que también quedaron desperdigados por toda la habitación. Al final elegí el negro junto a unos zapatos negros también de tacón de aguja como complemento perfecto. Me miré en el espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación y me sentí muy sexy. La raja que iba desde los tobillos hasta casi la cintura me daba una buena libertad de movimiento y haría que muchas miradas se dirigieran hacía mí y eso me gustaba. Solo faltaba el maquillaje. Un poco de sombra de ojos, un eyeliner bastante pronunciado y unos labios rojo oscuro terminaron por dejarme perfecta para dirigirme a la fiesta. Cogí mi bolso y entonces caí en una cosa, la ropa interior. Iba sin sujetador ya que aquel vestido era ideal para no llevarlo ya que me ofrecía una sujeción y un realce perfectos para el tamaño de mis pechos, pero con las prisas de elegir el vestido, no había caído en que llevaba las mismas braguitas que me había puesto aquella mañana. Fui rápidamente a la habitación y abrí el cajón donde guardaba la ropa interior. Mientras echaba un vistazo por encima al gran surtido de prendas que tenía, metí mis manos por el lateral del vestido y bajé mis braguitas para terminar tirándolas encima de la cama. Después de estar un rato intentando elegir que ponerme un pensamiento cruzó por mi mente, cerré el cajón de la ropa interior de golpe y mientras me acariciaba suavemente entre las piernas decidí que así, iba perfecta.

Cogí un taxi para dirigirme a un polígono industrial que había justo a las afueras de la ciudad. El taxista puso una cara muy extrañada cuando le dije la dirección, pero no dijo nada. Más extrañado se quedó cuando bajé en medio de una calle oscura, cerca de las doce de la noche, entre dos edificios industriales llenos de grandes persianas metálicas cerradas. La única luz de aquel entorno eran dos focos bastante elevados situados en ambos edificios. Volví a consultar la dirección que llevaba puesta en el GPS del teléfono y me indicó que aún me faltaban algunos metros para llegar a mi destino. Comencé a caminar entre los dos edificios unos doscientos metros hasta llegar a una pequeña puerta lateral metálica. Según las indicaciones allí era donde se estaba celebrando la fiesta. Busqué el timbre y lo pulsé. A los pocos segundos la puerta se abrió y un hombre trajeado me pidió la invitación. Yo se la entregué y después de darme la bienvenida, saludándome educadamente, me acompañó a un pequeño ascensor que había un poco más adelante. Entramos, cerró las puertas y comenzamos a descender. No tardamos en llegar hasta nuestro destino. Las puertas del ascensor se abrieron y seguimos un pequeño pasillo hasta llegar a otro par de puertas que el señor de traje abrió, dejándome pasar. Me deseó que lo pasara muy bien y se marchó hacia el ascensor. Estaba en un pequeño recibidor con un motón de perchas con muchísimos abrigos colgados de ellas. Delante,

unas cortinas gruesas amortiguaban el sonido de la música que provenía de detrás. De repente las cortinas se movieron y una chica muy mona entró por ellas.

—Buenas noches —dijo muy sonriente—, ¿quiere dejar alguna cosa aquí?

—Buenas noches, solo llevo este bolso encima con mi dinero y el teléfono móvil.

—No se preocupe por eso señorita —dijo la chica despreocupada—. Puede dejarlo aquí si lo desea y no se preocupe por el dinero y su teléfono, aquí no va a necesitar ni una cosa ni la otra. Además, le recuerdo que el uso de cámaras o cualquier objeto de grabación está prohibido en esta fiesta por motivos de privacidad.

Era obvio, le entregué el bolso y ella me puso un pequeño sello en la muñeca, invisible. Imagino que solo podría verse a través con algún tipo de luz especial. Le di las gracias por su amabilidad y crucé las cortinas. La música se hizo en ese momento más patente. Al avanzar, me encontré una gran sala llena de gente. En el centro de aquel amplio lugar, pude ver varios sillones amplios donde la gente conversaba, mientras que algunas manos se deslizaran juguetonas. Otros pedían alguna bebida en alguna de las tres barras de bar que allí había, una a cada lado de la sala y otra al fondo. El suelo estaba cubierto por una moqueta negra que amortiguaba cada uno de mis pasos y en las paredes había varios monitores gigantes reproduciendo videos sexuales bastante explícitos. La iluminación era bastante escasa, solo las barras estaban iluminadas y en el centro, donde se encontraban aquellos sillones, apenas se podía distinguir a nadie a no ser que lo tuvieras a escasos centímetros. Me dirigí a la barra central cruzando lentamente aquella sala, lanzando miradas furtivas a los lados para captar el ambiente del lugar y, para mi satisfacción pude comprobar que todo ese ambiente estaba cargado con muchísimo sexo y eso comenzó a excitarme mucho. Al llegar, pedí a uno de los guapos camareros que me sirviese una copa, un combinado no muy cargado de alcohol ya que aun necesitaba explorar más aquel lugar y no quería quedarme sin sentido tan rápidamente, aunque todo llegaría puesto que la copas eran gratis. Me fijé, cuando estaba pidiendo mi copa que, al lado de aquella barra central había dos pasillos oscuros donde, de vez en cuando, una luz roja parpadeaba en su interior. Por ellos, la gente deambulaba tranquilamente yendo y viniendo con cara de satisfacción. Imaginé que cada pasillo conduciría a una experiencia diferente y estaba desenado probarlas todas. Entonces alguien llamó mi atención tocando en mi hombro izquierdo. Me giré para ver de quien se trataba.

—Perdona, eres Perséfone ¿verdad? —preguntó un hombre de más de cuarenta años, con el pelo cano y no muy agradable a la vista, pero eso sí, perfectamente arreglado con un traje negro impecable.

—Sí —afirmé algo sorprendida e intrigada—. ¿Nos conocemos?

—No, no, o al menos no en persona como ahora, soy un gran seguidor tuyo, me pareces una mujer ardiente y muy sensual. Te sigo casi desde el principio. Por cierto, mi nombre es Jack, Jack Sparrow.

—Pues gracias —dije mientras le lanzaba una sonrisa algo forzada.

—La verdad es que aparte de ser tu fan, soy productor de películas para adultos y me gustaría que nos sentáramos y hablásemos del tema, por favor. Creo que tienes un potencial increíble y que, en muy poco tiempo, podrías estar en lo más alto de la industria, ganarías muchísimo dinero.

Dos cosas, si aquel tío era Jack Sparrow yo era la Virgen María, pero imaginé que se trataría de un apodo igual que el mío era Perséfone y segunda, me recordaba a alguien y en ese momento no supe a quién, pero estaba segura que lo había visto en algún sitio y hacía poco de ello.

—Lo siento Jack —dije intentando no soltar una carcajada—, pero no me interesa la industria del porno, gracias.

Por mí ya estaba concluida la conversación y cogiendo mi copa, intenté marcharme, pero se puso en medio de mi trayectoria mirándome descaradamente a la entrepierna, supuse que se había dado cuenta de que no llevaba ropa interior. Estaba algo nervioso.

—No pierdes nada por saber que te ofrezco, acompáñame a los sillones —dijo cogiéndome por el brazo.

—Mira Jack —dije cabreada, pero manteniendo la compostura—, si no sueltas mi brazo ahora mismo, te voy a estampar este vaso en la cabeza, ¿lo has entendido bien?

Enseguida me soltó y me pidió disculpas repetidas veces, perdiéndose de mi vista inmediatamente después entre la multitud. Nunca antes me había encontrado con un seguidor así de obsesionado, aunque sé que los tenía, por los mensajes que me dejaban en la página web, pero como la sangre no había llegado al río me relajé y seguí disfrutando de aquel espectacular lugar.

—¡*PapaPitufo*! —grité de repente— ¡Era el puto *PapaPitufo*, la madre que lo pario!

La gente se quedó mirándome extrañada mientras yo no dejaba de reírme. Con razón se había puesto así de nervioso al verme, después de disfrutar de mi espectáculo con los dos vibradores y la zanahoria. No era la primera vez que me ofrecían hacer cine porno, pero a mi realmente no me interesaba, lo que hacía, básicamente, era por diversión y lo hacía cuando a mí me apetecía, sin tener que seguir un guion. *PapaPitufo* había perdido las formas y eso no estaba bien, quizás con un poco de suerte no volvería a encontrármelo aquella noche. Me giré para observar mejor los músculos del camarero mientras terminaba mi copa cuando volvieron a tocar en mi hombro.

—Pequeña zorra, pero ¿tú qué coño haces por aquí? —dijo Kayla, la que faltaba en aquel lugar de lujuria y perversión, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Sorpresa! —dije riéndome y lanzándome a sus brazos— Lo que no entiendo es como tú estás aquí. Se supone que es una fiesta clandestina y exclusiva, me parece raro que hayan dejado entrar a una periodista...

—¡Shhh, cállate! —dijo poniendo su mano en mi boca— Estoy aquí con un seudónimo obviamente. Además, no vengo a informar sobre la fiesta, estoy aquí por si alguien pude ayudarme a averiguar algo sobre la asesina de La Perla.

—¿Y crees que este es el mejor sitio para buscar esa información?

—Y qué mejor lugar que una fiesta llena de perversiones para una asesina que mata asfixiando a sus víctimas después de follárselas.

—¿Y qué vas hacer? —pregunté sonriente— ¿vas a ir levantando las faldas de todas las mujeres de esta fiesta para ver que marca de ropa interior llevan?

—Pues podría hacerlo... —contestó poniendo una sonrisa pícara.

Entonces cogí su mano y la llevé justo entre mis piernas por la abertura del vestido. Kayla, al notar la suavidad de mi sensible piel en aquella zona se quedó boquiabierta, aunque sin cortarse lo más mínimo en acariciarme suavemente los labios.

—Imagino que esto me descarta como sospechosa, ¿verdad? —le dije con un tono super inocente.

—María, eres una guarra —dijo llevándose esos juguetones dedos a la nariz—, pero me has puesto muy cachonda.

—Perséfone amor, me llamo Perséfone.

—Es verdad, Perséfone —dijo volviendo a la realidad—, voy a seguir con mi investigación a ver si saco algo en claro, antes de que me descubran y me saquen a patadas de aquí.

—Ten cuidado, Kayla —susurré a su oído cuando la abracé para despedirme de ella.

—No te preocupes por mí, siempre tengo cuidado. No cometas muchos excesos.

Y después de darnos un pequeño pico se alejó sonriente, perdiéndose entre los demás. Terminé mi copa y me dirigí hacia uno de los pasillos que aquel lugar me ofrecía, sin saber que iba a encontrarme por allí. Elegí el de la derecha de la barra y seguí recto hasta llegar a una puerta, al abrirla la música cambió completamente, sonando música electrónica hardcore junto a luces que destelleaban a ráfagas en diferentes velocidades. Aquella sala estaba repleta de ganchos y cuerdas repartidos por las paredes y techos donde la gente era atada y golpeada sin compasión. Amos y sumisos gozaran del placer que les provocaba el dolor y la humillación.

Alrededor de todo aquel antro de pecado, habían dispuestas varias vitrinas con fustas y pinzas, barras de extensión, látigos de diversos tipos y materiales, palas para golpear de varios tamaños, plugs anales para todos los tamaños y formas, todo a disposición de quien quisiera utilizarlo, por supuesto todo ese material era nuevo y con su correspondiente embalaje y certificados de calidad, aunque por lo que vi, la mayoría de los allí presentes traían su propio material para mostrarlos a todos los que querían verlo o incluso probarlo. Había gente que se acercaba a alguna de las parejas o tríos y pedía que les golpeasen con alguna fusta o látigo, había quien directamente se ofrecía para participar o incluso había quien se tomaba la libertad de incluirte en su juego si te acercabas demasiado. El sado no era una de las disciplinas con las que yo más disfrutase, pero sí tenía que reconocer que a bajo nivel, un poco de dolor me excitaba mucho.

Seguí caminando por aquel lugar mientras la música se mezclaba con los gritos de dolor y placer que experimentaban algunas de las personas que allí se encontraban, atadas de pies y manos, llevados con cadenas al cuello como si fueran perritos, gente con pinzas en los pezones y en los genitales para que dolor se hiciese mucho más intenso, un mundo lleno de depravación que no me desagradaba del todo. Es más, los gritos que surgían de las gargantas de los voluntariamente torturados estaban excitándome muchísimo, así que me fui hacia una de las vitrinas, cogí un plug anal metálico con una joya lila en su base que me pareció precioso y lo saqué de su caja para verlo mejor. El tacto era muy suave y se deslizaba perfectamente entre mis dedos. Entonces lo metí en mi boca mojándolo completamente. Al tiempo que lo sacaba de mi boca todo lleno de saliva me puse de cuclillas y abriendo las piernas, introduje lentamente aquellos ocho centímetros de aluminio en mi ano. Gemí profundamente cuando acabó de introducirse por completo. Me incorporé de nuevo y me dirigí hacia la puerta que había al otro lado de la sala para seguir viendo lo que aquel lugar podía ofrecerme.

9

La sensación de llevar aquel trozo de metal dentro de mí era increíble y a medida que caminaba por aquel nuevo pasillo, podía sentir como se intensificaba la sensación de placer a cada nuevo paso, sintiendo como el plug se movía conmigo. Incluso tuve que parar alguna vez mientras lanzaba algún gemido disimulado entre las diferentes personas que se cruzaban por allí. El pasillo terminaba con una nueva puerta que daba a una nueva sala. Nada más cruzar aquella puerta pude escuchar, incluso por encima de la música, los gritos de placer y gemidos sin control de las personas que allí dentro se encontraban practicando sexo en infinidad de posturas. Parejas, tríos y múltiples orgías se extendían por toda aquella sala entre sillones amplios y camas bajas dispuestas para ello. Fijarme en aquellos cuerpos desnudos dando y recibiendo placer no hizo, sino que aumentar más mi excitación. Bastante trabajo tuve para evitar que el plug no se saliese y que se mantuviera en su sitio.

La gente que como yo deambulaba por la sala, era invitada a unirse a aquellas bacanales sexuales, así como a los que iban en pareja, a intercambiarla. La mayoría aceptaba gustosa lo que se les ofrecía y participaban de aquellos juegos carnales sin ningún tipo de pudor. Fueron varios los ofrecimientos que recibí mientras yo caminaba observando aquel lugar que, como en la otra sala, estaba lleno de vitrinas, esta vez repletas de una variedad ingente de preservativos con mil gustos y colores, así como un amplio surtido de geles para el placer íntimo que prometían una estimulación increíble en la relación y que por supuesto, como antes, era libre para el uso y disfrute de todo aquel que quisiera probarlo. Cada vez estaba más excitada y no rechazaba las invitaciones porque no quisiera pasar un muy buen rato, que sí lo estaba deseando, sino porque sabía que, si empezaba a liarme en aquella espiral de sexo sin control, con toda probabilidad me perdería todo lo que aquella fiesta aún tenía que mostrarme y por eso había declinado todos los ofrecimientos que, con ardiente deseo, me lanzaban.

—Me encanta ese tatuaje —dijo una voz en mi oído mientras notaba como un dedo recorría el contorno del tatuaje en mi espalda.

—Muchísimas gracias —contesté amablemente mientras me giraba y observaba a un chico moreno, de piel oscura y sonrisa encantadora, ojos de mirada intensa y completamente desnudo—, pero por muy tentador que pueda parecerme, y te prometo que me lo parece, ahora mismo tengo algunas cosas que hacer...

—¿Y no crees que yo pueda ser una de esas cosas? —preguntó mientras se llevaba las manos entre las piernas.

Estuve a punto de olvidarme de todo y quedarme allí a disfrutar de ese pedazo de herramienta que aquel muchacho tenía entre sus maravillosas piernas perfectamente torneadas. Incluso me costó un buen rato poder alzar la vista para mirarle de nuevo a la cara, cosa que conseguí con más voluntad que deseo, puesto que mi deseo ya estaba pensado en las mil y una cosas que podría hacer con aquel pedazo de... cuerpo escultural.

—Tengo que marcharme —dije igual de sonriente que mojada—, pero te prometo que volveré aquí en cuanto pueda. Quiero probar todo eso que me ofreces.

Me separé sin muchas ganas de él, agarrándole las manos, que ya comenzaban a bajar

peligrosamente por debajo de mi cintura y me dirigí hacía la otra punta de la sala donde había vislumbrado la puerta que me sacaría de aquel antro de perversión tan tentadora. Aceleré un poco el paso porque sabía que, si pensaba mucho, me daría la vuelta para dejarme hacer de todo, pero cuanto estaba a punto de alcanzar mi objetivo, alguien me agarró por detrás y me llevó contra una de las paredes empotrándome contra ella, mientras comenzaba a lamer mi cuello con una lujuria desenfrenada. «No ha podido aguantar ni dos minutos» pensé, creyendo que era el chico moreno que acaba de dejar plantado. Justo donde estábamos no había ningún foco que pudiera revelar lo que allí estaba ocurriendo y aunque hubiese gritado pidiendo ayuda, nadie nos hubiese visto o escuchado, pero supe al instante que, en aquella manera de besarme y de tocarme, no necesitaría ayuda de ningún tipo. Fue ese olor de nuevo, un aroma muy peculiar que yo deseaba, a la par que hacía aflorar en mí mis más bajos instintos de depredadora sexual, por eso conocía aquella boca y aquellas manos que, con anterioridad, ya me habían hecho gozar.

—Eres el tipo de la playa, ¿verdad? —pregunté mientras comenzaba a levantar mi vestido sin dejar que me girase para verle la cara— Dime al menos como te llamas...

En ese momento ya tenía el culo al aire y sentí un fuerte manotazo en una de mis nalgas que hizo que me pusiera de puntillas debido al dolor. Grité. Entonces, antes de que pudiera decir algo más, llevó sus dedos hasta mi ano y saco el plug muy lentamente. Éste se deslizó con suavidad, saliendo de mi interior rápidamente y antes de que pudiera relajarme él introdujo su enorme polla erecta dentro de mí, justo por el mismo sitio que acababa de salir el plug. En aquel momento pude notar que algo se rompía en mi interior y a pesar de que los tamaños eran considerablemente diferentes, sentí como se me iba introduciendo cada vez más y más profundo hasta que, la base de su bajo vientre golpeó contra mi culo súbitamente. Entró y salió varias veces mientras yo me derretía de placer. Cuando ya creía que no podría aguantar más, acomodó el plug que aún sujetaba en sus manos en la entrada de mi mojado coño y, sin sacar la polla de mi culo, lo introdujo sin piedad. Apenas le costó entrar, estaba tan mojada y excitada que, en aquel momento, hubiese aceptado cualquier cosa que él me hiciese. No sabría decir cuántos orgasmos tuve, o si fue uno solo que duró durante todo aquel intenso momento, pero cuando comenzaron a fallarme las piernas debido a la fatiga, él tuvo que sujetarme entre sus brazos para evitar que cayese desplomada al suelo.

—Mi nombre es irrelevante, lo único que importa es como te hago sentir —susurró a mi oído mientas me dejaba delicadamente sobre uno de los sofás de la sala y se perdía entre la multitud.

Quise ir tras él, pero me fue imposible levantarme, estaba demasiado exhausta, aquel hombre sabía llevarme al límite. Tardé unos minutos en estar completamente recuperada, pero él ya había desparecido. Poco a poco fui recobrando las fuerzas nuevamente y con muchas ganas, me puse en pie para seguir recorriendo aquel lugar que tanto me estaba gustando y, quién sabe, quizás volver a encontrarme con aquel hombre para que volviera a dejarme, nuevamente, sin aliento. Lo único que tenía claro es que, ese olor a canela, tardaría en olvidárseme.

Recorrí el pasillo que había encontrado después de cruzar la puerta en aquella última sala, hasta llegar a otra puerta donde al cruzarla me encontré con una gran sala de cine donde estaban proyectando una película de porno duro. En las butacas la gente, hombres y mujeres e incluso parejas la veían mientras se tocaban o incluso lo hacían allí en medio de los demás. Los más osados hasta imitaban las escenas que la propia película les ofrecía. Aquello estaba bien, pero no me apetecía sentarme para ver una película, así que continué caminando por detrás de las butacas para salir de aquella sala de proyecciones. Volví a otro pasillo que me llevó hasta otra puerta, estaba nerviosa por

saber que podía depararme aquel nuevo lugar donde estaba a punto de entrar. Oscuridad, apenas una tenue luz iluminaba aquel lugar. No se veía a más de un metro de distancia, lo único claro que se podía vislumbrar en aquel sitio eran los indicadores de salida que había encima de cada puerta. Pero lo que sí había allí eran sonidos, muchos y variados que se intensificaban a estar privado de uno de los sentidos. Me aparté hacia una de las paredes para no tropezar con nadie y me dispuse a escuchar. Gritos, gemidos y suspiros cargados de placer comenzaron a envolverme. Sonidos de sexos entrechocando húmedos y tensos, mientras que en mi cabeza comenzaba a ver todas esas imágenes que mis ojos no podían. Me fui excitando por momentos mientras escuchaba a una pareja, muy cerca de mí, decir que no dejara de hacérselo así y que fuera mucho más rápido y que fuera mucho más duro. Pasé la mano por mi pecho, mis pezones estaban muy duros y comencé a pellizcarlos con fuerza. Parte de otra conversación llegó hasta mis oídos, le decía que si quería probar por otro sitio y acto seguidos gritos de dolor que pronto se convirtieron en gemidos de placer. No pude aguantar más y ladeé mi vestido para comenzar a masturbarme con repentina desesperación. Me dejé llevar por todos aquellos sonidos mientras metía mis dedos muy adentro y jadeaba sin parar allí de pie apoyando mi espalda contra aquella pared dura y fría. Seguí así durante poco más de un minuto y sin poder ni querer postergarlo durante más tiempo dejé que mi cuerpo se tensase para seguidamente tener un fuerte orgasmo que me hizo gritar y que también mojó el suelo de delante y debajo de mí. Estaba de nuevo extenuada, con la respiración acelerada y el corazón desbocado, pero con una sonrisa radiante en mi cara, aunque en aquel lugar nadie pudiera verla.

Era la primera vez en mi vida que tenía un squirting, la expulsión de aquel chorro de líquido a través de mi uretra me dejó completamente fascinada, satisfecha y desconcertada. Tenía la mano completamente empapada, incluso aún resbalaba por mis piernas. Había sido maravilloso. Sabía que era complicado de conseguir, alguna vez lo había probado, pero sin éxito. Pero estar en aquel lugar, con toda la excitación que tenía encima, había hecho reaccionar mi cuerpo de la manera más explosiva que podía hacerlo y ahora que sabía cómo era aquella sensación, sabía que volvería a repetirla las veces que hicieran falta, porque tuve que reconocer que, aquel orgasmo había sido uno de los mejores de mi vida.

Poco después salí de aquella sala oscura para llegar a la puerta de salida que había en el otro extremo y siguiendo el pasillo, llegué de nuevo a la sala inicial donde se encontraban aquellas barras de bar. «¡Menuda experiencia!» pensé satisfecha dirigiéndome de nuevo a la barra central y pidiendo una bebida. Allí sentada, noté de nuevo la humedad que aún permanecía entre mis piernas y corriendo por ellas. En esos momentos aún podía seguir notando palpitaciones tanto en mi coño como en mi culo que, junto al cansancio y al dolor que aún experimentaba por todo el cuerpo, no me quedó más remedio que reconocer que aquella había sido una de las mejores experiencias sexuales de mi vida y gracias a aquello me sentía genial. Estaba eufórica por todas aquellas sensaciones tan distintas que me habían hecho disfrutar tanto y, sobre todo, estaba muy orgullosa de mí misma por no haber sucumbido a mis más oscuros y bajos instintos, porque de lo contrario, sabía que aún seguiría en alguna de aquellas salas siendo penetrada una y otra vez por hombres y mujeres desconocidos por cada uno de mis agujeros. Volví a excitarme pensándolo, no tenía remedio.

Me encontraba disfrutando de mi copa, relajada, sentada en aquel taburete, cuando caí en una cosa, no llevaba el plug anal. Después de aquel excitante encuentro contra aquella pared, donde aquel desconocido me había penetrado sin piedad, lo había perdido de vista, sin recordar haberlo visto ni siquiera por allí tirado. Quizás, aquel hombre, se lo llevara cómo trofeo. Lo que sí que recordaba era

la estupenda sensación de sentir aquel trozo de metal moviéndose en el interior de mi culo, así que decidí que no me marcharía de allí sin uno de aquellos maravillosos juguetes. Terminé mi copa y me dispuse a volver a la sala de tortura.

Gritos de dolor y placer volvieron a inundar mis oídos cuando volví a cruzar aquella puerta. Crucé la sala rápidamente para llegar a la vitrina de los plugs sin fijarme mucho en todas aquellas personas que disfrutaban de aquellas placenteras torturas, pero cuando me giré para marcharme después de haber cogido mi juguete, me quedé completamente boquiabierta. No podía dar crédito a lo que estaba viendo, Kayla, mi Kayla, estaba siendo azotada por un hombre vestido de cuero mientras ella se encontraba esposada a un potro de tortura de madera en forma de equis gigante. Me acerqué hacía ella por detrás para que no pudiera verme y pedí a su torturador que me entregara la fusta con la que estaba golpeándola y este accedió. La obligué a girar la cara para que no me viera.

—¡Sí dame más fuerte! —gritó mientras yo golpeaba sus nalgas con fuerza.

—¿Quieres más, putita? ¿Quién es mi perra? —susurré a su oído.

—Yo sí, yo soy tu perra y me he portado muy mal, castígame.

—Sí que eres una perra, una perra que se llama Kayla y que ha sido muy mala esta noche.

—Pero, qué coño... —dijo girándose repentinamente

—¿Quieres que te dé más duro? —dije riéndome mientras colocaba la fusta entre sus pechos desnudos.

—Joder Ma... Perséfone —corrigió rápidamente—, yo estoy... la verdad es que... lo que quiero decir es que...

—Sí, sí, me ha quedado del todo bastante claro. No conocía yo esa faceta tuya tan... salvaje...

Entonces me acerqué a Kayla que aún estaba completamente atónita, coloqué la fusta en sus braguitas, apretándola con fuerza para que ella se pusiera de puntillas y me acerqué a su oído.

—Será nuestro pequeño secreto...

La besé en los labios, para después mordérselos con bastante fuerza. Su gemido fue de placer. Devolví la fusta a su torturador para que siguiese azotándola mientras yo me marché sonriendo de oreja a oreja.

—¿Se marcha ya? —me preguntó la chica de la guardarropa mientras yo le alargaba el brazo para que pudiera comprobar el número y me devolviera mis partencias.

—Sí —respondí sonriente—, ha sido una noche increíble y me lo he pasado genial.

—De eso —contestó ella mientras me examinaba con una pequeña linterna de luz negra—, no me cabe la menor duda. Y con una sonrisa pícara se marchó a buscar mis cosas.

Salí a la calle y la fría brisa de la noche me reconfortó. Consulté la hora en mi teléfono y comprobé que estaba a punto de amanecer y llamé a un servicio de taxis para volver a casa. Una hora después estaba bajo el agua caliente de mi ducha volviendo a revivir todas las cosas que había visto y experimentado en aquel lugar. Me metí en la cama cuando el sol comenzaba a elevarse y allí me quedé dormida plácidamente junto a Ian que dormía como un bebé y que ni se inmutó al estirarme junto a él. Antes de quedar completamente traspuesta pensé en lo maravillosa que era mi vida y que no dejaría nunca que nada ni nadie pudiera estropearla.

10

Era cerca de las dos de la tarde cuando desperté. Me puse la primera camiseta que encontré y salí de la habitación. Ian estaba viendo la televisión, tirado en el sofá del salón. Al escucharme se giró para ver mis pelos de loca, mi cara de resaca y mis movimientos zombi, ya que tenía que reconocer que me dolía todo el cuerpo, sobre todo por mi zona trasera, después de algunas de las experiencias vividas la noche anterior de las cuales guardaba un vago, pero excitante recuerdo y que se iba haciendo más esclarecedor a medida que mi mente comenzaba a despejarse.

—A juzgar por tu aspecto —dijo Ian mirándome de arriba abajo—, veo que te lo pasaste muy bien anoche, ¿dónde estuviste?

—No sé, por ahí —dije sin darle ninguna importancia—, lo que sí sé es que bebí más de la cuenta y tengo un dolor de cabeza de puta madre.

—María... tenemos que hablar —sentenció Ian.

—Voy a por un café primero —contesté sin mirarle, dirigiéndome hacía la cocina.

Comencé a ponerme nerviosa, aquella frase nunca auguraba nada bueno, ¿habría descubierto que me acostaba con otros? ¿Sabría lo de mi página web? ¿A caso había averiguado donde había estado anoche? Cientos de preguntas comenzaron a agolparse en mi cabeza mientras a duras penas fui capaz de meter la capsula de café en la máquina para servírmelo. La taza temblaba entre mis manos cuando comencé a caminar hacia el salón cabizbaja.

—Tú dirás —susurré cuando estuve frente a él.

—María, últimamente siento que discutimos más de lo habitual —comenzó diciendo—, y siempre está relacionado con el mismo tema, el sexo. Creo que...

—Ian, lo siento de verdad —dije disculpándome aceleradamente—, yo...

—Por favor María, déjame terminar, ¿de acuerdo? —dijo sin alterarse— Como te decía, creo que no soy capaz de cubrir todas tus necesidades, creo que eres una mujer muy pasional y ardiente y que necesitas mucho más de lo que yo soy capaz de aportarte y eso hace que me sienta mal. No por mí, sino por no ser suficiente para ti.

—No, Ian —negué a punto de romper a llorar—, no es así. Tú eres mi vida, eres mi oasis en medio de un desierto, eres mi mar en calma... Ian, te necesito como el aire que respiro... yo... te quiero.

—Eso no lo dudo pequeña, yo también te quiero con locura, pero a veces eso no es suficiente, hay necesidades que se deben cubrir y siento que yo no puedo hacerlo.

—Lo haces, de verdad, no tengo ninguna queja... siempre vuelvo... a ti —dije sin pensar, esperando y deseando que Ian no comprendiese toda la verdad que aquella última frase encerraba.

—Además, y siento mucho esto que te voy a decir, creo que me ocultas algo. No sé qué será, pero hay cosas que no me cuadran mucho, contesta con sinceridad por favor, ¿tú me has sido infiel?

—¡No! —grité de manera impulsiva. La mentira salió de mi boca como un resorte de seguridad ya que no cabía otra respuesta si quería conservarle en mi vida—. Jamás te engañaría, lo eres todo para mí.

—Lo siento, tenía que preguntarlo —dijo mientras yo volvía a respirar—, con todas las

discusiones que hemos tenido últimamente y las largas noches que pasas fuera de casa, pensé que quizás tendrías un amante que pudiera cubrir esas necesidades que yo no soy capaz de satisfacer.

Volví a negar, ya era demasiado tarde para confesar la verdad porque una vez que había dicho la primera mentira, las demás comenzaron a llegar seguidas como una bola de nieve que crece y crece pendiente abajo, como las lágrimas que ya rodaban por mis mejillas. Tenía que reconocer que demasiado había tardado en sospechar de mí y, aunque ya sabía que aquella conversación se daría tarde o temprano, no por eso dejaba de dolerme menos. Yo amaba a Ian y por nada en el mundo quería perderle así qué, si había alguna posibilidad de salvar aquella relación, estaba dispuesta a mentir para conseguirlo.

—No siento nada más por nadie que no seas tú —dije sin mentir—, tú eres el amor de mi vida. Contigo me siento feliz. Reconozco que estas últimas semanas he estado algo irascible y siento que hayas tenido que pensar esas cosas de mí, pero te juro por mi vida, que no podría querer a nadie como te quiero a ti.

Ian asentía con la cabeza, pero sin estar completamente convencido de todo lo que le estaba diciendo. ¿Tendría alguna prueba que me delatara y estaba esperando al momento adecuado para sacarla y dejarme como la mentirosa que era? ¿Sabía mucho más de lo que me estaba diciendo? ¿Alguien que nos conocía le había hablado de mi vida en la red? Más y más preguntas que volvía a golpear mi mente que, unidas a la pequeña resaca que llevaba incrementaban el dolor de mi cabeza hasta sentir un dolor taladrante en mi sien incapaz de dejarme pensar por momentos. Ian fue consciente de ello y no quiso hacer más leña del árbol caído.

—Tranquila María, sé que no estás bien y mi intención no es hacerte más daño. Solo te lo preguntaré una vez y con tu respuesta tomaré la decisión que tenga que tomar, de verdad ¿soy suficiente para ti?

—¡Sí, claro que sí! Sí, sí, sí —dije mientras le abrazaba llorando en su regazo—. No me dejes por favor, me moriría sin ti.

—Está bien María —dijo sentándome en el sofá—, ahora tengo que irme a trabajar unas horas.

—¿En domingo? Creía que te quedarías conmigo todo el día...

—Lo siento, me han llamado hace un rato, problemas, como siempre ya sabes que no saben hacen nada sin mí. Tómate algo para el dolor de cabeza y descansa, y come algo.

Me dio un beso en la frente y después de recoger la mochila donde llevaba siempre su ordenador portátil se marchó de casa. Me quedé allí, sola, sentada en el sofá con una taza de café en las manos que ya se había quedado fría. Minutos más tarde salía yo también por la puerta, se me venía la casa encima. En mi mente solo veía imágenes de Ian alejándose de mí mientras no dejaban de golpearme los recuerdos tan mágicos vividos a su lado. Que ahora cupiese la posibilidad de que no volvieran a repetirse me partía en dos.

Deambulé por aquellas calles sin ningún rumbo ni dirección, en un modo automático sin prestar atención a nada ni a nadie que se fuese cruzando por mi camino. Cuando volví en mí, me encontré en un parque, rodeada de altos árboles que proyectaban su sombra sobre los bancos centrales de aquel bonito lugar. Me senté en uno de ellos y allí me quedé pensado en como todo mi mundo estaba a punto de desmoronarse.

Mentir a Ian había estado mal, pero no solo aquella mañana, sino también durante el resto de nuestra relación. Desde el principio tendría que hacer sido sincera con él y explicarle todo lo relacionado con las relaciones eventuales que tenía y a lo que me dedicaba en la red, pero sabía que,

con toda probabilidad, el jamás hubiese aceptado una relación abierta como la que teníamos en aquellos momentos, aunque él no lo supiese. No es que estuviera sorprendida por la conversación que habíamos tenido aquella mañana, es más en algún momento u otro esperaba que sucediera, pero ahora que estábamos tan bien, tan a gusto y que nuestro proyecto de pareja comenzaba a cimentarse, que todo se destruyera me dolía muchísimo, tanto que apena me dejaba respirar. Tuve varías veces que controlar mi respiración para no sufrir un ataque de ansiedad en medio de aquel lugar.

Lo que más me fastidiaba, es que ya había pensado varias veces en dejarlo todo para estar exclusivamente con Ian, pero algo siempre me lo impedía, a veces era un rubio, alto y musculoso, a veces era un morenazo de ojos claros y cuerpo escultural. Si tenía que ser del todo sincera conmigo misma, me merecía todo aquel sufrimiento, por todo el que Ian estaba pasando en aquellos momentos por mí. Poco a poco me fui calmado, después de todo parecía que Ian se había tragado todas mis mentiras y por la noche intentaría compensarle todo aquel dolor preparándole una de sus comidas preferidas, unos buenos macarrones con tomate y abundante carne. Como postre, le daría el mejor sexo de su vida. Así que, un poco más animada, comencé a volver para casa mientras pensaba en si tenía todos los ingredientes para preparar la cena.

Entré en casa y al dirigirme a la cocina, encontré el ordenador portátil de Ian encima de la mesa del salón. Lo primero que hice fue llamarle para comprobar que ya había llegado a casa, pero no obtuve respuesta, quizás había salido. Entonces me percaté de que, en la tapa del portátil había un pequeño pósit amarillo. Me acerqué para ver que decía, ponía que abriera el navegador de internet, la letra era de Ian. Abrí la tapa y pulsé sobre el icono del navegador. En unos segundos empezó a cargar una página web. En ella se podía ver a una chica pelirroja, con el pelo a media melena, de ojos oscuros, mirada sensual y bastante ligerita de ropa. Junto a una frase que decía: "Voy a darte todo lo que necesites, conmigo todas tus fantasías se harán realidad". Con letras un poco más grandes estaba el nombre de aquella chica que ofrecía sus servicios en aquella web, se llamaba Perséfone. Era mi página, Ian la había encontrado. Cerré la tapa del ordenador, quedando por unos segundos sin saber que hacer ni qué decir, petrificada por el miedo. Lentamente y temiéndome lo peor, me levanté y me dirigí hacia el dormitorio. Temblando abrí el cajón de la mesita que había junto al lado de la cama donde Ian dormía, estaba vacío. No me hizo falta mirar más para saber que Ian se había machado, dejándome sola. Volví al salón y me senté delante del portátil nuevamente. Me sentía tan vacía que ni siquiera pude soltar una lágrima. Volvía coger aquel pósit escrito por él, "Abre el navegador", aquellas tres simples palabras que habían partido mi vida en dos. Entonces me di cuenta de que por la otra cara de pósit había escrito algo más, "Siento no haberte podido dar todo lo que tú necesitabas". Seguí allí mirando aquel trozo de papel, sin llorar, hasta que, de un golpe de rabia, barrí todo lo que había encima de aquella mesa, lanzado el ordenador y una taza contra el suelo. La taza se hizo pedazos y el ordenador no quedó mucho mejor. Las lágrimas inundaron mis ojos en un desconsuelo que fue creciendo cada vez más, sintiendo como el corazón se me iba haciendo pedazos de ver como el amor de mi vida se había marchado por mi culpa. Caí al suelo agotada cuando ya no pudo sostenerme y allí me quedé, acurrucada sobre mí misma en aquel frío suelo de baldosas oscuras.

11

Aquella noche, entré de nuevo en aquel lugar con un objetivo muy claro, encontrarme con la chica que se me había escapado la última vez cuando estábamos apunto de marcharnos a su casa. No me gustaba dejar las cosas inconclusas y aquella chica me había dejado tan caliente y predispuesta que aún me excitaba pensando en ella. No sabía su nombre, aunque su recuerdo aún hacía que me mordiera los labios pensando en los suyos. En un pequeño rinconcito de mi cabeza, una vocecilla me decía que lo dejara pasar, pero enseguida la ahogué pensando en las curvas de aquella deliciosa diosa morena.

Nada más cruzar la puerta del garito la música comenzó a invadir mis oídos y mis caderas empezaron a moverse a su ritmo mientras me mezclaba con la gente para dirigirme a la barra que estaba en el otro extremo. Pedí lo de siempre, un combinado dulce bastante cargado de alcohol. Le di un buen trago mientras observaba aquel desfile de cuerpos sudorosos que había pululando por mi alrededor. Algunos de ellos eran tan ardientes que me atrajeron nada más ponerles la vista encima y hubiesen sido un objetivo perfecto de no estar buscando algo muy concreto que, para mi suerte, divisé a pocos metros de mí. En cuando me vio sonrío de una manera muy sensual y unos segundos después estaba a mi lado, apartando la rubia melena de mi cara y comiéndome la boca de una manera tan ardiente que hizo que me mojara en cuestión de segundos. Por supuesto, yo devolví aquel beso de la misma manera, girando nuestras lenguas apasionadamente mientras nuestros dedos comenzaba deslizarse deseosos, por la suavidad de nuestros cortos vestidos. Por un instante, fuimos conscientes de que estábamos dando un tórrido espectáculo y nos separamos lentamente, justo para ver como el guapo camarero que antes había puesto mi copa, ahora nos miraba con la boca abierta y la vista clavada en nuestros labios húmedos por la saliva de ambas. Le miré, le sonreí y le lancé un beso justo en el momento en que aquella explosiva mujer me empujaba hacia la pista de baile.

—Siento haberte dejado tirada la otra noche, tuve una urgencia —dijo cerca de mi oído mientras acariciaba con sus dedos mi culo.

—No te preocupes por eso —dije devolviéndole esa caricia—, hoy voy a terminar lo que el otro día nos quedó pendiente. Además, lo estoy deseando desde el mismo momento en que te he visto en la pista.

—Pues no perdamos más tiempo —afirmó mientras cogía mi mano y comenzaba arrástrame fuera de la pista.

—Por cierto —dije frenando momentáneamente su ímpetu—, aun no sé cómo te llamas.

—Jennifer, me llamo Jennifer, aunque todos mis amigos me llaman Jen y tú ¿puedo saber cómo te llamas tú?

—Dulce, ese es mi nombre y te puedo asegurar que voy a serlo mucho contigo.

—Mmm, me encanta... sí lo tienes todo igual que tu nombre... estoy segura que nos lo vamos a pasar de muerte.

—Eso, pequeña, te lo puedo asegurar —finalicé mientras dejaba que me arrastrase hacía la salida de aquel local.

Estaba tan excitada que me dejé llevar por completo. Salimos a la calle y aquel aire fresco me

sentó genial, aunque no consiguió bajar, para nada, la calentura que llevaba encima. Esta vez acompañé a Jen hasta su coche que estaba aparcado no muy lejos de allí. Nos subimos y en apenas diez minutos llegamos a su casa. Subimos, era un tercero, amueblado con buen gusto, abierto y con colores claros tanto en los mubles como en la decoración. Nada más traspasar la puerta, que cerró de una patada, comenzó a besarme con pasión mientras sus manos buscaban la cremallera de mi vestido para intentar quitármelo lo más rápido posible. Le puse las cosas muy fáciles, estaba tan caliente que necesitaba ese contacto y en apenas unos segundos me quedé tan solo con mi pequeño tanga blanco, unas medias transparentes a medio muslo y la saliva de su boca dentro de la mía. Cuando nos separamos de aquel ardiente beso ella también estaba en ropa interior, con un conjunto de sujetador y tanga azul claro precioso. Enseguida le desabroché el sujetador, dejando al aire su bonito pecho que metí en mi boca mientras le apretaba el culo con pasión. Lanzó un pequeño gemido cuando succioné con fuerza el pezón y entonces, antes de poder seguir, me cogió por el brazo para guiarme hacia su dormitorio. La cama era amplía, con un cabecero de forja bastante retro pero que pegaba con la decoración de la habitación, con un mueble restaurado y una cómoda siguiendo el mismo estilo. Al llegar al filo de la cama se dejó caer en ella llevándome a mí detrás. Caímos en aquel suave colchón dejando que nuestros cuerpos se expresasen libremente entre besos y caricias que cada vez se convertían en más íntimas.

Mi excitación iba cada vez más en aumento y necesitaba saber a qué sabía aquella mujer que tan ardiendo me tenía, así que dejé de besarla y bajé hasta su entrepierna. Retiré su tanga que ya estaba muy mojado y abrí sus piernas con suavidad. Sus labios se abrieron lentamente, pudiendo contemplar su interior húmedo y palpitante. Su clítoris estaba bastante hinchado y más cuando lo rodeé con mis húmedos labios y mi lengua comenzó a jugar con él. Comencé a lamérselo, realizando pequeños círculos concéntricos presionándoselo suavemente y al parecer eso le encantó a tenor de las pequeñas convulsiones involuntarias que realizaba con la cadera y los pequeños jadeos procedentes de su boca que, cada vez más, comenzaban a llenar el silencio de aquella habitación. Cuando su excitación había comenzado a llegar casi al clímax, abandoné su clítoris y envolviendo sus labios con los míos, introduje mi lengua en su interior, lo cual hizo que gritara de placer. En ese momento estuvo a punto de llegar al final, pero no la dejé, parando de repente y sacando mi mojada lengua de su más que mojado interior. Me puse en pie y comencé a quitarme una de mis medias lentamente. Ella me miraba mordiéndose los labios, estremeciéndose con cada uno de mis movimientos, deseando que volviera a tocarla. Me acerqué poco a poco de nuevo hacia ella y, despacio, me coloqué a horcajadas encima de su vientre, pidiéndole que levantara los brazos y juntara las muñecas que, acto seguido, inmovilicé utilizando la media que acaba de quitarme. Apreté fuerte.

—Mmm Dulce, no imaginaba que también te fuera el rollo sado.

—Quiero dominarte en todos los sentidos —contesté agachándome para que nuestros pechos desnudos se rozasen.

—Estoy tan caliente que estoy dispuesta a dejarme llevar hasta donde tú quieras...

Entonces la cogí por sus muñecas y las llevé hasta uno de los barrotes de hierro de su cabecero, dejando sus brazos colgados e imposibilitándole la oportunidad de liberarlos. Acto seguido, deslicé mis labios por uno de sus brazos hasta llegar a los suyos y seguí bajando mientras mordía sus duros pezones y dejaba mi saliva nuevamente entre sus piernas para volver a ponerme en pie y sacarme la otra media. Jen me miraba sonriendo de una manera muy pícara, deseando descubrir que estaba

dispuesta hacer con aquella prenda comencé a deslizar por su estómago y pechos. Ella al sentir aquel sedoso tacto en su piel se estremeció y entonces la dejé caer a un lado. Se quedó sorprendida.

—Creía que seguirías inmovilizando partes de mi cuerpo —jadeó Jen ardiendo en deseos de que siguiera jugando con ella.

La miré fijamente y me mordí los labios con deseo. Jen consiguió mantenerme la mirada unos instantes solamente porque enseguida desvió su mirada al darse cuenta de que estaba bajándome el tanga. Una vez liberado de mi entrepierna lo puse en mi mano y lo llevé hasta ella. El tanga estaba mojado e hice que lo oliera, cubriendo su nariz con mi mano. Ella disfrutó al hacerlo, inspirando profundamente para oler toda la esencia que había impregnada en aquella pequeña prenda. Fue entonces cuando coloqué el tanga entre sus piernas y con una leve presión fui empujándolo lentamente con mis dedos, introduciéndole así, aquella pequeña y delicada prenda en el interior de su húmedo y caliente coño.

—Estás... estás loca Dulce... ¿lo sabias? —dijo entre gemidos de placer.

—Quiero que me sientas muy dentro de ti...

Cuando ya lo tenía casi introducido me tumbé sobre ella, acariciándonos mutuamente con el contoneo de nuestros cuerpos que hacía que el deseo fuera en aumento a cada nueva fricción. Volví a besarla con pasión mientras cruzaba las piernas con las suyas para que nuestros clítoris entraran en contacto y comenzáramos a frotarnos desesperadamente. La humedad que teníamos las dos hizo que aquella sensación fuera muy intensa, hasta el punto que yo conseguí llegar al orgasmo dos veces seguidas. Jen gritó cuando también llegó y fue justo en ese momento, cuando ella alcazaba su máximo placer, cuando aproveché para rodear su cuello con la otra media que había dejado en la cama y comenzar a estrangularla. Al principio creyó que era algo que yo le proponía e incluso comenzó a disfrutarlo, hasta que se dio cuenta de que la presión que yo ejercía no cesaba y que cada vez le constaba más respirar. Para cuando se quiso dar cuenta de lo que pasaba en realidad, ya era demasiado tarde para gritar, sus cuerdas vocales estaban demasiado presionadas y aunque intentó liberar sus manos, descubrió que le era totalmente imposible escapar de aquella trampa mortal que la conduciría a la muerte.

No vi venir la patada, Jen encogió una de sus rodillas para lanzar una fuerte patada a mi estómago que me hizo rodar por la cama y caer a un lado. Enseguida intentó recuperar el aliento para que, con las pocas fuerzas que le quedaban, retorcerse y liberar las manos del barrote de la cama. Sacó la media de su cuello y aún maniatada intentó llegar hasta la puerta de la casa para salir en busca de auxilio. Lamentablemente para ella, no llegó. Yo la había perseguido desde la habitación para golpearla con un jarrón de cristal en la cabeza, haciendo que cayera al suelo inconsciente. Arrastré su cuerpo hasta la cama nuevamente para terminar lo que había empezado. Volví a rodear su cuello con la media, esta vez apretando con mucha más fuerza que la vez anterior. Ahí fue cuando Jen recuperó la consciencia, pero estaba ya demasiado débil como para intentar cualquier cosa. Lentamente su vida se fue apagando, besándola cuando exhaló su último aliento.

No tenía tiempo que perder, había hecho demasiado ruido al intentar parar la huida de Jen y era posible que en aquellas horas de la madrugada algún vecino se hubiese percatado e incluso haber llamado a la policía. Eso me asustó. Me coloqué apresuradamente el vestido y los zapatos, recogí mi bolso y salí de aquel edificio intentado no encontrarme con nadie que pudiera recordar que yo había estado allí. Me alejé rápidamente una vez que llegué a la calle y, cuando estuve a varias manzanas del lugar, respiré un poco más tranquila.

—Vaya, la puta prodiga ha vuelto —escuché a una voz decir tras de mí.

—Yo también estoy encantada de verte, Kayla —contesté con sarcasmo mientras me giraba.

Efectivamente allí estaba Kayla, una antigua amiga del barrio, acompañada por una morena muy guapa. Kayla y yo no habíamos tenido una relación muy sana cuando nos conocimos en nuestra época universitaria, ella estuvo enamorada de mí y yo no le hice ningún caso. Y cuando me marché de la ciudad sin despedirme de ella, me hizo la cruz.

—Cuando pensaba que jamás volvería ver esa cara de víbora... apareces de nuevo —continuó Kayla despotricando.

—Cariño... por favor... dejémoslo va... —intervino la chica morena cogiéndola del brazo.

—Sí, mejor será —dijo Kayla relajándose finalmente.

Se alejó no sin antes lanzarme una mirada penetrante cargada de odio. Yo sonreí, la verdad era que Kayla, a su manera, era un verdadero encanto. En ese momento volví a ser consciente de que aquella noche las cosas no habían salido demasiado bien y decidí apretar el paso para llegar a casa lo antes posible.

12

La cabeza estaba a punto de estallarme cuando desperté allí, rodeada de cuadros y pinturas, con parte de mi ropa esparcida por cualquier sitio y con un aspecto bastante demacrado como bien pude comprobar a meterme en aquel pequeño baño y mirarme al espejo. Estaba horrible con aquellos pelos revueltos, el pintalabios corrido, el rímel manchando mis mejillas, me veía muy parecida a algunos de mis cuadros incompletos, un auténtico desastre, aunque en ese momento me daba igual, no me importaba mi aspecto y ni mucho menos el dolor de cabeza, había otras cosas que me dolían más y esas no se curarían con un simple analgésico.

Dos días llevaba viviendo en mi estudio por no volver al piso y tener que enfrentarme a la soledad de aquellas cuatro paredes, donde Ian ya no estaba y donde mi vida se había ido por un sumidero tan profundo como el abismo al que ahora mismo yo me enfrentaba por no haber sabido ser sincera cuando había tenido la oportunidad.

Sabía que los recursos de los que disponía en aquel pequeño local eran muy limitados y que, al final, no me quedaría más remedio que volver en algún momento al piso, ya fuese a por ropa o a por cualquier cosa que necesitase. Pensé en llamar a Kayla y contárselo todo, así ella podría acompañarme al piso para no tener que enfrentarme a ello sola. Y eso es lo que estaba a punto de hacer cuando vi aquella fotografía puesta en la nevera de aquella pequeña cocina, con un pequeño imán en forma de unicornio, mi animal fantástico preferido. La fotografía la habíamos tomado las Navidades pasada, justo hacía unos meses, fue un selfie divertido donde nos veíamos los dos, Ian con unos cuernos de reno y yo con un gorro rojo al que se le iluminaba la bola que había en su punta. Hasta ese momento no había caído en la ironía de aquella fotografía. La cogí entre mis manos mientras me dejaba caer al lado de la nevera, arrastrando mi espalda contra la pared, quedando allí, sentada en el frío suelo, inmóvil, mientras las lágrimas volvían a brotar de mis ojos para estrellarse contra aquel pedazo de papel brillante. Repitiéndome una y otra vez por qué no había sido sincera con él desde el principio.

Al rato las lágrimas cesaron y a mi monstruoso aspecto tuve que añadir los ojos hinchados. Me incorporé nuevamente con el cuerpo dolorido por la postura para comer alguna cosa, era mediodía y aún no había probado bocado. Abrí la nevera para ver qué encontraba. Estaba vacía, apenas unos refrescos sin gas y poco más, la cerré y abrí un par de armarios que había a lado de la nevera, esperando encontrar algo que calmara el hambre que sentía. Una botella de vodka fue lo único que encontré disponible, perfecto. Me senté en un pequeño sofá que tenía en uno de los laterales del estudio y bebí a tragos largos hasta que, como era de esperar, perdí el conocimiento.

La tarde estaba avanzada cuando desperté con el estómago tan revuelto que tuve que salir corriendo a vomitar al baño, apenas llegué vacié todo el contenido de éste por la taza del váter, que básicamente era líquido. Sabía que no podía seguir así, necesitaba recuperarme o acabaría muy mal, pero no encontraba las fuerzas por ningún sitio, estaba tan hecha pedazos que no sabía si sería capaz, alguna vez, de volver a reconstruirme. Tardé unos minutos en despegarme de la taza y conseguir ponerme nuevamente en pie. Todo apestaba a alcohol y no solo mi cara era todo un poema, mi ropa estaba girada, completamente arrugada y lo peor de todo era que, ya no quedaba nada que tomar,

aquella era la última botella y ahora sin el alcohol que corriese por mis venas, el dolor se volvería a intensificar.

Estaba débil, tenía el cuerpo vacío igual que mi vida. Comencé a pasear por el pequeño estudio hasta que me paré delante de uno de los cuadros que tenía sin terminar, un acantilado profundo donde una silueta miraba al precipicio en un atardecer invernal. Me quedé mirándolo durante un largo rato.

—¡Salta, hija de puta! —grité al cuadro mientras volvían a saltárseme las lágrimas— ¡Salta y acaba con todo esto de una vez por todas!

Cogí uno de los pinceles y llena de rabia apuñalé el lienzo con él, desgarrándolo. Cuando vi lo que acaba de hacer comencé a llorar desconsoladamente, mientras pedía perdón al cuadro por lo que acaba de hacerle intentado recomponerlo con mis manos temblorosas, pero aquello ya no tenía solución igual que la relación con Ian, se había roto, y eso difícilmente podría arreglarse por mucho que yo lo desease. Cuando dejé de llorar y pude calmarme un poco, descolgué aquel maltrecho cuadro del caballete y lo dejé en la pila de los descartes para cambiarlo por uno nuevo, si alguna vez volvía a pintar, o comer, cosa que en aquel momento dudaba, ya que la desidia se había implantado en mi cuerpo de tal manera que si seguía así enfermaría rápidamente.

De repente escuché un tono que me resultó muy familiar, este se repitió varias veces dándome tiempo para encontrar la fuente de aquel sonido. En el sofá, bajo uno de los cojines, estaba mi teléfono móvil. Al mirar la pantalla y verla llena de mensajes contuve la respiración, pensado en que podría ser Ian, diciéndome que me perdonaba y que volvía a casa conmigo, pero no fue así. Todos los mensajes era de seguidores que se preguntaban por qué llevaba varios días sin subir contenido, preocupados por si me había pasado alguna cosa. Por un momento me sentí mejor conmigo misma, aquellas personas, a su manera, me querían y me estaban echando de menos. Enseguida colgué un mensaje en la página web pidiendo disculpas por la ausencia y pidiéndoles que tuvieran paciencia, que no me encontraba bien para subir contenido y que pronto estaría de nuevo en plena forma para seguir haciendo sus fantasías realidad. Enseguida llegaron muchos mensajes de alivio, deseándome que me recuperase pronto y deseándome lo mejor. Aquello subió un poco mi autoestima hasta que abrí la galería de fotos del teléfono. Cientos de instantes compartidos con Ian golpearon nuevamente mi mente en forma de fotografías y pequeños videos, volviéndome a sumir en mi pozo de tristeza y desesperación.

El teléfono volvió a sonar. Lo miré de nuevo entusiasmada, era Pol, el marchante de la galería de arte donde exponía.

—Buenas María soy Pol, ¿cómo va todo?

—De puta pena —dije sin poder contenerme mientras se me quebraba la voz.

—María, ¿estás bien? ¿Estás llorando?

—Tranquilo Pol, es solo alergia primaveral, ya sabes cómo me pongo en estas fechas —dije serenándome un poco.

—Vale, me dejas más tranquilo. Yo te llamaba para saber cómo vas con los cuadros. El cliente ha llamado un par de veces para saber la fecha de entrega.

—Pues todo va genial —mentí—, tengo algunos bocetos que están quedando muy bien, aunque quedan muchos retoques y demás.

—Estupendo, ¿le pudo decir que los tendremos antes de que acabe el mes?

—¿Estás loco? Necesito al menos unos meses más, quizás para finales de verano.

—María, eso es mucho tiempo. No sé si el cliente querrá esperar tanto tiempo.

—Ese es tu trabajo, convencerle. Además, estaba encantado con el cuadro anterior, imagino que no le importará esperar un poco más para completar su colección.

—Está bien María, veré lo que puedo hacer, pero no lo retrases más, ¿de acuerdo?

—De acuerdo Pol, un beso, chao.

Solo me faltaba aquello, los putos cuadros. Sabía que me había comprometido en hacerlos y terminarlos en un periodo no muy largo de tiempo, uno meses lo más tardar, pero en aquel momento, después de cómo se habían desarrollado los últimos acontecimientos de mi vida, no sabía si sería capaz de cumplir con lo acordado. Perdería el dinero y, probablemente, a Pol y a su galería.

Los últimos rayos del sol ya desaparecían por el horizonte cuando comencé a tener un poco de frío y pensé en darme una buena ducha para liberar un poco de tensión y quitarme toda aquella mierda que llevaba en la cara. Crucé el pequeño estudió como una zombi, arrastrando los pies, sin ganas de nada. En mi corto camino tropecé con dos caballetes que casi tiré al suelo, con una pequeña banqueta que usaba para sentarme mientras pintaba y cuando pasé por la cocina, golpeé la pequeña mesa plegable que allí había, haciendo que mi bolso y todo su contenido cayeran al suelo. Miré como todas las cosas que había dentro de él, mis llaves, el monedero, pañuelos, un tampón, una pequeña barra de labios y algunas cosas más quedaron esparcidas por todo el suelo de la cocina. Hice el ademán de girarme y meterme directamente en el cuarto de baño, sin importarme lo más mínimo como todas aquellas cosas volverían dentro del bolso y, efectivamente, así lo hice.

Me desnudé completamente justo al entrar y comencé a desmaquillarme rápidamente mientras el agua comenzaba a correr en la ducha. Cuando comencé a notar como aquellas gotas chocaban violentamente contra mi rostro, sentí algo de paz. Allí estuve un buen rato, dejando que el agua caliente resbalase por mi cuerpo intentado limpiar una culpa que sabía que no se marcharía por muchas duchas que me diese. Hasta hubo un momento que mis dedos se deslizaron hasta mi entrepierna, pero fue un inútil intento que se quedó en nada. Mi cuerpo no deseaba ningunas manos que no fueran las de Ian y el simple recuerdo de sus íntimas caricias hizo que volviera a llorar. Salí un poco más tarde, relajada. Mientras secaba mi cuerpo y mi pelo pensé en que iba a ponerme, apenas me quedaba ropa limpia. Salí del baño y me dirigí a uno de los armarios. Después de rebuscar un poco, pude encontrar alguna cosa que ponerme. Unos pantalones tejanos y una camiseta hicieron el apaño, sin sujetador por supuesto y unas braguitas negras de mi arsenal de ropa interior, puesto que me encantaba tener una gran variedad de aquellas prendas. Me sentí mucho mejor después de estar limpia y vestida cómodamente, además los efectos del alcohol ya se habían pasado y eso ayudó mucho a que mi cabeza se asentase un poco.

Presa de ese nuevo ánimo comencé a ordenar un poco aquel estudio que estaba hecho un desastre. Ordené los caballetes, recogí las pinturas y organicé un poco los armarios, hasta que llegué a la cocina. Extrañamente, ningunas de las cosas que se habían salido del bolso, habían vuelto a meterse dentro de él. Resignada comencé a recogerlas. Aquello me hizo sonreír un poco, la cantidad de cosas que se llevan en el bolso por si acaso. Cuando estuvo todo en su lugar volví a dejar el bolso encima de la mesa, esperando no volver a tropezarme contra ella de nuevo, ya que aún me dolía la zona del muslo en donde me había golpeado.

Estaba de buen humor, era increíble lo que una buena ducha podía hacer y entonces me di cuenta de que debajo de la pequeña mesa de la cocina había algo oscuro que no había visto cuando recogía las demás cosas, parecía una especie de tarjeta de visita. Me agaché para recoger aquel objeto

que no me sonaba mucho de que fuera mío. Se trataba de una tarjeta de plástico, fina y bastante maleable. Black Lotus ponía en letras doradas. En medio de la tarjeta había el dibujo de una flor de loto en relieve y detrás la dirección de un local del centro de la ciudad. Conocía aquella zona, había salido de fiesta en varias ocasiones, pero no recordaba haber estado jamás en un sitio con ese nombre. «¿Cómo había podido llegar esta tarjeta a mi bolso?». Entonces me vino a la mente, aquel bolso era el que había llevado a la fiesta de sexo extremo la otra noche y la única vez que me había separado de él fue cuando lo había dejado en el guardarropa. Seguro que alguien, o aquella chica tan mona que me puso el sello, me la habían puesto allí. Bueno, al fin y al cabo, era una manera lícita de hacer publicidad de un nuevo local en la ciudad. En ese momento sentí algo de curiosidad y busqué con mi teléfono móvil alguna reseña en internet que me dijera algo de aquel lugar, pero lo único que encontré con ese nombre, fueron rumores de un club elitista, muy privado y exclusivo. Ninguna fotografía del interior, ningún comentario referente a lo que se podía encontrar en él, todo era muy raro y misterioso. O era una campaña publicitaria de la ostia, o los que había conseguido entrar jamás habían vuelto a salir con vida para explicarlo. Aquel pensamiento me hizo sonreír de nuevo.

Miré el reloj del estudio, era pasadas las diez de la noche. Tampoco iba a morirme por tomarme una copa y además tenía curiosidad por descubrir qué clase de antro era aquel Black Lotus. Lógicamente tuve que cambiarme, estaba segura que con las pintas que llevaba jamás me dejarían entrar. Busqué uno de mis vestidos cortos y ajustados, volvía a maquillarme para enfundarme en unos taconazos de escándalo, coger el bolso y recolocarme el pecho antes de salir por la puerta del estudio.

El taxi tardó unos diez minutos en llegar al lugar donde le había indicado, pero al bajarme delante del lugar donde indicaba la tarjeta, pude comprobar que se trataba de otro sitio. Efectivamente, allí había un club, pero no se llamaba Black Lotus sino “Hawaian Paradise”. Aquello ni era exclusivo ni elitista y mucho menos privado con los inmensos focos de luz que habían señalado al cielo aquel el lugar. Era un garito de ritmos latinos, muy divertido en donde servían unos cocteles espectaculares, pero no era lo que yo iba buscando aquella noche. Quedé un poco decepcionada al principio, pero justo cuando iba a marcharme, los faros de un coche girando por la calle alumbraron la fachada donde estaba la entrada de aquel local y entonces me fijé en que, justo encima de la puerta de entrada, donde estaba el portero, estaba dibujado con tinta negra la flor de loto. Cuando los faros pasaron de largo, volví mirar y me resultó casi imposible distinguir de nuevo aquella escondida flor. Así que, después de todo, quizás sí que estuviera en el lugar correcto.

13

El portero, alto y corpulento, con el cuerpo cuadrado al igual que su cara, parecía ser el típico portero con malas pulgas que te amenazaba con la mirada sin tener que descruzar los brazos, parco en palabras cual estatua de mármol dispuesta en la entrada de aquel garito. Simplemente por satisfacer mi curiosidad, me acerque a él.

—Perdona pedazo de trozo de carne divina esculpida por algún dios romano, ¿el Black Lotus, es aquí?

Miró el cartel de la discoteca, me miró a mí y volvió a mirar hacia delante sin mediar una sola palabra, justo como había imaginado, un orador increíble, tardaría en olvidar todas las cosas que me había hecho sentir con aquel giro de cabeza, como las tremendas ganas que tuve de darle una buena patada en los huevos en aquel preciso momento. Pero le sonreí falsamente y me di la vuelta dispuesta a irme. Antes volví a sacar la tarjeta del bolso y miré nuevamente la dirección no fuera el caso que me hubiese equivocado y estuviera haciendo el tonto, cosa que no me hubiese extrañado lo más mínimo. Pero no, la dirección era correcta. Nada, otra noche perdida pensé, y me dispuse a llamar a un taxi para volver al estudio. Justo cuando iba a sacar el teléfono móvil del bolso sentí que alguien me llamaba.

—¡Señorita, disculpe señorita! —me giré para ver como el enorme portero de la discoteca se acercaba a mí alzando la mano.

—¿Sí? —contesté extrañada, esperando que no se hubiese sentido ofendido por mi falsa sonrisa.

—Sería tan amable de enseñarme esa tarjeta que tenía en la mano hace un momento, ¿por favor? —dijo con una perfecta dicción y dejándome un poco con la boquita callada.

—Claro —respondí entregándosela—, aquí tiene. La encontré entre mis cosas y sentí curiosidad por saber de qué se trataba, pero la dirección no coincide...

—Acompáñame, si es usted tan amable —finalizó invitándome a que le siguiese y devolviéndome la tarjeta.

Aquello me parecía la cosa más surrealista que me había pasado en mucho tiempo, pero a la vez mi curiosidad se había multiplicado por mil, así que seguí aquel pedazo de hombre hasta el interior de aquella disco de bailes latinos. Nada más cruzar la puerta el sonido de una canción caribeña inundó mis oídos dándome ganas de bailar y entre la música y el culo del portero que tenía delante, la cosa comenzaba a animarse por momentos. Entonces el portero se paró delante de las puertas del baño de mujeres y me cedió el paso.

—Si es usted tan amable, por aquí.

—¿Sin invitarme a una copa antes? ¿Así a pelo? Qué fuerte vas tú, ¿no?

Igualmente hice lo que me pidió y crucé al interior de los servicios y juraría que lo vi sonreír mientras lo hacía. Cuando estuvimos los dos dentro fuimos hasta la pared más alejada de la puerta, girando a lo que bien podría ser el hueco de una ducha, salvo que no había ninguna ducha por allí.

—Es su primera vez, ¿señorita? —preguntó con su seriedad habitual.

—Hombre... no, no es la primera vez que lo hago en unos baños públicos, pero...

—Me refiero a que si es su primera vez aquí —dijo señalando la tarjeta negra que yo aun llevaba

en la mano.

—Ah, sí —dije sonriendo como una tonta—, en esto sí.

—¿Me permite? —dijo pidiéndome de nuevo la tarjeta.

Entonces señaló una pequeña baldosa de la pared donde había dibujado una pequeña flor de loto negra muy bien disimulada pero perfectamente visible, pasó la tarjeta por encima y unos segundos después una puerta de pared invisible a los ojos se abrió, dando paso a un local completamente diferente.

—Que disfrute de la velada, señorita —dijo invitándome a entrar y devolviéndome la tarjeta nuevamente.

—Gracias a ti, guapetón —pude decir antes de que la puerta se cerrara de inmediato tras de mí.

Nadie de los que estaban dentro de aquel lugar se extrañó lo más mínimo al verme aparecer tras una pared, imaginé que aquella era la entrada que todas usábamos. El lugar era amplio, con una gran barra al fondo donde varías chicas servían a la gente. Unos cuantos sillones esparcidos por toda la sala, albergaban a las personas que allí se congregaban. La música era muy suave, instrumental y a pesar de eso, apenas se podían escuchar las conversaciones de la gente que parecía que susurrasen para hablar. A primera vista el sitio no tenía nada de especial, todo con un gusto exquisito, eso sí, pero me sentí algo decepcionada después de lo que había leído por internet y el truco de la puerta en la pared. No obstante, ya estaba allí, así que me acerqué a la barra.

—Buenas noches, señorita —dijo la camarera antes de que yo pudiera articular palabra alguna— ¿en qué puedo servirla esta noche?

—Buenas noches —contesté educadamente—, me gustaría algo para beber.

—Claro, sin problemas, ahora mismo le preparo algo que seguro que le va a encantar.

Sin darme tiempo a pedirle lo que yo quería, se puso a preparar un coctel que enseguida me ofreció. Al probarlo quedé maravillada, era exactamente lo que siempre me pedía y estaba increíble, casi lo terminé de un solo sorbo.

—Perdona, ¿cómo sabías...? —pregunté llena de curiosidad a la camarera.

—Sabemos muchas cosas de usted, señorita Perséfone —contestó guiñándome un ojo y señalando con la cabeza la tarjeta que llevaba en la mano aún.

—Nos tienen fichados —dijo una voz que provenía de mi lado derecho.

Al girarme pude ver a un hombre de mediana edad, de buen ver, vestido con un traje impecable que me sonría tras un antifaz que le tapaba la mayoría de la cara. Le sonreí de la misma manera que él lo había hecho, mientras que él me hacía un repaso de arriba abajo sin cortarse lo más mínimo. Después se levantó y se alejó de la barra. Justo en ese momento me di cuenta de que no era el único que ocultaba su rostro, ya que otros hombres y mujeres de aquel lugar también lo hacía.

—Es para preservar el anonimato, no es ningún tipo de fetiche... o sí —dijo directamente la camarera al ver mi cara de asombro.

—Bueno la verdad es que, de todos modos, me estoy sintiendo un poco mejor, así que prepárame otro de estos cocteles mágicos y dime lo que te debo, bonita.

—Enseguida se lo preparo y no se preocupe por el dinero, en el Black Lotus las bebidas corren por cuenta de la casa.

Excelente pensé, podría beber hasta perder el conocimiento y encima no tendría que pagar por ello. Terminé el último sorbo cuando la bonita chica de la barra me servía el siguiente. Bastante más animada abandoné la barra con mi copa en la mano y deambulé por aquel enigmático lugar donde la

gente cubría sus rostros para no ser identificada. A tenor de cómo algunos me estaban mirando al pasar por delante, imaginé que sabían quién era yo y si me apurabas un poco, incluso podría jurar que algunos hasta se habían toqueteado con mis videos. Estaba en un club de salidos. Las mujeres también lo hacían, pero al menos disimulaban un poco más. Aparentemente, el club no tenía nada más, unos sillones, gente dialogando, una barra, pero entonces, ¿para qué tanta seguridad para entrar si simplemente estaba en un club nocturno como otro cualquiera? No tardé mucho en recorrer todo el local, que ha decir verdad no era tan grande como hubiese parecido en un principio y volví a la barra con mi simpática camarera.

—¿Otra copa señorita Perséfone? —preguntó nada más acercarme.

—No —contesté riéndome—, o tendréis que sacarme en camilla de aquí, por cierto ¿cómo te llamas?

—Jasmine —dijo riéndose también—, pero por favor, no me cantes la canción... no hay noche que no lo hagan cuando averiguan mi nombre.

—Pues ahora que me fijo en tu piel morena, en tus ojos oscuros rasgados, sí que te pareces un poco a la mítica princesa de cuento, eres preciosa.

—Gracias, gran señora del Inframundo —dijo ruborizándose un poco y haciéndome una gran reverencia—, pero si hay una triunfadora en esta sala, esta noche, es usted señorita Perséfone. Más de un cliente han venido a preguntar por usted e informarse si trabajaba aquí.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Yo? No entiendo nada, ¿trabajar aquí?

—No sé si lo sabe —dijo bajando un poco más la voz—, pero el Black Lotus ofrece servicios especiales a sus clientes.

—¿A qué te refieres exactamente con servicios especiales?

—Pues a todo lo que se pueda estar imaginando y a mucho más y más malo —esto último diciéndolo con un susurro casi imperceptible.

—Y el servicio lo dais vosotras, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca —dijo un poco resignada—, va todo incluido en el precio que paga cada socio del club y en nuestro sueldo, por supuesto.

—O sea, que no estáis obligadas a nada, es voluntario.

—Digámoslo así, obligada no estás, pero si aceptas ir con un cliente... no te puedes negar a nada. Cuantos más servicios, más dinero.

—Pues exactamente lo que me pasa a mí —dije pensado en mi web— cuantos más encargos realizo más me pagan y cuanto más raros y pervertidos son, más dinero.

Jasmine asintió. Ahora comenzaba a encajarme todo un poco más, en aquella sala solo estaba viendo la punta del iceberg, un iceberg muy oscuro y sucio por lo que podía intuir de las palabras de Jasmine. Ahora también cobraba sentido el uso de los antifaces de algunas de las personas presentes en aquel lugar.

—¿Y sois muchas trabajando aquí? —pregunté a Jasmine llena de curiosidad.

—Pues ahora mismo somos tres chicas y cuatro chicos, nos falta una de las chicas que después del último servicio se encontró algo indispuesta y no vendrá en unos días. Espera ahora que lo pienso, si quieres puedes sustituirla.

—¿Cómo? ¿Lo estás diciendo en serio? —dije completamente perpleja.

—Claro, ¿sabes servir copas?

—Sí, por eso no hay problema...

—¿Te gusta el sexo y el dinero rápido?

—Sí y, por supuesto que sí... pero acabo de salir de una ruptura y no sé yo...

—Te puedo asegurar que aquí lo vas a olvidar tan deprisa, que en unos días no te acordarás ni de su nombre.

Aquel último argumento fue el que me ayudó a decirle a Jasmine que sí. No tenía que perder por probar, podría beber gratis y encima follaría con ricos excéntricos a los que ni siquiera se les mantendría dura después de mi primera embestida. Y, sobre todo, lo más importante, necesitaba olvidar a Ian, aceptar que todo se había terminado para poder dejar de llorar por las esquinas sin ganas de vivir. Aunque doliese, la vida debía continuar y el primer paso estaba allí, aprovechando la oportunidad que aquel local me ofrecía.

—Pues, ¿por qué no? —afirmé mirando a Jasmine— ¿cuándo empiezo?

—A ver déjame verte —dijo dándome un repaso visual—, ahora mismo.

14

No me esperaba aquella contestación tan rápida y quedé muy sorprendida cuando Jasmine me invitó a pasar tras la barra. Me colocó una pequeña insignia enganchada en mi vestido a la altura del pecho, una flor de loto dorada, justo cómo llevaban los demás camareros, con un pequeño número inscrito en su interior. A mí me había tocado el cuatro.

—Es el número de la compañera que no hay podido venir, espero que no te importe —me explico Jasmine cuando acabó de colocármela—. Con esto los clientes pueden identificarte y pedir algún servicio especial contigo.

Asentí y me dispuse para hacer una inspección de la clase de licores que servían en aquel lugar y a pesar de que yo no era una gran entendida en la materia, sí que pude identificar algunos whiskies reserva carísimos y algunas botellas que valían más de lo que muchos podrían ganar en varios meses de trabajo. No se servía ningún tipo de comida y no se usaba el dinero para pagar ningún tipo de servicio o bebida, todo funcionaba a través de la tarjeta que todos llevaban y que era igual a la mía. Enseguida varios clientes se acercaron a la barra a observar a la nueva camarera que acaba de incorporarse al servicio.

—Buenas gallinita —me dijo un viejo canoso nada más acercarse a la barra—, por lo que veo eres nueva en este corral, solo quiero que sepas que aquí yo soy el gallo que lleva la voz cantante, así que, si quieres pasar el mejor rato de tu vida, tan solo tienes que suplicármelo y me lo pensaré.

—Mira, viejo de...

Antes de que pudiera acabar la frase Jasmine me cogió de un hombro y me alejó de la barra, no sin antes pedir perdón al viejo canoso y excusándome porque era mi primera noche, ya que este no había puesto muy buena cara a ver mi reacción, comenzado a despotricar como el energúmeno que era. Al poco, Jasmine ya le había calmado invitándole a una copa.

—Discúlpame Perséfone por no advertirte antes sobre este tipo de cosas. Aquí los clientes pagan muchísimo dinero por pertenecer a este club y se les permite que nos digan todo lo que quieran, como parte de sus fantasías. Algunos son más educados y otros, como el capullo de la barra, son bastante desagradables, probablemente porque la tienen pequeña o no se les levanta y vienen aquí para sentirse bien, humillándonos.

—Lo siento Jasmine, me ha pillado por sorpresa, si quieres le pediré disculpas no quiero que tengas problemas por mi culpa, te has portado muy bien conmigo —contesté con toda sinceridad.

—Ni te preocupes corazón, es un estúpido —dijo riéndose y acercándose a mi oído me susurró—, y además te puedo asegurar que este, sí la tiene pequeña.

—Entonces pueden hacer con nosotras lo que quieran, ¿no es así?

—No, no te equivoques —dijo esta vez muy seria—, detrás de la barra o si salimos para servir en alguna mesa no pueden tocarnos, está prohibido. Pueden decir lo que les apetezca, pero jamás ponernos un dedo encima. Otra cosa es que aceptes un servicio, ahí las reglas cambian y te diré que, casi todo, está permitido.

Aquella última frase me dejó igual de preocupada que excitada. Cada vez entendía mejor porque aquel lugar era tan clandestino y por qué no había salido nada a la luz. La clase de gente que

frecuentaba aquel lugar no solo pagaba por los servicios, sino también por preservar su intimidad. Si sus nombres reales se hacían públicos, aquello podría ser un verdadero escándalo. Cuando volvimos a la barra nuevamente, aquel viejo asqueroso ya se había marchado, por suerte para mí, pero no estuve mucho tiempo sola. Un hombre bastante apuesto, de mediana edad se acercó a la barra. Detrás de un impecable antifaz negro pude ver una mirada dura y penetrante. Iba vestido con un esmoquin negro que le quedaba como un guante, ideal para vestir a ese cuerpo de proporciones perfectas.

—Buenas noches, Perséfone —dijo con un tono muy cortes—, me gustaría que me acompañara a mi reservado para que los dos podamos pasar una gran velada. Estoy seguro que puedo hacer que todos tus sueños se hagan realidad.

—Disculpe un momento señor Black —dijo Jasmine mientras me alejaba de la barra nuevamente—, enseguida regresamos.

—Buenas noches, Jasmine —contestó sonriéndole educadamente—, la oferta también es extensible a ti. Si te animas estaría encantado de que las dos me acompañéis esta noche.

—Perséfone, definitivamente no —dijo rotundamente Jasmine cuando estuvimos alejadas de la barra—. Es tu primera noche y creo que ese tipo no te conviene en absoluto.

—No te entiendo Jasmine, ¿qué tiene de malo? Es educado y encima está buenísimo.

—Solo puedo decirte que las apariencias engañan y que ese tipo no es tan bueno como se pinta, ¿por qué crees que se hace llamar señor Black?

—Ni te preocupes, agradezco tu consejo, pero estoy segura que puedo manejarlo.

—En serio Perséfone —dijo cogiéndome del brazo cariñosamente—, no vayas con él, sé de lo que te estoy hablando.

Me solté de Jasmine que se había quedado un poco preocupada y volví a la barra para aceptar la invitación que me había ofrecido aquel caballero tan misterioso. Salí de la barra y enseguida me cogió de la mano suavemente, invitándome a que le siguiese. Nos acercamos hasta la pared que había justo al final del local donde aquel caballero utilizó su tarjeta para hacer que se abriera otra puerta oculta que daba acceso un largo pasillo lleno de puertas a ambos lados. No tardamos mucho en detenernos delante de una de ellas. Nuevamente con la tarjeta accedimos al interior de aquella estancia. Nada más cerrarse la puerta detrás de nosotros, se activó una luz roja de ambiente que iluminó el lugar donde pude ver una gran cama de matrimonio con sabanas de seda negra junto a dos estanterías repletas de cientos de objetos para la dominación y tortura. A uno de los lados de la cama había una gran equis de madera oscura con esposas de cuero en sus extremos. Cadenas, esposas, dos potros y un columpio fue lo que pude ver de una sola pasada. Sin darme demasiado tiempo a pensar en donde me había metido vi como el señor Black se alejaba para meterse detrás de un biombo negro, pidiéndome que mientras le esperaba comenzara a desvestirme por completo y me pusiera de rodillas. Hice lo que me pidió, me desnudé completamente dejando toda mi ropa encima de una silla que había al lado de la puerta de aquella habitación y seguidamente me puse de rodillas esperándole. Enseguida volvió a mi lado, saliendo de detrás del bimbo donde se había desnudado él también y se había puesto una máscara de cuero negro. En su mano derecha llevaba una cadena delgada junto a una cinta de cuero negro. De cintura para abajo iba desnudo, nada en especial salvo por un pequeño detalle, en la base de su polla y abarcando también sus huevos, había colocado una argolla elástica que se la dejaba medio flácida y estrangulada, parecía bastante doloroso, pero sobre gustos los colores pensé, así que me limité a esperar para ver lo que aquel tipo me tenía

preparado. Lo primero que hizo al acercarse fue ponerme alrededor del cuello un collar negro donde estaba enganchada la cadena. Cuando terminó tiró de mí.

—Ven perrita, sigue a tu amo y recuerda que, si no te portas bien, tendré que castigarte.

Bueno tenía que reconocer que aquella situación era algo humillante, pero era su fantasía y de momento no había llegado a ningún límite que yo tuviera marcado como infranqueable. Le seguí hasta la gran cruz de madera donde me hizo ponerme en pie utilizando una fusta que había cogido de encima de la cama, colocándola bajo mi barbilla. Una vez erguida apresó mis pies y mis manos con esposas de cuero. Entonces comenzó a sonar una música que me embriagó, se trataba de una pieza de música clásica, un piano. La tristeza que emanaban aquellas notas hizo que mi mente se abstrajera de aquella habitación, recordando los cálidos abrazos de Ian que ya jamás volvería a sentir. Creía que sería fácil olvidarlo todo, pero no fue así, la herida era más profunda de lo que yo había podido imaginar. Fui consciente, brevemente, de que una voz me gritaba por encima de la música y de mis pensamientos, pero ni siquiera le hice el menor caso, hasta que una mano, de piel dura, abofeteó mi cara con violencia. El golpe me pilló tan distraída que me partió el labio inferior y, aunque lo gritos no cesaron en ningún momento, no fui consciente de lo que me decían. Supe que en algún momento me soltó de las esposas y que, como una perra, me vi a cuatro patas mientras aquel tipo tiraba de mi cuello. Aquel no fue el único golpe que recibí entre amenazas y más gritos, nada me importaba, es más, hasta sentí en algún momento que todo aquel castigo lo tenía bien merecido por zorra y mentirosa. Creo recordar que alguna lágrima solté, aunque no por el dolor del labio, sino por la herida que se había creado en mi corazón después de la ruptura, una herida que tardaría mucho tiempo en cicatrizar, si es que lo conseguía alguna vez. No sé exactamente cuando terminó, si se marchó contento o se marchó enfadado, poco me importaba en el estado en que estaba sumida, lo último que recordé fue como algo caliente había salpicado mi cara, algún que otro grito y un portazo final. Allí seguí tirada en el suelo, con la cadena al cuello, esperando a que mi cuerpo tuviera la suficiente fuerza como para intentar pedir ayuda. Poco después, alguien volvió a entrar en la habitación, me ayuda a incorporarme y me dejaba caer en la cama para después cubrirme con la sabana de seda.

—Pero ¿qué te ha hecho ese maldito bestia? —preguntó una voz indignada.

—Solo lo que me merecía, no te preocupes estoy bien.

—No, no lo estás.

—Tienes razón, no, no lo estoy.

Jasmine había entrado después de que saliese el señor Black, me había quitado la cadena del cuello y había limpiado mi cara. Me había ayudado a vestirme para que juntas abandonáramos el local. Una vez fuera, con la brisa de la noche sentí algo de frío. Jasmine se ofreció para acompañarme hasta mi casa, pero mintiéndole le dije que ya estaba mejor solo para que me dejara marchar sola. Accedió de mala gana y yo me marché en dirección contraria en mitad de la noche.

Caminé cruzando los callejones de aquella gran ciudad sin esperar nada más que mis pies me llevarán hasta mi destino. Crucé por el parque, pasé por delante de aquella cafetería ahora cerrada, por aquellos bancos en aquella avenida, todos los lugares con los había compartido algo con Ian. Estaban tan abatida que mis ojos se llenaron de lágrimas justo cuando alcanzaba a ver la puerta del estudio donde ahora vivía, o más bien, mal vivía.

Llegué a duras penas, enjuagando varias veces los ojos para intentar acertar a meter la llave en la cerradura y entrar. Cuando por fin lo conseguí me dirigí al baño. Me miré al espejo, tenía un aspecto

horrible con aquel maquillaje corrido y el labio partido. También me dolía la mandíbula y el brazo derecho, donde pude ver un principio de moratón que seguro se haría más grande, aunque todo aquello no me importase en absoluto. Cuando me tumbé en aquel sofá que utilizaba como cama improvisada, caí dormida enseguida de lo cansada que me encontraba, no solo físicamente sino porque también mi mente estaba agotada de tanto pensar en algo que ya no tenía solución y aunque eso lo tenía claro, mi corazón se negaba a rendirse ante aquella evidencia, eso y que aquel dolor tardaría en marcharse de mi lado. Podría haberme dormido sin más y despertar a la mañana siguiente tranquila y descansada, pero no fue así.

Me desperté de un grito, entre sudores fríos y palpitaciones. Aquel sueño había sido tan real, había soñado que Ian ya no estaba a mi lado, que de alguna manera se había enterado de que le engañaba y que le ocultaba mi otra vida y que por eso él había decido abandonarme, dejándome sola. No fui consciente, hasta pasado un buen rato, de que aquello no había sido un sueño, que era la realidad, que era mi vida y que no bastaría tan solo con despertarse para que todo volviese a la normalidad. Una normalidad que añoraba, pero una normalidad que jamás volvería porque se había roto para siempre.

15

Apenas había dormido cuando los primeros rayos de sol comenzaron a entrar por las altas ventanas del estudio. No solo me dolía todo el cuerpo por los días que llevaba durmiendo en aquel sofá, sino por la terrible noche llena de pesadillas que había tenido. Estaba tan mal, tanto física como emocionalmente que decidí que necesitaba que alguien me ayudase a tirar hacia delante, así que llamé a Kayla y le dije que viniese a mi estudio lo antes que le fuera posible. En media hora ya estaba llamando a la puerta. Le abrí y enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué pasa María? —preguntó nada más echarme una simple ojeada.

—He roto con Ian —dije antes de romper a llorar.

—Vale —contestó respirando hondo— tranquilízate, ¿y no crees que pueda tratarse de una riña de esas que se puede arreglar con un bueno polvo?

—Sabe lo de mi página web y, probablemente, que me he follado a media ciudad.

—Pues no, no creo que un polvo solucionemos esto. Lo siento pequeña —dijo intentando consolarme—. ¿Y cómo crees que se ha enterado?

—Pues ni idea, no me lo dijo —contesté sollozando— quizás algún seguidor de mi página nos conociese y se lo dijera, o algún compañero de trabajo... no lo sé.

—Bueno era un capullo, como la mayoría de los hombres en general, no te pierdes nada.

—¡No! —grité rompiendo a llorar de nuevo— ¡Yo le quería!

Kayla estuvo intentado consolarme de nuevo, abrazándome y diciendo lo maravillosa que era, que no necesitaba a ningún hombre en mi vida para sentirme bien y que tenía que empezar a animarme enseguida o dejaría de respirar hasta que yo dejara de llorar. Eso último me hizo reír, le salía muy bien hacer la payasa para animarme, ver su cara como un tomate al intentar dejar de respirar diez segundos pudo conmigo. Al final ella también rio soltando todo el aire de golpe y salpicándome con su saliva.

—Gracias Kayla, eres una buena amiga.

—No tienes por qué darlas, para eso estamos —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—Te veo muy risueña... tú me ocultas algo... a ver, suéltalo ya o entonces la que va a dejar de respirar voy a ser yo.

—¿Yo? ¿Ocultar? —dijo Kayla disimulando fatal— ¿Novia? ¿Quién ha dicho algo de novia?

—¿En serio? ¿Novia, tú? —pregunté muy sorprendida— ¿No me digas que por fin vas a sentar la cabeza?

—Quien sabe, puede que esta sea la definitiva. Es guapa, simpática, agradable...

—Vamos todo un primor... ¿y se puede saber de dónde ha salido esa joyita?

—Pues vas a alucinar, es policía. Trabaja en la comisaría central y la conocí cuando fui a informarme sobre el caso de la asesina de La Perla que, por cierto, y mira tú lo que son las casualidades de la vida, es el caso que lleva ella.

—Muy interesante, o sea que ahí surgió el amor, en una comisaría de policía, que romántico —dije quizás con un tono más sarcástico del que pretendía.

—No seas mala María, ahí la conocí y me di cuenta que estábamos en la misma onda las dos, la

invité salir, dijo que sí y...

—¡Te la follaste!

—Que burra eres hija mía, hicimos el amor apasionadamente, sus besos, sus caricias, su manera de comerme el... bueno... increíble.

—Ya claro, a otro perro con ese hueso, vamos que os pusisteis cerdas las dos y...

—¡María, por favor!

Las dos nos quedamos mirando unos segundos antes de estallar en carcajadas. La verdad es que no esperaba estar tan animada después de la mierda de noche y el horrible amanecer, pero la sola presencia de Kayla hacía que me sintiera mejor y con ella las risas siempre estaban garantizadas. Me abracé fuertemente a ella dejando descansa mi cabeza sobre su pecho. Kayla tenía un pecho generoso y reposar mi cabeza sobre él me resultó muy reconfortante.

—Entonces, ¿me estás diciendo que es la mejor amante que se ha metido en tu cama? —pregunté a Kayla mientras comenzaba a frotar mi cara sobre sus pezones suavemente.

—Mmm, pues... probablemente así sea...

Enseguida comenzaron a ponérsele muy duros, se estaba excitando con mis caricias y fue entonces cuando aproveché para liberar uno de aquellos preciosos pechos y comenzar a chupar, delicadamente, aquel duro pezón. Kayla intentó protestar y enseguida mordí con un poco más de fuerza, consiguiendo así que no llegara a terminar la frase. Sabía que estaba muy mal lo que estaba haciendo con Kayla, era sexo por despecho, pero me hacía sentir tan bien que a pesar de la total falta de moralidad que suponía aquel acto seguí chupando y mordiendo aquellos pezones hasta hacerla gemir de placer. Estaba claro que aquello ya no tenía vuelta atrás y me introduje bajo su corta falda para continuar dándole placer. Kayla estaba muy mojada cuando retiré su tanga. Enseguida separó sus piernas dejando expuesto su sexo húmedo para mí. Acepté de buen grado aquella invitación que yo misma había provocado y hundí mi cara entre aquellos cálidos y suaves muslos. Antes de llegar al orgasmo Kayla hizo que parara para cambiar las tornas y entonces fue ella la que se perdió entre mis piernas, demostrando que era toda una experta en el placentero arte del cunnilingus. Me quedé fascinada con la facilidad que tuvo para hacerme gritar más de una vez llevando al límite del clímax. Terminamos entrecruzando las piernas la una con la otra para tener un orgasmo conjunto frotando nuestros clítoris henchidos por el placer. Estábamos las dos desnudas sobre el sofá cama cuando Kayla sacó de su bolso un paquete de tabaco.

—Aquí no se pude fumar —dije relajadamente mientras miraba el techo del estudio.

—Y tú y yo no deberíamos haber hecho lo que hemos hecho —dijo mientras se lo encendía y daba una profunda calada—, tengo novia —repitió mientras nos miramos y volvimos a reír.

—O sea que una policía y con un gran caso entre manos —dije pensativa—, ¿y como se llama esa super mujer?

—Lara, y la verdad es que sí que es una super mujer. Lo que pasa es que anda tan liada con el caso de la asesina que apenas tenemos tiempo para vernos.

—Así que compartís información, ¿eh?

—Sí, la verdad es que sí —contestó Kayla riéndose nuevamente—, y sé que no deberíamos porque la investigación de la asesina de La Perla es super secreta, pero me puede la curiosidad y a ella le es imposible negarme nada.

—Te aseguro que con esa manera que tienes de comer el coño, es imposible negarte nada, aún me tiemblan las piernas —dije con sinceridad mientras veía como Kayla se iba sonrojando

lentamente. —Y tú me lo vas a contar a mí, ¿verdad?

—Sabes que no puedo contarte nada María, es una investigación policial en curso, si llegase a saberse que tengo información sobre el caso, podría ir a la cárcel y Lara perder su trabajo.

—Seré una tumba, además sabes que soy tan o más curiosa que tú, cuéntamelo por favor.

—María no insistas, sabes que no puedo.

—Cuéntamelo, cuéntamelo, cuéntamelo, cuéntamelo...

—María no seas cansina, eh dicho que no.

—Cuéntamelo, cuéntamelo, sabes que puede estar así todo el día, cuéntamelo, cuéntamelo, cuéntamelo...

—¡Está bien, está bien! Pero por favor para de una vez, comienza a dolerme la cabeza.

Entonces sonriendo y sabiendo que había ganado besé a Kayla en los labios para compensarla por lo mala que había sido. Ella me miró poniendo los ojos en blanco, diciéndome que como podía ser tan infantil, entonces volví a reírme sacándole la lengua, demostrándole a Kayla lo madura que era. Fue entonces cuando Kayla me contó que la policía iba de culo intentado averiguar la identidad de la asesina de La Perla, ya que ésta era muy minuciosa a la hora de no dejar ninguna pista en la escena del crimen. Además, las huellas o restos de posible ADN no están en ninguna base de datos conocida, por lo que aún era más difícil identificarla. Estaban investigando las tiendas donde vendían aquella ropa interior tan cara y que por suerte no eran muchas, intentado averiguar si las clientas de aquellos establecimientos pudieran tener alguna mancha en su historial delictivo para poder comenzar a tener de donde tirar, aunque hasta el momento, por lo que ella sabía, no había habido suerte con ello. Lara había llegado al departamento de homicidios procedente de otra comisaría para reforzar la investigación sobre la asesina, debido a su intachable expediente y a su alta eficacia en la resolución de aquel tipo de crímenes.

—Pues parece que lo tienen bastante complicado, parece que la asesina es mucho más lista que la policía —dije mientras robaba una calada al cigarro de Kayla.

—Eso se cree ella... según Lara, en su último crimen, una chica joven, la asesina cometió algunos errores que pueden hacer que sea cuestión de horas que la detengan. No se los detalles, pero parece ser que no todo salió bien y posiblemente, haya un testigo que pueda identificarla.

—Pues entonces sí que pude ser que no tarden en atraparla.

—Eso espero, dos crímenes en un corto plazo de tiempo, esto no pude seguir así, resulta que ahora no vamos a poder estar seguros ni en nuestro propio barrio. Además, en cuanto la atrapen, tengo la exclusiva para publicar todos los detalles del caso. Eso me garantizará un buen ascenso en mi trabajo.

—Pues eso espero corazón, te lo mereces. Y ya sabes, cuando quieras repetir...

—María, esto no puede volver a suceder, estoy enamorada de Lara.

—Por supuesto, puedo entender perfectamente lo que sientes, no te preocupes, lo respeto.

Después de vestirnos Kayla se marchó y yo me quedé pensando en lo buena que era como amante y la suerte que tenía Lara de poder disfrutar de ella siempre que quisiese. Aunque egoístamente, me sentía genial, estar con Kayla me había subido bastante el ánimo y pensé que salir a dar un paseo me ayudaría a despejarme por completo. Tenía que tomar una decisión de lo que haría a partir de aquel día con mi vida. Lo que sí que tenía claro, es que no podía seguir autocompadeciéndome ni estar todo el día llorando por las esquinas puesto que lo único que conseguiría así era enfermar. Estaba decidida a dar un vuelco a aquella situación y todo comenzaba

por creer en mí misma y olvidar todo el asunto de Ian lo antes posible. Armarme de valor para volver a mi piso y comenzar de nuevo a encauzar mi vida. Lo tenía muy claro, tan claro como saber que aquello era mucho más fácil decirlo que hacerlo, ya que solo en pensar que tenía que poner un pie dentro de aquellas cuatro paredes donde habíamos compartido tanto, comenzaba a formarse un nudo en la garganta que me asfixiaba por momentos. Pero aquel sería un problema al que tendría que enfrentarme más tarde, aquella estaba siendo una mañana anormalmente diferente, para bien y no quería que se enturbiase pensado en Ian. Decidida me colgué el bolso al hombro y salí decidida a la calle, cerrando la puerta del estudio tras de mí.

16

No podía quitarme de la cabeza lo mal que había salido el encuentro con Jen. Si la muy estúpida no se hubiese empeñado tanto en querer vivir, aquello no tendría por qué haber acabado así, viéndome obligada a golpearla, llamando la atención de aquella manera tan innecesaria, donde cualquiera podría haber oído más de lo conveniente. Además, debido a ello, había tenido que verme obligada a salir precipitadamente de aquel lugar, sin poder fijarme en cuanto dejaba atrás para la policía y temiendo que alguien hubiese podido fijarse en aquella precipitada huida. Lo peor de todo era que mi instinto ya me lo había advertido cuando me dio plantón aquella noche, "déjala escapar, pasa de ella", pero aquel era mi gran problema, cuando me obsesionaba con alguien era imposible que me lo quitara de la cabeza. Estaba casi segura de que no había ningún cabo suelto, no obstante, decidí que no podía dejarlo pasar así sin más, ya que la incertidumbre me estaba corroyendo por dentro. Tenía un plan y aunque sabía que era muy arriesgado, estaba dispuesta a correr todos los riegos que hicieran falta tan solo para intentar averiguar qué tan mal había salido aquella cita y cuanto estaba de cerca la policía de mí.

Salí a la calle intentando parecer lo más relajada y menos sospechosa posible con un objetivo claro, el bar que había en frente de la comisaría central de la ciudad. Literalmente, La boca del lobo, que es como se llamaba aquel lugar. Justo antes de llegar paré para reflexionar donde me estaba metiendo, si había la más mínima sospecha sobre mí, no saldría nunca más de allí en libertad. Por otro lado, aquel subidón era tan grande que fue lo que me decidió a dar el paso definitivo.

El bar era como tantos otros de la zona, sucio, ruidoso y con gente de todo tipo consumiendo su café de rigor mañanero para poder aguantar bien el día. La gran diferencia que tenía aquel bar con el resto eran los policías, muchos agentes de servicio estaban aquella mañana allí, bebiendo y hablando con sus compañeros y amigos. Pasar por delante de ellos me hizo sentir una mezcla de temor y euforia difíciles de describir, quizás solo comparable a lo que sentía cuando mis medias envolvían el cuello de alguno de mis amantes. Ver tantas porras y esposas juntas hizo que mi mente divagara por unos instantes haciendo que sonriera como una tonta, justo en el momento que un agente me miraba, yo le sonreía y él me devolvía la sonrisa con un pequeño guiño. Aquello me devolvió rápidamente a la realidad e intenté centrarme en el objetivo que tenía marcado, pero que aquel policía no me hubiese reconocido era un muy buen comienzo. Tenía que admitir que aún llevaba las gafas de sol puestas y eso jugaba mucho a mi favor. Elegí una mesa cerca de la barra, que era donde mayor concentración de gente había, pedí un café con leche y esperé. Estuve allí disimulando con mi teléfono, haciendo que leía alguna cosa, mientras escuchaba las conversaciones de todos los que por allí se acercaban. En su mayoría eran conversaciones vanas sobre el día a día o alguna pequeña anécdota del trabajo, alguna detención, un atraco frustrado y poco más, por aquel momento no había rastro de la asesina de La Perla. Cuando ya había pasado casi una hora comencé a sentirme un poco más tranquila, ninguna conversación giraba en torno a mí y nadie de los que por allí habían pasado me habían reconocido, así que pedí un segundo café, esta vez para disfrutarlo con sabor a victoria. Justo cuando me lo sirvieron, alguien se acercó a mi mesa.

—¿Puedo sentarme?

Al levantar la mirada vi a una morena preciosa que me sonría amablemente. Llevaba un traje de chaqueta y falda de color claro que hacía que sus ojos oscuros resaltaran todavía más. La reconocí de inmediato.

—Por supuesto, adelante.

—Dulce, ¿verdad? —dijo preguntando algo obvio, puesto que ella ya sabía quién era yo.

—Sí, esa soy yo —dije con mi mejor sonrisa—. ¿Eres la chica que acompañaba a Kayla la otra noche, ¿verdad?

—Sí, así es. Solo quería que supieras que siento el comportamiento que tuvo Kayla la otra noche contigo, creo que estuvo fuera de lugar —dijo en tono de sinceridad— y ahora al verte aquí sentada he pensado que tenía que discúlpame. Por cierto, me llamo Lara.

—Encantada Lara, aunque no tienes por qué disculparte, sé lo intensa que puede llegar a ser Kayla.

—Sí, lo sé —afirmó con una gran sonrisa que iluminó su bello y perfecto rostro—. ¿Vienes mucho por aquí? Creo que es la primera vez que te veo. Da la casualidad que yo trabajo en frente y vengo aquí todos los días.

—¿Trabajas en la comisaría?

—Sí, en homicidios. No te lo recomiendo, mucho estrés —dijo mientras ponía lo ojos en blanco.

—Pues ha sido pura casualidad, estaba paseando y he tenido ganas de tomar un buen café con leche y he entrado aquí que, por cierto, está muy bueno.

—Eso seguro, llevas dos —dijo Lara riéndose, no se le escapaba nada.

—Imagino que Kayla te habrá puesto al día de nuestro pequeño desencanto.

—Sí, algo me dijo... como que tú te portaste muy mal con ella, que la despreciaste e hiciste su corazón pedazos... que no ha podido ser la misma desde entonces... creo que te odia.

—Siempre tan dramática...

—Sí —afirmó Lara sonriendo—, si alguna vez le falla lo del periodismo pude probar con el teatro, seguro que le va de maravilla.

Las dos reímos mientras yo le contaba mi versión de los hechos a Lara, de cómo Kayla se había enamorado de mí cuando vivía en la ciudad mientras acababa los estudios y de como yo la había rechazado por no sentir nada más que una amistad. Además, en aquellos momentos sabía que tendría que marcharme pronto de la ciudad y comenzar algo para terminarlo enseguida no merecía la pena. Kayla no lo había entendido así, tomándose mi decisión de la peor forma posible.

—Pero ahora, has vuelto —afirmó Lara.

—Sí he vuelto, tengo algunos negocios que cerrar en la ciudad y por eso me he dejado caer por aquí. Siempre me gusta volver a mi ciudad de vez en cuando.

—Entiendo entonces que... volverás a marcharte.

—Con toda probabilidad, sí. Siempre y cuando no haya algo que me ate...

Lara entonó los ojos y sonrió. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso estábamos coqueteando? Lara era preciosa, era el prototipo de mujer que me volvía loca, morena, fuerte, dulcemente encantadora, de mirada arrebatadora... una mujer capaz de conseguir lo que quisiera con tal solo mover las pestañas. Intenté no pensar en ello, una cosa es que la chica me gustase y otra muy diferente es que quisiera meterme en las bragas de una poli. Tenía que salir de allí lo antes posible o aquello terminaría muy mal, ya conocía aquella sensación y quería evitarla a toda costa.

—Pues encantada de haberte conocido Lara —dije mientras me levantaba de la mesa y besaba a Lara en la mejilla para despedirme. Olía tan bien—. Voy un momento al servicio y ahora me marcharé. Espero que nos volvamos a ver pronto.

Me giré y me dirigí al fondo de bar donde había una puerta con el cartel de servicios. Abrí la puerta y una vez dentro me sentí mejor, más aliviada. Estar junto a Lara había hecho que mi pulso se acelerase, aquel olor... por suerte para mí no volvería a verla pronto.

Alguien entró en los servicios detrás de mí y antes de que pudiera girarme sentí como un frío metal rodeaba mis muñecas.

—¡Estás detenida, no opongas resistencia o será peor para ti!

—¿De qué se me acusa? —pregunté muy asustada.

—De estar muy buena... —susurró a mi oído.

Lara me empujó al interior del baño de mujeres mientras aún tenía las esposas puestas y cerró la puerta para, seguidamente, echar pestillo. De repente me encontré con las piernas separadas mientras Lara me cacheaba al más estilo policial, hurgando en todos los pliegues de mi piel. Sus dedos hábiles jugaron con mis pezones para colarse después entre mis piernas, acariciándome por encima de mis ceñidos pantalones vaqueros. No podía dejar de gemir, aquella situación estaba poniéndome muy a tono, tanto que, si no hubiese sido porque estaba esposada, Lara estaría gritando en aquel mismo instante con mi lengua entre sus piernas. Lo quería todo ya, pero ella lo estaba ralentizando tanto, saboreando cada comento, que incluso me dolía. Era tan sensual y excitante aquel juego que solo hacía que la deseara cada vez más, con el añadido de que, en cualquier momento, alguien entrara en aquel baño y escuchara mis gemidos. Cuando Lara desabrochó el botón de mi pantalón y suavemente deslizó su mano por debajo de mis bragas, no pude contenerme más. En ese momento, me di la vuelta para tenerla cara a cara, ella quedó muy sorprendida y más cuando comencé a comerle la boca con ferocidad, empotrándola contra la pared contraría. Cuando mi lengua estuvo completamente empapada con su saliva, bajé hasta sus pechos para morder sus pezones erectos que se marcaban por encima de su fina camisa, haciendo que gritara de dolor y placer, como pude comprobar al ver su cara. Comencé a bajar para llegar entre sus piernas y entonces fue cuando Lara hizo que me alzara para liberar mis muñecas de las esposas.

Veinte minutos después, estábamos saliendo del aquel baño de señoras con los rostros enrojecidos, para escapar de aquel bar, en direcciones opuestas, como completas desconocidas. No hubo ni intercambio de teléfonos, ni falsas despedidas, ni nada que pudiera dar a entender que queríamos o necesitábamos volver a vernos nunca más.

Mientras volvía para casa pensé en la suerte que había tenido Kayla en encontrar a una mujer como Lara, ardiente y dominante, con un sexo increíble capaz de llevarte al placer más extremos en un abrir y cerrar de ojos.

Lo que había ocurrido en aquel baño aquella mañana no se me iba a borrar fácilmente de la cabeza, y eso, como ya comenzaba a imaginarme, iba a ser un gran problema.

17

Había pasado todo el día paseando, mirando escaparates y divagando en mis pensamientos sobre el rumbo que estaba tomando mi vida. Había llegado a la conclusión de que la ruptura con Ian, a pesar de haber sido culpa mía, no podía afectarme de aquella manera, tenía que volver a recuperar mi fortaleza mental, y aunque al principio lo hubiese dudado, ahora tenía muy claro que no estaba dispuesta a renunciar a nada en mi vida por ello. Así que decidí que cuando llegara al estudio me podía algún vestido ceñido y muy provocativo para regresar al Black Lotus y divertirme un poco. Por la mañana retomaría las riendas de mi vida, enfrentándome a lo que más temía, volver al piso que me traía tantos recuerdos.

Elegí un vestido negro espectacular, uno de mis preferidos. El mismo que había llevado a aquella fiesta de sexo tan extrema. Largo, con una raja que llegaba hasta la cintura, sin medias y, esta vez sí, con un tanga negro que tapaba lo justo y necesario. El vestido era de tirantes, obviamente iba sin sujetador ya que el vestido era tan ceñido que obliga a mis pechos a quedar realzados hasta el punto de salirse con cualquier brusco movimiento. Para terminar, me enfundé dentro de unas botas altas negras también que llegaban hasta las rodillas. Me maquillé, rematando con un pintalabios rojo pasión que me ponía caliente hasta mí. Antes de salir me miré al espejo dándome un buen repaso, había conseguido lo que me proponía, estar arrebatadora para cualquiera que se cruzara aquella noche en mi camino. Azoté mi culo con fuerza mientras me guiñaba un ojo en el espejo y salí del estudio.

Había bastante ambiente cuando llegué al club. Me fijé en que aquella noche, especialmente, había mucha gente con máscara. Caminé entre ellos sensualmente, contoneándome y moviendo bien el culo para no pasar inadvertida, aquella noche quería disfrutar al máximo. Sonreí disimuladamente cuando pasé por delante del señor Black que me reconoció al instante, poniendo una mueca de desagrado. Seguro que se había quejado de mi comportamiento la otra noche, cuando no le di todo lo que él exigió de mí y no es que no quisiera, es que no pude. La ruptura con Ian me había dejado tan anulada, que me hizo imposible disfrutar como a mí me hubiese gustado de aquella excitante experiencia. «Otra vez será», pensé.

Jasmine estaba detrás de la barra y salió de ella para saludarme con un gran abrazo.

—Pero, ¡que guapa estás! —dijo mientras me miraba de arriba abajo.

—Gracias Jasmine, tú también estás preciosa esta noche, ¿ya has hecho algún servicio?

—Pues de momento no, pero es muy temprano aún para que los pervertidos saquen sus... cabecitas por aquí y esos son los que más me piden.

—¿Como el señor Black? Que, por cierto, está por aquí...

—Exacto. Sí, lo he visto antes, siempre viene a saludar a la barra. Por cierto, Perséfone ¿quieres trabajar esta noche? O solo has venido a dar una vuelta.

Cuando estaba a punto de decirle a Jasmine que sí, que aquella noche quería disfrutar de un poco de buen de sexo duro, alguien pasó justo por detrás de mí que anuló cualquier pensamiento que pudiera albergar en mi cabeza. Me quedé completamente embobada, mientras que un sutil, pero atrayente olor a canela inundaba mis fosas nasales.

—Tranquila, a todas nos pasa igual —dijo Jasmine haciendo que volviera en mí—, ese olor...

—Yo conozco a ese tío, la fiesta... la playa... —dije sin pensar, comenzando a caminar tras él.

—Perséfone, aún no me has dicho si vas a trabajar... es igual déjalo.

Pero ya no la escuchaba, seguía a aquel tipo por el local atraída por su inconfundible olor. No fue durante mucho rato, ya que enseguida se sentó en uno de los reservados que había en uno de los costados de la barra. Al tenerlo de frente pude comprobar que llevaba una gran máscara que cubría toda su cara, era completamente negra y representaba un oso. Al verme allí parada, delante de él, me pego un buen repaso visual pero no dijo nada.

—¿Hola? —pregunté al ver que seguía callado— ¿No me reconoces?

No hubo respuesta por su parte.

—A vale, que por la cara quizás no... —entonces levanté mi falda y me ladeé el tanga para que tuviera una buena perspectiva—. A lo mejor así, sí que recuerdas quien soy.

Entonces se puso en pie sonriendo y alargando su mano acarició suavemente mis labios vaginales mientras, oliéndose los dedos, se marchaba hacia la barra. Un minuto después estaba de vuelta con dos bebidas, de las cuales me ofreció una. La acepté y bebimos. En el momento que iba a decirle que, si quería que pasáramos un buen rato juntos, ya que me moría de ganas de volver a sentirle dentro de mí, dos mujeres espectaculares se acercaron hasta él, lo cogieron una por cada brazo y se marcharon hacia las habitaciones, dejándome allí sola. Me encogí de hombros y vacié mi copa mientras volvía hasta la barra nuevamente.

—¿En serio le acabas de enseñar el coño a ese tío? —fue lo primero que dijo Jasmine al verme llegar— ¿Estás loca?

—Es una larga historia, maldito gilipollas —dije mirando hacia donde había desaparecido con aquellas dos—. Al menos, seguro que ha recordado quien soy.

Jasmine no tuvo que insistir mucho más para que le acabara contando los dos encuentros que había tenido con aquel tipo, el de la playa y el de la fiesta, los dos igual de potentes y excitantes. No conocía su cara, ni su voz, solo lo que me había hecho sentir en aquellos dos escasos, pero vibrantes encuentros sexuales. Me estaba poniendo muy caliente mientras se lo contaba a Jasmine, mientras ella iba asintiendo embobada por mi relato. Comencé a pensar que sería buena idea comerle la boca a mi amiga, aquella piel tostada tan sexy, aquellos ojos rasgados, ese pelo negro, estaban haciendo que mi mente comenzara a divagar entre fantasías pervertidas, que no hacían sino, más que aumentar más mi lívido.

—Perséfone, vuelve —escuché que decía una voz—. Un caballero pregunta por ti.

—Te has salvado, guapita —contesté riéndome mientras me mordía el labio inferior.

—¿Cómo?... no te entiendo nada, estás muy rara esta noche. Bueno no hagas esperar al caballero.

—Pero, si aún no me he puesto ni la insignia, además, ¿quién te he dicho a ti que hoy fuera a trabajar?— Jasmine me sacó la lengua y me señaló al hombre que esperaba por mí.

Hasta la barra se había acercado un señor con un traje gris, alto, de unos cincuenta años, sin mascara que ocultase su rostro. Peinaba canas por los laterales de las patillas, pero aún conservaba gran parte de su pelo que aplastaba hacia atrás con una buena cantidad de gomina. Me pidió que lo acompañara a una de las habitaciones, prometiéndome que junto a él iba a vivir una experiencia inolvidable. Miré a Jasmine un momento y ésta se encogió de hombros, dándome a entender que no era un cliente muy habitual. Acepté la invitación y después de que me invitara a una copa, le

acompañé hasta una de las habitaciones privadas.

Una sorpresa para mí fue descubrir que aquella habitación era muy diferente a la que había estado con el señor Black, en esta no había látigos ni esposas, ni ninguna referencia al sado que yo pudiera ver a simple vista. Entonces imaginé que, posiblemente estaban adaptadas a las necesidades de la persona que las demandaba. Fuimos hacia la cama y allí nos sentamos sin hacer nada más.

—Perséfone es tu nombre, ¿verdad? —preguntó aquel caballero muy amablemente con una gran voz que me dejó completamente sorprendida.

—Sí, puedes llamarme así —contesté sonriendo—, por aquí todo el mundo me conoce por ese nombre. Y a ti, ¿quieres que te llame de alguna manera en especial?

—Puedes llamarme, John —contestó sonriendo también. Estaba claro que aquel no era su nombre, pero Perséfone tampoco era el mío así que, por ahora, los dos estábamos jugando al mismo juego y tenía que reconocer que, de momento, no lo estaba haciendo nada mal.

—Perséfone —dijo John nuevamente—, ¿conoces la técnica del shibari?

—Es eso de atar con cuerdas, ¿verdad? —contesté intentado no parecer muy tonta por mi vaga respuesta.

—Sí, es un tipo de inmovilización erótica originaria de Japón.

—Parece interesante...

—Pues me alegro mucho de qué digas eso, porque es exactamente lo que vamos a hacer y te aseguro que va a ser una experiencia que no olvidarás jamás.

Se fue hacia un lado de la habitación y enseguida trajo una gran bolsa que parecía bastante pesada. Después de dejarla en el suelo la abrió. En ella, efectivamente, había un montón de cuerdas. Fue sacando varias de ellas, de unos siete u ocho metros de largo, que fue dejando encima de la cama bien enrolladas. Me pidió que me quitara el vestido, que dejé perfectamente estirado sobre la cama, después John me llevó hasta el centro de la habitación. Me quedé allí de pie sobre una pequeña alfombra de pelo largo que tenía un tacto muy agradable contra mis pies desnudos. Estiré mi cuello mientras John iba a por una de las cuerdas y fue entonces cuando me di cuenta que, sobre mi cabeza, había varios aros metálicos suspendidos por cables que estaban atados en el techo. Aquello me dejó un poco contrariada pero no quise preguntar.

Lo que a continuación hizo John, fue pasar una de las cuerdas por mi cuello sin apretar en exceso. Después de hacer varios nudos la pasó por una de las argollas del techo y estiró de ella, dejándome casi en puntillas para no ahogarme. Lentamente destensó y me dejó posar toda la planta del pie sobre la alfombra. Hizo varios nudos más y me dejó allí mientras iba a por otra cuerda que utilizó seguidamente para atar mis brazos entre sí, a través de las muñecas para que no pudiera moverlos. Las cuerdas se iban enrollando sobre mi piel desnuda con fuerza, provocando un cierto dolor que a su vez me produjo un placer inesperado, dejándome cada vez menos desnudez a la vista. La tercera fue para comenzar a cubrir mis piernas, pasando por mis ingles y caderas. Los nudos se clavaban sobre mi tersa piel, pero de un modo que no sabía explicar aquello me estaba resultado muy excitante y placentero.

En un momento dado, cuando estaba rodeando mis pechos con otra de las cuerdas haciendo una especia de hexágonos alrededor de ellos, comencé a sentirme un poco mareada, aunque no le di ninguna importancia. Lo brutal vino después, cuando soltando la cuerda que ataba mi cuello la anudó en mi cintura y estirando con fuerza me dejó suspendida en el aire mientras todas las cuerdas se clavaban más en mí. Gemí varias veces mientras la sensación de mareo iba un poco más en

aumento.

Al soltar lentamente la cuerda, caí sobre la alfombra de rodillas, sin fuerzas para mantenerme en pie y es cuando aquel hombre aprovechó para atar mis brazos junto a mis tobillos, dejándome completamente inmovilizada. Me quedé mirándole desde abajo, con la espalda inclinada y con las piernas abiertas. John dio varias vueltas a mi alrededor observándome, hasta que se paró para ponerse de cuchillas frente a mí. Llevó su mano entre mis piernas y comenzó a acariciarme con suavidad por encima de mi tanga, sonrió y fue a buscar otra cuerda, esta vez mucho más corta que las anteriores. En ella hizo varios nudos. Ató uno de los extremos de esa cuerda a mi espalda, la deslizó entre mis piernas y la pasó por la cuerda que rodeaba mi cintura. Estiró con fuerza. Los nudos que había hecho se clavaron en mi culo y en mi clítoris. Grité, de placer, llegando al orgasmo en aquel mismo instante que la presión llegó a su grado máximo.

Fue en ese momento cuando sentí que me desvanecía, perdí todas las fuerzas y me desplomé sobre mí misma, antes de cerrar completamente los ojos y perder el conocimiento, pude ver como la puerta de aquella habitación se abría y entraba alguien corriendo.

18

Desperté de golpe, abriendo los ojos repentinamente, esperando ver a John encima de mí intentado reanimarme. No había nadie. Miré alrededor y pude ver que estaba en otra habitación complemente diferente a la sala del shibari. No había ventanas, en frente solo una puerta que permanecía cerrada. Al principio me costó moverme, la cabeza me daba demasiadas vueltas. Al ir recuperándome lentamente pude ver que estaba estirada sobre un pequeño sofá de piel negro. Tan despacio como pude me incorporé para comprobar si podía mantenerme en pie. Una vez erguida y casi totalmente recuperada, fue cuando me di cuenta de que no había rastro de cuerdas por ningún lado, que llevaba mi vestido puesto y, con un gran alivio, también comprobé que aún mantenía la ropa interior en su sitio.

Me relajé, un poco más aliviada al comprobar que no había sufrido ningún tipo de agresión aparente y aunque no terminaba de comprender qué demonios hacía en aquel lugar, pensé que seguramente era parte de la experiencia que John quería ofrecerme. En ese instante de momentáneo relax fue cuando realmente fui consciente el dolor que me estaban produciendo los cientos de rozaduras que tenía por todo el cuerpo, justo donde habían estado las cuerdas apretadas, tenía la piel enrojecida. Parecía que no llevaba mucho tiempo en aquel lugar a tenor de aquello. Paseé un poco por aquella habitación cuadrada, nada peculiar. Un sofá y una puerta a la que me acerqué para descubrir que se mantenía cerrada por tres grandes candados. Cada uno era de un color diferente. Uno era verde, el otro naranja y el último era de color rojo. Aquello era bastante extraño. Intenté forzar la puerta, pero ésta no cedió ni un solo milímetro. También intenté tirar de los candados y golpearlos, imposible, solo se abrirían con la llave adecuada. Un poco aburrida, me di la vuelta y volví a sentarme en el sofá.

Me levanté de nuevo, miré a mi alrededor por enésima vez, un sofá, una puerta, nada más. Llevaba ya un rato esperando cuando algo llamó mi atención, era un diminuto punto de luz que provenía de la rejilla de ventilación que había encima de la puerta. Me acerqué con tal de poder verlo mejor. Estaba muy oscuro, pero hubiese jurado que se trataba de una cámara. «Genial», pensé, «no solo no sé lo que estoy haciendo aquí dentro, sino que además me están observando». Me alejé un poco de la puerta y miré directamente a la rejilla.

—A ver, a los pervertidos que me estén mirando en este momento, esto ya no tiene gracia. Sacarme de una maldita vez de aquí, me estoy agobiando y mucho. Jasmine, si estás viendo esto diles que me saquen de aquí ya.

No hubo respuesta alguna. Ni un movimiento de pasos que se acercasen hasta la puerta, ni nada que se le pareciese. Por lo que parecía tendría que jugar aquel maldito juego para poder salir de allí. Me calmé y me dispuse a pensar en la mejor manera de poder salir de aquella habitación lo más rápidamente que pudiese. Bien mirado, aquello era una prueba como a las muchas de ellas que ya me había enfrentado en anteriores ocasiones, solo necesitaba calmarme para poder averiguar cómo cojones salir de allí.

Me acerqué nuevamente a la puerta, había tres candados de colores, por el momento lo de los colores lo iba a obviar. Intenté abrirlos de las mil y una maneras que se me ocurrieron, no funcionó.

Solo se abrirían con su llave. Pues el siguiente paso lógico era encontrar esa llave. Volví a mirar aquella minimalista habitación, lo único que había allí era un sofá. Miré delante, detrás y por los lados, incluso debajo, pero no conseguí encontrar ninguna llave. Cuando me disponía a volver a mirar bajo el sofá, por si la llave estuviese allí y no la hubiese visto, caí en la cuenta de que aún quedaba un sitio donde no había mirado, dentro. Levanté el cojín que hacía de asiento y, efectivamente, allí había una caja de metal. La cogí por su asa para sacarla del interior del sofá y dejarla en el suelo. Pesaba muchísimo y me costó bastante poder realizar aquella sencilla acción. Una vez que la caja estuvo en el suelo, volví a colocar el cojín en su lugar para poder sentarme en él y así estudiar aquella caja. Por supuesto estaba cerrada, con llave. Ahora no solo necesitaba la llave de los candados, también necesitaba la llave que habría aquella caja. Por lógica, la llave de los candados estaría dentro de aquella caja que estaba en el suelo, así que tocaba seguir buscando.

Miré de nuevo por cada rincón de aquel pequeño lugar sin lograr encontrar nada más de lo que allí había. Desesperada me dejé caer en el sofá, poniéndome las manos en la cabeza por el dolor que ya comenzaba a taladrarme las sienes debido a la falta de sitios nuevos en los que buscar. En ese momento, fue cuando noté algo extraño en mi pelo. Me asusté. Fui tocando la zona con cuidado para darme cuenta de que solo se trataba de una pequeña pinza para el pelo que alguien había puesto allí, ya que aquel objeto no era mío. La solté de mi pelo y la sostuve en mi mano. Allí, en uno de los laterales de aquella pequeña pinza había algo que brillaba enganchado en ella. Era una llave.

No había duda de donde encajaba aquella llave, lo peor de todo era saber que siempre había estado en mi poder sin yo saberlo. La introduje en la caja que había sacado del sofá y ésta se abrió después de dos vueltas. Me animé y hasta sonreí, allí esperaba encontrar la llave que abriese los candados y por fin poder salir de aquella habitación y marcharme a mi casa de una vez por todas. Y efectivamente, allí dentro estaba la llave del candado, pero no estaba sola. En aquella caja había al menos unas doscientas llaves más, todas del mismo tamaño. Mi ánimo volvió a estar por los suelos, al pensar en el tiempo que tardaría en encontrar la llave que abriese aquellos candados si tenía que probarlas todas una a una.

—¡Hijos de puta! —Grité a la cámara— ¡Esto no tiene ni puta gracia! ¡Sacarme de aquí inmediatamente!

La verdad es que intenté no derramar ni una sola lágrima, no quería darles esa satisfacción. Me costó horrores conseguir retenerlas dentro de mí, porque lo único que quería era salir de allí y ya comenzaba a estar bastante desesperada. Como antes, no hubo ningún tipo de respuesta. Solo me quedaba encontrar la llave.

Cogí una de aquellas llaves al azar e intenté abrir los candados con ella. No funcionó, hubiese sido demasiada suerte. Estaba a punto de lanzarla llena de rabia cuando algo en aquella llave llamó mi atención. En una cara de la llave, escrito con una especie de punzón había grabada una palabra, esta era “FELIZ”. Cogí otra llave, en esta estaba grabada la palabra “FIEL”, por si acaso también la probé, pero tampoco funcionó.

Al parecer, todas las llaves tenían inscrita una palabra en su parte superior. Lancé al suelo “FELIZ” y “FIEL”, disponiéndome a buscar entre el resto las que pudieran abrir aquellos candados que me darían la libertad. Todas las palabras era adjetivos. Entonces caí en que los candados eran de diferentes colores, verde, naranja y rojo. Cabría esperar a que los adjetivos coincidieran con el color del candado. La llave “FELIZ”, perfectamente hubiese encajado en el candado verde, pero no en el rojo, quizás ahí encajara una llave que pusiera “INFIEL”. Pero eso solo me dejaba una cosa clara

también, que necesitaba tres llaves en lugar de una que abriera los tres candados.

Para no volverme loca con los candados y los adjetivos, me centré en abrirlos por orden. El primero era el verde, así que comencé a revolver las llaves buscando adjetivos que fueran aceptables, nada agresivos y, por supuesto, que me definiesen, ya que no había que ser muy listo para darse cuenta de aquel juego estaba preparado para mí, aunque no llegaba a comprender cual era el motivo. Además, si quería salir de allí, no me quedaba otro remedio que jugar.

Probé con "DIVERTIDA", "CARIÑOSA", "SIMPÁTICA", "ALEGRE" y "EXTROVERTIDA", ninguna funcionó. Incluso lo intenté con "TÍMIDA" y "ANGELICAL", con el mismo resultado. Pero, no es que no girara la llave dentro del candado, algunas incluso ni siquiera entraban dentro de la cerradura. Cada llave que fallaba me sumía más en mi desesperación, quizás los colores no tenían nada que ver con las palabras. Respiré hondo nuevamente y seguí probando. Fue entonces cuando vi, en una de aquellas llaves, una palabra que llamó mi atención. Era una palabra que con toda probabilidad pasaría desapercibida porque no definía un rasgo de personalidad muy marcado, pero que, si se decía en tono afectivo, podría hasta encajar a la perfección. Introduje la llave en el candado verde y giré hacia la derecha. El sonido del resorte liberando el cierre de aquel candado fue el sonido más maravilloso que había escuchado en mi vida. "PEQUEÑA", fue la llave que lo abrió, pero solo el primero de tres. Aún quedaban dos.

El siguiente era el naranja. Esta vez había que buscar un adjetivo que fuera un poco más rebuscado que el anterior, y posiblemente ya de carácter ofensivo. O al menos era la deducción lógica que yo extraía después del primer candado. Comencé a probar las primeras llaves que cayeron en mis manos, ya que la mayoría de los adjetivos que iba cogiendo encajaban en el candado naranja. Ninguna de ellas consiguió abrirlo. Pero pasó justo lo que había ocurrido con el candado verde, al ver aquel adjetivo grabado en una de ellas supe que era el correcto. Cogí la llave que tenía inscrita la palabra "MENTIROSA" y la introduje en el candado naranja, entró a la primera, pero no giró. Frustrada y decepcionada, forcé la llave, ya que estaba segura de aquella era la llave correcta. No funcionó, por más que apretaba aquella llave no conseguí que abriera aquel maldito candado. Llena de rabia, lancé la llave con todas mis fuerzas, que rebotó en la pared contraria, perdiéndose por el suelo.

Quería salir de allí como fuese así que decidí probar un método desesperado, cogí un buen puñado de llaves y fue probando una a una en los dos candados que me quedaban. Después de más de cincuenta llaves, ninguna de los dos estaba abierto. Miré todas las que aún quedaban y, esta vez sí, no pude contener las lágrimas, que rodaron por mis mejillas sin poder detenerlas. Después de aquello me sentí algo mejor, necesitaba desahogarme y llorar, quizás ahora pudiese pensar con más tranquilidad.

Entonces lo hice al revés, como adjetivos ofensivos parecía que había muchos menos, intenté reunir unos cuantos para intentar abrir el candado rojo. Menuda colección tenía en mis manos cuando terminé. "ZORRA", "PUTA", "GOLFA", "MANIPULADORA", "ENGREIDA", "EGOISTA", "VENGATIVA", "FALSA", "DAÑINA" y "APROVECHADA". Todas encajaron en el candado rojo, ninguna abrió. Justo en el momento que abría mi mano para dejarlas caer al suelo, me detuve, cerrando el puño para no dejarlas caer. ¿Y si había alguna palabra que, para la persona que me había encerrado allí, fuese muchísimo peor que todas la que yo tenía en aquel momento en la mano?

Una a una fui introduciendo aquellas palabras en el candado naranja, una lo abrió. Comenzaba a entender de que iba aquel maldito juego. La llave que había abierto aquel candado llevaba inscrita la

palabra “ZORRA”. Estaba claro cuál era la palabra que faltaba y la que abría el candado rojo.

Me puse a buscar la llave que hacía un momento había lanzado llena de rabia. No tenía que andar muy lejos y aunque aquella habitación no era excesivamente grande, que yo hubiese tirado todas las llaves descartadas por el suelo, no facilitaba para nada aquella labor. Afortunadamente para mí, la encontré junto a la pata del sofá.

Estaba tan segura de que era la llave correcta que cuando ésta giró y liberó el último candado, sentí un alivio enorme que recorrió todo mi cuerpo. Por fin era libre, podría volver a mi casa. Después ya me las ingeniaría para saber quién demonios me había encerrado en aquel lugar y como hacérselo pagar con intereses. No me consideraba una persona vengativa, pero aquello no iba a quedar así. «Pequeña, zorra, mentirosa», tenía bastante claro quién era la persona que me había encerrado allí, Ian. ¿Qué pretendía con ello? ¿Qué me arrepintiese de lo que había hecho? ¿O acaso esperaba alguna especie de disculpa pública?

Antes de salir de aquella habitación, retrocedí unos pasos atrás para mirar directamente a la cámara, alcé mi puño derecho, extendí mi dedo corazón y después empujé la puerta para salir de aquel lugar.

19

¿Otra habitación? No podía ser, caí de rodillas completamente abatida. Segundos después, ese mismo abatimiento dio paso a la ira, me levanté y me puse a gritar como una loca.

—¿¡Estáis de puta coña!? ¡Dejarme salir de aquí inmediatamente! ¡Estoy harta de este puto juego! ¡Socorro, que alguien me saque de aquí!

En frente de la puerta por la que acaba de entrar había otra puerta cerrada y comencé a golpearla con fuerza pidiendo socorro con la esperanza de alguien, al otro lado, me escuchase y pudiera auxiliarme. Pasados unos minutos, con las manos doloridas, desistí, nadie vendría a ayudarme. Tendría que seguir jugando si quería salir con vida de allí, aunque comenzaba a creer que quizás, aquella noche, fuera la última para mí.

Con más resignación que ganas, comencé a observar aquel nuevo entorno donde me encontraba. Lo primero que llamó mi atención fue encontrar un gran frigorífico en la esquina izquierda de aquel lugar. Un poco asustada, abrí la puerta, para encontrarme una botella de agua y lo que parecía un pequeño sándwich envuelto en papel transparente. Al contemplar aquello mi estómago comenzó a rugir, ni siquiera había sido consciente del tiempo que llevaba sin comer. Me lancé como una desesperada a por aquel tentador manjar. El sándwich era mi preferido, jamón, lechuga y queso con una buena cantidad de mayonesa. Lo mordí con ansía, estaba delicioso. También estaba muerta de sed. Antes de darle el primer trago a la botella, por mi mente se cruzó la idea de que quizás hubiesen podido adulterar el contenido con algún tipo de droga para doblegarme más a su voluntad, pero también podría estar en la comida que ya estaba bajando a mi estómago. «De perdidos al río», pensé mientras terminaba aquel delicioso tentempié.

Un poco más tranquila, gracias a aquel pequeño respiro, me dispuse a investigar un poco aquel lugar. Igual que la sala anterior, las paredes oscuras y la escasa luz no ayudaban a ver, a simple vista, todo lo que se ocultaba en aquel lugar. En la esquina superior izquierda, pegada al techo, había una cámara encendida que ya ni siquiera trataron de ocultar. Había una pequeña mesa, con un cajón y una pequeña lampara encima de ella. Le di al interruptor por inercia, pero la lampara no se encendió. En enfrente de la mesa había otro sofá, esta vez mucho más grande, de tres plazas, ocupando gran parte de pared de mi derecha. A simple vista no tenía nada de especial. Eso era todo lo que allí había. Me acerqué a la puerta para comprobar que se trataba de una puerta metálica, como la anterior, pero ésta sin candados, solo una simple cerradura. Por supuesto, estaba cerrada. Pensé que quizás, alguna de las llaves que había dejado en la otra habitación fuera la que abriese aquella puerta y enseguida fui a buscar una para comprobarlo. Imposible, la cerradura de la puerta no tenía nada que ver con aquel tipo de llaves para candados, las llaves de la primera habitación quedaban descartadas. Me tocaba volver a jugar a encontrar la maldita llave.

La primera acción lógica fue abrir el cajón de la mesa. No encontré nada, a excepción de una pequeña hoja de papel donde se podía leer lo siguiente: “No eres tan especial como te crees, solo eres una niña jugando a un juego al que nunca podrás ganar”. ¿Qué demonios significaba aquello? ¿Qué nunca saldría de allí? Ian estaba fatal, la verdad es que comenzaba a pensar que había estado saliendo con un jodido psicópata y eso, en aquel momento, me asustó. Quizás ahora si comenzaba a

arrepentirme de haberme comido el contenido de aquella nevera, aunque por el momento me encontrase perfectamente.

Me senté en el sofá mirando la nota, intentado extraer algo más de ella, leyendo entre líneas, pero no daba para más. Dejé la nota a un lado y en ese momento fue cuando lo vi, por su parte de atrás, tres números escritos en una de las esquinas: "313". Aquel número no me decía nada, solo estaba sirviendo para añadir más dolor al que mi cabeza estaba soportando ya. Recostándome un poco, cerré momentáneamente los ojos. Por un momento soñé que estaba lejos, muy lejos de aquella habitación, de aquella ciudad, ansiando más que nada escapar de allí como fuera. Al abrirlos nuevamente, descubrí con desilusión que seguía dentro de aquel macabro juego al que me estaba viendo obligada a jugar si quería volver a ver la luz del sol, cosa que cada vez dudaba más.

Justo antes de levantarme, me dio la impresión de ver algo bajo la mesa que tenía en frente de mí, una sombra como algo parecido a un cubo. Me acerqué y, efectivamente, allí había un objeto. Al sacarlo y ponerlo encima de la mesa vi que se trataba de cofre no mucho más grande que una caja de zapatos, no muy pesado y por supuesto, cerrado. ¿Otra llave? Esto iba a volverme loca. Pero al fijarme mejor vi que aquel cofre no se abría con una llave, sino con una combinación de tres números. Tres números pensé, no podía ser tan fácil... pero por probar no perdía nada. Puse en la primera rueda el "3", en la siguiente el "1" y en la última, nuevamente el "3". Un leve chasquido sonó al colocar la última cifra. Tiré de la tapa y el cofre se abrió. Dentro encontré arena de playa y algo que brillaba entre ella. Lo saqué, era un plug anal de metal con una gema azul en su base.

Aquello me dejó completamente bloqueada. Si Ian me había metido allí para vengarse por haberle ocultado otra vida, ¿qué hacía aquel cofre allí con aquellos objetos? Estaba claro que la arena de la playa y el plug de metal solo podían hacer referencia al desconocido con olor a canela que me había follado en aquellas dos ocasiones, en la playa la noche que había discutido con Ian por su vergüenza a hacerlo en sitios públicos y la noche en la fiesta sexual, donde ese plug tuvo mucho protagonismo. Entonces, ¿había sido aquel hombre misterioso el que me habían encerrado allí? Cada vez tenía todo menos sentido. Ya no sabía qué hacer, estaba en una especie de shock. Me fui hacía la cámara con el plug en la mano.

—¡Escúchame, puto pervertido! ¡Si estás esperando a que me meta esto por el culo, ya puedes seguir esperando hijo de puta! —Grité mientras soltaba aquel trozo de metal de mi mano.

El plug salió disparado yendo a chocar con el cofre que había encima de la mesa, golpeándolo con fuerza, tirándolo por tierra. Toda la arena se dispersó por el suelo debido al golpe que aún resonaba por las paredes de aquella habitación. Me acerqué hasta el cofre volcado y lo dejé nuevamente encima de la mesa. Como ya estaba vació de arena me di cuenta de que en el fondo de aquel cofre había algo enganchado, lo saqué con cuidado. Se trataba de otra nota: "No hay salvación para un frío corazón porque se destruirá en el intento, aunque quizás así logre encontrar parte de una salida". Aquello terminó por volarme la cabeza, no sabía si se estaba refiriendo a mí, si se trataba de una metáfora super elaborada o, simplemente, no significaba nada en absoluto.

Dejé la nota a un lado y me dispuse a repasar la habitación detalladamente, a ver si me había dejado algo, algún rincón donde no hubiese mirado, algo oculto en las sombras, pero no encontré nada nuevo. Me dejé caer en el sofá abatida.

—¿Sabéis? —dije mirando a la cámara—. Estoy cansada. Cansada y harta de estos jueguecitos... qué pretendéis, ¿más humillación? ¿venganza? Si vais a matarme, hacerlo ya, sino dejarme salir de una puta vez de aquí.

Volví a mirar la última nota, "...frío corazón...", yo no tenía frío el corazón, más bien era ardiente y lleno de pasión, por eso, muchas veces, me había arrastrado a más de una situación comprometida, aunque nunca me hubiese arrepentido después por ello, ya que siempre era consecuente con todo lo que hacía. Entonces a que se refería con aquella frase, allí lo único que había frío era la nevera. Eso era, la nevera era lo único frío que había en aquella habitación y allí tenía que estar la siguiente pista. Me levanté y fui rápidamente a abrirla. Estaba vacía, donde antes había un sándwich y una botella de agua, ahora no había nada. Miré en los cajones del interior de la puerta, también estaban vacíos. Fue en ese momento que sentí un leve frío en mis pies. Claro, el congelador. Abrí los cajones. Los dos primeros estaban vacíos, pero en el tercero había algo, se trataba de un trozo de hielo en forma de corazón.

Estaba demasiado frío para sostenerlo mucho tiempo entre los dedos, así que lo dejé en la mesa. Lo miré desde todos los ángulos que pude, a simple vista, era un pedazo de hielo sin más. Si era verdad que hubiese jurado que, en el centro de aquel corazón helado, había algo un poco más oscuro, pero con aquella escasa luz era imposible confirmarlo. Además, la nota decía que se iba a destruir, así que, sin pensármelo dos veces, estrellé aquel corazón contra el suelo. Miles de trocitos de hielo se esparcieron por toda la habitación. El ruido del hielo resquebrajándose no pudieron disimular otro sonido que también se escuchó mientras aquellos trozos se esparcían, el de un trozo de metal rebotando y colándose debajo del sofá.

«¡Maldita suerte la mía!», ahora que tenía la llave para salir de allí, había ido a parar debajo de aquel pesado sofá. Si quería recuperarla tendría que moverlo. Resignada, me puse en uno de sus laterales y lo empujé para arrastrarlo por la pared para así dejar libre el trozo de suelo que ocultaba. Cuando el sofá tropezó contra la pared opuesta a mí, porque ya no podía ir más allá, descubrí dos cosas. Una, que aquel trozo de metal no era una llave al uso, se trataba de un trozo de metal en forma de "L" con las puntas hexagonales. Una llave Allen. Y dos, que detrás del sofá había una gran rejilla de ventilación que había quedado expuesta en ese momento. Como una tonta me fui hacia la puerta con la llave Allen en la mano. Lógicamente aquello no encajaba por ningún sitio. Dejé la llave encima de la mesa y me dispuse a mirar por la rejilla de ventilación a ver si lograba ver algo más.

Las barras que cubrían aquella rejilla estaban inclinadas y apenas cabían los dedos para poder tirar de ellas, aun así, sí que pude distinguir algo de luz y lo que parecía una especie de pasillo bastante ancho que se extendía más adelante. Agarré la rejilla con la yema de los dedos y tiré de ella, pero esta no se movió ni un milímetro, estaba fuertemente collada a la pared con unos tornillos... ¡La llave! Corrí a por ella. Nerviosa, la introduje en la cabeza del primer tornillo, encajaba a la perfección. Después de muchos giros aquel tornillo salió completamente. Repetí el proceso con tres tornillos más. Cuando todos estuvieron fuera volví a agarrar con fuerza la rejilla y, esta vez sí, ésta se desprendió de la pared. La dejé a un lado, ya que pesaba bastante. Ahora frente a mí se hallaba un conducto bastante oscuro, lo suficientemente ancho como para caber una persona, pero no de pie. Para cruzarlo habría que inclinarse bastante o hacerlo gateando. Los lugares estrechos me producían cierta claustrofobia, y a pesar de que aquel pasadizo no era del todo estrecho, tuve una sensación bastante desagradable al pensar que debía pasar por él, porque estaba claro que, si quería salir de allí, no me quedaría más remedio que hacerlo.

20

No hubo nada más que pensar, si lo hacía estaba segura que no daría el paso. Así que me puse de rodillas y comencé a cruzar aquel pasadizo. Estaba asustada, a saber, qué clase de tortura macabra me había preparado... ¿Ian? Al principio estaba segura de que había sido el que me había preparado aquella encerrona como venganza por no haberle contado nada de mi vida fuera de nuestra relación, pero ahora no lo tenía tan claro. Aquel cofre lleno de arena de playa y aquel plug metálico... apuntaban directamente hacia otra persona.

Nada más dar los dos primeros pasos, encontré la palabra "PUTA" escrita en el suelo con tinta fluorescente, pero no fue la única. Mientras cruzaba por aquel pasillo a gatas también pude leer cosas como "ZORRA", "EGOISTA" y, por supuesto, "MENTIROSA". Por suerte, aquella tortura duró poco, enseguida me di cuenta de que el pasillo se había terminado y que me hallaba en medio de otra habitación, completamente cuadrada, donde cuatro pequeñas luces rojas brillaban escasamente en el centro de tres de las paredes que tenía a mi alrededor, permaneciendo todo demasiado oscuro para poder vislumbrar nada que no estuviera justo delante de mis narices.

Me puse en pie muy despacio, con miedo a que me fuera a golpear con una especie de techo invisible, no fue así. Pero el momento que di un paso para intentar averiguar algo más de donde me encontraba, mi cabeza rozó levemente contra un objeto suspendido allí en medio. Me asusté, soltando un pequeño grito que retumbó por toda la habitación. Con sumo cuidado toqué aquel objeto, era pequeño, de plástico y colgado de un cable, posiblemente un portalámparas. Respiré un poco más tranquila.

Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a aquella oscuridad y gracias a las pequeñas luces de las paredes, la habitación se fue dibujándose lentamente. Efectivamente, pude ver que se trataba de una habitación completamente cuadrada y vacía. En una de las paredes había una puerta, cerrada. En medio de la habitación, colgado del techo había un simple portalámparas sin bombilla. Nada más. En frente de la pared de la puerta, estaba el agujero del pasillo por donde acababa de cruzar. Miré por él, la habitación de donde había venido estaba a escasos cinco metros de distancia.

Antes que nada, recorrí aquella nueva habitación con una mano en la pared para comprobar que no había absolutamente nada más allí, salvo la puerta y el portalámparas colgado. Sobre todo, las esquinas, ya que estaba tan oscuro, que resultaba imposible saber que podía estar oculto allí. Pero no había nada más. Sabía cuál era el siguiente paso, conseguir una bombilla. Por lógica tenía que volver a buscarla en alguna de las dos habitaciones que había dejado atrás.

La primera de aquellas habitaciones, la más pequeña, la descarté de inmediato, allí no había nada. En la segunda sí que había más objetos con los que interactuar. Lo primero que se me vino a la cabeza fue la nevera, estaba iluminada y normalmente lo hacían mediante una bombilla que había en una de las paredes interiores. La abrí. Allí dentro, en la pared derecha había una bombilla encapsulada en una protección de plástico transparente. Intenté forzarla, pero esta ni se movió. Necesitaba un destornillador para aflojar los tornillos que sujetaban la protección y dudaba mucho que por allí lo encontrara. Entonces al girarme vi la mesa, en la cual debajo había encontrado el cofre. Encima había una lámpara que recordé haber accionado y al no encenderse la dejé pasar. Me

acerqué a ella y al mirar mejor pude ver que allí había una bombilla. La desenrosqué. Al tenerla en mi mano pude ver que era una bombilla oscura. Tampoco le di mucha más importancia, no había nada más con lo que probar así que, un tanto esperanzada, volví a ponerme a gatas para regresar a la habitación.

Enrosqué la bombilla al portalámparas con sumo cuidado y entonces aquella bombilla se iluminó, aunque no de la manera que yo esperaba. Justo en aquel preciso instante un golpe seco hizo que me sobresaltara. Miré a mi alrededor y descubrí que el acceso a las demás habitaciones se había cerrado con aquel golpe. Una trampilla había tapado el pasadizo. Ahora estaba atrapada en aquel lugar sin poder ir a ningún sitio más.

Intenté centrarme en la luz que emitía la bombilla, que apenas daba para iluminar nada a su alrededor. Había estado en suficientes discotecas y bares de ambiente para saber qué clase de luz era la que emitía aquella bombilla, se trataba de luz negra. Esa luz que, en la oscuridad, volvía fluorescente algunos colores. Eso solo podía significar que por allí había algún tipo de mensaje oculto a simple vista. Cogí el portalámparas y alumbré a las cuatro paredes y, efectivamente, en una de ellas, apareció un mensaje. Estaba escrito con una letra muy particular, con trazos claros, brillando de manera muy intensa. "ERES UNA MALDITA ZORRA MENTIROSA". Me acerqué, entonces me di cuenta de que no estaba escrito directamente en la pared, sino que estaba sobre un lienzo muy grande. Podían haberlo escrito sobre la pared pensé, pero no, aquello era otra burla hacía mí, por mi profesión. A pesar de que no podía ver mucho más, pude comprobar de que aquel lienzo había sido pintado de negro y encima se había escrito aquella frase, para que solo apareciese en el momento adecuado.

También me fijé en que el marco de la puerta de aquella habitación, también había sido marcado con la misma pintura fluorescente. La palabra "SALIDA" estaba escrita en dicha puerta y un pequeño círculo marcaba algo donde debería estar la cerradura. Me acerqué para comprobar que allí, efectivamente había una cerradura, pero electrónica. Diez dígitos colocados en tres filas del uno al nueve y el cero en la cuarta. Estupendo pensé, allí podía estarme toda la vida intentando averiguar cuál es la maldita combinación de mierda.

Lo que estaba claro es que para salir de allí tendría que meter alguna combinación de números para abrir aquella puerta. No sabía de cuantos dígitos constaba aquel número misterioso que abriría la puerta, había un millón de combinaciones posibles y lo primero que se me vino a la cabeza fue 1, 2, 3, 4. Entonces se iluminó una pequeña luz roja en el panel. La puerta seguía cerrada, lógicamente aquella no era la combinación, pero a la par también se oyó un pequeño ruido metálico. No le di importancia y seguí probando, la pista para acertar con la combinación de aquella puerta tenía que estar en aquella habitación, aunque por mucho que busqué no encontré nada más que me ayudara a averiguarla.

Pensé que quizás, la respuesta estaba detrás de aquel lienzo colgado, pero al intentar descolgarlo o incluso meter los dedos por detrás para separarlo de la pared, descubrí que aquello quedaba descartado, imposible realizar cualquiera de las dos cosas. Solo quedaba centrarme en la frase que había escrita. Pero por mucho que la leía una y otra vez, no lograba extraer ningún significado que hiciera referencia a ningún número.

Desde que había vuelto a aquella habitación había sentido un leve dolor de cabeza que había achacado de nuevo al estrés, pero a medida que pasaba el tiempo aquel dolor comenzaba a intensificarse y mi coordinación también comenzaba a resentirse, comenzando a estar muy cansada.

Dejando de lado todo aquello, intenté, con gran esfuerzo, pensar en quien podría estar detrás de todo y a partir de ahí intentar adivinar la combinación. El primero en quien pensé, por lógica fue en Ian, era el más afectado por lo nuestro y lo de "PEQUEÑA ZORRA MENTIROSA" me venía como anillo al dedo. «¡Una fecha!», pensé. Me fui al teclado de la puerta y probé a introducir la fecha de su cumpleaños, la del día que nos conocimos, la del día que comenzamos a salir, hasta probé con la de nuestro primer polvo, pero no funcionó ninguna. También probé con su edad, el año de nacimiento y hasta con el día en que rompimos, todo en valde. Con cada nuevo fallo, otra pequeña luz roja y otro pequeño sonido metálico. Desesperada, pensé que quizás no era la persona correcta, quizás Ian no tenía nada que ver con todo aquello y estaba siendo víctima de otra mente desquiciada. En tal caso, no tenía nada que hacer, el número podía ser cualquiera y entonces no saldría de allí jamás.

Me derrumbé contra una esquina y me puse a llorar. Estaba al límite de mi aguante. Ni siquiera era capaz de calcular cuánto llevaba encerrada allí, hacía muchísimo que había perdido la noción del tiempo y sufrir una humillación tras otra comenzaban a pasarme factura. Hasta llegué a pensar que, quien me había encerrado allí, tenía razón, que era una maldita zorra mentirosa y que me merecía todo aquello que me estaba pasando. Incluso allí tirada, mientras no dejaba de mirar aquella frase colgada de la pared, se me pasó por la cabeza pensar que quizás no mereciese salir de allí, que el mundo estaría mejor sin mí.

—Ya tienes lo que querías —dije sollozando contra aquella esquina hablando a la nada—. Me rindo, has ganado, soy una maldita zorra mentirosa... soy una mala persona... soy...

Entonces noté aquel olor, era gas. Me estaban intoxicando. De ahí el cansancio y las divagaciones con ganas de abandonarlo todo. Aun así, pude ver la relación, cada vez que metía una combinación que no era la adecuada entraba más gas en aquella pequeña habitación y si no se me ocurría algo pronto, jamás saldría de allí con vida. Al final, sí que se trataba de una trampa mortal y no de un simple juego.

Ya no tenía fuerzas ni para levantarme y decidí esperar a lo inevitable. Cerré los ojos y entonces tuve una idea fugaz... ¿podría ser que fuera tan sencillo? Poniéndome lentamente de rodillas, me acerqué al teclado, enjugué mis lágrimas y marqué el "43759". La luz se puso en verde a la vez que sonaba un leve chasquido, y debido al peso de mi cuerpo apoyando contra aquella puerta, esta se abrió y caí al suelo, dejando medio cuerpo fuera de aquel lugar. El aire fresco de la noche entró en mis pulmones y poco a poco fue recobrando el sentido.

Cuando fui del todo consciente, me puse en pie para ubicarme. Rápidamente sentí como el frío invadía todo mi cuerpo, pero en aquellos momentos me dio igual. Miré a mi alrededor para intentar averiguar donde me encontraba. Por lo que pude ver, había estado encerrada en una gran casa que, por fuera, parecía abandonada, en medio del campo. Todo estaba muy oscuro, era noche cerrada y no pude ver tampoco ninguna luz en ninguna dirección. Tampoco había ni un alma por los alrededores. No tenía teléfono ni la posibilidad de avisar a nadie para que viniese a buscarme, así que decidí alejarme de allí lo antes posible, antes de que alguien se percatase de que me había escapado y volviese para volver a meterme dentro. Caminé un rato hasta que encontré un camino que me llevó hasta una carretera. En ella encontré un indicador que hizo que me situara, ya sabía dónde me encontraba. Estaba a un par de kilómetros, aproximadamente, de la ciudad, si seguía aquella carretera llegaría sin problemas. A pesar de que estaba muy cansada solo quería llegar a casa, así que comencé a caminar.

Ver a lo lejos los primeros edificios y las luces de las calles me devolvió un poco el ánimo, ya

quedaba muy poco. Me dirigía al estudio cuando pasé por delante de una farmacia donde pude ver que eran las cuatro de la madrugada. Al parecer solo había estado encerrada cuatro horas o cinco horas, cuando a mí me habían parecido muchas más. Justo en ese momento me detuve. ¿Cómo iba a entrar en el estudio si no tenía las llaves? Todo estaba en mi bolso, las llaves, el dinero, el teléfono móvil... y el bolso estaba en el club. Así que no tendría más remedio que volver a él si quería recuperar mis cosas, con el temor de pensar que los que me había secuestrado pudieran estar dentro, al acecho para volver a atraparme. Mi plan era entrar rápidamente, no quedarme a solas con nadie en ningún momento, coger el bolso y volver a casa lo antes posible.

Cuando llegué a la entrada me di cuenta de que no llevaba la tarjeta de acceso, que estaba, como no, en el maldito bolso que estaba dentro. La suerte era que conocía al de seguridad que estaba plantado delante de las puertas del garito de salsa. Le conté que había salido por la puerta trasera, pero que como era una despistada me había dejado el bolso dentro y que necesitaba entrar para recuperarlo. Al principio no pareció muy convencido por la explicación, tenía que reconocer que lo de la puerta trasera me lo había inventado esperando que colase y así fue. El chico utilizó su tarjeta para dejarme entrar en el local. Le di un beso en los morros y me dirigí directamente a la barra para recoger mis cosas. Jasmine aún estaba allí.

—Perséfone, ¿dónde te habías metido? —preguntó Jasmine preocupada mientras me abrazaba—. Pensé que te habías ido a casa, pero al ver tu bolso aquí imaginé que estarías con algún cliente.

—Sí, estuve con un cliente, pero después... —rompí a llorar.

Jasmine me abrazó nuevamente y me acompañó hasta los baños privados para empleados. Allí estábamos solas. Entonces le conté todo lo que había ocurrido desde que me había despertado en aquella casa abandonada y lo que había tenido que hacer para salir de allí, temblando mientras lo recordaba. Jasmine no daba crédito a lo que le estaba contado. Estuvo todo el tiempo conmigo hasta que me calmé y después de ayudarme a quitarme todo aquel maquillaje corrido decidió acompañarme hasta el estudio.

Una vez llegamos, la invité a pasar. Ella accedió. A pesar de que no tenía apenas nada para ofrecerle, hice un par de cafés que nos sentaron de maravilla a las dos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Jasmine.

—Averiguar quien ha sido y pagarle con la misma monera.

—¿No tienes miedo?

—Por supuesto que sí... creí que jamás saldría de allí... —dije hasta que se me cortó la voz y rompía de nuevo a llorar. —Jasmine, es tarde, quédate a dormir conmigo...

—Perséfone... no sé...

—María, me llamo María.

Desperté enroscada en Jasmine, que aún dormía. Estaba tan bella con la claridad del día reflejándose en su dorada piel. Era la primera vez que amanecía con una chica así, sin antes haber mantenido una noche de sexo salvaje. Una hora después Jasmine salía por la puerta del estudio prometiendo que me llamaría para ver cómo me encontraba. Era un encanto de mujer y espectacularmente bella, me alegraba mucho que fuéramos amigas. Mientras miraba como se alejaba calle abajo moviendo ese culo tan espectacular, pensé nuevamente en todo ocurrido la noche anterior y cuando cerré la puerta solo tenía un pensamiento en la cabeza, venganza.

21

Quería vengarme, pero antes tenía que averiguar quién manejaba los hilos. Como decía el dicho, "la venganza es un plato que se sirve frío". Ese sería mi plan, no me importaba esperar con tal de que el responsable de aquello pagase. Por un momento, se me había ocurrido denunciarlo a la policía, ya que habían estado a punto de matarme, pero enseguida deseché esa idea. No tenía pruebas de que nadie me hubiese encerrado allí en contra de mi voluntad, estaba ilesa y tendría que haber revelado la ubicación del club. Eso en el fondo me daba igual, pero Jasmine no se merecía ir a la cárcel por culpa de aquel desgraciado que había querido divertirse a mi costa para verme humillada, desesperada y muerta.

Me di una buena ducha y comí algo, me sentí mucho mejor. A pesar de que ya casi era mediodía, me metí en la cama, nuevamente, para descansar todo el tiempo que hiciese falta. Ya estaba a punto de oscurecer cuando desperté completamente descansada. Todo lo que me había ocurrido la noche anterior ahora me parecía un mal sueño. Me serví una buena taza de café con leche y me senté en el sofá para evadirme, mientras me reconfortaba en el calor que sentía en mis manos al rodear la taza con ellas.

Instantes después me sorprendí mirando un cuadro que tenía colgado en mi pared. Se trataba de un faro, encima de unas rocas oscuras, mientras las olas del mar rompían contra ellas. En este caso no lo había pintado yo, era un regalo de un buen amigo, Izan. Vivía en la costa, en una casita muy mona al pie de playa. Decía que así se inspiraba, con el rumor del mar entrado por su ventana. Le había conocido en una exposición que habíamos celebrado hace unos años, donde expuse un par de obras mías que, junto a otros autores, también estaba él. Había sido ahí cuando había visto aquel cuadro del faro, quedándome un poco embobada al contemplarlo e Izan muy atento, había venido a preguntarme que era lo que tanto me gustaba de él. Yo le había dicho como había quedado maravillada con las sensaciones que me producían aquellas olas rompiendo contra las rocas, reflejando el estado salvaje del mar. Una metáfora de cómo era yo. Al terminar la exposición Izan había venido hasta mí para regalarme aquel cuadro. No aceptó que se lo pagase, pero a cambio tendría que cenar con él. Por supuesto, acepté.

Izan era encantador. Era un señor de los pies a la cabeza, amable, atento, inteligente y un artista excelente. Sus obras parecían vivas, contándote con cada representación una historia llena de emociones. Sus trazos, sus líneas, su manera de crear las curvas te envolvían de tal manera que siempre costaba dejar de mirarlas. Las malas lenguas decían que estaba alrededor de los cincuenta y que su trabajo comenzaba a resentirse, pero su porte era siempre ideal, con ese cuerpo atlético y bien cuidado que hacía que no aparentase esa edad ni en sueños.

Quizás alejarme de la ciudad fuera lo que necesitaba para que todo se calmara y pudiera ver las cosas desde otra perspectiva. Sin apenas pensarlo me vi marcando el número de teléfono de Izan.

—¿Sí? Dígame… —contestó una voz muy varonil al otro lado del altavoz.

—Izan, soy María. ¿Qué tal está mi pintor favorito?

—¡María, que sorpresa! Cuanto me alegra saber de ti. Pues me has pillado deshaciendo las maletas, acabo de llegar de Paris.

—Yo también me alegro de que estes bien. Izan… he roto con Ian.

—¿Cómo? Pero si erais la pareja ideal… ¿qué ha pasado?

—Ya te lo contaré todo… pero ahora necesito un favor…

—Por supuesto María, lo que necesites, ya lo sabes.

—¿Podría quedarme en tu casa unos días? Necesito evadirme de todo, esta ciudad me está absorbiendo demasiado y me veo incapaz de superarlo sola.

—Claro, ya sabes que las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti.

—Pues creo que esta misma noche cogeré un tren que me lleve hasta allí.

—Pues no se diga más, aquí te espero. Voy a preparar el cuarto de invitados.

—Gracias Izan, eres un amor.

—No hay porqué darlas, nos vemos pronto. Ciao bella.

Nada más colgar respiré mucho más tranquila. Pasaría unos días en la costa junto a Izan y eso me ayudaría a ordenar mis ideas para tener una perspectiva mejor y así poder encontrar una explicación lógica para todo lo que me había ocurrido. Verlo de lejos podría ayudarme a descubrir quien se ocultaba tras aquel despreciable acto de cobardía y una vez que lo encontrara, me vengaría de la forma más cruel que pudiese. Porque una cosa tenía muy clara y era que, cuando supiese quien se ocultaba tras aquello, porque de una manera u otra me iba a enterar, su manera de humillarme en las habitaciones le iba a parecer un simple juego de niños comparado con lo que yo le iba a hacer a él… o ella. Aquel sentimiento de venganza comenzaba a crecer cada vez más dentro de mí. El dolor y la humillación que sentí al salir de allí comenzó lentamente a transformarse en odio e ira y eso no era bueno, nada bueno… y menos para todos los que estuvieran a mi alrededor cuando estallase.

Consulté los horarios de los trenes con mi teléfono móvil y vi que había uno que salía esa misma noche hacia la costa a las diez y media. Me daba tiempo, compré el billete y comencé a prepararme. Cogí una pequeña mochila con un par de cosas, comí algo ligero y salí del estudio en dirección a la estación de trenes. Como aún tenía tiempo fui andando. Sabía que aún había algunas cosas que me faltaban, ya que están todas en el piso, algunos bikinis que quería llevarme y demás, pero como aún no me sentía con ganas de volver allí, pensé que ya las compraría una vez llegara a la costa.

Cuando llegué a la estación aún iba con bastante margen así que me senté en uno de los bancos del andén a esperar, mientras la brisa de la noche golpeaba mi rostro suavemente. Había cerrado los ojos cuando una voz me hizo volver a abrirlos.

—Buenas noches preciosa, ¿puedo sentarme aquí?

Cuando enfoqué nuevamente la mirada me encontré con el rostro de un chico joven que me miraba, con una gran sonrisa en su cara, y no precisamente a la mía, sino al canalillo de mi escote. Me dio por reír. Movía mucho la mandíbula. Con toda probabilidad iba hasta arriba de pastillas.

—No, no puedes. Tienes muchos bancos libres.

—¿Viajas sola? —volvió a preguntar mientras se sentaba a mi lado ignorando completamente lo que acababa de decirle, iba bastante acelerado—. Lo digo porque yo viajo solo y si quieres podemos hacer parte del viaje juntos. ¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes?

—¿En serio, no me has escuchado? Por favor, déjame en paz.

—Seguro que no te vas a arrepentir, soy una persona muy amena y he viajado por todo el mundo. Estoy seguro de que puedo hacer que pases un buen rato, ya me entiendes ¿verdad? —dijo mientras me giñaba el ojo dos veces— Además todo esto sin ningún compromiso, después cada uno por su lado y si te he visto, no me acuerdo. ¿Qué me dices, te interesa? ¿Quieres hacerlo?

—A ver, a ver… relájate lo primero. Lo segundo es que tengo un dolor de cabeza terrible y solo faltas tú para terminar de rematar la noche, así que… con toda la educación que me es posible reunir en estos momentos te pido amablemente que te vayas a tomar por culo de aquí.

—Ah que tienes la regla, haberlo dicho antes. Aunque si tú quieres… a mí no me importa…

Me puse en pie mientras el seguía sonriendo y se levantaba pensando en que ya lo tenía hecho, lo cogí por los hombros y le di un rodillazo en lo huevos con todas las fuerzas con las que fui capaz. Inmediatamente calló al suelo de rodillas, llorando y maldiciéndome. En ese momento llegó mi tren. Entró en la estación, frenando hasta detenerse completamente. Algún pasajero bajó y varios subieron mientras aquel desgraciado seguía lamentándose en el frío suelo de la estación.

—Madre mía —dije mientras ponía un pie dentro del vagón—, y que no nos hayamos extinguido con tanto gilipollas suelto… tiene su mérito.

Mientras las puertas se cerraban, tomé asiento junto a una de las ventanas de aquel amplio vagón casi vacío. Apenas el tren comenzó a moverse me quedé dormida con el suave traqueteo de aquellas ruedas de metal sobre las vías. Al despertar aún era de noche y no se podía distinguir ningún paisaje por el que, en aquel momento, estábamos cruzando.

Medio absorta pensé en Kayla, seguramente se preocuparía si no tenía noticias de mías en algunos días y como estaba dispuesta a desconectar completamente, cogí el teléfono móvil para mandarle un mensaje.

María:

Cariño, me voy unos días de la ciudad, a la costa, necesito desconectar. No te preocupes ya te contaré a mi regreso. Te quiero, besos.

Kayla:

Está bien. Aquí estaré para lo que necesites. Vuelve pronto. Yo también te quiero. Besitos.

Los dos mensajes están llenos de muchos emoticones de corazones y caritas con besos. Había que reconocer que Kayla era un amor de mujer, siempre me comprendía y siempre podía contar con su apoyo. Así que, con una gran sonrisa, guardé el teléfono, dispuesta a alejarme de todo, justo como hacía el tren en aquel preciso instante.

Aún me parecía mentira que estuviera allí sentada después de lo que me había ocurrido la noche anterior, ya que había faltado muy poco para morir ahogada por el gas, estaba muy claro que había sido una venganza personal. Las palabras en las llaves, las notas, los mensajes escritos en la pared, todo con el único fin de humillarme. Tenía que reconocer que los acertijos planteados en las habitaciones habían sido bastante asequibles para mí, me encantaban ese tipo de retos y lo hubiese disfrutado más si no fuese porque estaban destinados a hundir mi moral y hacer que me sintiera culpable por ser como era. Pero aquella última habitación, sin nada más que un texto en la pared... creía que me quedaría allí encerrada para siempre, de hecho, si hubiese tardado un poco más el gas hubiese terminado por asfixiarme. Suerte que se me ocurrió transformar las palabras en números, contando cada una de las letras que componían cada uno de las palabras de la frase. No estuve encerrada más de cuatro horas, cosa que imagino no gustaría a quien se había tomado tantas molestias para encerrarme, pero tarde o temprano aquella bestia daría la cara y entonces tendría mi oportunidad. Con ese pensamiento los ojos se me fueron cerrando nuevamente debido al agotamiento, aún me quedaban bastantes horas antes de poder bajar en mi parada.

Apenas los primeros rayos del amanecer rompían en el cielo, cuando el tren llegó a mi destino. Bajé. Lo primero que noté fue el intenso olor a mar que inundó mis fosas nasales. Abandoné la

estación y comencé a caminar por las calles de aquel pequeño pueblo costero, mientras el sol comenzaba a alzarse para despertar a todo aquel que aún dormía.

22

Piqué con los nudillos en la puerta de Izan nada más llegar, esperando que estuviera despierto ya, a pesar de lo temprano que era. Enseguida escuché como unos pasos apresurados acercándose a la puerta. Cuando se abrió Izan estaba delante de mí, inmaculado. Justo como yo lo recordaba, alto, guapo, con una barba perfectamente perfilada y vestido como si fuera a salir a una cena de gala.

—¡Ya estás aquí! —gritó ilusionado al verme—. Podrías haberme avisado y hubiese ido a buscarte a la estación, mujer.

—No te preocupes, me viene bien caminar. Veo que no pasan los años por ti, estás esplendido, Izan. Tienes que contarme cual es tú secreto.

—Ya será para menos —dijo Izan quitándole importancia—, pero tú en cambio… ¿eras pintora o modelo? Estás increíble María, tú sí que has hecho un pacto con el diablo para estar siempre tan guapa.

—Tú siempre tan adulador —contesté un tanto ruborizada—, pero no te creas, últimamente parece que solo atraigo a gilipollas o tíos extraños que solo disfrutan viéndome sufrir.

—Bueno todo eso me lo tienes que contar con detenimiento, pero antes entra, no te quedes en la puerta, por favor. Estás en tu casa.

Cuando pasé quedé maravillada con aquella preciosidad de casa, mucho más grande de lo que aparentaba por fuera, con todo lujo de detalles. Izan fue enseñándomela a medida que avanzábamos por ella. En la planta inferior, donde estábamos, tenía una cocina abierta preciosa que se abría a un amplio salón y a la terraza de la parte de atrás que daba directamente a la playa. A la izquierda, antes de las escaleras que daban a piso superior, había una gran habitación que Izan utilizaba como estudio para crear sus obras de arte. Debajo de la escalera había un pequeño baño completo. Subimos al piso de arriba que constaba de tres habitaciones muy amplias, con grandes ventanales con unas vistas preciosas, cada una con su baño incorporado. Izan me ofreció una de las que daba al mar. Estaba encantada.

—Si quieres darte una pequeña ducha, yo te espero abajo. Desayunaremos y nos iremos un rato a tomar el sol, así me pones al corriente de todo.

Asentí después de darle nuevamente las gracias por dejarme quedar allí unos días. Me di una reconfortante ducha y me enfundé dentro de un bikini minimalista que dejaba poco a la imaginación. El único que pude meter en la mochila. Con urgencia necesitaba comprarme alguno más, puesto que mi idea era pasar algunos días allí. Me miré al espejo y me sentí sexy y bonita por primera vez en bastante tiempo, señal de que alejarme de todo comenzaba a dar sus pequeños frutos. Tomé junto a Izan un delicioso y humeante café con leche que me supo a gloría. Poco después cogimos un par de toallas para dirigirnos a la playa.

—A ver… cuéntame, María —dijo Izan mientras caminábamos por la orilla del mar—, ¿qué es lo que ha pasado?

—Ian me dejó hace unas semanas y, por supuesto, todo mi mundo se ha venido abajo.

—Pero así, ¿de buenas a primeras? Sin ninguna explicación… que cabrón.

—Bueno quizás descubrió algunas cosas sobre mí que no sabía.

—¿Cómo cuál? Si eres la persona más encantadora que conozco.

—Básicamente mi página web, me acusó de mentirle, sintiéndose traicionado por ello.

—No lo entiendo María, tu página web es preciosa, de un gusto exquisito. Todo el que ve tu arte queda maravillado con ella. No entiendo el comportamiento de Ian.

—Esa página web no, otra —dije bajando la cabeza—. Una en la que mostraba mi sexualidad de una manera muy abierta y liberal. Y de paso, me sacaba un buen dinero.

—O sea que tienes una web de esas… y claro Ian al enterase… bueno puedo llegar a entenderle, si no le contaste nada…

—No, si yo también lo entiendo, pero por eso no deja de ser menos doloroso.

—¿Aún le quieres? —preguntó Izan a bocajarro.

—Pues si quieres que te sea sincera… —comencé mientras analizaba todo lo que había ocurrido en las últimas horas—, creo que sí, aún sigo enamorada de él.

—¿Y por qué no se lo dices? Seguro que lo podéis arreglar.

—Me obligaría a cerrar la página, además tendría que dejar de hacer muchas cosas por él y, sinceramente, no creo que pueda alejarme de ellas hoy por hoy, es demasiado tarde para mí.

—No te entiendo, María —dijo Ian encogiéndose de hombros.

—No me extraña —dije sonriendo levemente—, no me entiendo ni yo en algunas ocasiones. Pero necesitaba alejarme de allí para verlo todo desde otra perspectiva más alejada. Sin influencias exteriores ni recuerdos dolorosos.

—Pues no se hable más —concluyó Izan colocando el brazo alrededor de mi cintura—, disfrutemos de este magnífico día y de este bonito paisaje que es casi tan bello como tú.

Izan volvió a ruborizarme, era tan caballeroso y adulador… la verdad es que me sentía muy a gusto a su lado. Tomamos el sol durante unas horas, poniéndonos al día de lo que había ocurrido en nuestras vidas desde la última vez que nos habíamos visto. Izan me contó que pasaba por un momento de bloqueo creativo. Sus musas le habían abandonado y llevaba unos meses sin entrar en el estudio. Intenté animarle, sabía que era un artista excelente y tarde o temprano encontraría de nuevo a sus musas y volvería a deleitar al mundo con su arte. Hacia el mediodía nos acercamos hasta un restaurante del paseo marítimo donde comimos divinamente. Por supuesto, Izan no dejó que pagara nada. Después aproveché para hacer todas las compras pertinentes.

Al llegar a casa subí a mi habitación a echarme un rato a descansar. Cuando abrí los ojos nuevamente ya estaba oscureciendo. Me desperecé y bajé a la primera planta. Al acercarme a la terraza quedé maravillada. La mesa estaba decorada con un gusto exquisito, con una vajilla digna de la realeza y dos velas rojas encendidas. Izan apareció detrás de mí y me invitó a tomar asiento. Poco después llegó con dos platos que tenían una pinta deliciosa. Cenamos y después nos sentamos en el sofá para ver un rato la televisión.

Izan se sentó muy cerca de mí, a pesar de que el sofá era bastante amplio, pero no me importó. De vez en cuando sus dedos rozaban mi pierna con algún pretexto absurdo, aunque con bastante disimulo por su parte, haciendo que me estremeciera por momentos. Sabía jugar, teniendo que reconocer que no lo hacía nada mal. Solo le quedaba dar el último paso.

—¿Estás con alguien en estos momentos? —me preguntó de repente, ahí estaba su jugada final. Quizás si lo hacía bien…

—Contigo… —contesté sonriendo. A mí también me apetecía jugar un poco.

—Ya sabes a lo que me refiero, María.

—No, voy picando de aquí y de allá, pero sin comprometerme con nadie… creo que, por el momento, ya he tenido suficientes decepciones en mi vida.

—Te he dicho que esta noche estás especialmente bella…

—Puedes saltarte esa parte —le dije para facilitarle un poco más las cosas mientras colocaba mi mano en su pierna y comenzaba a subirla lentamente.

Creo que rápidamente cogió el contexto porque lo que hizo seguidamente fue abalanzarse sobre mí y comerme la boca con bastante ímpetu. A continuación, su mano se metió entre mis piernas para acariciarme con bastante torpeza. Imaginé que llevaba mucho tiempo sin estar con nadie y que estaba tirando de intuición. Le agarré la mano antes de que me dejara enrojecida la zona y tomé yo la iniciativa.

Hice que se tumbara en el sofá boca arriba mientras le quitaba el jersey de manga corta que llevaba. Yo también me quité el mío al tiempo que soltaba mi sujetador. Me senté entre sus piernas para dejar que se metiese mis pezones en su boca, mientras comenzaba a notar como su entrepierna se endurecía con el vaivén de mis caderas. Quedé bastante impresionada al notar como su polla iba incrementando su tamaño, ya que al ir con falda el roce iba directo contra el tanga que ya comenzaba a estar como yo, algo mojado. Sin darle muchas más vueltas y dejándome llevar por el deseo más que por la lógica, introduje la mano entre sus piernas y ladeándome el tanga me la comencé a introducir lentamente, lubricándola con mi propio flujo que cada vez eran más abundante. Hasta que ya no pude más y con un movimiento seco y violento me la metí de un solo golpe hasta la base. Los dos gritamos de placer.

Estaba esperando a que, de un momento a otro se corriera, pero parecía que aguantaba el tirón, cosa que me sorprendió gratamente. Fue un poco después cuando sus jadeos rítmicos y acompasados a mis movimientos comenzaron a ser más intermitentes y su respiración más entrecortada, pronto terminaría aquel rodeo, así que yo también aumenté el ritmo para intentar alcanzar el clímax antes de que él terminara. Justo un momento antes de que el dijera que estaba a punto de correrse, yo estaba terminando de disfrutar de un gran orgasmo intenso y muy placentero. Al notar que él estaba a punto de explotar, con un rápido movimiento, la saqué de mi interior haciendo que terminara fuera. Después como la buena niña que era, limpié con mi lengua todo aquel semen desparramado, sin dejar ni una sola gota. Me puse nuevamente erguida y le miré sonriendo pícaramente.

—Estás tan bonita esta noche... —dijo mirándome embelesado.

—Te he dicho que esa parte te la podías saltar, no hace falta que me alagues... ya me tienes.

—No, lo digo completamente en serio, era una diosa del olimpo, eres tan preciosa...

—Claro, con estos pelos desmadrados, sudando y con la boca aún llena de tú —en ese momento tosí—... ves, lo que yo decía.

Los dos reímos antes de que me desplomara suavemente sobre su pecho y me quedara allí, completamente relajada después de muchos días. Le besé mientras el me acariciaba la espalda aún con la respiración algo acelerada.

Subí a mi habitación y me di una buena ducha antes de caer en la cama rendida. «Había sido una excelente idea haber venido a ver a Izan», pensaba mientras miraba aquel techo de madera y mis ojos poco a poco comenzaban a cerrarse. Sí, había sido una idea genial.

Era cerca de la media noche cuando desperté sobresaltada, sujetando mi cuello con las dos manos y respirado aceleradamente como si me estuviera asfixiando. Un sudor frío corría por mi frente, al igual que lo hacían las lágrimas por mis mejillas. Pasados unos minutos aún seguía alterada, aquella

pesadilla había sido demasiado realista como para poder conciliar el sueño de nuevo inmediatamente. Me levanté y miré por la ventana, el mar estaba en calma y todo permanecía en la penumbra, salvo por el faro que, a intervalos intermitentes, se comunicaba con la noche. No sé en qué momento de la madrugada volví a dormirme, esperando que aquella pesadilla no volviera a repetirse más.

23

Me desperté bastante temprano, el sol apenas había salido, cuando me dispuse a dar un paseo por la playa. Me vestí y salí de la casa sin hacer ruido para no despertar a Izan. El aire fresco de la mañana, con aquel aroma a mar, me hizo sentir muy bien cuando comencé a caminar por la arena. Poca gente había en aquellas primeras horas de la mañana, cosa que agradecí. Me gustaba aquella momentánea soledad, aislada de todo. Era el mejor momento para reflexionar. La pesadilla de la noche anterior me había dejado muy claro que necesitaba resolver aquella situación lo antes posible, antes de volverme completamente loca.

¿Quién me odiaba tanto como para querer matarme? Si me paraba a pensar en todas las relaciones esporádicas que había tenido y que había dejado en el aire, la lista podría ser muy muy larga. Pero tomarse tantas molestias en meterme en aquella casa, preparar todas las pruebas... casi podría descartar a la gran mayoría de ellos. Tenía que tratarse de alguien con quien hubiese tenido algo más profundo, alguien a quien hubiese hecho tanto daño como para querer acabar conmigo, y solo había dos posibles candidatos... Ian y el hombre misterioso con olor a canela.

Por fuerza, la persona que me había encerrado tenía que conocer el Black Lotus, porque fue ahí donde me secuestraron después de la sesión de shibari. Si eso era cierto, Ian desaparecía de la ecuación, dejando solo al hombre misterioso como único sospechoso. Además, si lo pensaba bien, aquella misma noche, antes de marcharme con John a la habitación, me había encontrado con aquel hombre misterioso y habíamos tenido algunas palabras. Pero, ¿qué motivos iba a tener aquel tipo como para querer hacerme tanto daño? Nuestros encuentros, aparte de fugades, solo estuvieron llenos de placer, no tenía mucho sentido que de repente se volviera un psicópata. A no ser que ya lo fuera desde el principio y solo estuviera jugando conmigo esperando el momento adecuado para matarme.

Por muchas vueltas que le daba, no conseguía encontrar una explicación que le diera sentido a lo que me había ocurrido y esperar a que volviera de nuevo a atacarme para descubrir de quien se trataba era demasiado peligroso, ahora tenía que ser yo la que debía adelantarme para así sorprenderle. Necesitaba un buen plan y, sobre todo, un objetivo. Si por lógica, descartaba al hombre misterioso, solo quedaba un candidato... Ian. Tenía los motivos, mis mentiras, aunque me parecía casi imposible que aquella persona tan buena y generosa, en realidad, pudiese ser un maldito loco dispuesto a matar. Tendría que pensar en una buena excusa si quería volver a acercarme a él de nuevo. Lo más fácil era decir la verdad, que aún le echaba de menos y que me moría de ganas por volver a verle. Aunque si tenía que ser franca conmigo misma, el pensar que Ian pudiera estar detrás de todo aquel asunto del secuestro, dejaban mis ganas un poco en suspenso. En el fondo solo deseaba que Ian no tuviera nada que ver con todo aquello y que, al contárselo todo, me abrazara para consolarme, diciéndome que él también me había echado mucho de menos y que nunca más volvería a separase de mi lado.

Cuando volví de mi pequeña ensoñación me di cuenta de que me había alejado bastante de la casa de Izan, así que di media vuelta y regresé. Al abrir la puerta lo primero que note fue un intenso olor a canela que inundó por completo mis fosas nasales y, entonces, me asusté. La cabeza comenzó

a darme vueltas, ¿Izan podría ser el hombre misterioso? No sabía qué hacer, si entrar en la casa o salir corriendo de allí para siempre. Intenté calmarme y pensar con lógica. Anoche me había enrollado con Izan y para nada tenía que ver con los encuentros que había tenido con aquel hombre misterioso, ni en intensidad ni en calidad, me sabía mal por Izan, pero tampoco es que fuera de serie, era del montón, un aprobado justo, sin más. Así que posiblemente me estaba asustando por nada.

Entré despacio. Llamé a Izan, no contestó. Seguí el olor a canela que me llevó hasta la cocina. Allí había una gran traza de café con leche aún humeante junto a una nota. "Buenos días María. Tengo que salir a hacer unos recados, imagino que estás paseando por la playa. Volveré pronto. P.D.: Lo de anoche estuvo genial. Te he preparado el café, le he puesto un toque de canela, espero que te guste. Un beso". Después de leerla sonreí para mis adentros, que estúpida había sido, Izan no era un asesino, era un encanto de hombre. Entre la pesadilla y la paranoia de aquella mañana comenzaba a pensar que mi mente pronto comenzaría a desquiciarse del todo, así que respiré hondo y me dispuse a disfrutar de aquel magnifico desayuno.

Después de tomar el café me sentí mucho mejor y me puse a pensar que podía hacer mientras esperaba a que Izan volviese. Pensando en que quizás volviese a la playa a tomar el sol, vi que la puerta del estudio de Izan estaba medio abierta y, como la curiosidad era algo innato en mí, decidí echar un vistazo dentro. Lo primero que vi, mejor dicho, que no vi, fue que en aquella habitación no había ninguna ventana, imagino que para preservar su intimidad a la hora de trabajar. Busqué el interruptor y encendí la luz. A simple vista, me recordó a mi estudio. Varios caballetes montados con unos cuantos trazos pintados en ellos, alguno en blanco. Cientos de pinturas esparcidas en paletas, pero nada terminado. Si que parecía plausible que estuviera en un bloqueo como él decía. Estaba a punto de marcharme de allí cuando algo llamó mi atención. Se trataba de un lienzo que no había visto de primeras porque estaba al final de la sala. Me acerqué y cuando lo vi, quedé completamente maravillada. No era nada más que un pequeño boceto, representaba a una mujer desnuda sentada a horcajadas encima de un hombre. Éramos nosotros. Era increíble como Izan había captado el momento en su retina y lo había plasmado de aquella manera tan sensual encima de aquel trozo de tela. La expresión de mi cara, mi cuerpo tenso, por mucho que lo mirara siempre encontraba algo sorprendente en él. Entonces volví a la realidad y pensé que debería salir de allí antes de que Izan volviese y me encontrase... curioseando.

Cuando me disponía a salir, pasé por delante de su mesa de trabajo, donde preparaba las mezclas de sus colores, donde había cientos de pinceles y pinturas y donde había... ¿una bombilla oscura? No podía ser. La cogí en mis manos para verla mejor, era la misma bombilla que yo había encontrado en aquella casa y con la que había descubierto el mensaje en la última habitación, en la que casi había muerto asfixiada. Era imposible que Izan estuviera involucrado en todo aquello, me repetía una y otra vez en mi cabeza. Tenía que ser una brutal coincidencia, no había otra explicación. Izan no me guardaba ningún tipo de rencor, lo hubiese notado... o quizás, además de un excelente pintor, era un magnífico actor. De repente me sentí muy angustiada. ¿Y si me había equivocado en suponer que quién me había encerrado en la casa, era una persona de mi entorno más cercano? Estaba tan absorta en mis propias cavilaciones que ni siquiera escuché la puerta de la entrada.

—María, ¿qué haces aquí? —preguntó Izan desde la puerta del estudio.

Me pilló tan de repente que di un respingo del susto que me llevé. La bombilla resbaló de mis manos y se hizo añicos cuando golpeó contra el suelo.

—Lo siento Izan, yo... entré a mirar... no quería... discúlpame.

—No pasa nada mujer, no tengo nada que esconder —dijo con una sonrisa.

—Sé que no debería haber entrado, es tu santuario...

—De verdad María, no te preocupes, venga sal de aquí y ten cuidado no te cortes con los cristales.

Cuando salí de allí Izan cerró la puerta completamente. Imaginé que, en el fondo, no le había hecho mucha gracia que husmeara entre sus cosas. Los dos nos fuimos hacia la terraza para sentarnos mientras Izan me servía algo de té helado, él también se sirvió uno, era un día bastante caluroso.

—Por cierto, no he podido evitar ver la pintura... —dije a sabiendas que quizás ahora sí que me caería una buena bronca.

—¿Qué pintura? —preguntó Izan bastante sorprendido y casi a punto de escupir el té.

—Cual va a ser, la nuestra —contesté riéndome.

—Ah, ese boceto... unos cuantos trazos de un recuerdo bonito...

—Pues es muy bueno, me ha encantado. Cuando esté acabado va a ser espectacular.

—Quizás seas tú la inspiración que necesitaba, podrías ser mi musa...

—Sabes que me marcharé en unos días, tengo cosas que atender en la ciudad. Pero me alegro muchísimo si he podido ayudar a desbloquearte un poco, de verdad, tienes un don.

—Gracias María, eres una gran amiga.

Como siempre, Izan se estaba comportando como un auténtico caballero y para nada me reprochó el haber entrado a su estudio, aunque estuviese en todo su derecho de hacerlo. Acabamos la bebida y nos arreglamos para ir a comer a un buen restaurante. Todo parecía que marchaba bien, pero mi cabeza no dejaba de darle vueltas al tema de la bombilla de luz negra y eso era algo de lo que difícilmente podría olvidarme.

24

Al día siguiente todo parecía ir normal, pero la verdad es que no era así. Ahora la puerta del estudio siempre estaba cerrada, incluso Izan no me había vuelto a perder de vista. Y no es que su trato hubiese cambiado conmigo, me seguía tratando igual de bien que siempre, siendo amable y caballeroso, pero yo no podía quitarme de la cabeza la dichosa bombilla y eso me estaba volviendo loca.

Había otra cosa que comenzó a rondarme por la cabeza, ¿y si me estaba centrando en una sola persona y no era así? Izan e Ian se conocían, no es que fueran íntimos amigos, pero alguna vez habían coincidido en alguna de las fiestas o exposiciones a las que Ian había asistido conmigo. Yo misma los había presentado y se habían caído muy bien. Tampoco era tan descabellado pensar que se habían podido aliar para hacerme daño.

Andar todo el día con aquel pensamiento hacía que ya no me lo estuviera pasando bien, hasta comenzaba a desconfiar de Izan, en cada gesto que hacía veía una mala intención, así que decidí que me marcharía de allí. Después de que viniésemos de comer se lo diría a Izan. Justo cuando entrabamos por la puerta de la casa sonó mi teléfono. Izan se apartó para darme algo de privacidad.

—Hola Pol —dije reconociendo su voz al otro lado del teléfono—, ¿qué te cuentas?

—Hola María, imagino que ya sabes por qué te estoy llamando, ¿cómo van esos cuadros?

—Pues están a punto, te prometo que antes de que acabe el verano el cliente los tendrá colgados en su pared.

—María, me dijiste que estarían en verano, ¿ahora es a finales? ¿Por qué no en otoño?

—¿De verdad?

—¡No! María, necesito que los termines ya, no quiero perder a este cliente.

—Está bien Pol, relájate. Los tendré a tiempo.

—Ya vas tarde...

—Yo también te quiero, chao.

Después de colgar me sentí un poco mal por haberle mentido a Pol de aquella manera tan descarada. La verdad que no había tocado ni una gota de pintura desde hacía mucho tiempo y menos aún con todo lo que acababa de ocurrirme y aunque sabía que tenía que entregarlos, había otras cosas más urgentes que debía resolver primero. No quería que Pol perdiera a aquel cliente, pero mucho me temía que así iba a ser. Pero algo saqué de aquella llamada, ya tenía la excusa perfecta para marcharme de allí.

—Me marcho Izan, esta tarde recogeré mis cosas y me vuelvo a la ciudad.

—¿Tan pronto? —dijo sorprendido— ¿Qué es lo que ha pasado?

—Nada —mentí—. Tengo que volver, ya te dije que tenía algunos asuntos pendientes y ya no puedo retrasarlos por más tiempo. La llamada era del representante en una importante galería de arte, voy con mucho retraso en mi trabajo y tengo que ponerme las pilas ya.

—Eso lo entiendo María, pero al menos podrías quedarte hasta el domingo, solo son dos días. Así podemos pasar el fin de semana juntos, yo mismo te llevaré a la estación, lo prometo.

Mirándole a los ojos y escuchándole hablar, no parecía que fuera esa clase de persona que

iba secuestrando a mujeres para intentar matarlas. Estaba siendo muy amable, pero sabía que, si accedía a quedarme, las cosas no serían igual que al principio, ya que dentro de mí se había sembrado una duda y no me dejaría en paz hasta que no estuviera resuelta. Quizás si hablaba con Izan pudiera aclarármela, si era inocente tendría una buena explicación para lo de la bombilla, aunque si no lo era...

—Izan, ¿puedo preguntarte una cosa? —dije algo timorata.

—Por supuesto, María. Algo te preocupa, lo sé. Estás distinta conmigo. Puedes decirme lo que quieras, sabes que, ante todo, somos amigos.

—De acuerdo... ayer, cuando me encontraste en el estudio, había unas bombillas...

—Sí, de luz negra —dijo con toda naturalidad.

—Sí, esas. ¿Podrías decirme para que las usas?

Hubo un silencio bastante incomodo. Izan me miraba sin decir nada. Yo también le miraba, nerviosa. Estaba esperando que, en cualquier momento, se abalanzara contra mí para agarrarme por el cuello o algo por el estilo. Hasta miré a mi alrededor en buscar algo que pudiera utilizar como arma para poder defenderme. Entonces Izan estalló con una gran carcajada.

—¿Las bombillas? ¿Eso es lo que te preocupa? —decía sin dejar de reír— Estoy experimentado con la pintura que se revela bajo esa luz, con los tonos fluorescentes. Tenía en la cabeza montar una exposición donde la gente pudiera pasear en penumbra viendo cuadros realzados por esos colores.

Hay estaba la maldita casualidad pensé, sintiéndome muy estúpida por haber dudado de él. Había estado a punto de arruinar una bonita amistad por nada. Lo que estaba claro es que aquel secuestro había dejado en mí una huella que tardaría mucho tiempo en borrarse. Me había vuelto desconfiada, lo que nunca antes me había ocurrido.

—Lo siento, Izan. Perdóname, no tenía motivos para desconfiar de ti. Ya te dije que había venido porque no me encontraba bien y veo que sigo igual.

—Pero, ¿qué te ha pasado? Puedes confiar me mí —dijo mientras colocaba su mano sobre mi hombro.

Entonces conté a Izan todo lo que había ocurrido desde que había despertado en aquella casa, las pruebas por las que había tenido que pasar y como había escapado de morir asfixiada por los pelos. Omití, a propósito, que el secuestro había comenzado en el club, ya que tampoco quería comenzar a darle explicaciones de porque estaba en aquel lugar ilegal. Cuando terminé de explicarle la historia Izan parecía algo alterado, imaginé que sería por un sentimiento de empatía hacía mí, aunque me chocó que no dejara de mirar constantemente hacía la puerta de su estudio.

—Ahora entiendo lo de las bombillas... por Dios, has debido de pasarlo fatal...

—No lo sabes tú bien, te juro que pensé que no volvería a ver la luz de un nuevo día.

—¿Has ido a la policía? —dijo inmediatamente.

—¿Con qué pruebas? No tengo nada, es mi palabra contra nadie, aún no sé quién lo hizo.

—¿Sospechas de alguien? ¿Ian, quizás?

—Si te soy sincera, fue en el primero que pensé después de nuestra ruptura...

—Pero...

—Pero hay algo que no encaja, Ian no es esa clase de persona que va por ahí secuestrando gente. Ian es bueno... —dije agachando la cabeza y casi a punto de ponerme a llorar.

—Por eso me dijiste que aún seguías enamorada de él, no lo puedes ver como un posible

culpable.

—Me niego a pensar que Ian haya podido hacer una cosa así. Significaría que he estado compartiendo mi vida con un psicópata, sin saberlo.

—Bueno, la gente cambia. Pero llegar a matar por descubrir que tu novia tiene una página para adultos, lo veo un poco exagerado.

Pero descubrir que tu novia se ha acostado con media ciudad, si es que lo había descubierto, sí que podría desencadenar un brote de ira, haciéndole llegar a cometer alguna locura. Por supuesto, eso tampoco se lo dije a Izan, aunque me había acostado con él, así que algo se podía imaginar.

En ese momento Izan se levantó y se dirigió a la cocina para prepararme una tila. Me había puesto bastante alterada al recordar todo lo sucedido. Después subí a mi habitación para descansar un poco. Dormí toda la tarde y desperté descansada, también mentalmente. Haber hablado con Izan de todo lo ocurrido me había venido bien, ya que había podido descartarle como posible sospechoso y eso había hecho que volviera a encontrarme, de nuevo, muy a gusto en aquel lugar, sin el temor de que pudiera asesinarme mientras dormía.

Salí de la habitación dispuesta a bajar para reunirme con Izan, tenía mucha hambre y me apetecía que saliésemos por ahí a dar una vuelta. Justo cuando encaraba las escaleras para bajar, vi como Izan salía del estudio con algo en la mano y que dejaba en un pequeño armario lleno de cajones. «¿Estaba tratando de ocultarme algo? María, no volvamos otra vez a sospechar de todo, Izan te ha tratado bien y no se lo merece», dije para mis adentros. Sacudiendo la cabeza y respirando hondo baje al salón.

—Buenas tardes, *Bella Durmiente* —me dijo Izan sonriente—. Se te ve con mejor cara, la siesta parece que te ha sentado muy bien.

—Gracias, la verdad es que me he levantado muy descansada y con la mente despejada —contesté con sinceridad—, la charla de esta tarde me ha venido genial.

—Pues me alegro mucho, ¿qué te apetece que hagamos antes de ir a cenar?

—Sabes, tengo mucha curiosidad por ver que estás haciendo con eso de la luz negra —dije de repente, como por instinto—, parece muy interesante.

—Ah eso... —dijo Izan frotándose las manos algo nervioso— no hay nada que ver, lo he dejado por imposible. Pero si quieres pude enseñarte el retrato, le he dado unos cuantos toques más.

—Genial, eso sería estupendo.

Mientras entrábamos al estudio, pensé porque narices le había dicho aquello. Izan había cambiado el cuadro de lugar y ahora estaba delante de todo. Había comenzado a darle color y perfilar el contorno de mi cuerpo y, la verdad, estaba quedando precioso. Cuando salimos de allí e Izan cerró la puerta se quedó mucho más tranquilo y los dos salimos de la casa para pasear por las calles de aquel pequeño pueblo costero mientras nos dirigíamos a un pequeño restaurante donde Izan ya había reservado.

Mientras volvíamos, después de cenar, me fijé en lo bonito que estaba el cielo en aquella noche de verano, completamente despejado y plagado de estrellas. Yo iba bastante contenta debido al vino que había tomado, Izan también iba algo tocado. De repente Izan me cogió por los brazos con fuerza, sin hacerme daño, mirándome fijamente a los ojos.

—María, me gustas mucho y quiero más —soltó mientras sus labios chocaban violentamente contra los míos. Justo en ese momento me dio por reír. La cara de Izan era todo un poema.

—No creas que me estoy burlando de ti —dije mientras aún sonreía—, pero que hayamos follado una vez no significa que yo quiera más.

—¿Por qué no? Yo podría darte todo lo que necesitas, te protegería, estaría a tu lado, te amaría para siempre.

—Estás borracho —dije riéndome aun—, no sabes lo que dices. No necesito a nadie que me proteja, además soy una mujer demasiado compleja, tú no lo entenderías.

—María yo... te... —intentó decir mientras yo le ponía un dedo en sus labios.

—No la cagues, Izan... por favor...

25

A la mañana siguiente, al despertar, no recordaba exactamente como había llegado hasta la cama. Estaba vestida aún y supuse que Izan me había subido hasta allí y se me había comportado como un caballero. Entonces vino a mi mente lo último que habíamos hablado los dos bajo los efectos del alcohol... ¿Izan se me había declarado? Me puse roja de vergüenza, menos mal que aquel era el último día, mañana cogería temprano el tren para volver a casa. Entonces decidí que aprovecharía aquel magnifico sol antes de meterme de nuevo en mi estudio. Me puse un bikini, cogí una toalla y bajé dispuesta a disfrutar de mi último día en la costa.

Al llegar abajo me encontré con Izan y me saludó como si no hubiese pasado nada, de hecho, se apuntó para acompañarme a darse un chapuzón conmigo en la playa. Allí, tumbados bajo el sol, una imagen cruzó por mi mente, Izan saliendo del estudio y guardando algo en aquel armario. «Maldita sea, es que no puedo tener un solo día de tranquilidad», me dije a mi misma. ¿Qué es lo que trataba de ocultar? ¿Un anillo de compromiso? Eso sí que me asustó de verdad. Después de lo que había ocurrido la noche anterior, podía esperarme cualquier cosa. ¿Y si Izan se había pillado tanto por mí que quería más? Lo peor de todo era que sabía qué, si no me quitaba aquella duda de mi cabeza, seguiría dándole vueltas una y otra vez como un picor que no puedes aliviar ni rascándote. Por otro lado, meter las narices donde no me llamaban no me había salido bien la primera vez, así que volver a intentarlo sería complicado, además me iba al día siguiente. Quizás cuando Izan durmiera podría bajar sigilosamente...

—María ¿estás bien? —preguntó Izan de repente—, te veo algo inquieta.

—Perdona Izan, es que verás... acaba de bajarme la regla —acabé susurrándole—. Voy un momento al... ya sabes.

—Claro, claro por supuesto.

Me enrollé la toalla alrededor de la cintura y me dirigí a la casa apresuradamente. Mis tampones estaban en mi neceser, en el baño de mi habitación, pero no los necesitaba. Me había inventado aquella excusa para entrar en la casa sola. Quería ver cómo era mi anillo, algo que nunca aceptaría, pero quería saber en cuanto me valoraba Izan.

Me dirigí al armario que había en frente de la puerta del estudio y abrí sus puertas. Izan había dejado lo que llevaba en la mano en el último cajón de abajo, lo abrí. Mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí lo que allí había guardado, una bombilla de luz negra, exactamente igual a la que había en la habitación donde había estado encerrada.

En ese momento estaba paralizada, no sabía cómo reaccionar. ¿Por qué Izan ocultaría aquello allí? A no ser que creyera que volvería a entrar en su estudio... Sin pensarlo dos veces y con la bombilla aún en la mano, entré en el estudio. Encendí la luz y me puse a buscar entre sus lienzos, no sabía el qué, pero algo me decía que lo que iba a encontrar no me iba a gustar lo más mínimo. Entonces, de entre los lienzos que había apoyados en una de las paredes vi uno que sobresalía un poco. Cuando lo saqué casi me caigo al suelo por el shock, era un cuadro completamente negro. Un recuerdo aterrador vino a mi mente "ERES UNA MALDITA ZORRA MENTIROSA".

Necesitaba salir de dudas, necesitaba saber si aquello era una simple casualidad o, por el

contrario, Izan era un mentiroso de mierda. Dejé el cuadro sobre un caballete y fui a buscar un algo para enfocarlo con la bombilla que aún llevaba en la mano. Encima de la mesa de trabajo de Izan encontré una pequeña lampara flexo. Cambié rápidamente la bombilla y me llevé la lampara hasta el cuadro. La enchufé y respiré profundamente mientras apuntaba hacia el cuadro. Una palabra apareció bajo la luz de aquel foco, "PUTA". La tipografía y el estilo de las letras eran idénticas a las que había encontrado colgadas en la pared de aquella casa abandonada. Por unos segundos me quedé allí, sin saber qué hacer, paralizada por la rabia. Me había mentido en mi cara. Izan había escrito la frase en aquella casa, estaba implicado en todo aquello y yo, estúpida de mí, me había dejado engatusar por él y por sus mentiras.

Cuando pude reaccionar se me pasaron por la cabeza cientos de cosas que hacer, desde volver a la playa y afrentarlo delante de todo el mundo, hasta quemar la casa antes de salir corriendo. Pero, de repente, un pánico aterrador inundó todo mi ser. Si Izan había tenido aquella sangre fría como para tenerme engañada todos aquellos días, ¿qué sería capaz de hacerme cuando descubriese que lo sabía todo?

Temblando recogí rápidamente todas mis cosas, me enfundé unos tejanos cortos y una camiseta y salí de la casa. Casi corriendo me dirigí a la estación para coger el primer tren que me llevase lejos de allí. No quería volver a ver a Izan en lo que me quedaba de vida, a no ser que fuese para hacerle sufrir tanto como él me había hecho sufrir a mí. Cuando estaba en la estación mi teléfono móvil comenzó a sonar, era Izan. No lo cogí. Los mensajes y las llamadas siguieron repitiéndose una y otra vez, puse el teléfono en silencio y lo guardé en mi pantalón, esperando que llegase el tren antes de que a Izan le diera por acercarse hasta la estación.

Afortunadamente, un par de minutos después, subía a un tren. Ni siquiera me había fijado el destino que llevaba, solo quería bajarme en la siguiente parada y allí comprar un nuevo billete que me llevara hasta mi casa.

Una hora después, estaba sentada en un tren de largo recorrido que en unas horas me llevaría hasta mi destino. El teléfono no había dejado de sonar en todo aquel rato, pero lo había ignorado. Lo único que quería era poner toda la tierra de por medio que pudiese, de momento.

Un poco más tranquila intenté dormir, pero me fue del todo imposible. ¿Es que todos los hombres de mi vida tenían que ser unos psicópatas? O era eso, o simplemente era el karma diciéndome que ya era hora de pagar por todas las malas decisiones que había tomado en mi vida. Y la primera de todas aquellas malas decisiones comenzaba por ser demasiado confiada con todo el mundo que me rodeaba. Siempre intentaba complacer a los demás antes de pensar más en mí misma, y eso tampoco ayudaba. En el fondo, todo lo que me estaba ocurriendo era por no ser más egoísta, por no quererme más. Sabía que eso tenía que cambiar, necesitaba que cambiase porque quizás, la próxima vez, no tendría tanta suerte.

El teléfono había dejado ya de sonar, por fin Izan se había dado por aludido y había desistido en su empeño. También podía ser que estuviera viniendo hacía mi casa. Miré los mensajes, todo eran preguntas sobre dónde estaba y qué había pasado. Lo último era un mensaje de voz. Temblorosa bajé el volumen del teléfono y me dispuse a escucharlo. "María, ante todo quiero que sepas que me arrepiento de no haber sido del todo sincero contigo. Cuando me contaste lo que te pasó en aquella casa, tendría que haberte dicho que yo había sido el autor de aquella frase en la pared. Pero el miedo a perderte y a que desconfiaras de mí me hicieron dudar, lo siento de verdad. Lo que tienes que saber es que yo, jamás supe para que se iba a utilizar aquello. Fue un encargo muy bien pagado al que no

pude resistirme, era algo diferente e irreverente y eso terminó por convencerme de aceptarlo. Se que ahora esto te sonará a escusa, pero te estoy diciendo la verdad, por favor María, perdóname".

Hubo un momento, después de escuchar aquel mensaje, que llegué a pensar que Izan era inocente, pero la rabia sacó aquel pensamiento de mi mente rápidamente. Me había engañado, y aunque no había sido el primero que lo hacía, había decido que sí sería el último. En aquellos momentos sus escusas no me valían, pero sí que era verdad que, si de algo me arrepentía, era el de no haberle quemado la casa antes de salir de allí.

Estaba muy cabreada, así que decidí ponerme en pie y caminar hacia el vagón restaurante de aquel tren para pedirme una copa que me ayudara a calmarme de nuevo. Después de todo lo que le había contado, fue capaz de mentirme a la cara, y yo, tonta de mí, hasta llegué a pensar que me había comprado un anillo de compromiso. Esa era una cosa más que tenía que añadir a mi lista de defectos, ilusa. Apreté tanto los puños que dejé mis uñas marcadas en mis palmas.

—Menudo culo —dijo una voz masculina cuando pasé por su lado.

Me giré, solo me faltaba aquello. Miré fijamente a los ojos de aquel pedazo de gilipollas que me sonreía y miraba como si fuera un caramelo al que deseaba chupar. El típico pijo con traje y corbata que se creía el rey del mundo.

—¿Como has dicho? —pregunté inclinándome sombre él.

—Que tienes un culo para estar dándole toda la noche sin parar —dijo sin cortarse lo más mínimo.

Aquella era la gota que había colmado mi vaso. Repentinamente llevé mi mano hasta su cuello y comencé a apretárselo tan fuerte que enseguida comenzó a faltarle el aire. Con la otra mano le cogí por el pelo.

—Repítelo, ¡repítelo! —le grité.

—No... no puedo... respirar... hija de...

La gente del aquel vagón comenzó a murmurar y comenzó a girarse para ver que estaba sucediendo. Entonces decidí soltarle y seguir mi camino. Cuando crucé al siguiente vagón me desplomé sobre el primer asiento que vi. Aún me temblaban las manos. Respiré hondo varias veces y me dirigí nuevamente hacía el vagón restaurante. Una vez allí, y con un poco de alcohol recorriendo mis venas, me sentí más relajada. Sabía que había obrado mal con aquel pobre infeliz que había pagado por todo lo que me había ocurrido aquella semana. Pensé incluso que, cuando volviera a mi asiento, le pediría disculpas por mi comportamiento. Me reí sola mientras desechaba aquella posibilidad, era un gilipollas y se había comportado como un cerdo.

Tomé una segunda copa y volví a mi vagón para dormir un poco. Necesitaba estar descansada porque sabía que, cuando volviera, me tendría que enfrentar a varias cosas que tenía pendientes en la ciudad, y la primera de todas era, recuperar mi piso.

26

Hasta que no entré por la puerta del estudio, no me sentí completamente a salvo. Lo primero que hice fue darme una buena ducha. Allí, bajo los chorros de agua caliente pensé en todos los acontecimientos que me habían ocurrido a lo largo de los últimos días. ¿Era posible tener más mala suerte que yo? Desde mi ruptura con Ian todo parecía irse a la mierda tan rápido, que apenas me daba tiempo de salir de una, que ya estaba metida en otra. Me serené, ahora estaba en casa, bueno mi casa improvisada, pero pronto las cosas iban a cambiar. Ya estaba harta de que la gente se aprovechara de mí. Lo primero que había decidido, firmemente, era recuperar mi piso. Estaba decidida. Aquella misma tarde iría y tendría una conversación con Ian, quisiera él o no. Pero antes que nada llamaría a Kayla, necesitaba contarle todo lo que me había pasado, además confiaba en ella con los ojos cerrados porque sabía que ella sería la última persona en traicionarme.

Cuanto estaba terminado de vestirme sonó el timbre de la entrada. Por un momento se me encogió el corazón, pensando que podría ser Izan que me había seguido hasta allí. Tímidamente me acerqué hasta la puerta, el timbre volvió a sonar. Si se trataba de Izan tendríamos más que palabras. Con ese pensamiento abrí la puerta, dispuesta a enfrentarme a aquel mentiroso. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando en vez de Izan, al que encontré allí de pie fue a Ian. ¿Cómo? No entendía nada absolutamente nada. ¿Qué demonios hacía Ian en la puerta de mi estudio?

—Hola María, ¿puedo pasar? —dijo con toda la naturalidad del mundo.

Estaba en shock, sin poder articular una palabra, mirándole como si aquello se tratara de un sueño. Me costó bastante poder volver a la realidad. Ian esperó pacientemente a que yo asimilase la situación.

—Claro... entra —pude llegar a articular cuando fue consciente de lo que estaba ocurriendo.

—María, quiero pedirte perdón —dijo de repente.

Aquello era lo único que no me esperaba. ¿Ian me pedía perdón a mí? No tenía sentido. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Se había vuelto el mundo del revés? Traté de no ponerme nerviosa. Cómo yo no decía nada, fue Ian el que continuó hablando.

—La manera que tuve de dejar nuestra relación, marchándome y dejando aquella nota, no estuvo bien. Sé que tendría que haberme enfrentado a ello cara a cara, pero comprenderás lo dolido que estaba. No quiero que suene a excusa tampoco. Sé que estuvo mal, lo siento María.

Aquello era lo más surrealista que había pasado en la vida. Ian estaba en mi estudio, frente a mí, disculpándose por la manera que me había dejado. No podía asimilarlo. Imaginé que lo que no decían mis palabras lo estaba diciendo mi cara, que debía ser todo un poema.

—María —continuó Ian—, me he dado cuenta de que romper contigo fue la decisión más estúpida que he tomado en mi vida. Lo estoy pasando fatal desde que no estás a mi lado. No como, apenas duermo... quiero que todo vuelva a ser como antes. María, aún te quiero.

Aquello fue el colofón. Un pequeño mareo hizo que me temblaran las piernas. Ian me sujetó a tiempo para no desplomarme directamente en el suelo. Me ayudó a sentarme en el sofá mientras iba a por un vaso de agua. Cuando volvió di un par de sorbos, ya comenzaba a sentirme mejor.

—Gracias —le dije amablemente—, habrá sido porque aún no he comido nada desde anoche.

Que sorpresa, no me espera que vinieras a verme.

—Lo sé, porque también ha sido una sorpresa para mí. Si te soy sincero he sopesado mucho mi reacción por descubrir lo de la página web, creo que fui algo exagerado. No estoy diciendo que me parezca una idea que me agrade, pero dejarte... creo que podríamos haberlo hablado en vez de tomar aquella decisión tan drástica.

—Bueno, estabas en todo tu derecho —dije agachando la cabeza—, no tendría que habértelo ocultado. La culpa fue mía.

Ian me puso su mano en la barbilla para levantar mi cara. Nos miramos fijamente antes de besarnos apasionadamente. Por un momento se me olvidó el mundo. No necesitaba nada más que a él. Un beso siguió a otro y la temperatura de nuestros cuerpos comenzó a incrementarse. Las manos comenzaron a recorrernos con suavidad al principio, después con más avidez y brusquedad.

Me sentía eufórica, eso era lo que había estado deseando desde el mismo momento que nos separamos. Amaba a aquel hombre, eso era una certeza que no podía negar. Enseguida la ropa comenzó a sobrar. Nos desnudamos llenos de ganas, con impaciencia por poder sentir el calor de nuestros cuerpos unidos nuevamente. Mi lengua abandonó su boca para recorrer su cuello y morder su oreja mientras susurraba a su oído lo mucho que deseaba aquello. Entonces bajé hasta su entrepierna. Ian estaba muy excitado también, no lo podía disimular. Sentir su enorme erección dentro de mi boca me excitó muchísimo y mientras se la lamía jugando con su punta, mis dedos se deslizaron entre mis piernas donde la humedad ya se había hecho muy palpable.

Ian no dejaba de gemir, deseaba aquello tanto como yo. Además, parecía tan diferente al Ian que yo había conocido, ahora estaba lleno de deseo y no como antes, que había que empujarle para que pudiéramos tener un poco de sexo pervertido. Cuando Ian cogió mi cabeza y la empujó con fuerza para que su polla llegara hasta el fondo de mi garganta, tuve la grata certeza de que algo había cambiado en ese sentido, y si lo había hecho era porque quería estar conmigo. Apenas tuve tiempo para recuperar el aliento cuando Ian volvió a empujar mi cabeza. Todo su semen se derramó en el fondo de mi garganta. Tuve que escupir parte de él ya que no pude tragármelo todo. Entonces, para mi sorpresa, Ian me cogió, me puso en cuatro y me penetró salvajemente. Acaba de correrse y ya tenía fuerzas de nuevo para volver a la carga. Mis gemidos se convirtieron en gritos de placer que inundaron todo el estudio. Me estaba penetrando tan fuerte que podía sentir como me llegaba hasta el fondo, provocándome una mezcla de dolor y placer que me hacía gozar de una manera sublime y desconocida hasta ahora en él.

No tardé mucho en correrme, entonces Ian la sacó de mi interior y apuntándome con ella a la cara, volvió a correrse. Tenía el pelo y parte de la cara manchada con su semen, así que tendría que volver a la ducha, esperando que Ian me acompañase para así seguir divirtiéndonos un poco más.

—¿Te vienes a la ducha? —le pregunté mientras lamía mis dedos mojados.

—Me encantaría, pero tengo un par de cosas que hacer. Si quieres nos vemos en el piso más tarde —dijo mientras recogía sus pantalones del suelo.

En aquel momento algo se deslizó de uno de sus bolsillos, era una especie de tarjeta negra y habría jurado ver un reflejo dorado en ella. El corazón quería salírseme de la boca. ¿Ian tenía una tarjeta del Black Lotus? La recogió inmediatamente, metiéndosela en el bolsillo mientras miraba mi cara. Estaba intentado disimular sonriéndole, pero me estaba costando mucho no salir corriendo de allí, ya que todos los temores, que hasta ahora había conseguido olvidar, volvieron a golpear mi mente.

—La maldita tarjeta del banco, al final la perderé —dijo riéndose—, nunca me acuerdo de meterla en la cartera.

Al ver mi mirada recelosa, Ian metió nuevamente la mano en el bolsillo y sacó la tarjeta. Me la enseño. Efectivamente, era una tarjeta de débito normal y corriente de su banco. Era negra y llevaba un logotipo plateado. Creo que hasta ese momento no comencé a respirar de nuevo. Un enorme alivio inundó todo mi ser, era la primera cosa que salía bien en aquellas últimas semanas y no quería perderlo por nada. Ian terminó de vestirse, me besó mientras yo me encaminaba hacia la ducha y se marchó.

Salí de la ducha cantando, estaba tan contenta que no podía esperar más contárselo a alguien. Rebusqué el teléfono móvil por el sofá y llamé inmediatamente a mi mejor amiga.

—¡Kayla, tengo que contarte algo muy fuerte! —dije gritándole justo cuando descolgó.

—¿Ya has vuelto? ¿Estás bien?—preguntó un poco asustada.

—Sí, volví hace unas horas y todo está bien, mejor que bien. Tengo que contarte un millón de cosas, pero lo más importante es que Ian me ha pedido perdón y voy a volver con él.

—¡¿Cómo?! No entiendo nada María. ¿Ian te ha pedido perdón? ¿Por qué?

—Quedamos mejor esta tarde y te lo cuento todo, tengo que recoger mis cosas y volver al piso. Podemos quedar allí si quieres.

—Esta tarde no puedo, pero si quieres mañana por la mañana estoy libre y me lo cuentas todo.

—Por mí perfecto. Quedamos en mi piso mañana por la mañana. Cuando sepas todas las cosas que me han pasado, vas a alucinar.

—Me lo creo —dijo sonriendo.

—Pues nos vemos mañana, un besazo corazón. Gracias por estar siempre ahí. Te quiero.

—Yo también te quiero. Y de gracias nada, para eso estamos las amigas. Hasta mañana.

En un momento había recogido las pocas cosas que me tenía en el estudio, dispuesta a volver a la que realmente había sido mi casa. Al volver a abrir la puerta de aquel piso, donde había compartido tanto y comprobar que todo estaba como antes, una oleada de felicidad invadió mi cuerpo y me puse a llorar. Tardé en parar, todas las emociones que tenía reprimidas debido a los acontecimientos que había sufrido en aquellos últimos días, aprovecharon para salir en aquel momento de vulnerabilidad.

Afortunadamente, Ian no había quemado mis cosas y todas estaban en su sitio. Incluso los vibradores y demás juguetes sexuales estaban perfectamente ordenados dentro de su caja. Al ver aquello pensé en que aún teníamos una conversación pendiente en referencia a mis actividades fuera del ámbito de la pareja. Quizás lograra hacerle entender que tener una página web con contenido para adultos no era tan mala idea, porque aquello formaba parte de mí y, por mucho que le quisiera, no estaba dispuesta a renunciar a todo por conservarle a mi lado.

27

Atardecía cuando salí de casa dispuesta nuevamente, a encontrarme con ella. Comenzaba a estar bastante obsesionada. Necesitaba verla y poseerla de nuevo. Aquello iba a ser un problema, porque sabía perfectamente como acabaría. Volver a la cafetería no era una opción, si me dejaba ver demasiado por allí estaría arriesgándome en exceso y cualquier paso en falso podría pagarlo muy caro, pero, por otro lado, necesitaba sentir sus labios contra los míos mientras recorríamos nuestros cuerpos con pasión.

El no saber dónde vivía, con toda probabilidad, había hecho que aquel fatal desenlace que yo preveía no se precipitase en el tiempo, por lo que no me quedó más remedio que acecharla en su lugar de trabajo. Me senté en una terraza un poco más alejada de la comisaría, pero que me permitía ver a la gente que entraba y salía de ella. Una hora aproximadamente estuve allí sentada hasta que la vi. Lara salía de la comisaría y comenzaba a caminar calle arriba. Rápidamente comencé a seguirla. No se subió a ningún coche ni llamó a ningún taxi, eso significaba que no vivía muy lejos de allí. Me fui acercando cada vez más, hasta el punto que ya podía oler su perfume, me excité, quería poseerla allí y ahora. De repente Lara giró en una de las calles y cuando yo llegué a ella, ésta había desaparecido. Me quedé parada, sin saber bien que hacer.

—Eres muy mala acosadora, pequeña Dulce —dijo una voz detrás de mí.

—¿Y no será que tú eres demasiado buena policía? —dije sonriendo.

Los brazos de Lara me envolvieron por detrás, deslizándose por mi cuerpo y haciendo que se me erizara el bello de la nuca. Sus manos apretaron mis pechos con fuerza y yo gemí.

—Tenemos que dejar de vernos en estas situaciones —dijo Lara en mi oído—. Mi novia podría vernos y no quiero hacerle daño.

—No te preocupes, no quiero romper tu relación, solo quiero poseer ese cuerpo caliente hecho para el deseo. Desde la última vez, en el baño de la cafetería, no he podido sacarte de mi cabeza.

—Si te he de ser sincera, yo tampoco he dejado de pensar en ti.

En ese momento Lara se separó de mí, alguien se acercaba. Disimulamos y retomamos la conversación en cuando aquella persona pasó de largo.

—Vamos a tu casa, si así vas a sentirte más cómoda —supliqué a Lara mirándola con deseo.

—No podemos, Kayla está a punto de llegar y me está esperando, he quedado con ella. Tendrá que ser en otra ocasión.

Me quedé bastante frustrada y con un gran calentón mientras veía a Lara alejarse por aquella calle. Sabía que no podía seguirla, se daría cuenta. Así que, no tuve más remedio, que alejarme de allí en dirección contraria. Pero no había dado ni tres pasos cuando otra voz hizo que me detuviera en seco.

—¿Qué demonios haces tú por aquí?

—Vaya, no sabía que para caminar por la calle tuviera que pedirte permiso —dije girándome y encontrándome con Kayla de frente.

—Nunca te había visto por este barrio y espero, por tu bien, que no te vuelva a ver por aquí nunca más.

—Creo que tratas de decirme algo, pero chica, si no te explicas mejor...

—Lara está conmigo, aléjate de ella.

—Kayla, Kayla, Kayla... mi querida amiga, todo amor y bondad, aunque tampoco la querrás tanto si... has buscado consuelo en brazos de otra.

—¡Maldita zorra mentirosa! ¿Quién te ha dicho eso? ¡Eso es mentira!

—Tranquila, no te juzgo, solo digo que no todo el mundo es tan inocente como parece. Quizás, ella podría recibir una carta anónima, un mensaje en el móvil...

—¿Me estás amenazando? Sabía que eras mala, pero no esperaba que llegases tan lejos solo por verme sufrir. Ahora, una cosa quiero que tengas por seguro, si tú acabas con mi relación, yo acabaré contigo y sí, esto es una amenaza.

—Uy que miedo, estoy temblando —dije en tono de burla y riéndome de ella—. A ver si vas a morder más de lo que puedes tragar... *querida amiga.*

Nos quedamos mirando a los ojos fijamente, sabía que si la pinchaba un poco más acabaríamos revolcándonos por el suelo a ostia limpia. Así que le lancé un beso y me alejé de aquel lugar. Menuda tarde llevaba, había pasado de estar cachonda a estar furiosa, toda una montaña rusa de emociones y ahora necesitaba tomarme algo para calmar mis nervios. No muy lejos de allí había un bar musical que abría bastante temprano, donde las copas no estaban nada mal, así que me dirigí hacia él. Cuando llegué no había aún mucho ambiente, pero estaba segura que pronto se animaría, quizás encontrase algo más que el alcohol para relajarme.

No me esperaba para nada que, al insinuarle a Kayla que había sido infiel a Lara, aquella jugada me saliera bien, pero por la reacción de Kayla supe que había acertado. Kayla le había sido infiel, no sabía con quién, pero era una buena baza por si tenía que volver a presionarla.

Pedí una copa mientras me sentaba en la barra, bastante satisfecha por lo que acaba de descubrir. Desde allí tenía una vista perfecta de todo el local, así si se presentaba algo interesante, estaría preparada. Mientras daba el primer sorbo a mi bebida alguien se me había acercado, quedándose parado delante de mí.

—Hola —dijo aquel hombre tímidamente y sin mirarme directamente a los ojos—, estaba ahí sentado y te he visto entrar...

—Y has pensado, voy a acercarme a ver si puedo tirármela. Lo siento, no soy tú tipo. Ya puedes marcharte por donde has venido.

—Pero, ni siquiera me has dado la oportunidad de presentarme... yo solo me he acercado para...

—Ah, aún sigues aquí —dije mirándole nuevamente después de darle otro trago a mi bebida—. Igual no he sido del todo clara antes contigo... No-me-in-te-re-sas, adiós.

Agachó la cabeza y se alejó mientras soltaba algún improperio referente a mi madre. Tenía que reconocer que había sido bastante cruel con aquel chico. No le había dado ni la más mínima oportunidad, pero aún estaba de mal humor por el encuentro tan efímero con Lara y él había pagado mi frustración. Por un momento sentí algo de pena por él, pero enseguida se me pasó.

Después de aquel tipo, dos más lo intentaron, con el mismo excito que el primero. Aquel día no estaba para mucha diversión y eso me fastidiaba muchísimo. Tenía muy metida a Lara en mi mente y sabía que hasta que no terminara con ella no volvería a estar en paz. Una policía, sabía que aquello eran palabras mayores y que mi círculo se estrecharía al máximo cuando acabara con ella, pero estaba dispuesta a correr ese riesgo. Aquel nuevo pensamiento me excitó, comencé a notar como mi pulso se aceleraba sentada en aquel taburete de cuero desgastado. Mis dedos alrededor de su cuello,

viendo cómo se le escapaba la vida mientras yo llegaba al orgasmo... en ese momento, grité. A pesar de lo alto que estaba la música, toda la gente que estaba cerca de mí se giró asustada. Sonreí, me había corrido.

Terminé la copa que tenía sobre la barra y me marché del local. Aún me duraba el subidón cuando encaré el callejón que me llevaría hasta la avenida principal donde cogería un taxi para volver a casa. El callejón estaba solitario, solo yo andaba por él, hasta que escuché unos pasos detrás de mí. Me giré para ver de quien se trataba, no vi a nadie más. Volvía reemprender mi camino un poco más rápido, no quería tener un desagradable encuentro en aquel lugar y a aquellas horas con nadie. Los pasos tras de mí volvieron a sonar también, más rápidos. Aceleré el paso nuevamente, la calle principal, iluminada no estaba ya muy lejos, allí estaría a salvo. Ni siquiera me atreví a girarme, tenía miedo a tropezar, caerme y sentir un cuchillo clavado en mi espalda. Tampoco tenía donde meterme, en aquella calle no había más calles que cruzasen ni un portal donde resguardarme, por no haber, no había ni gente a la que pedir auxilio. Apenas quedaban unos metros cuando sentí que alguien agarraba mi bolso, di un fuerte tirón y quien fuera se soltó. Apreté a correr. Llegué a la calle principal a la carrera, deteniéndome en medio de la calzada donde un coche estuvo a punto de atropellarme si no fuera porque su sistema de frenada de emergencia funcionó a la perfección. Pedí disculpas, crucé hasta la acera frente al callejón, esperando ver salir a mi perseguidor en cualquier momento. No ocurrió.

Me quedé allí, cobijada por la luz de las farolas y de algunos comercios cercanos. Intenté recuperar el aliento a la vez que buscaba un taxi para alejarme lo más rápido que pudiese de allí, sin perder de vista el callejón. Por suerte para mí, en ese momento un taxi pasó por la calle, lo paré y me subí en él. Cuando se puso en marcha respiré un poco más tranquila.

Llegué a casa aun temblando por los nervios. Normalmente yo no era la víctima, todo lo contrario, y aquella sensación no me gustaba lo más mínimo. Tiré el bolso encima de la cama y fui al baño a lavarme la cara. Cuando volví vi que parte de las cosas del que había dentro del bolso se habían salido. Comencé a recogerlas. Entre ellas apareció un papel arrugado que no recordaba haber puesto yo allí. Era una nota.

“Lo sé todo de ti, no podrás esconderte para siempre”.

Sonreí. Así que alguien había descubierto mi juego. Pensé en todas mis víctimas, no había cabos sueltos. Quizás alguien que me hubiese visto salir de alguna escena, alguien que me hubiese estado espiando sin yo darme cuenta, había muchas posibilidades. Pero algo estaba claro, no me había denunciado a la policía, eso quería decir que también ocultaba algo. Acepté el reto, me había pillado desprevenida aquella noche, pero sería la última.

28

Alrededor de las diez de la mañana sonó el timbre de casa. Kayla estaba al otro lado cuando abrí la puerta. Enseguida pasó, traía dos cafés con leche, cosa que le agradecí enormemente. Nos sentamos en el sofá para comenzar a contarle todo lo que había pasado, comenzando por aquella noche en el club.

—Bueno —dije después de un largo suspiro—, para que lo entiendas todo tendré que decirte que estos días he estado trabajando en un club muy selecto de la ciudad. Donde se permiten todo tipo de perversiones. Hay es donde comenzó todo.

—Un momento María, ¿me estás diciendo que has estado trabajando en el Black Lotus? —dijo Kayla completamente alucinada— ¿¡Y no me has dicho nada!?

—Sí, lo sé y lo siento, pero eso no es lo importante —dije rápidamente. Sabía que Kayla se moría por tener más información de ese club clandestino, así que si comenzaba a interrogarme no acabaríamos nunca—, lo importante es que, la otra noche, estando con un cliente, perdí el conocimiento, creo que me drogaron. Desperté horas más tarde en un lugar que desconocía. Estuve encerrada en una casa abandonada a las afueras de la ciudad donde tuve que pasar una especie de pruebas para salir. Pero no en plan divertido, sino para humillarme. En la última prueba casi muero asfixiada.

Kayla estaba con la boca abierta, no sabía que decir. Y después de pasar por un par de fases, que la primera fue balbucear cosas ininteligibles, seguido de soltar todo tipo de improperios por esa boquita tan mona, pero tan sucia, pudimos seguir conversando con normalidad.

—Pero, ¿quién ha podido hacerte una cosa así? ¿Sospechas de alguien?

—Esa es otra, veras... —dije suspirando nuevamente—, al principio sospeché de Ian, él era el que tenía más motivos para estar enfadado conmigo después de la ruptura...

—Pero has vuelto con él, así que lo has descartado...

—En principio sí, luego te contaré una cosa, lo importante es que el chico fue muy convincente...

—Claro, después de follártelo...

—Joder Kayla, no sabes cómo ha cambiado... me puso a cuatro patas y me dio tan fuerte... jamás se había comportado así conmigo.

—Vale, vale Ian queda descartado... aunque solo sea porque ahora folla como un dios...

—... tenía otro sospechoso, un tío con el que me había enrollado en un par de ocasiones, muy misterioso, aunque muy bien no veía el motivo por el cual querría matarme...

—¿Un puto psicópata? ¿Un asesino en serie? ¿Un loco de mierda?... ¿Sigo?

—Sí tienes razón, pero no se veía esa clase te tío... no sé cómo explicártelo...

—¿Otro dios del sexo? —dijo Kayla poniendo los ojos en blanco.

—Uf, mucho más que eso... —contesté mientras mi mente volaba recordando sus embestidas.

—Tierra llamando a María, vuelve y cuéntame exactamente qué pasó en aquella casa.

Conté a Kayla todo lo sucedido dentro de aquella casa, todas las pruebas por las que me habían hecho pasar y la clase de insultos que había tenido que soportar para pasar de una habitación a otra.

Las llaves, las notas, el corazón congelado, aquel pasillo estrecho por el que tuve que pasar gateando y la última habitación, donde casi muero por culpa de aquel gas que se iba liberando a medida que fallaba combinaciones de números.

—Estoy viva de milagro —dije finalmente.

—Pero, después de todo eso, ¿por qué no volviste inmediatamente a casa? —dijo Kayla contrariada— En vez de eso, te marchaste lejos.

—Sí volví a casa, pero necesitaba alejarme de todo para pensar con claridad. Por eso cogí el primer tren que salía hacia la costa y me fui unos días con Izan.

—¿El pintor? ¿Ese que te regaló el cuadro del faro?

—Ese, sí. Siempre se había comportado muy bien conmigo. De hecho, cuando llegué me trató como una reina. Fue atento y amable, todo un caballero.

—O sea que, también te lo follaste.

—Kayla, eso no es relevante para lo que quiero contarte —dije dejando escapar una pequeña sonrisa, Kayla me conocía a la perfección.

—María, no tienes arreglo...

—Lo sé. Sigo. Total, que llego allí y se lo cuento todo a Izan. Él me da todo su apoyo, y algo más —añadí guiñándole un ojo a Kayla— y paso unos días de puta madre con él. Pero, antes de venirme descubro que Izan puede estar implicado en mi secuestro y casi asesinato.

En ese momento Kayla gritó asustada. Le cuento como descubro la bombilla de luz negra y el cuadro con la palabra "PUTA" con la misma caligrafía que los de la casa y como huyo de aquel lugar y vuelvo a la ciudad.

—¡Por Dios María! No sales de una que ya estás metida en otra. ¿Cómo es posible que un tío que vive tan lejos esté relacionado con tu secuestro?

—Pues verás, después de marcharme de allí y de no contestar a ninguna de sus llamadas, Izan me confesó que él sí que había pintado la frase que había en la última habitación de aquella casa, pero que solo había sido un encargo, que no sabía que aquello estaba preparado para mí. Y que no me lo había dicho antes por miedo a perderme.

—Joder, menuda historia María, parece que te haya mirado un tuerto, no se puede tener más mala suerte.

—Puede que haya otra explicación para todo lo que me está pasando y es que estoy rodeada de hijos de puta —dije con pleno convencimiento de causa—. En fin, que llego de nuevo a mi estudio, encima sin tener nada claro aún, cuando se presenta Ian allí, me pide perdón y me echa el mejor polvo de la historia. Y como por arte de magia, todo vuelve a la normalidad. Te juro que, si no me ha estallado ya la cabeza, es de puro milagro.

—¿Has ido a la policía? —preguntó Kayla intrigada.

—¿Para qué? No creo que consiguieran nada, además tendría que revelar lo del club y no quiero hacerlo.

En ese momento vi como los ojos de Kayla se iluminaban al decir la palabra "club". Sabía que, tarde o temprano volvería a salir el tema, ya que Kayla, como buena periodista que era, no lo iba a dejar pasar. En ese momento la miré y sonreí, ella también lo hizo con aire triunfal.

—A ver, ¿qué quieres saber?

—¿Es tan exclusivo como dicen los rumores? ¿Qué clase de gente lo frecuenta? ¿Es verdad que todo está permitido? ¿La entrada es secreta? ¿Cómo puedo entrar? ...

—Tranquila, tranquila, madre mía sí que estás emocionada. A ver, sí es muy exclusivo, solo se puede acceder por invitación, a través de una tarjeta que te da acceso. Allí hay todo tipo de clientes, pero por las actividades que allí se realizan, tienen muchísimo dinero, son de muy alto nivel. Sí, también está todo permitido, se pueden llegar a realizar todo tipo de perversiones.

—¿Me enseñas la tarjeta? Porfa... *please*... —dijo Kayla poniéndome ojitos de cordero degollado.

Que manipuladora era la muy zorra. Me levanté y fui hasta mi bolso. Saqué la tarjeta del Black Lotus y se la entregué. Era una tarjeta completamente negra, de plástico, con la silueta de una flor de loto dorada en el centro.

—Kayla, ¿recuerdas que te dije que tenía que contarte algo sobre Ian? —dije de repente recordando algo que me vino a la mente en ese momento.

—Sí, es verdad, dime —contestó Kayla como un autómata sin dejar de mirar la tarjeta.

—Ayer, después de que Ian y yo termináramos de hacer el amor —dije mirando a Kayla que no pudo evitar reírse por mi expresión—, él comenzó a vestirse. Entonces vi cómo, de uno de los bolsillos de su pantalón, se la caía algo.

—¡No! —gritó Kayla a ver como yo mantenía fija mi mirada en la tarjeta que ella sostenía— ¿Crees que pude haber estado allí también?

—No estoy segura, me dijo que era la tarjeta del banco, es más me la enseñó y, efectivamente, era la tarjeta de su banco. Casi se me salé el corazón por la boca.

—Quizás fuera solo eso, la tarjeta del banco... pero entiendo perfectamente tu paranoia, después de todo lo que te ha pasado... —dijo Kayla mientras volvía a centrarse en la tarjeta que sostenía entre sus manos.

Kayla seguía alucinada por tener aquel trozo de plástico en la mano. A pesar de que no era más que una simple tarjeta, la miraba como si fuera el mayor tesoro sobre la Tierra. En ese momento fue cuando comenzó a mirarme fijamente. Yo me levanté del sofá y retrocedí un poco, sabía lo que venía a continuación.

—María...

—No, la respuesta es no, Kayla.

—Pero, si aún no he dicho nada... —dijo mientras se ponía en pie también y se acercaba a mí de forma sibilina—, si tú te portas bien conmigo yo puedo portarme muy bien contigo.

—Kayla, no voy a llevarte al club. Es peligroso, además creo que ha sido un error contártelo, si se te escapa algo...

—Te prometo que seré una tumba, por favor, solo iremos a echar una ojeada. Venga, por los viejos tiempos... vamos a correrno una aventura juntas... —dijo mientras se me abalanzaba encima y comenzaba a comerme la boca con bastante ansia.

—No me vas convencer... —pude decir, sin mucha convicción, en un momento que pude despegar mis labios de los suyos.

Media hora después salíamos la dos de la ducha. Completamente relajadas, limpias y satisfechas. Al final Kayla me había convencido con unos argumentos irrefutables de que aquella noche la llevara conmigo al club. Se notaba que era periodista, sabía usar de una forma muy eficaz la *lengua.*

—Por cierto —dije a Kayla antes de que se marchara de casa—, ¿tienes una máscara que puedas traer esta noche?

—Sí, algo tengo por casa, ¿la voy a necesitar?

—Sí, tráetela, alguien podría reconocerte y es mejor no correr riesgos.

Kayla asintió y se marchó de casa hasta que volviéramos a vernos por la noche. Aún no estaba muy convencida de aquello. Tenía que reconocer que costaba mucho decirle que no a Kayla, cuando se le metía algo en la cabeza no había manera de convencerla de lo contrario, por eso era tan buena en lo que hacía. Por otro lado, me sentiría mucho más segura volviendo al club con alguien que conocía junto a mí, quizás pudiera descubrir algo más sobre mi secuestro y Kayla para eso era la más indicada. Así que más animada me dirigí a mi añorado armario para elegir que me pondría aquella noche.

29

Aquella noche quedé con Kayla en un bar de copas cerca del Black Lotus. Allí nos tomamos la primera, antes de entrar en el club. Kayla estaba nerviosa y excitada a la vez, tenía muchas ganas de entrar en aquel club tan selecto. Traía la máscara, tal y como yo le había pedido, igual que yo. No sé si fue porque íbamos a entrar allí, pero aquella noche iba impresionante, con un vestido negro muy ajustado que resaltaba todas sus curvas. Por un momento pensé en donde podría haber metido su grabadora y me reí sola. Yo tampoco iba nada mal, solo que mi vestido era un poco más corto que el suyo, apenas tapaba lo justo, siempre intentando levantar todas las *pasiones* que pudiera allá donde iba. Quizás fuera deformación profesional o, simplemente, que era un poco más guarra que las demás y, esta vez, no llevaba ropa interior.

Terminamos la copa y salimos del bar. No tardamos mucho en llegar a la discoteca de salsa donde se ocultaba la entrada al Black Lotus.

—¿En serio vamos a entrar aquí? —dijo Kayla mirándome extrañada— No tengo nada en contra de bailar salsa, pero esta noche íbamos a otro lugar.

Me reí y cogiendo a Kayla de la mano, la empujé hacía la entrada del local. El musculoso hombre de seguridad me reconoció rápidamente cuando llegamos a su altura y me dejó pasar mientras me saludaba amablemente. Nada más cruzar las puertas el sonido latino comenzó a inundar nuestros oídos. Kayla seguía un poco enfurruñada pero como aún la tenía cogida de la mano, al ritmo de la música comencé a mover el culo delante de ella para que cambiase la cara. No funcionó mucho, estaba un poco decepcionada. Al llegar a la altura de los lavabos me metí dentro con ella.

—Genial —dijo Kayla en voz baja—, ahora tiene ganas de mear.

—Kayla, cariño, ponte la máscara —le dije a Kayla mientras yo también me ponía la mía.

—Que fetiches más raros tienes, María...

Con cara de no entender nada de nada, Kayla se puso la máscara. Yo saqué la tarjeta con el logo dorado, miré que nadie entrase por la puerta del baño y la pasé por delante de la baldosa marcada. Enseguida se abrió la puerta que daba acceso al club. Las dos cruzamos rápidamente a su interior.

A pesar de que aún era algo temprano había bastante ambiente ya en el club. Aunque no pudiera ver la cara de Kayla, sabía que estaba muy excitada por estar allí y me jugaba lo que fuese a que ya estaba deseando ponerse a investigar.

—Voy un momento a la barra, no te metas en líos —dije a Kayla mientras ella me hacía un gesto afirmativo con la cabeza alejándose hacía los reservados.

Me acerqué a la barra para ver a Jasmine, que no me reconoció al llevar la máscara. Estaba muy guapa aquella noche, con su vestido dorado ajustado a medio muslo, con un escote generoso y unos toques de purpurina en el maquillaje que hacía que su cara brillase de una manera muy especial y exótica.

—Estás preciosa esta noche —dije impostando un poco la voz para que no me descubriese de primeras.

—Gracias —contestó amablemente—, ¿está buscando algo en especial?

—Creo que ya lo he encontrado —contesté dándole un repaso de arriba abajo.

—Si quiere, podemos ir a un sitio más privado —dijo Jasmine con una voz muy sensual, guiándome un ojo.

Hice un gesto afirmativo y Jasmine salió detrás de la barra e hizo que la acompañara. Me estaba llevando hacia las habitaciones, mientras yo no podía apartar la vista de aquel imponente culo. Entramos en la habitación, al cerrarse la puerta y antes de que Jasmine dijera nada, me acerqué a ella, tapé sus ojos con una mano y con la otra comencé a acariciar suavemente su entrepierna.

—Necesito tu ayuda... —susurré al oído.

—María... por favor... —dijo al reconocerme mientras comenzaba a retorcerse de gusto.

Me quité la máscara, ya no la necesitaba, saqué mis dedos de entre las piernas de Jasmine y me los metí en la boca, me encantaba ese sabor, después la giré y comenzamos a besarnos. Las dos sonreímos, alegres de volver a encontrarnos. Poco después estábamos en la cama, sentadas.

—Creía que no volvería a verte por aquí —dijo Jasmine—, después de lo que ocurrió la última noche.

—Lo sé, pero no logro quitarme de la cabeza lo que pasó y necesito saberlo. Entonces pensé que quizás tú podrías ayudarme, ¿sabes si se graban las cosas que ocurren es estás habitaciones?

—Sí, aquí se graba todo —afirmó rotundamente—. No es la primera vez que se usan para extorsionar o chantajear a alguien. Y sé que es lo próximo que me vas a pedir. En mi bolso tengo un lápiz de memoria con lo que pasó en aquella habitación aquella noche. Te lo iba a llevar mañana, que es mi noche libre.

—No sabes cómo te lo agradezco Jasmine, eres mi ángel de la guarda. ¿Cómo lo has conseguido?

—El tío de seguridad me debía un favor, se montó una pequeña juerga en una de las habitaciones una noche que creía que no había nadie y le pillé con las manos en la masa, bueno mejor dicho en la cabra. Aún tengo pesadillas con aquello y mira que aquí estoy acostumbrada a ver todo tipo de perversiones... pero eso...

—¿Con una cabra? Estás de broma... —dije a punto de ponerme a llorar de risa.

—Aún oigo los balidos de aquel pobre animal retumbando por las paredes —dijo Jasmine apesadumbrada intentando contener la risa.

Al final no pudimos más y las dos estallamos en carcajadas, tumbadas en aquella cama partidas de la risa.

—Tengo que volver a la barra —dijo Jasmine poniéndose en pie—, ya que no eres una clienta de verdad.

—Puedo pagarte... —le dije mirándola a los ojos y extendiendo mis manos para rodear su cintura.

—No quiero cobrarte por algo que deseo hacerte desde el primer día que te vi.

Jasmine se inclinó para besarme en los labios y dirigirse hacia la puerta de la habitación. La abrió, salió. Un minuto después la seguí yo también, después de volver a colocarme la máscara. Me dirigí a la barra, allí estaba Jasmine esperándome con mi bebida prefería preparada. Con mucho disimulo Jasmine puso su mano encima de la mía para pasarme el lápiz de memoria que yo, rápidamente, guardé en mi bolso.

Mientras terminaba mi copa intenté localizar a Kayla, pero no la encontré. A saber, con quién estaría liándose. No quise moverme mucho de aquel lugar, puesto que en cualquier momento mi secuestrador, que podría estar allí aquella misma noche, pudiera reconocerme y no estaba dispuesta a volver a pasar por la misma experiencia por nada del mundo. Había vuelto al club con un solo

objetivo, buscar información sobre aquella noche, y ya la tenía en mi poder. Por fin podría descubrir que había ocurrido en aquella habitación y si Ian estaba implicado en todo aquello.

Kayla tardaba mucho y comencé a impacientarme. «¿Y si de alguna manera el secuestrador la ha relacionado conmigo y por mi culpa le está pasando algo malo?» Ese pensamiento logró inquietarme lo suficiente como para levantarme de la barra y dirigirme hacia los reservados. Di gracias por llevar aquella máscara tapando mi cara, eso me infundió más valor.

En aquel lugar de escasa luz, me costó mucho distinguir a alguien, puesto que la mayoría de las personas que allí se encontraban están entrelazadas unas con otras y eso no facilitaba la labor de encontrar a mi amiga. Por fin la vi, casi al final de los reservados, sentada con un hombre, cuchicheándose cosas al oído. Supe que era ella por la preciosa máscara veneciana que había elegido para aquella noche. Iba a acercarme para decirle que nos marchábamos cuando un intenso olor a canela hizo que parara en seco. Me asusté. Mi cuerpo se tensó y me quedé clavada en el suelo sin poder avanzar o retroceder, él podría ser quien quiso asesinarme. Respiré hondo, intentando calmarme, pensando en la máscara que cubría mi rostro. Entonces, como si mi cuerpo volviera a reaccionar, me senté en el primer asiento que vi libre, justo de espaldas a Kayla, que estaba en el asiento de al lado. Allí me hice un pequeño ovillo, intentando pasar lo más desapercibida que pude.

—No me lo puedo creer, ella jamás me ocultaría algo así... —escuché decir a Kayla casi en susurros. Se que el otro interlocutor también habló, pero me fue imposible descifrar lo que dijo— Imposible, soy su mejor amiga, eso lo sabría...

«¿Estaban hablando de mí?» Minutos después, Kayla se levantaba y se dirigía a la barra. Yo la seguí y allí me hice la encontradiza.

—Por fin estás aquí —dije a Kayla sonriendo—, ¿nos vamos?

—Claro —dijo con un tono de voz un tanto peculiar, como extrañada.

—Espero que hayas encontrado lo que has venido a buscar —dije con suspicacia.

—*De* eso puedes estar segura querida *amiga* —dijo enfatizando la última palabra.

Las dos nos dirigimos a la salida. Algo había cambiado en el comportamiento de Kayla, a saber, de que habían hablado aquellos dos durante tanto rato. No obstante, sabía que, tarde o temprano, terminaría enterándome de todo, aún más, si estaba relacionado conmigo. Kayla no era el tipo de personas que se guardaban las cosas dentro, así que, para bien o para mal, pronto sabría de qué iba todo aquel asunto.

30

Durante el tiempo que duró el viaje en taxi que nos llevó hasta casa, ninguna de las dos abrimos la boca. Kayla estaba muy seria, absorta en sus pensamientos. Cuando llegamos a la primera parada, que era mi casa, le dije:

—Kayla, ¿te apetece subir a tomar la última?

—Sí —dijo después de sopesar su respuesta que fue cortante y seca.

Nos bajamos del taxi y subimos al piso. Kayla me miraba de una forma extraña, como si desconfiara de mí, casi diría que un poco asustada. Entramos y me fui hacia la cocina para comenzar a preparar las bebidas. Kayla se sentó en el sofá sin decir nada más. Cuando terminé las bebidas, me acerqué al sofá, le ofrecí una a Kayla y me senté a su lado. Ella la cogió, la dejó encima de la mesita que tenía delante y me soltó:

—María, tú no me ocultarías nada importante, ¿verdad?

Kayla estaba nerviosa y me miraba con los ojos muy abiertos, expectante ante cualquier movimiento mío.

—Kayla, cariño... ¿a qué viene esa pregunta? —dije más extrañada que ella.

—Digamos qué... si tu supieras quien es la asesina de La Perla, me lo dirías... ¿no es así?

—Kayla... no te entiendo, ¿cómo voy a saber yo quién es la asesina de La Perla?

—Puede que sea alguien muy importante para ti, alguien que no querrías que le pasase nada malo y la estuvieses encubriendo... —continuó elucubrando sin escucharme.

—Kayla, estás empezando a preocuparme, ¿qué demonios pasa?

De repente, Kayla me puso las manos en los hombros y comenzando a zarandearme me dijo gritando:

—¡Tú sabes quién es! ¡Dímelo, necesito saberlo! ¡Por favor!

No hice nada y dejé que poco a poco se le pasara el arrebato. Cuando estuvo algo más calmada, intenté averiguar qué le estaba pasando aquella noche. No era normal ese tipo de comportamiento en ella, y menos conmigo. Mientras se calmaba, retiré la copa que aún no había probado y fui a la cocina a prepararle una tila.

—A ver cariño —comencé a decir acariciándole suavemente el pelo—, no sé quién es esa asesina. Si lo supiese, o tuviese la más mínima sospecha de alguien, ten por seguro que te lo diría. ¿A qué viene todo esto, Kayla?

Un poco más tranquila, dio varios sorbos a la tila antes de contestar.

—Lo siento María, no sé lo que me ha pasado. Estuve hablando con un tipo en el club, que me metió unas ideas en la cabeza...

—¿Sobre mí? —pregunté desconcertada.

—Sí, aquel hombre nos conocía, me reconoció incluso con máscara y me invitó a una copa. Comenzó a decirme cosas sobre ti, que eras una persona que ocultabas cosas, que no podía fiarme, que seguro que me habías mentido en muchos aspectos. Lógicamente, al principio, yo te defendí.

Aquello estaba comenzando a inquietarme de veras. Si habían reconocido a Kayla, sabrían perfectamente que yo la había acompañado aquella noche, estaba claro que me vigilaban. Al menos

di gracias que nos dejaran salir de allí, estaba claro que el Black Lotus se había acabado para mí.

—¿Que más te dijo? —quizás si lograba averiguar algo más sobre el interlocutor de Kayla, sabría algo más de mi secuestrador, hasta podrían ser la misma persona.

—Me aseguró que sabías quien era la asesina de La Perla y que la estabas encubriendo porque era alguien muy importante para ti.

—Te juro por mi vida —dije con total sinceridad—, que no tengo ningún tipo de relación con nadie que pueda ser una asesina en serie. Es más, si sospechara de alguien iría corriendo a la policía, ¿crees que tengo ganas de ser la siguiente?

—Ese tipo me aseguró que tú tienes algo que ver con todo esto —dijo a punto de ponerse a llorar—. ¡Necesito saber quién es! ¡Tiene que pagar por ello!

—Tranquilízate lo primero —le dije con voz pausada—, y tómate la tila que mal no te va hacer. A ver, ¿pudiste reconocer a aquel tipo? Su voz, sus gestos, su cara...

—Llevaba máscara y hablaba con susurros, pero olía muy bien, a algo muy intenso y agradable.

—¿Canela? —dije con la moral por los suelos.

—¡Sí, eso es! ¿Cómo lo has sabido?

«¡La madre que lo parió!» El muy cabrón no solo había querido matarme, sino que ahora estaba poniendo a mi mejor amiga en mi contra. Entonces vino a mi memoria el lápiz de memoria que aún guardaba en el bolso, solo deseaba que hubiese tenido un pequeño descuido y se hubiese dejado ver, porque todo aquello pensaba hacérselo pagar con creces.

—Tranquila Kayla, es el mismo tipo que creo que me secuestró, ahora al parecer, también intenta poner a la gente que más me importa en mi contra. Quiere que me quede sola.

—Dios María, lo siento —dijo rompiendo a llorar finalmente—, yo no quería... es este maldito caso de la asesina, me tiene obsesionada las veinticuatro horas del día...

—Pero, ¿por qué? —dije mientras abrazaba a mi amiga— ¿Qué tiene de especial este caso que no lo tenga cualquier otro?

—Porque ella mató a alguien muy importante para mí.

Me quedé de piedra al escuchar aquello. Kayla nunca me había contado algo parecido y entre las dos jamás había habido secretos, tenía que haber sido muy doloroso como para tener que ocultarlo en un lugar tan profundo y no dejarlo salir. Kayla miró mi cara de estupor y enseguida comprendió que no estaba enterándome de nada.

—Esto que te voy a contar no lo sabe nadie —comenzó a explicar Kayla un poco más calmada—. Hace unos años, aquí en la ciudad, hubo un terrible asesinato. Una chica joven, universitaria, lo único que se supo de ella fue que murió por asfixia en su cuarto del colegio mayor.

—Sí, lo recuerdo, fue unos meses antes de que yo me marchara de la ciudad. Creo recordar que encontraron su cadáver sin signos de violencia salvo la marca del cuello y en su cama, después de haber mantenido relaciones sexuales, por eso pensaron que el asesino fuera alguien conocido. Un crimen pasional según dijeron, pero no pillaron a nadie.

—*Yo*, por aquella época, fue cuando comencé a trabajar como becaria en el periódico, cubriendo pequeñas noticas locales sin mucha importancia. Una de esas noticias me llevó un día hasta la universidad y allí conocí a Lucía. Ya sabes que por aquella época mi autoestima estaba por los suelos, acababa de *salir del armario* y parecía que nadie podría quererme en la vida. Ella lo hizo.

—No sabía que ella había sido tu primer amor —dije sorprendida y triste a la vez.

—Pero no duró, esa maldita asesina me la arrebató cuando apenas llevábamos unos meses saliendo. La asfixió. Dejando un tanga muy caro como única prueba encima de la cama. Cosa que no transcendió a los medios por no ser algo relevante en aquel momento. Cuando llegó a mis oídos que habían matado a un chico a las afueras de la ciudad, del mismo modo, supe que había vuelto, y desde aquel día vivo obsesionada con encontrarla y llevarla ante la justicia, para que pague por todo el daño que me hizo.

Por fin entendía aquel especial interés que Kayla había demostrado por aquellos asesinatos, su empeño en descubrir quien estaba detrás de ellos. En el fondo, quizás la comprendiera mejor de lo que ella creía, porque las dos estábamos buscando lo mismo, venganza. Volví a abrazar a Kayla mientras terminaba de serenarse. Incluso le ofrecí que se quedara a dormir, ya que Ian había llamado para decirme que no volvería al piso hasta el día siguiente, pero no quiso quedarse, Lara la estaría esperando y se preocuparía si no volvía pronto. Poco después, cuando abría la puerta para marcharse, visiblemente más tranquila y no sin antes volver a pedirme perdón por cómo me había tratado aquella noche, compartió conmigo una última reflexión.

—María, no creo que sea un hombre el que matase a todas esas personas. Sé que todo apunta a él, pero creo que se trata de una mujer. Y más concretamente, creo que es Dulce la que está detrás de todo esto.

—¿Dulce? ¿La ex de Ian? No entiendo a qué viene ahora esta repentina sospecha por ella. Acaso, ¿sabes algo que yo no sepa?

—Ya te he dicho que es solo una intuición, pero algo me dice que esa hija de puta es quien mató a Lucía y ahora está intentando quitarme a Lara, la odio con todas mis fuerzas.

—Está bien Kayla, puede ser que sea ella, puede ser que sea el tipo misterioso, puede ser que sea cualquier persona de la ciudad. Tenemos que pensar y no dejarnos llevar por impulsos o acabaremos con unas bragas en la boca.

Aquel último comentario hizo sonreír a Kayla y mirándonos, yo también lo hice. Volvimos a abrazarnos y se marchó, prometiéndome que iría directa a casa. En cuanto me quedé sola fui hasta mi bolso para sacar el lápiz de memoria que me había dado Jasmine aquella noche. El único ordenador que había en casa era el portátil que Ian había dejado para romper conmigo, el que había estrellado contra el suelo. El portátil estaba en un armario del salón, lo saqué. La pantalla estaba resquebrajada, mala señal. Le di al botón de arranque y contuve la respiración. No arrancó.

Maldije todo lo mal decible por mi mala suerte y hasta que no me serené no caí en la cuenta de que en el estudio de pintura tenía otro ordenador, el cual funcionaba perfectamente. Sin pensarlo dos veces cogí mi bolso y me dirigí hasta allí. Al llegar introduje el lápiz de memoria en el ordenador y se abrió una carpeta que contenía un archivo de video de unos treinta minutos. Comencé a reproducirlo. En él se me veía a mí con John mientras me ataba y colgaba del techo con aquellas cuerdas. La cámara que me grababa todo aquello estaba en frente de la habitación, abarcándola por completo, sin apenas puntos ciegos, posiblemente escondida encima de la puerta de la entrada. Avancé el video hasta el momento que perdí el conocimiento. Justo cuando John desataba rápidamente todos los nudos que me mantenían inmóvil y sacaba su teléfono para enviar un mensaje. Segundos después entraba un hombre en la habitación, con la cara cubierta con una máscara oscura, me cargaba en brazos y salía de la habitación.

Visioné aquella parte del video mil veces más, intentado ver cualquier detalle que me diera una pista de mi secuestrador, pero no encontré nada. La máscara que cubría su cara no tenía ningún tipo

de peculiaridad, era lisa y le tapaba la cara en su totalidad. Su ropa tampoco me dijo nada, iba vestido con un traje oscuro, camisa oscura y poco más. Estaba frustrada, cabreada por no haber encontrado lo que buscaba, pero aquello no acaba allí. Estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para averiguar quién había sido y tarde o temprano alguien acabaría pagándolo muy caro.

31

Sobre media tarde, fue cuando recibí aquel mensaje, en el momento que salía de la ducha. Era Lara, que me pedía que fuera a su casa. Ella tampoco podía olvidar lo que había pasado en los servicios de aquella cafetería y necesitaba más. Me puse tan nerviosa al leer aquellas palabras tan cargadas de intención que casi salgo desnuda a la calle, menos mal que al ir abrir la puerta la toalla que envolvía mi cuerpo se cayó al suelo y allí fui consciente de que mejor sería vestirme antes.

Diez minutos más tarde cogía un taxi para que me llevase al centro de la ciudad. No es que la casa de Lara estuviese muy lejos, pero no quería llegar sudada, porque el único aroma que quería que se desprendiese de mi cuerpo era el de su piel después de hacérselo conmigo.

Lara me esperaba con la puerta abierta, apoyada en el marco de la entrada con una pose muy sensual, vestida con unos *leggins* negros super ajustados y un top a conjunto, como si se estuviera preparando para hacer algún tipo de ejercicio. Iba sin sujetador ya que los pezones se le marcaban muchísimo, al parecer estaba igual de excitada que yo. Me hizo pasar y cerró la puerta.

—Me alegro que me hayas mandado ese mensaje —dije mirándola fijamente—, estaba deseando verte.

—Yo también me alegro de que hayas podido venir, desde hace unos días no puedo sacarte de mi cabeza por eso te he pedido que vinieras, ¿quieres tomar algo?

—Sí, a ti —contesté con toda la intención.

Lara sonrió de una forma muy pícara mientras comenzaba a meter su mano por debajo de aquellos *leggins*. Caminó hacía donde yo estaba sentada y al llegar sacó aquella mano de entre sus piernas y la pasó por mi cara, son suavidad.

—¿Es esto lo que quieres? —me preguntó al oído.

—Eso es precisamente lo que quiero —dije mientras olía aquellos dedos profundamente.

Sabía que Lara estaba jugando conmigo, quería hacerse de rogar, puesto que se alejó de mí para sentarse justo en frente, quedándonos cara a cara.

—Sabes Dulce, me gustaría saber más cosas de ti —dijo mientras se llevaba a los labios los mismos dedos que acaba de sacar de entre sus piernas.

—Dime, ¿qué quieres saber? —le dije yo mientras me mordía los míos, llena de deseo.

—Cuando sales por las noches "de caza", ¿qué locales sueles frecuentar?

Aquella pregunta me cogió totalmente desprevenida. Quizás Lara estuviera jugando a otro tipo de juego, pero aquello comenzaba a excitarme a mí también, así que decidí seguir. Lo que sí que hice fue tener mi bolso bien cerca, por lo que pudiese pasar.

—Pues si he de serte del todo sincera, últimamente no salgo mucho —dije intentando parecer lo más inocente posible—. Pero las veces que he salido por ahí, suelo venir al centro, hay un par de discotecas que me suelen gustar. Ya sabes, gente de todo tipo, buena música y buenas copas.

—Y me imagino que sueles ligar mucho, no hay nada más que verte...

—No puedo quejarme, suelen fijarse en mí y yo no rechazo una buena oportunidad, como tú bien sabes. Sino que se lo pregunten a los baños de la cafetería del otro día.

—Y entre todas esas conquistas —dijo sonriendo—, ¿no habrás conocido a una tal Jennifer?

Morena de piel, de unos veintipocos años, delgadita...

—¿Acaso estoy metida en un lío, agente?

—¿Es que piensas que podrías estarlo?

Nos quedamos un buen rato así, mirándonos fijamente, manteniendo un pulso con la mirada para ver quien se daba por vencida primero. Aquello tenía toda la pinta de que era una encerrona. Me había preguntado directamente por mi última víctima, estaba claro que tenían alguna pista, pero no estaba segura del todo si no en aquellos momentos estaría detenida. Estaba buscando una confesión. Lo único que se me podía ocurrir para explicar aquello, es que alguien me hubiese visto cuando escapé apresuradamente del piso de Jen y le diese a la policía una leve descripción sobre mí. Tenía que averiguar cuanto sabía sobre lo que había ocurrido aquella noche. De repente, Lara soltó el sedal.

—Perdona Dulce —dijo riéndose repentinamente—, es que a veces no se desconectar del trabajo. Es este caso que me tiene absorbida y me hace ver fantasmas donde no los hay. ¿Quieres una copa? Porque yo sí que la necesito.

Lara se fue hacia la cocina y yo solté el bolso que tenía fuertemente apretado sin ser plenamente consciente de ello. Un par de minutos después volvió con dos copas en la mano y me entregó una. Eran puro alcohol. En ese momento me vino genial y casi la apuré de un solo trago. Lo mismo hizo Lara. Se notaba que las dos necesitábamos calmar nuestros nervios, aunque evitársenos a toda costa disimularlo. Si fuera sensata, pondría una excusa y saldría de aquel piso como alma que lleva el diablo, pero, por otro lado, necesitaba saber cuánto de cerca estaba de mí.

—¿Soy sospechosa de algo? —pregunté directamente, si tenía algo contra mí estaba deseando saberlo.

—No tendría por qué decirte esto, pero... tenemos un testigo que sitúa a una persona en el escenario del uno de los crímenes, justo después de que fuera asesinada la víctima, huyendo del lugar. Una chica rubia, con un vestido de fiesta, tacones de aguja... simplemente he pensado que quizás pudieras saber algo relacionado con el tema.

Chicas rubias que encajaran con aquella vaga descripción había miles en la ciudad, no tenía mucho sentido que Lara, siendo una policía objetiva como creía que era, lista e inteligente, hubiese decidido, sin pruebas más sólidas, intentar a la desesperada atacarme de aquella manera. A no ser que...

—¿Tiene algo que ver Kayla en todo esto? ¿Te ha dicho ella que me investigues?

—¿Kayla? —dijo después de pensar durante unos segundos— Kayla no tiene nada que ver con esto, ¿acaso crees que quiero que se entere de lo nuestro?

Había dado de lleno en el clavo. Seguramente Lara y Kayla habían comentado el caso, Lara le habría comentado lo del testigo y Kayla, y ésta que estaba obsesionada conmigo desde hace años, habría incitado a Lara a que me investigase nada más escuchar la descripción del testigo. Lógicamente, aquella acusación no se sostendría sin tener más pruebas, pero Kayla seguro que le había dicho que me presionase para ver si cometía algún error.

—Esa descripción es algo genérica, ¿no crees? —dije intentando aparentar normalidad— ¿Cuántas chicas rubias bien vestidas crees que puede haber en la ciudad? ¿Mil? ¿Dos mil?

—¿Que ropa interior llevas puesta? —preguntó Lara repentinamente.

—Así, ¿sin precalentamiento? —dije extrañada.

—Solo quería saber que marca usas habitualmente y si guardas alguna más especial para cuando

se presentan ciertas ocasiones, digamos que... una ocasión como esta.

—Vamos, sabes que todas tenemos lencería especial para ocasiones especiales —dije sonriendo—, y sí, llevo un tanga y un sujetador a juego muy sensuales, encaje negro. Cuando me mandaste el mensaje, imaginaba que sería para pasar un buen rato, sinceramente, no me esperaba que esto acabara siendo una especie de interrogatorio a traición.

—Enséñamela —exigió Lara cambiando completamente el tono de su voz.

—Lara, no entiendo a qué viene esto y no me gusta. Creo que voy a marcharme ahora mismo de aquí.

Cogí el bolso y me puse en pie, dispuesta a marcharme por la puerta lo más rápido que pudiese. Aquello se estaba poniendo muy feo y no quería verme obligada a hacer algo que, seguramente, me arrepentiría. Pero Lara no pensaba igual que yo. De repente se abalanzó sobre mí, empujándome y haciendo que volviera a caer sobre el sofá. Su cara había cambiado, su expresión era de desesperación. Intentó meter las manos por debajo de mi falda, posiblemente para arrancarme la ropa interior. Tuve que reconocer que era bastante fuerte. Yo luché para que no lograra su objetivo. Forcejeamos un poco hasta que ella consiguió agarrarme el tanga con uno de sus dedos y estiró con fuerza. El tanga se rompió y salió de entre mis piernas.

Lara miraba aquel trozo de tela oscuro decepcionada. Algo esperaba que al final no había ocurrido y eso la había dejado en shock.

—No puede ser, estaba segura de que eras tú —dijo sin apartar la vista del tanga roto.

—Siento haberte decepcionando entonces —le contesté mientras le clavaba una aguja en el cuello.

Lara perdió el conocimiento de inmediato. La arrastré hasta la habitación y la subí en la cama. La verdad es que no había querido nunca llegar hasta aquel extremo, pero ella no me había dejado otra opción. Se estaban acercando demasiado a mí y no podía permitirlo. Tenía que tomar una decisión rápidamente, el efecto del potente somnífero que había inyectado a Lara se pasaría en poco más de media hora.

Matarla o dejarla vivir. Una policía muerta sería un escándalo, tanto la prensa como el resto de la policía se volcarían en atraparme, cerrando cada vez más el circulo y tendría que desaparecer mucho antes de lo que tenía previsto. Por otro lado, dejarla viva, con todas las cosas que sabía, era cuestión de tiempo que terminara por encontrar una pista que me incriminase definitivamente y entonces ya no habría vuelta atrás. Lo que estaba claro es que estaba en su punto de mira, estaba obsesionada con el caso y, al parecer, también conmigo. Era muy peligroso seguir jugando con ella.

Pensé que, mientras contemplaba a Lara estirada en su cama, sería muy fácil ponerle una almohada en la cara y terminar con todo aquello. Alargué la mano para coger uno de los almohadones que había allí encima.

—Lo siento —susurré a Lara mientras besaba suavemente sus labios.

Coloqué la almohada sobre su cara. Entonces escuché la cerradura de la puerta principal, alguien estaba entrando en la casa. Dejé la almohada a un lado, cogí mi bolso e hice lo primero que se me ocurrió, meterme en el armario que había justo en uno de los laterales de la habitación. Era un armario amplio, lo suficiente como para poder permanecer de pie. No cerré las puertas completamente, dejé una pequeña abertura para ver lo que pudiera suceder a continuación.

—Cariño, ya estoy aquí —dijo una voz familiar, se trataba de Kayla.

Aquello se había complicado, sí Kayla me descubría tendría que dar unas explicaciones que no

tenía y, con toda probabilidad, ella también tendría que morir. En ese momento contuve la respiración, Kayla acaba de entrar en la habitación.

32

—Cariño, ¿te has quedado dormida? —dijo Kayla acercándose a la cama.

Al ver que no reaccionaba a su voz, Kayla le tocó el brazo, pero Lara continuaba bajo los efectos del sedante y no se movió. Kayla puso cara de preocupación, la zarandeó un poco mientras continuaba llamándola. No ocurrió nada, Lara siguió igual, inerte. Quizás me había pasado con la dosis y la había matado, pero entonces recordé que aún respiraba cuando yo me había ocultado en el armario. Kayla, visiblemente preocupada, cogió su teléfono para llamar a emergencias.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Kayla? —dijo finalmente Lara saliendo de su letargo.

—Por fin te has despertado —dijo Kayla abrazándola—, ya estaba comenzando a preocuparme. Incluso iba a llamar a emergencias. No sabía que tuvieras un sueño tan profundo.

—¿Qué hora es? No recuerdo haberme metido en la cama...

De repente Lara se sobresaltó y comenzó a mirar a ambos lados de la cama. Probablemente en ese momento recordó que no había estado sola aquella tarde.

—Pasadas las ocho de la tarde, cariño ¿estás bien?

—Sí, sí, no pasa nada cielo. Será que me he quedado algo traspuesta mientras te esperaba y estoy algo desorientada. ¿Me traes un vaso de agua? Por favor.

Kayla le dio un beso y salió de la habitación. Justo al marcharse, Lara saltó de la cama y se puso a mirar debajo de ella. Creía que aún permanecía en la casa, como así era. Si le daba por mirar dentro del armario estaba perdida. Tenía que pensar en algo rápidamente que me permitirá escapar de allí. Lara se puso en pie, al ver que debajo de la cama no había nada se relajó por un instante, hasta que miró directamente al armario. En ese momento, Kayla entró con el vaso de agua.

—Entonces, ¿nos vamos al cine? —preguntó Kayla ilusionada— Tengo muchas ganas de ver esa película de la que hablamos ayer. Después podemos cenar algo por ahí.

En ese momento Lara se tambaleó y tuvo que sentarse en la cama. Aún estaba bajo los efectos del sedante. Yo solo esperaba que Kayla la convenciera para salir de casa, ya que esa era mi vía de escape.

—¿Qué te pasa Lara? —dijo Kayla preocupada— Me estoy empezando a asustar.

—No pasa nada cariño, solo ha sido un pequeño mareo. Ya estoy mejor, eres un sol —contestó Lara besando a Kayla en los labios.

—No sigas por ese camino... o nos perderemos la película...

Lara sonrió y continuó besándola apasionadamente. «¿En serio? ¿Ahora se van a poner a echar un polvo?». No me lo podía creer. A saber, cuanto tiempo más tendría que quedarme allí metida. Los primeros jadeos no tardaron en llegar, inundando aquel pequeño compartimento con ellos y, puesto que no tenía nada mejor que hacer, me puse a mirar por la pequeña raja que había dejado entre las dos puertas.

Los besos dieron paso a las caricias que repartieron por su piel. Sus dedos exploraron cada centímetro de sus cuerpos ardientes y llenos de deseo, incluso llegando a los más escondidos por debajo de la ropa, que enseguida comenzó sobrar. Hábilmente, se desprendieron de ella, dejándola tirada por toda la habitación y por encima de la cama, donde desnudas, cayeron las dos. Los gemidos, los dedos y la saliva se mezclaron entre posturas que se iban ofreciendo mutuamente para llegar a

proporcionar el máximo de placer la una a la otra.

Entonces Kayla se puso en pie y se marchó fuera de la habitación. ¿Ya habían terminado? Justo ahora que yo comenzada a humedecerme. Me sentí un poco decepcionada, hasta que poco después Kayla volvió a reaparecer en la habitación y esta vez con una gran sorpresa en forma de polla enorme de látex atada a su cintura. Lara, al ver lo que colgaba de entre las piernas de Kayla, abrió tanto los ojos que casi se le salen de las cuencas, justo como acababa de pasarme a mí. Kayla sonreía mientras le pedía a Lara que se diera la vuelta y se pusiera en cuatro. Lara obedeció, se puso en cuatro, aplastando su pecho contra el colchón mientras elevaba su culo lo más alto que pudo. Kayla colocó aquel enorme falo de goma entre sus piernas y comenzó a frotárselo entre sus labios vaginales.

—¿Estás segura de esto? —aquellas fueron las últimas palabras que Lara pronunció antes de verse ensartada por toda aquella envergadura.

Lara gritó con cada acometida, una mezcla de dolor y placer que la hacían estremecerse profundamente. Kayla, además de penetrarla sin piedad, golpeaba su culo con su mano con bastante violencia, insultándola sin parar.

Aquello me puso a cien, nunca había podido imaginar que Kayla tuviese ese lado tan pervertido. Estaba igual de caliente que ellas. Además, me producía muchísimo morbo mirarlas desde mi escondite. Enseguida volví a tener la entrepierna tan mojada como ellas. Aquellos cuerpos, ya sudorosos, comenzaron a moverse rítmicamente para llegar al orgasmo, igual que lo estaban haciendo mis dedos dentro de mí. Fue espectacular disfrutar de la vista que me proporcionaron al ver como terminaron a la vez, cosa que yo no pude hacer por miedo a ser descubierta. Poco después, bastante exhaustas se quedaron allí en la cama estiradas, Kayla muy sonriente y Lara igual, aunque un poco más magullada.

—¿Te encuentras ya un poco mejor? —preguntó Kayla mientras acariciaba la cara de Lara.

—Muchísimo mejor, cariño. Eres increíble —contestó Lara mientras la besaba.

—Sabes —comenzó Kayla—, la otra noche estuve en un club bastante exclusivo de la ciudad, el Black Lotus.

—Pero, ¡tú estás loca, o qué!? —dijo Lara bastante alterada— No sabes lo peligroso que es ese lugar y la clase de gente que lo frecuenta, ni siquiera nosotros podemos acercarnos a él. Si te hubiesen reconocido... no quiero ni pensarlo.

—No te preocupes, de verdad, nadie me reconoció. Además, no fui sola.

—Claro, como no, estuviste con tu amiguita, esa tal María.

—Vaya —dijo Kayla comenzado a reírse—, ahora resulta que estás celosa.

—Yo no estoy celosa —contestó Lara haciéndose la indignada—, y menos de esa.

—¿Con quién estoy en la cama ahora mismo? ¿Con ella o contigo?

Kayla comenzó a darle besitos por la cara y el cuello. Lara se resistió un momento y después comenzó a devolvérselos. Estaba claro que Kayla podía ser muy persuasiva si se lo proponía.

—Y qué, ¿descubriste algo interesante allí? —preguntó Lara un poco más tranquila.

—Alguien se me acercó y acusó a María de saber quién era la asesina de La Perla. Yo como buena periodista y mala amiga presioné a María para que confesase, la cagué. María pude ser muchas cosas, pero no es una asesina, eso te lo puedo asegurar.

—Pero que no sea la asesina, no significa que no la esté encubriendo. ¿Sabes si María y Dulce se conocen?

—Claro, de la universidad. Allí nos conocimos todos.

—Quizás lo hemos estado enfocando mal desde el principio, pensado que la asesina de La Perla actuaba sola. ¿Y si tiene un cómplice?

—¡Dos asesinas! —gritó Kayla de repente— Claro, tiene mucho sentido.

—Por eso no podemos atraparla nunca, puede estar en varios sitios a la vez, encubriéndose la una a la otra. Aportando pistas falsas. Esto le da un nuevo enfoque a la investigación. Tendremos que tener a las dos muy bien vigiladas.

—Aunque sigo pensando que María es incapaz de hacer una cosa así, no entiendo que podría llevarla a actuar de esa forma... aunque se tratase de una amiga tan íntima.

—Estoy segura de que es Dulce la que comete los crímenes, el otro día intenté darle un pequeño susto en un callejón, pero parece ser que no ha servido para nada.

«Maldita zorra, así que había sido ella la que me había metido aquella nota en el bolso». Estaban demasiado cerca. Cada vez era más consciente de que la madeja comenzaba a desenmarañarse con demasiada rapidez. Si no hacía algo rápido, lo perdería todo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Kayla muy interesada— ¿no correrías ningún peligro?

—No tranquila amor, solo le dejé una nota diciendo que sabía todo lo que ocultaba, a ver si conseguía que diera algún paso en falso.

—Dulce es demasiado fría y calculadora para eso, pero te repito que, aunque María fuese la mejor de sus amigas, dudo que matase a nadie.

—¿Y si no fueran solo amigas? —dijo Lara de repente— ¿Y si fuera alguien de su propia sangre?

Kayla se quedó boquiabierta, pude ver como su cerebro no dejaba de elucubrar. No me gustaba para nada el camino que estaban tomando aquellas dos y tendría que encargarme de ellas pronto. No podía dejar que se acercaran tanto, ya sabían demasiadas cosas. Aunque no me gustase, tendría que acelerar mis planes, borrar todas las huellas y marcharme de aquel lugar de nuevo. Quizás, al final, no había sido tan buena idea volver.

Finalmente, las dos se quedaron dormidas. Salí del armario y me quedé mirándolas a las dos como descansaban plácidamente. Hubiese sido muy sencillo acabar con ellas en aquel momento que eran tan vulnerables, pero necesitaba un poco más de tiempo para terminar de tejer mi plan y este pasaba por que las dos vivieran un poco más. Sabía que Lara me tendría vigilada, pero eso era mejor que tener a todo el departamento de policía buscándome por un doble homicidio. Aquello ya había dejado de ser morboso, ahora se trataba de sobrevivir.

Antes de marcharme, vi el tanga blanco que Kayla había quitado a Lara, allí tirado a los pies de la cama. Lo recogí, llevándolo a mi nariz, aún tenía toda su esencia. Lo metí en mi bolso, junto a mi tanga roto. Miré a las dos por última vez antes de salir del apartamento, estaban tan monas la una junto a la otra, allí dormidas plácidamente sin sospechar que muy pronto todo terminaría para ellas. De reojo observé aquel armario, ocultarme allí había sido la mejor decisión que había tomado aquella tarde, ya que ahora tenía una información vital para mí. Casi sentí una especie de remordimiento mientras cerraba la puerta y comenzaba a bajar por las escaleras del aquel edificio. Pensé que, a veces, vivir en la ignorancia es un privilegio que no todo el mundo sabía apreciar y como, saber de más, podría llevarte a un desenlace como el que estaba a punto de ocurrirle a aquel par de desgraciadas.

33

Aquel iba a ser el gran día, Ian volvería a casa conmigo. No obstante, aún quedaban cosas por matizar, como el hecho de que Ian aún no me había preguntado por mi página, cosa que con toda probabilidad volvería a meternos en una nueva discusión, cuando yo le dijera que aún seguía abierta y que no estaba dispuesta a renunciar a ella. Deseaba con toda mi alma volver con él, estar a su lado me proporcionaba una paz y una serenidad a la que no estaba acostumbrada, pero no estaba dispuesta a renunciar a una parte de mí para ello. Tarde o temprano deberíamos enfrentarnos a ello, pero mientras ocurría, pensaba disfrutar de aquello al máximo.

Ian me había dicho que llevaría sus cosas al piso por la tarde. Le dije que yo estaría toda la mañana en el estudio trabajando. Después de todo tenía un encargo. Uno de aquellos cuadros, el que había pintado justo antes de la pelea con Ian en el apartamento de la playa, ya estaba terminado, pero faltaba otro, uno que le hiciera juego, sobre la misma temática de oscuridad. Con todas las malas experiencias que había vivido aquellas últimas semanas, cientos de ideas se vinieron a mi cabeza. Monté varios lienzos en blanco y me puse a trazar líneas que me sugiriesen ideas, pero a media mañana estaba tan frustrada por no haber conseguido nada, que tuve que salir de allí para despejarme un poco.

Caminé por la calle con una pequeña sonrisa dibujada en mi cara, por fin algo comenzaba a salir bien. Entonces pensé en darle una sorpresa a Ian. Iría a nuestro piso y le prepararía una bienvenida como era de esperar. Pondría velas perfumadas y pétalos en la cama, seguro que alucinaría con aquel recibimiento. Además, aquello no solo era una bienvenida, sino que también era una invitación en toda regla a una noche de puro sexo. Ian ya me había demostrado que, en ese sentido, había hecho algunos cambios y estaba deseando saber cuánto más había aprendido en ese terreno.

Mientras me dirigía a la floristería pensé en todas las cosas que Ian aún no sabía de mí, como todo lo referente al Black Lotus, mi secuestro, todo lo ocurrido con Izan... pero estaba segura de que tendría todo su apoyo y que incluso me ayudaría a encontrar al responsable de todo aquello. Recogí una docena de rosas rojas que desprendían una fragancia increíble y entonces me dirigí al piso para esparcirlas por la habitación, esperando que aquella tarde fuera el comienzo de mi nueva vida. Por fin podía comenzar a ver luz al final del túnel y eso me llenaba de alegría y felicidad.

Entré al piso y dejé las rosas encima de la mesa del salón, las pondría en agua hasta que llegara el momento de empezar a preparar la sorpresa. En el momento que me dirigía hacia la cocina para recoger el agua, escuché un ruido extraño. Miré a mi alrededor y descubrí que la puerta de la habitación de matrimonio estaba entornada. Aquel echo me resulto algo raro, puesto que yo no acostumbraba a dejarla así. Al acercarme hacia la puerta volví a escuchar aquel ruido nuevamente, definitivamente provenía de dentro de la habitación. Estaba a punto de empujar la puerta para entrar en ella cuando un sonido me dejó paralizada. Me quedé allí, escuchando como dos respiraciones agitadas y entrecortadas surgían de su interior.

Se cruzaron muchas cosas por mi mente. Pensé en mil posibilidades para no tener que llegar a admitir lo obvio. Finalmente, ninguna me valió. No sé de dónde saqué el valor para mirar, bueno en el fondo sí que lo sabía, necesitaba verlo con mis propios ojos para que tan siquiera pudiera

comenzar a asimilar aquello. Fue entonces cuando los vi. Ian estaba tumbado en nuestra cama, desnudo, con los ojos cerrados y jadeando como nunca antes lo había hecho en su vida, mientras una chica morena, de pelo largo, cabalgaba encima de él.

No pude reaccionar, de repente, delante de mí no estaba la puerta de la habitación, solo había un enorme precipicio. Yo me encontraba al borde de él, con los ojos anegados en lágrimas, mirando directamente a ese un profundo y oscuro abismo. Y entonces, sin pensarlo, salté.

Me dirigí a la cocina, abrí el cajón de los cubiertos y cogí el cuchillo más grande y afilado que encontré, lo empuñé y me dirigí de nuevo hasta la habitación. Abrí la puerta con un solo golpe y me quedé allí, en el marco apoyada contemplándolos a los dos.

—¡Por Dios, María! —dijo asustado Ian al verme— ¿Qué coño haces aquí?

Su acompañante se giró y gritó al verme. Enseguida saltó de la cama y comenzó a vestirse, sin dejar de mirar a Ian con miradas cargadas de indignación y reproches. Pero al fijarse en el cuchillo que yo sujetaba en medio de mi pecho, se aterrorizó, igual que Ian.

—Tranquilízate cariño, puedo explicártelo todo —dijo Ian mientras comenzaba a salir de la cama.

—¿Cariño? —dijo la chica mientras se abrochaba mal la camisa— Serás hijo de puta, me dijiste que no tenías novia.

Yo no dije una sola palabra, solo los observaba. La chica ya estaba vestida, pero no se atrevía a moverse, pegada contra la puerta del armario. Ian la miraba a ella y me miraba a mí, o más bien al cuchillo.

—¡María, di algo! —dijo desesperado.

Entonces apunté con el cuchillo a la chica y le dije:

—¡Fuera de mi casa!

Ni tan siquiera se lo pensó, ni miró atrás cuando salió por la puerta de la habitación. Cruzó el salón llorando, abrió la puerta principal y se marchó. Entonces dirigí el cuchillo hacia el otro miembro que quedaba en la habitación.

—No es lo que piensas, cariño. Esa tía me lleva acosando durante semanas y hoy ha venido a verme y al final ya sabes... De verdad te juro que ella no significa nada para mí, he estado pensado en ti a cada momento, en la nueva vida que vamos a comenzar juntos... Por favor María, no estarás pensado hacer algo con ese cuchillo, ¿verdad?

Ian estaba al borde de la súplica. Yo seguía mirándole igual, impasible, como si solo fuera un trozo de carne con la cual decidir qué hacer. Entonces mi mirada se dirigió hacia su polla y sonreí. Un rictus de horror se dibujó en su cara. Ahora sí que estaba realmente asustado. Di un paso hacia él, Ian retrocedió hasta dar con su espalda contra la pared, ya no tenía donde ir. Di un paso más, con el cuchillo firmemente cogido en mi mano. Estaba tan cerca de él que podía oler su miedo. Entonces levanté el cuchillo y lo dejé caer con toda la rabia.

El cuchillo se había clavado en la pared, a menos de un centímetro de su cabeza. Me acerqué a su oído lentamente, para que pudiera escucharme con la mayor claridad que le fuera posible.

—Márchate de mi casa para siempre. No quiero volver a verte en lo que me queda de vida, de lo contrario, la próxima vez no fallaré. ¿He sido lo suficientemente clara?

Ni siquiera pudo hablar, solo hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Me aparté. Rápidamente Ian recogió su ropa y sin ponérsela salió corriendo del piso. Imaginé que preferiría que la gente le viese desnudo, a que yo me lo pensara mejor y terminara hundiéndole el cuchillo en su podrido

corazón, que es lo que se merecía.

Estaba sola y por algún motivo que no sabía explicar, no estaba llorando. Simplemente las lágrimas no salían. La rabia también había desaparecido. Pensé que quizás pudiera estar en shock, pero tampoco era eso. Algo había cambiado en mí aquella mañana. Saqué el cuchillo de la pared y lo devolví a donde pertenecía.

Las rosas rojas aún estaban encima de la mesa del salón. Las cogí y las puse dentro de un jarrón con agua. Y me quedé allí sentada, contemplando aquel rojo tan intenso, mientras su dulce fragancia inundaba todo mi ser. Las cosas no habían salido exactamente como yo pensaba. Quería darle una sorpresa a él y la cosa había salido justo al revés. Ahora, solo una cosa rondaba por mi cabeza, tenía que cambiar las sábanas de la cama. Fue en ese momento cuando sonó el tono de mi teléfono móvil. No conocía el número, no obstante, lo cogí.

—¿María? ¿Eres tú? —preguntó una voz conocida al otro lado del altavoz.

—No quiero saber nada de ti —dije con desprecio.

—Tienes que dejar que te explique lo que pasó. Te quiero María y necesito que me creas cuando te digo que yo no tuve nada que ver con lo que te pasó en aquella casa.

—Olvídame. Eres un maldito mentiroso, como todos los demás. No vuelvas a llamarme nunca más —dije con el dedo a punto de darle al botón de colgar.

—No, por favor María, tienes que creerme. Voy a ir a verte, necesito una explicación.

—Ni se te ocurra —dije con una voz gélida como el hielo—. Si te veo por aquí, juro que apretaré tu cuello hasta que no te quede una sola gota aire en los pulmones. ¿Te vale esa explicación?

Izan había colgado y dudaba mucho que después de aquello volviese a llamarme otra vez. Aquellas reacciones tan radicales no eran típicas de mí, ahora sí que tenía claro que algo había cambiado. Estaba harta de que todo el mundo me manipulase, de que la gente hiciera conmigo lo que quisiese, a partir de ahora las cosas iban a cambiar. Saltar al abismo había sido un paso del que ya nunca podría volver atrás y, en el fondo, me daba igual.

Un dolor de cabeza terrible comenzó a producirse minutos después de colgar la llamada. Me sentí mareada y con nauseas. Me dirigí rápidamente al baño donde vomité. Me sentí algo mejor pero la cabeza seguía dándome vueltas. Llegué como pude hasta la cama y, a pesar de que no me apetecía echarme justo donde acababan de follar aquellos dos, no me quedó más remedio. Cerré los ojos y al cabo de unos minutos me puse a gritar.

34

Desperté unas horas después, con la garganta dolorida, pero ni rastro del dolor de cabeza. Me levanté, recogí las sábanas de la cama y las tiré directamente al cubo de la basura. Me metí en el baño a darme una buena ducha, me vestí, me maquillé de nuevo y salí del piso. Necesitaba pensar en mi vida y en el rumbo que tenía que darle a partir de aquel momento. Lo que había pasado aquella mañana con Ian, lo había cambiado todo y una cosa me había dejado muy clara, que no podía confiar en nadie.

Caminé por las calles de la ciudad pensando en cual sería el siguiente paso a dar. Necesitaba saber, a toda costa, quien era el enmascarado que salía en el video del club, pero iba a resultar muy complicado sin tener ninguna pista más. Tenía que volver al Black Lotus aquella noche para intentar averiguar algo más. Esta vez no cubriría mi cara, quizás mi secuestrador estuviese allí y al ver que estaba viva reaccionase delatándose. Por si eso ocurría, esta vez iría preparada.

Volví al piso para prepararlo todo. Cuando estaba entrando en el ascensor, alguien gritó:

—¡Por favor, sujeta la puerta!

Puse el pie entre la puerta y el sensor para que ésta volviese a abrirse. Entonces vi a mi vecino, el que vivía justo encima de mí. Era un chico de mi edad, muy guapo de cara y un cuerpazo espectacular.

—Buenas tardes —dijo aquel chico sonriéndome—, gracias por parar la puerta.

—De nada, guapo —respondí sonriéndole también.

—Tú eres la pelirroja que vive debajo de mí, ¿verdad? —dijo de nuevo aquel chico dándome un repaso de arriba a abajo.

—Sí, esa soy yo. Por cierto, me llamo María. Un placer —contesté con un tono más provocador de el que pretendía.

—Yo me llamo Ismael y te prometo que el placer, es mío.

En ese momento llegamos a mi planta. Las puertas se abrieron.

—Quizás Ismael, suba algún día a pedirte un poco de sal... —dije mientras salía del ascensor.

—Sal o lo que quieras, preciosa —dijo mientras se cerraban puertas.

Mientras abría la puerta de casa sonreí, como me gustaba jugar con ellos. Aquella manera de mirarme el culo al salir del ascensor solo significaba una cosa, me deseaba. Aquel pequeño encuentro fortuito hizo que comprendiera que mi mayor arma, el de la seducción, seguía intacta. Al entrar en el piso pensé que, antes de ir al club, tenía un poco de tiempo para divertirme. Así que salí nuevamente de allí para subir las escaleras que me llevaron al piso superior. Piqué al timbre y segundos después apareció Ismael, con el torso desnudo y un pantalón ajustado.

—Necesito... un poco de sal —dije de la forma más provocadora que pude mientras me mordía los labios.

Ismael me agarró por un brazo y me metió en el piso cerrando la puerta rápidamente tras de mí. Enseguida me puso contra ella y comenzó a besarme de una manera ardiente. Sus manos se deslizaban por mi cuerpo con deseo, intentado apartar todo lo que le molestaba en su propósito. No tardamos nada en estar completamente desnudos los dos, tirados encima de su sofá. Yo estaba

tumbada, completamente abierta de piernas, mientras Ismael estaba encima de mío besándome el cuello y chupándome los pezones. Pero algo no iba bien, aquel chico estaba acelerado, como si tuviese prisa, quiso penetrarme casi de inmediato, sin esperar a que estuviera completamente lubricada y entonces lo entendí. Encima de la mesa del comedor había una foto de él junto a una chica muy guapa. Tenía novia y estaba nervioso por si ella lo pillaba con las manos en la masa o, más bien, con las manos en mi culo.

«¿Es que no hay un puto tío decente en esta puta ciudad?» Me dije a mi misma mientras le agarraba yo la polla para que no siguiera destrozándome. Utilicé mi saliva para ayudarme con la lubricación y lentamente me la fui introduciendo. Es verdad que era un hijo de puta y que estaba engañando a su novia, pero aquel no era mi problema, yo había subido allí para que me pegasen un buen polvo y eso es lo que iba a conseguir.

Después de aquello la cosa fluyó mejor, ya entraba y salía suavemente y yo comenzaba a estar más a gusto y excitada, en ese momento comenzó a aumentar el ritmo de sus embestidas. Si aquello continuaba así enseguida se correría y yo me quedaría con las ganas. Entonces le puse mi mano en su cuello y comencé a apretar.

—Más, despacio —le susurré.

—Te va el rollo duro, ¿eh? —dijo él mientras agarraba mi pelo y lo estiraba con fuerza— Pues voy a follarte como me dé la gana, ¿lo entiendes puta?

Siguió penetrándome rápidamente hasta que finalmente se corrió. Por supuesto, yo no me había acercado al orgasmo ni por casualidad. Se había comportado como un lo que era, un cerdo egoísta, mentiroso y adultero, pero en aquella situación me había metido yo solita, así que ahora no era el momento de arrepentirse, sino de intentar girar aquella situación a mi favor.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que puedes hacer? —dije en tono de burla.

Ismael sonrió y soltándome el pelo, bajó su mano hasta mi entrepierna. «Por fin iba a tener un poco de diversión solo para mí, ya era hora» pensé. Pero los dedos no fueron exactamente donde yo me imaginaba que irían. Primero uno y después el otro, fue introduciéndome en mi ano. Enseguida vi que comenzaba a estar preparado, nuevamente, para volver a penetrarme, pero si se creía que podía hacer conmigo lo que le diese la gana sin mi consentimiento, lo tenía claro.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo? —le dije mientras apretaba más los dedos en su cuello— ¡Para ahora mismo!

—Solo te follo como a ti te gusta —dijo riéndose en mi cara.

—No crees que, si quisiera que me la metieses por el culo, ¿te lo habría comentado?

Como si no me hubiese escuchado, se agarró la polla con firmeza y comenzó a acercarla hacia mi culo. Fue entonces cuando solté la mano de su cuello y le arañe la cara con mis uñas. Enseguida comenzó a brotarle algo de sangre de la cara. Ismael se puso en pie quejándose de dolor.

—¡¿Estás loca?! ¡Maldita hija de puta! —gritó tocándose la cara— ¡Esto me va a dejar marca!

—Te dije que parases, no me has dejado otra alternativa.

Ismael estaba muy nervioso, no estaba segura de lo que podría pasar a continuación. Quizás se abalanzara sobre mí como represalia, no lo sabía, pero en lugar de asustarme, comencé a inspeccionar el salón en busca de algo que pudiera servir para defenderme. Entonces, de repente, se vino abajo, se sentó en el sofá y se puso las manos en la cara.

—¿Cómo voy a explicarle esto a mi novia? —comenzó a decir llorando mientras yo recogía mi ropa del suelo para vestirme.

Al final todo había quedado en nada. Ni siquiera se dignó a mirarme cuando abrí la puerta de su casa para marcharme a la mía. Solo deseaba que su novia le pillase y le dejase, aunque estaba segura de que a ella la trataba como a una reina y proyectaba sus fantasías depravadas en las demás idiotas que caían en su poder. Incluso llegué a pensar que podría ser socio del Black Lotus y aquello me repugnó. En nada tendría yo que comenzar a arreglarme para ir al club, pero después de lo que acababa de pasar no me apetecía meterme allí e investigar, me apetecía salir y terminar lo que aquel capullo no había podido. Sabía que en el club también podía tener sexo, pero era diferente, allí te elegían para satisfacer sus más oscuros deseos contigo, pero a mí lo que más me apetecía aquella noche era salir de caza. Elegir una presa y saltar sobre ella para que todo culminase en un gran orgasmo que me hiciera gritar de placer. Así que con ese pensamiento en mi cabeza me metí en la ducha.

Una vez que el agua caliente comenzó a golpear mi rostro, me sentí aliviada. Allí, aislada del mundo, por fin podía pensar con claridad. Aquellos dos desagradables incidentes que me habían ocurrido a lo largo del día, la infidelidad de Ian y el desafortunado encuentro con Ismael, solo habían reafirmado dos cosas en mi vida. La primera era que, a partir de aquel momento estaba sola y que no podía fiarme de nadie, todo el mundo miente, todo el mundo engaña, nadie es quien dice ser. Y la segunda, y no por ello la menos importante, era que aquello me había cambiado para siempre. Aún no sabía si para bien o para mal, lo único que sabía es que había despertado en mí alguna cosa que hacía que, en ciertos aspectos de mi vida, estuviera cambiando mi forma de ver y aceptar las cosas. ¿Estaba asustada? La respuesta era sí. Pero si la pregunta era si quería volver a ser quien era antes, olvidando todo lo que había pasado aquel día, la respuesta era no.

Cuando el jabón comenzó a resbalar desde mi pecho hasta justo entre medias de mis piernas, sentí una sensación de calor que comenzó a invadir todo mi cuerpo. Pensé en que, posiblemente, fueran las ganas con las que Ismael me había dejado aquella tarde y cogiendo la alcachofa de la ducha y girando los grifos para aumentar la presión, la coloqué entre ellas. Poco después, todas las tensiones comenzaron a desaparecer completamente a medida que mi cuerpo se relajaba después de tener un gran e intenso orgasmo que me hizo gemir como hacía tiempo que no lo hacía.

Salí de casa pasadas las diez de la noche, vestida y preparada para todo lo que surgiese. Entonces, mientras me dirigía a la parada de taxis para que me llevaran al centro, recordé que el estudio de pintura había algo que me estaba olvidando y, rápidamente, me dirigí allí.

35

Hacía tiempo que no me sentía así de bien. Necesitaba volver a aquello, estar sentada en aquel bar, con mi copa preferida en la mano y observando a la gente, captando su esencia y, sobre todo, pensando en posibilidades, sintiéndome capaz de hacer cualquier cosa que me propusiese. Había ido allí para poder pensar en el siguiente paso que debía de dar, tenía que estar muy calculado, pero tampoco iba a cerrarme a aprovechar una oportunidad si se me presentaba. Pero para lo único que no me sentí capaz aquella noche era para aguantar al pesado que acababa de entrar en el bar. Obviamente, en cuanto me vio, vino directamente hacia mí. Se sentó a mi lado, pidió una copa y se quedó mirándome sin decir nada. Por su forma de moverse no parecía que aquel fuera el primer bar donde había ido.

—Ian, ¿qué quieres? —pregunté con desgana.

—María me ha echado de casa —dijo super indignado y notándose ya que muy fino no iba.

—Algo le habrás hecho...

—Total, aquella chica no significaba nada para mí, solo fue un rollo...

—¿La has engañado con otra? ¿Tú?

—Y en su cama —dijo pegando un buen trago a mi copa.

—Eres un poco hijo de puta —dije sin cortarme un pelo—, lo sabías, ¿no?

—A ver, qué querías que hiciese, ¿qué la llevara a la pensión cutre donde vivo? Me habría manado a la mierda. Lo único que hice fue aprovechar una oportunidad. Además, se suponía que ella no llegaría allí hasta la tarde.

—Tienes suerte de que no fuera yo quien te hubiese pillado, ahora mismo tendrías la polla en un bolsillo y no entre las piernas.

Ian, involuntariamente, se llevó una mano a su entrepierna mientras que, con la otra, pedía una copa. No sabía cuánto tiempo más tendría que aguantarle despotricando, porque a medida que las copas se iban terminando y el nivel de alcohol comenzaba subir, el chaval estaba más suelto, en todos los sentidos. Quizás no me había gustado como había comenzado la noche, pero ahora estaba poniéndose la cosa muy interesante. La información era poder y eso me encantaba y con un par de copas más, estaba segura que a Ian, algo podría sacarle que valiera la pena.

—Sabes, tú sí que eres guapa —dijo Ian mirándome directamente al escote—, las rubias siempre han sido mis favoritas. Las pelirrojas son todas unas zorras.

—Y qué casualidad que tu novia, bueno mejor dicho tu exnovia, es pelirroja.

—Puta zorra, se merece todo lo que le está pasando. Poco le pasa...

—¿Qué le pasa? —dije poniéndole mi mano en su muslo con suavidad— Sabes que a mí puedes contarme cualquier cosa.

—Bueno todo lo del secuestro y eso, lo que le pasó en el club.

—¿Secuestro? ¿El club? Ian, no entiendo nada de lo que me estás contando.

Entonces Ian me contó que a María la habían secuestrado en un club donde trabajaba algunas noches y que la habían llevado en una casa abandonada y que se había escapado de milagro.

—¿Y quieres que te cuente un pequeño secreto? —dijo Ian bajando la voz— Yo soy el

responsable de ese secuestro.

Me quedé boquiabierta. Ian se reía mientras terminaba la copa y asentía con la cabeza, bastante afectado ya por el alcohol.

—¿Por qué? —fue lo único que se me ocurrió decir.

—¿Por qué? ¿Por qué? Porque esa zorra mentirosa me engañó. Tenía una parte de su vida que me ocultaba, pero no algo pequeño, no, algo muy gordo. Se merece todo el sufrimiento por el que ha pasado, igual que yo.

—Pero entonces, porque no la dejaste y ya.

—Eso hice, pero no podía sacarme de la cabeza sus mentiras y decidí que tenía que hacérselo pagar de alguna manera u otra. De hecho, impliqué a uno de sus mejores amigos y he intentado alejarla de los demás, para que se quede sola, sin nada, para que sufra como yo.

—Pero, ¿ella no sabe qué has sido tú? —dije cada vez estaba más alucinada con todo aquello.

—Por supuesto que no. No tiene ni idea. Se creía que era la única que sabía guardar secretos y se la he metido hasta el fondo esta vez.

—¿Y cómo lo has hecho?

Ian comenzó a contarme que había adoptado otra identidad, la de un hombre misterioso que aparecía en algunas ocasiones para que María se sintiera interesara en él. Le contó el encuentro sexual en la playa y el que tuvieron en la fiesta sexual.

—¡Ostias! —dije muy sorprendida— Ahora que lo dices, sí que hueles un poco a canela.

—Es mi fragancia preferida y, por supuesto, mi sello de identidad, ninguna puede resistirse.

Ian siguió contándome como había seguido a María hasta el club Black Lotus y como había planeado su secuestro allí, después solo había tenido que averiguar qué tipo de personas eran las que frecuentaban ese local. Buscar algún trapo sucio en la red de alguno de ellos, había sido lo más sencillo.

—Aquel viejo le encantaba jugar con cuerdas y también ver cierto tipo de porno no muy legal que digamos. Fue muy fácil chantajearle para que drogara a María y así poder sacarla de allí y llevarla a aquella casa abandonada.

—Estoy desenado que me cuentes lo de la casa —dije con mucha intriga—, pero antes dame un segundo que tengo que hacer una llamada muy importante. Espérame aquí, no te vayas.

Ian asintió, aunque con lo mal que iba dudaba mucho que pudiera ir muy lejos. Salí un momento del bar y regresé a los dos minutos. Ian quería pedir otra copa, pero no le dejé, si bebía algo más, con toda probabilidad, perdería el conocimiento. Le alenté un poco a que me contara por qué había encerrado a María en aquella casa, cosa que le encantó.

—Para humillarla. Cada prueba era un insulto para ella. Disfruté viéndola llorar y cuando estuvo a punto de morir asfixiada en aquella última habitación, hasta me empalmé y todo.

—Pero sigue viva, ¿vas a terminar lo que empezaste? —pregunté en voz baja.

—Esa era mi idea, pero entonces decidí que sería mejor representar el papel y novio arrepentido que quería volver con ella para hacerla sufrir nuevamente cuando la dejara de nuevo y así terminar de desquiciar su mente.

—Te lo vuelvo a repetir, eres un verdadero hijo de la gran puta —le dije muy seriamente mientras él no dejaba de sonreír y de darme las gracias.

—Bueno Ian te diría que ha sido un placer, pero no es así, tengo que marcharme ya.

—Espera, espera, que ahora viene lo mejor. Antes te mentí cuando te dije que no esperaba que

María estuviese aquella mañana en el piso. Cuando vi a aquella morena, que estaba como un queso, en aquel bar, pensé que podría utilizarla para seguir torturando a María. Así que quedé con ella en mi piso recién recuperado para follármela, con la esperanza de que María nos pillara.

—Como así pasó —afirmé—. Antes me has dicho que te había pillado y que te había echado de casa. ¿O acaso también era una mentira?

—No, no, es la verdad. —afirmó rotundamente— Pero te juro que eso es lo último que hubiese esperado de ella. Esa sangre fría, parecía otra. Me acojoné de verdad.

Entonces Ian me contó como María le había pillado en la cama con la morena y como, con un cuchillo en la mano, los había amenazado a los dos, echándolos de piso y como a él también le había hecho prometer que no volvería por allí nunca más.

—Probaste un poco de tu propia medicina, ¿no? —dije intentado disimular una sonrisa.

—Puede ser, pero si esa puta se cree que esto ha terminado aquí, lo lleva claro. Pienso hacerla sufrir de todas las formas que se me ocurran, hasta que acabe con ella.

Ian parecía muy cabreado, y ya fuese por los efectos del alcohol o no, estaba dispuesto a vengarse de María de la forma más cruel que se le ocurriese. Sinceramente tenía que reconocer que no me esperaba que Ian fuera de aquella manera. Estaba muy sorprendida por todas las cosas que acababa de contarme. Justo en ese momento sonó el teléfono de Ian, era un mensaje. Ian lo miró con bastantes dificultades, quedándose completamente extrañado después de verlo.

—¿Es la morena? —pregunté sonriendo un poco— ¿Quiere volver a verte porque con una amenaza no ha tenido suficiente?

—Eso, tú búrlate... —dijo bastante serio—. Es María, quiere que nos veamos en su estudio en dos horas.

—Seguro que quiere terminar lo que ha empezado —dije riéndome mientras le hacia el gesto de las tijeras con los dedos.

—¡Para ya! —dijo un poco asustado—. Estoy seguro que lo que quiere es pedirme perdón. Pondría la mano en el fuego me ha escrito porque quiere volver conmigo. Sabe que nadie la va a querer como yo. Al final esto va a salir mejor de lo que yo me esperaba.

Ian se puso en pie y se despidió de mí. Saliendo por la puerta de aquel bar tambaleándose ligeramente pero absolutamente convencido de que María quería volver con él, cosa que aprovecharía para volver a hacerle daño. Vi alejarse calle abajo a aquel desgraciado deseando, con todas las fuerzas de mi negro corazón, que aquel cabrón recibiera su merecido.

36

Sonó el timbre del estudio. Seguramente sería Ian. Fui hasta la puerta y abrí.

—¿Tú, que haces aquí? —preguntó sorprendido Ian al verme.

—Sorpresa, ¿no te alegras de verme?

—¿Dónde está María? —dijo apartándome y entrando al estudio— ¿Que has hecho con ella maldita loca?

—¿De verdad te preocupa lo que pueda hacerle pasado? —dije sorprendida— ¿Después de todas las putadas que le has hecho tú?

—Si le has hecho algo, juro que te mataré. Si alguien tiene derecho a hacerle daño a María soy yo y no una zorra venida a menos como tú.

—Quizás esta zorra venida a menos, no esté aquí para hacer daño a María, pude que haya venido aquí para hacer daño a otra persona.

Ian comenzó a reírse y dio algunos pasos para acercase a mí. Con aire de superioridad y una sangre fría que jamás había visto él. Cuando estuvo a escasos centímetros de mi cara, paró.

—¿Estás insinuando que María te ha pedido que vengas tú aquí para vénganse de mí? —dijo Ian riéndose acercándose a mí todavía más— ¿En serio? ¿Y no se le ha podido ocurrir alguien mejor?

Podía notar su aliento de lo cerca que tenía su boca de mi cara. Di un pequeño paso para hacia atrás y él volvió a reírse. Entonces alcé mi mano derecha y sacando una pequeña espátula que tenía guardada en mi puño rajé su mejilla con ella. Ian gritó, mientras se llevaba la mano a la mejilla y veía como ésta se manchaba con su sangre. Pensé que comenzaría a perseguirme para matarme, pero en vez de eso, comenzó a reírse. Estaba más loco de lo que yo me creía.

—Has cometido un grave error provocándome, maldita zorra. No puedes ir de heroína por ahí sin asumir las consecuencias, porque aquí no hay nadie que pueda ayudarte —entonces añadió, con toda la naturalidad del mundo—, y ahora, por eso, vas a morir.

Mientras yo retrocedía, Ian caminaba hacia mi lentamente, saboreando el momento. Con esa superioridad que tienen las personas que saben perfectamente lo que van hacer a continuación. Sabía que, a pesar de la rabia que estaba sintiendo por dentro, se lo tomaría con calma. Quería hacerme sufrir y no se precipitaría. Intenté poner algún obstáculo en su camino, tirando un par de caballetes a medida que retrocedía hacia la cocina, pero Ian, sin ningún problema los esquivó mientras me seguía sonriente y con la mejilla aun sangrándole.

—Lo que no entiendo es por qué María ha querido que seas, precisamente tú, la que vengas en su lugar —dijo Ian con toda la serenidad del mundo—. ¿Que tienes tú de especial, aparte de ser una zorra?

Retrocediendo había llegado hasta la cocina, ya no tenía donde huir. Encima de la encimera había un pequeño cuchillo, lo cogí rápidamente y apunté temblorosa a Ian con él.

—¿En serio, Dulce? —dijo Ian burlándose de mí. —Que poco original...

Ian siguió avanzando hacia mí hasta que su pecho chocó con la punta del cuchillo, clavándose en él ligeramente. Aún seguía riéndose mientras me miraba directamente a los ojos con aire de superioridad. Con un gesto muy rápido me agarró por la muñeca y me arrebató el cuchillo de la

mano. En un segundo pasé de estar amenazándole, a tener ese mismo cuchillo ahora contra mi cuello.

—Si te mueves, te corto el cuello —dijo Ian borrando la risa de su cara y adoptando un semblante muy serio—. ¿Qué coño haces aquí? ¿Te ha enviado María?

—No tengo por qué decirte una mierda.

—¿Te crees que esto es una broma? —dijo Ian mientras apretaba un poco más el cuchillo contra mi cuello— ¿Crees que no voy a ser capaz de hacerlo?

En ese momento comencé a levantar lentamente mi mano derecha para enseñarle la pequeña espátula de metal con la que le había rajado la cara, la cual aún estaba manchada con su sangre. Ian la miró he hizo un gesto de rabia.

—¿Qué vas a hacer con eso, sacarme un ojo? —dijo Ian mientras volvía a reírse de mí.

Mientras Ian miraba la pequeña espátula y se reía, aproveché la distracción para levantar rápidamente mi mano izquierda y clavarle una pequeña jeringa en el cuello, vaciando todo su contenido en él. Enseguida Ian comenzó a tambalearse, llevándose la mano al cuello.

—¿Qué has hecho, puta? ¡Voy a matarte! —gritó mientras se retorcía de dolor y me apuntaba con el cuchillo.

Entonces fui yo la que comenzó a avanzar hacia él lentamente, ahora la sonrisa estaba en mi cara.

—¿En serio te has creído que podías venir aquí, amenazarme y salirte con la tuya? ¿Tan estúpida me crees, pedazo de hijo de puta?

—¡No te acerques más a mí o juro que te mato, aléjate!

Ian, temblando, soltó el cuchillo y calló de rodillas, perdiendo el conocimiento. Cuando despertó nuevamente, Ian estaba tirado en el suelo, sobre una lona de plástico de las que usaba María para tapar los cuadros, atado de pies y manos, sin ninguna posibilidad de soltarse. Apenas daba crédito a lo que estaba pasando.

—Tranquilo, enseguida serás consciente de todo, el sedante que te he administrado es de corta duración —le dije mirándole sentada desde el sofá.

—Dulce, ¿qué coño te crees que estás haciendo? —dijo revolviéndose cabreado, intentado liberarse de la cuerdas—. Suéltame ahora mismo.

—Ian, Ian, Ian, has sido un niño muy malo —comencé a decir mientras sacaba de detrás de mí un cuchillo, aunque esta vez era más largo y más ancho que el anterior—. Has hecho daño a gente que me importa, me has hecho daño a mí y ahora es cuando vas a pagar por todos tus pecados.

—Que pasa, ¿qué María no ha tenido huevos de enfrentarse de nuevo a mí y por eso te ha enviado a ti a hacer el trabajo sucio?

—Podemos decirlo así, sí. ¿Asustado?

—Venga Dulce, suéltame. Yo no te he hecho nada a ti. No entiendo por qué sigues defendiendo a esa puta de María, te conté lo que me hizo.

—Lo que ella hizo no te da ningún derecho ni a secuestrarla, ni a humillarla, ni a torturarla. Y encima te follas a esa zorra en su cama... Ya te dije lo que pasaría si yo te hubiese pillado, ¿verdad? —dije mientras colocaba la punta del cuchillo sobre su paquete.

—Dulce, ¿qué vas a hacer con eso? —dijo Ian esta vez bastante asustado— Suéltame por favor, prometo pedirle perdón, me iré de la ciudad, pero por favor deja que me vaya.

—Lo siento, pero eso a mí ya no me vale.

Aparté el cuchillo y me levanté del sofá para, a continuación, ponerme de cuchillas encima de su cintura. Las piernas se me abrieron ligeramente y el vestido se me subió un poco, dejando a Ian una visión demasiado agradable para lo que se merecía. Él sonrió, incluso en una situación así, el muy gilipollas, seguro que pensaba que quizás echáramos un polvo. Entonces coloque el cuchillo en medio de su pecho, tapando parte de mis encantos.

—Basta de admirar el paisaje, no estamos aquí para eso —dije apretando un poco más el cuchillo contra su pecho.

—Vale, vale, pero si me dejas libre prometo pegarte el mejor polvo de tu vida —dijo intentado negociar a la desesperada.

—Estás a punto de morir y aún sigues pensando con la polla, eres patético.

En ese momento el semblante de Ian cambió, estaba enfurecido.

—¡Suéltame hija de la gran puta! ¡Te voy a matar!

Ya estaba harta de aguantar tantas gilipolleces, así que cogí el cuchillo con las dos manos y lo levanté por encima de mi cabeza. Para obtener más estabilidad abrí las piernas completamente. Justo en ese momento los ojos de Ian se abrieron como platos mirando mi entrepierna. Moriría con una bonita imagen el muy cabrón, cosa que no se merecía. Aunque no solo había sorpresa en su expresión, también había pánico y terror.

—Tú... no puede ser... no lo hagas... ¡Lo siento!

Mis brazos bajaron repentinamente y el cuchillo se hundió en medio de su pecho. Todo había acabado, jamás volvería a hacer daño a nadie más. Sus ojos, llenos de terror se habían quedado fijos en un punto muy concreto de mí, entonces supe que, en el último momento de su vida, Ian había comprendido que le habían pagado con la misma moneda. Cerré sus ojos y enseguida me puse a recoger todo aquello. Tenía que darme prisa, pronto amanecería y aún quedaban muchas cosas por hacer.

37

Eran casi las doce del mediodía cuando el sonido del timbre me despertó. La insistencia con la que volvió a sonar hizo que me levantara de la cama y fuera a abrir. Era Kayla, con lo ojos llenos de lágrimas. En cuanto me vio, sin preocuparse para nada de mis pintas de recién levantada, me abrazó y siguió llorando desconsoladamente mientras yo cerraba la puerta y la llevaba hasta el sofá.

—Kayla cálmate y cuéntame que te ha pasado —dije intentando consolarla.

—Lara... yo... ella... mí... —balbuceaba entre sollozos.

—Cariño, no te voy a entender a no ser que te calmes. A ver, trata de respirar con tranquilidad —al escuchar mi voz Kayla comenzó a calmarse—. Muy bien eso es, respira y ahora cuéntame que es lo que ha pasado para que estés así.

—Lara me ha dejado —y dicho aquello comenzó de nuevo a llorar desesperadamente.

Me costó más de quince minutos volver a calmarla. Por fin me contó que, antes de salir de casa aquella mañana, Lara había hablado con ella y le había confesado que se había acostado con otra y que no podía seguir así con aquel cargo de conciencia y que por ello decidía poner fin a la relación. Kayla había tenido que verse obligada a recoger las pocas cosas que tenía en casa de Lara y se había venido directamente a verme.

—¿Y te ha dicho con quien se estaba acostando? —pregunté tímidamente.

—Seguro que te lo puedes imaginar... con una guarra que solo ha hecho que joderme desde el primer día en que la conocí.

—¿Dulce?

—Esa maldita zorra —dijo cabreada—, no solo me jodió en el pasado, sino que ha vuelto ahora para joderme el futuro. Yo quiero a Lara y quiero que vuelva conmigo.

—A ver Kayla, amor, que tú tan inocente no eres —dije alejándome un poco de ella, por lo que pudiera pasar—, tú y yo también nos hemos acostados juntas mientras estabas con ella.

Su mirada fue como un rayo fulminador, pero solo durante un segundo, después, nuevamente, se puso a llorar. Me acerqué y la abracé de nuevo para que, poco a poco, volviera a calmarse.

—Lo sé, María, yo también he sido un poco zorra... pero yo la quería de verdad. Nos complementábamos, nos entendíamos, no entiendo por qué se ha tenido que terminar todo. Bueno sí lo sé. Te juro que, si algún día vuelvo a encontrarme con esa rubia, le arrancaré los pelos.

—Creo que, al margen de lo que ha pasado hoy, tú ya le tenías muchas ganas a Dulce.

—Por supuesto, sigo insistiendo que es la asesina de La Perla. Y no solo porque piense que es una roba novias hija de puta, que también, sino porque estoy casi segura de esa malnacida los ha matado a todos.

—¿Por qué estás tan segura? La policía aún anda de culo con ello, sino ya la habrían detenido.

—Están a punto, créeme. Hay una descripción de un testigo que la vio huir del lugar donde se cometió el último crimen y encaja con ella. La policía aún no ha dado el paso porque el testigo no vio su cara directamente. En cuanto de un paso en falso más, la atraparán y, por fin, habrá justicia para Lucía.

—Puede ser que no cometa ningún fallo más, pude ser que huya del país, quizás se vuelva a

escapar como antes. Hay muchas posibilidades para que no la atrapen.

—Pero, ¿tú de parte de quien estás?

—A ver Kayla, no me malinterpretes, solo digo que, si realmente es la asesina de La Perla, no creo que se quede para que la policía la atrape, ¿no?

—El mayor defecto de esa zorra es que se cree superior a todos los demás. Ni siquiera sospecha que la policía está tan cerca de ella. Además, ¿crees que voy a dejar que se escape? Ni en sueños. Voy a presionarla para ponerla nerviosa y que cometa un error. Te prometo que voy a disfrutar cuando la muy zorra esté entre rejas.

—Kayla, no sabes si es ella, quizás estés equivocada, pero imagina por un momento que tienes razón y que Dulce es la auténtica asesina de La Perla y que la descubres, ¿crees que te va a dejar marcharte tranquilamente?

—No le tengo ningún miedo. Además, lo grabaré todo para que, si me pasa algo, la policía tenga pruebas suficientes como para encerrarla de por vida.

—Por favor Kayla, no digas tonterías, no quiero que te pase nada malo. Tú no eres policía, déjales que ellos hagan su trabajo.

—Joder María, no entiendo por qué insistes tanto en que deje el tema, ¿acaso no entiendes como me siento sabiendo que esa zorra anda suelta por ahí sin que nadie la detenga?

—Entiendo perfectamente como te sientes y las ganas que tienes de que la atrapen para que pague por todos sus crímenes, pero poniéndote tú en peligro no conseguirás nada, solo que te maten a ti también.

—¿Sabes lo que me dijo Lara hace unos días? —me preguntó Kayla de forma suspicaz— Creía que la asesina de La Perla no trabaja sola, que alguien la estaba ayudando, así podía ayudar a desviar la investigación y despistar a la policía.

En ese momento me levanté y fui a la cocina a prepararle algo a Kayla, estaba comenzando a desvariar bastante y su estado de nerviosismo había aumentado considerablemente. Cuando volví a su lado aún seguía mirándome de forma sospechosa. Dejé encima de la mesa del salón el vaso con el sobre de tila y un poco de azúcar, a Kayla todo le gustaba con un poco de azúcar.

—Que pasa Kayla, ¿por qué me miras de esa manera? Anda tómate la tila que te sentará bien.

—¿Sabes que Dulce y tú guardáis un cierto parecido? ¿Tú tienes alguna hermana?

—¿En serio, Kayla? ¿De verdad crees que yo soy la cómplice de una asesina? No digas tonterías y tómate la tila antes de que se enfríe.

—Mucho estás insistiendo con el temita de la tila, ¿qué le has puesto?

—¡Agua y tila, loca del coño! —dije mientras cogía el vaso y le daba un buen trago— ¿contenta?

Kayla se puso de nuevo a llorar, pidiéndome disculpas por haber sospechado de mí. Estaba tan mal que apenas consiguió sostener el vaso entre los dedos. Le dio un sorbo, pero enseguida hizo un gesto de asco. La conocía muy bien, dos cucharadas de azúcar hicieron que el sabor fuera más agradable. Después de beber un poco se sintió mucho mejor.

—Gracias María, por estar siempre a mi lado. Te quiero mucho. Y perdóname, estoy paranoica. Solo faltaba que Lara me dejara para terminar de volverme loca.

—No te preocupes, de verdad, lo entiendo, si yo hubiese estado en tu lugar, seguro que también reaccionaría de la misma forma. Necesitas explicaciones y te aseguro que las tendrás.

—María —dijo Kayla tambaleándose ligeramente—, no me encuentro muy bien. Todo me da vueltas.

—Es normal, llevas mucha tensión acumulada. Échate un poco y descansa.

—No María, esto no es normal... es como si... estuviera drogada...

De repente, Kayla abrió los ojos muchísimo, mirándome asustada. Aunque lo intentó no pudo levantarse, ni tan siguiera moverse del sofá. La dosis de somnífero que había en el azúcar era bastante potente y enseguida perdería completamente el conocimiento.

—Lo siento Kayla, de verdad que lo siento —dije mientras le acariciaba la mejilla.

—Tenía razón... eres su cómplice... pero, ¿por qué?... María...

Fue lo último que dijo antes de quedarse completamente inconsciente. Kayla se había acercado demasiado a la verdad. Tenía un problema muy grande entre manos y aún no sabía cómo resolverlo. Miré nuevamente a Kayla, sabía cuál era la solución, pero no quería tener que recurrir a aquello. Kayla era mi amiga y la quería. «Quizás si se lo explico todo, pueda llegar a comprenderme». Imposible, Kayla jamás lo haría. Por mucho que me doliese aquello era un cabo suelto. Ahora tenía que darme prisa, antes de que los efectos del somnífero se pasasen. Así que cogí el teléfono y marqué.

38

Kayla despertó varias horas después en aquella habitación oscura, iluminada solo por una pequeña bombilla colgada del techo, justo en medio de la sala. La bombilla seguía siendo de luz negra y en la pared aún se podía leer "ERES UNA MALDITA ZORRA MENTIROSA". Kayla estaba desorientada e intentó incorporase, pero tropezó con algo que no espera, allí había alguien más. Kayla se asustó al principio, retrocediendo instintivamente ante aquel cuerpo inerte. Poco después se acercaba para comprobar de quien se trataba. Enseguida lo reconoció, se trata de Ian, estaba muerto, con una gran herida en medio del pecho. Desde un rincón la aquella habitación se escuchó el sonido de mis tacones acercándome a ella.

—¿Cómo estás, querida Kayla?

—¡Dulce! —gritó al verme— O sea, que tú vas a ser la encargada de terminar el trabajo.

—Si no hubiese metido las narices donde no te llaman, no estarías en esta situación.

—¿Cómo ha pasado con Ian? ¿Por eso está muerto?

—Ian era un verdadero hijo de puta, tiene lo que se merece. El que siembra vientos, recoge tempestades, querida mía.

—Y tú, eres la tempestad.

—Si quieres llamarlo así... pero te puedo asegurar que no es ningún angelito. Él fue quién secuestró a María y el que casi la mata. ¿El hombre misterioso con aroma a canela? Ian.

Kayla se quedó callada y se apartó un poco más del cuerpo sin vida de aquel hombre, como si le repugnara estar a su lado.

—Vas a matarme, ¿verdad? —preguntó Kayla sin tener muchas esperanzas depositadas en la respuesta.

—Eres un cabo suelto y no debe quedar ninguno, sabes demasiado. ¡Maldita sea Kayla! ¡Tú y tu puta curiosidad!

—Lo siento, no puedo cambiar lo que soy. Llevo el periodismo en la sangre —dijo mientras se mareaba nuevamente, apenas teniendo fuerzas para mantenerse sentada—. Se que quizás no me lo digas, pero necesito saberlo, ¿tú mataste a Lucía?

—Sí.

—¡Hija de puta, lo sabía! —gritó Kayla desesperada— ¡Juro que si pudiera levantarme te mataría con mis propias manos!

—Lo siento Kayla, yo no tenía la intención de hacerlo. Fue un impulso, un deseo, algo irrefrenable que no pude parar. Ni siquiera sabía que era tu novia.

—Claro, ¿cómo ibas a saberlo? Si no fuera porque la otra puta te lo ha contado.

—¿La otra puta?

—No disimules zorra, María es tú cómplice, apostaría a que sois parientes, hermanas diría yo. Ella es la que te ha ayudado a cometer tus crímenes y a despistar a la policía. ¿Dónde está? ¿Por qué no da la cara?

—Te aseguro que estás más cerca de lo que crees, pero como ya habrás adivinado yo soy el brazo ejecutor, ella solo es la cara bonita.

Kayla estaba furiosa y alargó su mano para agarrarme el tobillo, apresándolo. Tenía que reconocer que comenzaba a recuperar las fuerzas rápidamente. Entonces le inyecté otra pequeña dosis de somnífero directamente el cuello para que volviese a debilitarse nuevamente.

—¿Que me has hecho? —dijo Kayla poniéndose la mano en el cuello.

—Estabas despertando demasiado rápido, tú adrenalina quema muy rápido la droga. Tienes que relajarte un poquito, cariño, sino le vas a quitar toda la diversión.

—¿Te parece divertido todo esto? ¡Qué hija de puta! Sabía que eras una persona fría e insensible, no me extraña que seas una puta asesina de mierda.

—¿Acaso crees que Ian no se lo merecía?

—Nadie se merece morir a manos de otra persona, bueno sí, tú. Si no estuviera drogada yo misma acabaría contigo.

—Ya es la segunda vez que me amenazas esta noche, no creo que estés en disposición de seguir haciéndolo.

—Realmente, ¿crees que te tengo miedo?

En ese momento saqué de detrás de mi espalda, un cuchillo. El que había extraído del pecho de Ian tan solo unas horas antes. Me acerqué a Kayla y se lo puse en el cuello.

—¡Hazlo! —gritó— No me importa, lo he perdido todo en la vida por vuestra culpa, ya no me queda nada.

En ese momento Kayla perdió el conocimiento por completo. La dosis había sido mínima, así que poco rato después volvió a recuperarlo. Yo estaba sentada en el suelo, a su lado.

—Sigo viva —dijo Kayla mirando a su alrededor.

—Sí, parece ser que aún no ha llegado tu hora.

—Acaso, ¿tienes conciencia de repente? ¿La despiadada asesina se ha apiadado de mí?

—No me tientes, si estás viva es porque aún te necesito.

—¿Para qué me necesitas?

—Pronto lo sabrás, no creo que tarde mucho en llegar.

—¿Quién? ¿Quién tiene que llegar? Espera Dulce... ¿no estarás pensando en hacerle daño a ella también?

—Eres tan lista, lástima que te quede tan poco...

—No le hagas daño, por favor Dulce, no le hagas daño —dijo Kayla llorando.

—Ella es el cabo suelto más grande y tú lo sabes.

—Nunca vendrá. No es tan tonta y si lo hace, vendrá con todo el departamento de policía entero. Estás jodida.

—¿Estás segura de eso? —dije a Kayla mientras le enseñaba su propio teléfono móvil.

—No por favor, ¿qué le has dicho?

—Nada, simplemente que necesitabas hablar con ella después de lo que había pasado esta mañana. Que lo entendías, pero que estabas muy mal y que quizás estuvieras pensado en hacer alguna tontería.

—Eres una autentica hija de puta.

—Gracias, yo también te quiero.

—¿Cómo eres capaz de ser así? ¿Es que acaso tú no tienes sentimientos?

—Es simple supervivencia.

—¡Supervivencia, mis cojones! Llámalo por lo que es, asesina. Bueno, asesinas. Lo teníais muy

bien planeado. Y que se supone que haréis cuando todo esto termine, ¿escapar? Con seis asesinatos encima no creo que lleguéis muy lejos y mucho menos si uno de ellos es el de la jefa de homicidios de la ciudad.

—Entiendo que lo veas así, de verdad. Tú solo conoces parte de la historia. No todo es blanco o negro, hay matices, ¿sabes? ¿Te crees que para mí ha sido todo un camino de rosas? No tienes ni idea.

—Vamos, ahora no me vengas con esas. ¿Malos tratos? ¿Familia desestructurada? ¿Abusos? Eso no te da ningún derecho a matar, ni siquiera a las personas responsables de esos actos, por muy merecido que se lo tengan.

—Mis padres me abandonaron cuando apenas era un bebé, me dejaron sola. Me crie en orfanatos y en casas de acogida, saltado de un sitio a otro donde, efectivamente, allí hubo muchos malos tratos y abusos —fue entonces cuando rompí a llorar—. Algo se torció en mi cabeza y, desde entonces solo he vivido para la venganza, envuelta en un dolor que jamás se marchará por mucho que lo intente.

Kayla estaba callada, me miraba sin saber que decir, viendo como mis lágrimas de impotencia rodaban por mis mejillas. Hasta que ya no pude sopórtalo más y comencé a reírme a carcajadas.

—¿Te lo has creído? Ay Kayla, siempre has sido una ingenua.

—¡Hija de puta! Espero que te cojan y te encierren de por vida, a ti y a la puta zorra que te ha ayudado.

—Lo siento cariño —le dije mientras me ponía de pie para golpearle en la nuca con el mango del cuchillo—, pero no cuentes con ello.

39

—¡¿Kayla amor, estás bien?! ¡Despierta!

Lara había llegado a la casa abandonada siguiendo las indicaciones que yo le había mandado desde el teléfono de Kayla, haciéndome pasar por ella. En esos mensajes le había dicho que teníamos que hablar, que estaba muy mal desde la ruptura y que posiblemente estuviera pensando en hacer algo drástico con mi vida. Yo estaba escondida en una esquina, totalmente en silencio, contemplando como estaban desarrollándose las cosas.

Al ver que Kayla no reaccionaba, Lara había comenzado a preocuparse de veras, pensando que había llegado tarde a su llamada de auxilio y que Kayla, desesperada, quizás hubiese ingerido algún tipo de pastillas para acabar con su vida. Justo cuando estaba a punto de llamar por teléfono a emergencias, Kayla había comenzado de nuevo a recuperar el conocimiento.

—¡Déjame! —gritó Kayla al sentir alguien a su lado— ¡Aléjate de mí maldita zorra!

—¡Kayla, soy yo Lara! —le decía Lara sin parar— ¡He venido en cuando he recibido tu mensaje!

Kayla aún le costó un poco más asimilar la noticia de que Lara estaba allí, junto a ella. Después de ser plenamente consciente de que su exnovia estaba allí, Kayla se abrazó a Lara con todas las fuerzas que pudo, dándole las gracias por estar junto a ella. Pero entonces, como si le hubiesen dado una bofetada, Kayla se apartó de Lara muy asustada.

—¡Tienes que marcharte de aquí, ahora! —le gritó Kayla.

—Pero, no entiendo nada, primero dices que venga, ahora quieres que me vaya...

—Lara, yo no te he escrito esos mensajes, esto es una trampa.

—¿Una trampa? Te juro que no entiendo nada. Amor, ¿qué te has tomado? En ningún momento he querido que lo pases mal por mi culpa... —dijo Lara comenzando a quebrársele la voz.

—Me han drogado y me han traído aquí en contra de mi voluntad y tú también has venido aquí engañada, Lara tienes que irte de aquí y pedir ayuda, no estamos solas.

—Pero, ¿quién ha hecho todo esto?

—Las asesinas de La Perla.

—¿Asesinas? ¿Estás segura de ello? —preguntaba Lara mientras intentaba poner en pie a Kayla para salir de allí.

—Sí, Dulce y María. Justo como lo habíamos pensado. Dulce es la que asesina y María la encubre. Apostaría lo que quieras a que, efectivamente, son hermanas.

De repente, Lara giró la cabeza a un lado y descubrió el cuerpo de Ian, con la puñalada en el pecho.

—Kayla, aquí hay un tío muerto a tu lado.

—Sí, es Ian, Dulce lo ha matado.

—¿Por qué? ¿Éste no era el novio de María?

Kayla contó a Lara que Ian había sido el que había secuestrado y torturado a María como venganza, después de que dejaran su relación sentimental porque María le había ocultado las cosas que hacía fuera de esa relación.

—María enfadada se lo cuenta a Dulce —afirma Lara—, y ésta decide que Ian lo tiene que pagar

con su vida.

—Efectivamente. Y pensar que yo la creía mi mejor amiga e incluso... —Kayla se calló de repente.

—Lo sé todo Kayla, sé que te acostabas con María. Pero eso no importa ahora, lo único que importa es que tenemos que salir de aquí inmediatamente.

—Sí que importa Lara, te he engañado y eso no está bien. Ya sé que no es el mejor momento, pero no sé si vamos a salir de aquí con vida, así que necesito que sepas que... lo siento, lo siento desde lo más profundo de mi corazón.

—Yo también lo siento Kayla. Además, ya sabes que yo tampoco he sido buena y si hablamos de infidelidades... creo que lo mío es infinitamente peor.

—Bueno, digamos que las dos hemos cometido errores, pero eso no quita que te quiero Lara, contigo he sentido lo que era el amor de verdad.

—Yo también te quiero Kayla. Tendremos mucho tiempo de hablar cuando salgamos de aquí. ¿Puedes andar?

—Sí, creo que sí, aunque aún me siento un poco mareada.

—Yo te sujeto, vayamos hacia la puerta. ¿Como has llegado hasta aquí?

Mientras Lara la ayudaba a incorporarse y caminaban despacio hacia la puerta, Kayla le contó cómo, estando en casa de María, ésta la había drogado y como había despertado en aquella habitación. Que después, había sido Dulce la que había aparecido allí, dejándole muy claro que eran cómplices las dos.

Cuando llegaron a la puerta, intentaron abrirla, pero fue inútil. Aquella puerta no se abriría sin saber el código de cinco cifras que estaba justo detrás de ellas, en aquellas palabras escritas en la pared. Estaba claro cuál iba a ser el siguiente paso, pedir ayuda por teléfono. Pero también les resultaría inútil, puesto que Ian ya se había encargado de eso cuando preparó la casa, dentro, los teléfonos no funcionaban. Yo misma había tenido que alejarme un poco de aquel lugar para poder mandar los mensajes a Lara.

—¡Maldición! —gritó Lara— La puta puerta no se abre y el teléfono no da ningún tipo de señal. Joder, no sé cómo vamos a salir de aquí.

—Estaba segura de que no nos lo iba a poner fácil la muy hija de puta —soltó Kayla con rabia—. Por favor Lara, deja que me siente, comienzo a estar un poco mareada de nuevo.

—No te preocupes Kayla, voy a sacarte de aquí. Te lo prometo.

—Yo de ti —dije desde la sombra—, no haría promesas que no puedas cumplir.

—¡Déjanos salir de aquí Dulce, ahora mismo! —gritó Lara hacia el lugar donde provenía mi voz.

—Sabes que no puedo hacerlo, tengo que eliminar todos los cabos sueltos.

—Al menos deja que Kayla se marche, no dirá nada.

—Lo siento, sabe demasiado y no puedo arriesgarme.

En ese momento, Lara que estaba sentada en el suelo junto a Kayla, se levantó y se dirigió hacia la esquina de la habitación en donde creía que yo estaba.

—Lara, por favor, no vayas a buscarla, no me dejes sola —dijo Kayla mientras Lara desaparecía entre las sombras.

De repente se escuchó un ruido sordo que sobresaltó a Kayla, seguido por unos pasos lentos que comenzaron a acercarse hacia ella. Kayla al verme de nuevo se puso a llorar.

—Mira que se lo has advertido... —dije con tono de decepción.

—¿Está... muerta? —preguntó Kayla con voz temblorosa.

Me di media vuelta y me marché, mientras Kayla alargaba su mano para intentar, inútilmente, detenerme. Perdiendo el conocimiento con el esfuerzo. La verdad es que pronto amanecería y necesitaba terminar con todo aquello lo antes posible. Aunque aquella casa estuviera a las afueras de la ciudad y se consideraba que estaba abandonada, la luz del día podría atraer a algún curioso. Tenía que desaparecer antes de que llegara ese momento. Pero al mirar de nuevo a Kayla y verla allí tirada en el suelo debatiéndose entre la consciencia y la inconsciencia, una debilidad me invadió todo el cuerpo. Las dudas comenzaron a asaltarme justo cuando iba a activar el gas que acabaría con sus vidas. Era un plan perfecto, ellas se asfixiarían mientras yo me alejaba del lugar y para cuando la policía encontrara sus cuerpos, yo ya estaría muy lejos de allí.

Sabía lo que tenía que hacer, así que decidida, me dirigí a la puerta para activar el gas.

40

Kayla abrió los ojos de nuevo, ni siquiera se asustó cuando se dio cuenta de que yo estaba a su lado, sujetando su cabeza en mi regazo.

—Aún sigo viva...

—Un poquito más, la verdad es que me está resultando un tanto difícil deshacerme de ti.

—¿Es posible que al final tengas corazón?

—Dulce seguro que no, pero sí que hay una parte de mí que te tiene mucho cariño.

—No entiendo nada, ¿por qué no acabas de una vez conmigo? Estoy tan cansada...

—Lo sé, solo aguanta un poco más, estoy buscando la manera de que lo comprendas todo.

Cuando me disponía a activar el gas y así terminar con la vida de las dos, no pude hacerlo. Sabía que era la solución para escapar de allí antes de que fuera demasiado tarde, aun así, fui incapaz de dar el paso. Kayla no se merecía abandonar este mundo sin entenderme completamente y, aunque ella tenía sus propias ideas sobre lo ocurrido, necesitaba que supiera toda la verdad.

—Por cierto, muy buena tu teoría de las hermanas. María, yo, una mata y la otra encubre... no está nada mal esa teoría, aunque tengo que decirte que es errónea. María y yo no somos hermanas.

—Pues sea como sea, tú sabes cosas que solo le he contado a ella. Si no sois hermanas, sois amigas muy íntimas o ella te debe un favor muy grande y hace lo que tú le pides, o la tienes amenazada, la cuestión es que las dos estáis metidas hasta el fondo en todos estos asesinatos.

—Eso es verdad, las dos estamos metidas en todo esto, desde el principio, aunque ninguna de las dos lo supiésemos hasta hace muy poco.

—No creo que puedas escaparte de ésta, ¿tres cadáveres más? Cuando la policía encuentre este lugar darán contigo y te pudrirás en la cárcel.

—Quizás tengas razón, o quizás no, de todas formas, te diré que no hay nada aquí que me incrimine directamente con las víctimas y, probablemente, cuando la policía encuentre este lugar, yo esté muy lejos de aquí.

—Visto así...

—Kayla... ¿crees que hay alguna posibilidad de que, si sobrevives a todo esto, cuentes todo lo que sabes?

—¿Estás comprando mi silencio? ¿Me perdonas la vida a cambio de que no cuente nada?

—Lo que intento que comprendas es que...

—Lo siento Dulce, es imposible que entienda por qué has hecho lo que has hecho. Yo solo veo una mujer fría que mata sin piedad. Nunca podré llegar a entenderte.

—Y si te digo que no todo es siempre lo que parece, que hay muchas más cosas de las que puedes apreciar a simple vista...

Kayla me miraba aún con un gesto duro en su cara, estaba bastante débil, aun así, sin que yo me diera cuenta, llevó su mano izquierda hacía mi largo pelo rubio, aferrándose a él.

—Suéltame ahora mismo, o te arranco el pelo, me sobran fuerzas para eso y más.

—Siempre has sido una luchadora, enhorabuena —dije sonriéndole, ignorando el pelo—. Creo que, efectivamente, esta va a ser la única solución.

Al ver que ni tan siquiera me inmutada cuando me tiraba del pelo, Kayla lo hizo con mucha más fuerza, hasta que, finalmente, se quedó con todo mi pelo en su mano. Yo, me llevé un par de dedos hasta uno de mis ojos, para retirar las lentillas de color ámbar que los cubrían. Y por si eso no fuera ya suficientemente revelador, volví a llevar mis dedos, esta vez hacia mi cuello, para frotarlos repetidas veces contra él, retirando un espeso maquillaje que reveló parte de un tatuaje que siempre había estado allí, un lazo rojo.

Kayla me miraba completamente anonadada, con la peluca rubia aún sujeta en su mano.

—¡María! —gritó de repente— No... no... entiendo nada... tú y ella... ¡¿sois la misma persona?!

—Te juro que no he sido consciente de ello hasta hace muy poco. Siempre he sido María, pero mi otro alter ego, Dulce, la de cazadora, siempre ha estado subyacente en mí, liberándose en algunas ocasiones y haciendo que mi vida sea mucho más completa y excitante de lo que yo hubiese deseado nunca.

Conté a Kayla como todo había comenzado la noche que había matado a Lucía, en la facultad. Revelando un lado salvaje en mí que ni yo misma conocía, dejando salir a Dulce por primera vez. Durante el tiempo que duró la universidad, que fue cuando los había conocido a todos, Dulce salió varias veces más, por suerte sin llegar a cometer ningún asesinato más. Aunque yo no era completamente consciente de cuando ni porqué mi otra personalidad decidía actuar, sí que encontraba ciertos indicios de que algo había sucedido, una peluca rubia, unas lentillas, mucho maquillaje y temblaba esperando las noticias del día por si algo terrible volvía a suceder en el campus. Cada vez Dulce era más independiente de mí, hasta llegar al punto de ser dos personas completamente diferentes. Cuando acabó la universidad decidí que aquello era demasiado peligroso y desaparecí de la ciudad. Pero al cabo de unos años, pensando que todo estaba completamente olvidado, ya que no había habido más crímenes al mi alrededor, había regresado para continuar mi vida. Conociendo a Ian y retomando mis antiguas amistades. Y creo que eso fue lo que Dulce había estado esperando durante tanto tiempo, aletargada en mi subconsciente.

—¿Y el regreso a la ciudad la liberó? —preguntó Kayla aún sin llegar a creerse del todo lo que yo estaba contándole.

Entonces seguí relatándole a Kayla mi teoría de como habían podido desarrollarse los acontecimientos siguientes. Una vez que yo me había establecido en una relación estable, sexualmente frustrante pero compensada por mis escarceos y mi página de sexo, había sido el momento ideal que Dulce había tenido para reaparecer. Utilizando el estudio de pintura para transformarme y salir así, nuevamente de caza.

—Pero sigo sin entender como no pudiste darte cuenta de nada.

—Kayla, te juro por lo que más quieras, que no he sido consciente de nada hasta hace unos días, hasta que descubrí a Ian follándose a otra en nuestra cama.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No fue el hecho en sí del engaño. Fue la decepción, fue como me partió el corazón, fue la rabia la que volvió a fusionar mis dos personalidades nuevamente, recordándolo todo. Un gran abismo se había abierto ante mí aquella mañana y, sin pensarlo, había saltado al vacío. Entonces supe cada una de las cosas que Dulce había hecho, supe que tenía que volver a desaparecer y supe también que, antes de hacerlo, debería atar todos los cabos sueltos.

Los efectos del calmante que había suministrado a Kayla ya se habían pasado hacía un buen

rato, por eso tenía otra jeringa preparada detrás de mí, pero Kayla permanecía recostada sobre mis piernas, recopilando información, como la gran periodista que era.

—Y ahora, ¿Cuánto de ti es María y cuánto es Dulce?

—Pues no sabría decírtelo con exactitud, lo único que sé es que las dos estamos en mi cabeza y que, en cualquier momento puedo potenciar el lado que más necesite.

—Por eso, aún no me has matado, María no quiere que lo hagas, en cambio...

—Dulce sabe que no hay más opción, dejarte vivir es un riesgo demasiado grande.

—No quiero morir...

—Lo sé... y lo siento.

Tardé poco menos de una hora en salir de aquel lugar, para alejarme de allí lo más rápidamente que pude. Pero antes hice una última llamada, dejé el teléfono en el suelo y me marché, para siempre, de aquel maldito lugar.

Epílogo

El rumor de las olas me despertó. Abrí los ojos lentamente, el sol aquel precioso atardecer iluminaba de una manera preciosa el dosel de aquella cama de ensueño. Me levanté y fui a mirar por la ventana de aquel pequeño bungaló de madera. Las olas rompían suavemente contra la arena blanca de aquel lugar paradisíaco. Por primera vez en mi vida, y después de tanto tiempo, podía decir que volvía a ser feliz. De repente, un sonido me abstrajo de mi ensimismamiento. Una pequeña vibración que provenía del teléfono móvil que estaba encima de la mesilla. Lo cogí y volví a la ventana para contestar.

—Mi más sincera enhorabuena, el cliente está encantado con el resultado —dijo una voz conocida nada más descolgar.

—Muchísimas gracias —dije amablemente—, me alegra que al final todo haya salido bien, que el cliente esté satisfecho y que tú también lo estes querido Pol.

—Son dos cuadros excelentes para completar la colección. Esta vez, te has superado. Me encanta la inquietud de "Mar en calma", aun me dan escalofríos cuando lo miro.

"Noches sin estrellas" había sido el primer cuadro que aquel comprador había adquirido en mi primera exposición, encargándome dos cuadros más sobre la misma temática. Hacía apenas unos días que se los había hecho llegar. El primero de ellos, "Mar en calma" representaba un mar rojo sobre una noche estrellada, donde un solitario barco iba dejando una estela de muerte a su paso. Aquel era el cuadro que había comenzado aquella noche en el apartamento de la playa junto a Ian.

—Para mí, es todo un orgullo que diga eso —dije agradecida y orgullosa—, gracias de nuevo.

—Pero, con "Sacrificio final" te has salido. Ese cuadro no me da escalofríos, ese cuadro me da miedo. Esa textura de la sangre, parece tan real, no tengo palabras, sinceramente.

"Sacrificio final" representaba la figura de un hombre, apuñalado por la espalda por un gran cuchillo, salpicando a una mujer arrodillada en un charco de la propia sangre del hombre. Lo que nadie sabría jamás, sería que la pintura con la que había dibujado toda aquella sangre, estaba mezclada con la propia sangre de Ian, obtenida cuando le atravesé el pecho.

—Pues ahora, la que está sin palabras soy yo, gracias nuevamente por tus halagos.

—Acabo de hacerte la transferencia de lo acordado. Espero y deseo volver hacer negocios contigo en un futuro.

—Eso espero yo también.

Colgué el teléfono. Estaba tan satisfecha que solo deseaba saltar de alegría, pero mirando a la cama me contuve. Justo cuando estaba dispuesta a retirar la tarjeta del teléfono para destruirla, pensé que aún me quedaba una última llamada por hacer. Marqué el número que me sabía de memoria y esperé a que contestasen desde el otro lado.

—¿Diga? ¿Quién es?

—¿Cómo estás?

—Bien —contestó después de un largo silencio—. ¿Con quién estoy hablando, con Dulce o con María?

—Acaso importa...

—No claro, por supuesto que no. Supongo que tengo que darte las gracias por dejarme vivir...

—No te he llamado para que me des las gracias por nada, solo quería saber cómo estabas.

—Pues ya lo sabes. Ah, por cierto, enhorabuena. La policía se ha tragado tu pantomima, todos los informativos y periódicos se hacen eco de ello.

—Kayla yo, no quería que esto acabara así, te lo prometo. Solo espero que algún día puedas llegar a perdonarme por todo el sufrimiento que te he hecho pasar.

—¿Volveré a verte alguna vez?

—No.

Después de escuchar una largo y profundo suspiro Kayla finalizó la llamada. Lentamente saqué la tarjeta del teléfono, la rompí y la tiré a la papelera de la habitación. Dejé el teléfono nuevamente en la mesita y volví a la ventana. Miraba fijamente al mar, cuando unas manos calientes rodearon mi cintura, acariciándome con suavidad, subiendo lentamente por mi estómago, mientras que unos cálidos labios besaban mi cuello.

—Buenas tardes, cariño —dijo una aterciopelada voz susurrándome al oído.

—¿Te he despertado corazón? No era mi intención...

—No, acabo de abrir los ojos y te he visto en la ventana, tan preciosa, que no he podido resistirme a venir hasta aquí para decirte lo mucho que te agradezco que hayas querido regalarme este viaje para que las dos estemos juntas en este maravilloso lugar.

—Creo que no podría haber elegido a nadie mejor para estar en este paraíso. Eres una mujer increíble y te agradezco todo lo que has hecho por mí.

—¿Volvemos a la cama? —preguntó Jasmine con una sonrisa pícara en sus preciosos labios— Sé cómo podrías agradecérmelo de otro modo.

Yo solo llevaba una camiseta que enseguida me quitó, ella, que solo había dormido con unas pequeñas braguitas, también desaparecieron rápidamente del lugar en donde se encontraban. Nos besamos apasionadamente durante bastante rato. Me sentía tan a gusto con ella en aquel momento, que por fin pensé que podría olvidarlo todo y comenzar de cero. Hubo un pequeño instante en que mi mente voló hasta el armario de aquella habitación, hasta una pequeña bolsa al fonde de mi maleta, donde una peluca rubia y unas lentillas de color ámbar permanecían ocultas y a la espera. Si todo seguía así, jamás tendría que volver a utilizar aquellas cosas, pero...

Jasmine me hizo volver a la realidad rápidamente con sus caricas, era toda una experta. Estuvimos jugando durante bastante rato hasta que conseguí que se quedara completamente dormida por el agotamiento. La besé en la frente mientras cogía el mando de la televisión para encenderla y buscar entre los canales internacionales. No tardé en encontrar lo que buscaba. Kayla tenía razón.

"...y por fin se sabe quién ha estado detrás de todos estos crímenes que han asolado la ciudad. La asesina de La Perla fue hallada a las afueras de la ciudad, muerta, junto a otra víctima más, un hombre que acabó con la asesina en serie más peligrosa del país. También hallaron allí a una joven que, milagrosamente, salvó su vida. La policía da por cerrado el caso..."

Bajé el volumen. Al final mi plan, improvisado en el último momento, había funcionado. Lo primero que había hecho, cuando Lara se había abalanzado contra mí en aquella oscuridad siguiendo mi voz, había sido acabar con ella, inyectándole una dosis mortal del somnífero que llevaba conmigo. Me había puesto los guantes para quitar a Lara su ropa interior, un tanga gris, y sustituirlo por uno de la Perla que yo llevaba en mi bolso. Después había buscado su pistola de repuesto, que

afortunadamente, si llevaba aquella noche.

Una vez que Kayla se había quedado inconsciente por última vez, había arrastrado el cuerpo de Lara junto al de Ian, clavando nuevamente el cuchillo en su pecho utilizando las manos de Lara, dejando así sus huellas en él. Puse el arma en las manos de Ian y disparé a la pierna de Lara, en la femoral, para que pareciera que había muerto desangrada, después de apuñalar a Ian. Finalmente, había arrastrado el cuerpo de Kayla al exterior de la casa, llamado a la policía con su móvil y dejándolo nuevamente a su lado. Para no levantar sospechas, previamente, había rajado la ropa de Kayla con el mismo cuchillo que atravesaba el pecho de Ian, provocándole algunas heridas defensivas para hacer creer a la policía que ella era la única víctima que había conseguido escapar para avisarles.

La policía había llegado a la escena del crimen rápidamente e imagino que, al encontrar a Lara con ropa interior de la Perla, con una víctima malherida que no recordaría nada hasta tiempo después y con otra víctima que había acabado con ella, ya tenían toda la explicación servida en bandeja. Además, un mensaje de Kayla a Ian diciéndole que sospechaba de Lara y que la había citado sola en aquella casa abandonaba, daría más crédito al por qué Ian se encontraba allí. Por supuesto, el mensaje de Kayla a Lara que yo había escrito para atraerla hasta allí, había sido borrado convenientemente.

Con las ganas que tenía la policía por atrapar a aquella asesina y con todas las pruebas que yo había dejado, el caso se había cerrado rápidamente. Convenía para todo el mundo, primero para la policía, que se apuntaría un buen tanto haciendo que la presión mediática se alejase de ellos y, segundo, para que la población se quedara tranquila pensando en que, al final, aquella temible asesina en serie que rondaba su ciudad estaba muerta.

Jasmine se desveló, me miró y sonrió. Después miró a la televisión, la cual seguía encendida y yo no hacía ningún caso. Entonces Jasmine, un poco asustada, me quitó el mando para subir el volumen.

"...no se sabe nada del gran incendio que hace unos días arrasó hasta los cimientos de esta famosa discoteca de salsa del centro llamada Hawaian Paradise. No solo se ha visto afectada dicha discoteca, sino también muchos de los locales de su alrededor. Los bomberos han tardado varias horas antes de poder tener controlado el fuego tan intenso que ardió desde primeras horas de la mañana. Afortunadamente, no hay que lamentar víctimas mortales..."

—¡Madre mía, me he quedado sin trabajo! —dijo Jasmine preocupada.

—Bueno, menos mal que estabas de vacaciones cuando eso ha ocurrido, ¿no?

—Sí claro, eso sí, pero ahora, ¿qué voy hacer cuando vuelva?

—¿Y quién te ha dicho a ti que vas a volver?

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer, antes que nada, a todas aquellas personas que os habéis permitido gastar un poco de vuestro dinero y tiempo en adquirir y leer mi obra. Espero que os haya gustado y hayáis podido también disfrutarla de la misma manera que yo lo hice al escribirla.

No podía dejar pasar la oportunidad de agradecer de una forma muy cariñosa a mi grupo de lectoras cero, Cris B., Dulce L., Keila O., Aldara G. y Yolanda R., a las que considero, ya no solo mis lectoras, sino mis amigas. Gracias, chicas, por tomaros la molestia de ayudarme a corregir esta novela, sacrificando vuestro tiempo de una forma tan desinteresada. Quiero hacer una pequeña mención especial a mi querida Cris B., por la paciencia que ha tenido a la hora de idear y maquetar la portada, de corazón, gracias de nuevo.

Por último, agradecer siempre a mi familia que me han apoyado desde el principio a la hora de emprender este camino por donde las letras me han llevado. Papá, mamá y hermano, os quiero mucho.

Nos vemos en el siguiente.

R. Tosmar.